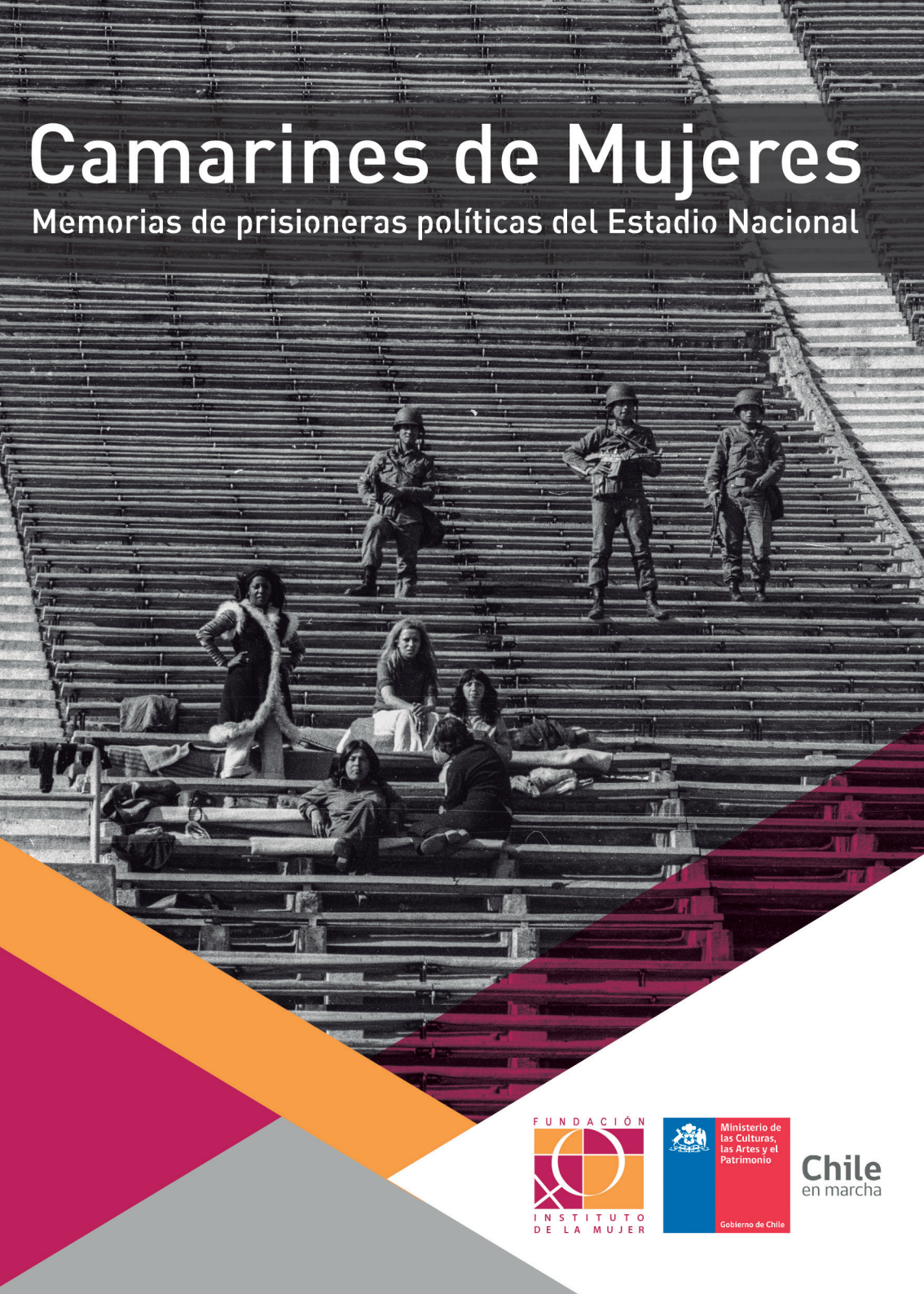


Camarines de Mujeres

Memorias de prisioneras políticas del Estadio Nacional



FUNDACIÓN

INSTITUTO
DE LA MUJER



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile

Chile
en marcha

Camarines de Mujeres

Memorias de prisioneras políticas del Estado Nacional



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile

Chile
en marcha

Proyecto Financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes, Fondart Regional, Convocatoria 2018, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° A-305065

ISBN N° 978-956-7093-44-1

© Fundación Instituto de la Mujer

Equipo de investigación:

Andrea Pequeño Bueno

Isidora Salinas Urrejola

Tamara Vidaurrezaga Aránguiz

Edición: Cuarto propio

Fotografía de portada: Marcelo Montecino Slaughter

Fotografías interiores: Nadia Martínez Rodríguez

Primera edición: Junio 2019

1.000 ejemplares

Diseño y diagramación: Paulina Manzur M.

Impresión: Andros Impresores

Datos de contacto:

direccion@insmujer.cl

www.insmujer.cl

www.insmujer.cl/camarinesdemujeres.cl

Índice

Presentación	05
Prólogo	07
Introducción:	
Cuando se abre la llave de las palabras	11
I. Recordar, escuchar, aprender. Los aportes del testimonio con perspectiva de género para los trabajos de la memoria (<i>Tamara Vidaurrezaga Aránguiz</i>)	17
II. Memorias de resistencia. Mujeres prisioneras en dictadura (<i>Isidora Salinas Urrejola</i>)	43
III. Palabras para levantar muertos y sonreír. Testimonios de siete mujeres que estuvieron detenidas en el Estadio Nacional	83
1. “Hay que contar, hay que contribuir a la memoria del país”, <i>Ximena George-Nascimento Lara</i>	85
2. “Nunca fui de partidos, pero sentía que las cosas tenían que ser más justas”, <i>Cecilia Riveros De la Maza</i>	105
3. “Me quedo con aquellos gestos humanos que hicieron la diferencia”, <i>Lucía Neira Rivas</i>	129
4. “En todas partes hay una persona que se atreve y en mis trabajos me atrevo yo”, <i>María Garreaud Muñoz</i>	157
5. “Me dañaron, pero no me pueden haber destruido el alma. Eso es intocable”, <i>Oriana Aravena Aguirre</i>	173
6. “Asumí el compromiso de levantar mi voz cada vez que sea necesario hacerlo”, <i>Silvia Leiva Gómez</i>	201
7. “Tú tienes que hacer algo positivo, un aprendizaje de esto y tirar para arriba”, <i>Nuria Núñez Rius</i>	233
Bibliografía	259

PRESENTACIÓN

“Camarines de Mujeres. Memorias de Prisioneras Políticas del Estadio Nacional”, es un libro que nos invita a no olvidar y a proteger la memoria como mayor riqueza para un país.

Resguardar la memoria de las mujeres es un acto político, social y patrimonial, que enriquece a un país y sobre todo a las nuevas generaciones, que son la esperanza para un futuro mejor.

La Fundación Instituto de la Mujer agradece a Ximena, Lucia, María, Cecilia, Nuria, Silvia y Oriana, que generosamente compartieron sus memorias y sus testimonios como mujeres sobrevivientes de uno de los centros de detención utilizados por la dictadura cívico-militar.

Cada uno de los testimonios mantiene la memoria viva de las protagonistas, promoviendo a las nuevas generaciones un ejercicio ciudadano, protector en la defensa de los derechos humanos de las personas que viven en nuestro territorio.

Fundación Instituto de la Mujer
Santiago de Chile, junio de 2019

Prólogo

El Estadio Nacional debe ser uno de los lugares más emblemáticos de todos cuantos fueron utilizados como centros de detención, tras el Golpe de Estado en Chile. Enclavado en medio de la ciudad, se podía observar un movimiento inusual de personas que allí se encontraban en calidad de prisioneros, como también en sus inmediaciones, intentando tener alguna noticia de sus seres queridos.

No es posible imaginar que los santiaguinos no supieran el nuevo uso que se daba al Estadio que una década antes había sido escenario del Mundial de Fútbol. La prensa incluso tuvo acceso, a ciertos lugares del establecimiento, pues la Junta Militar quería que vieran y contaran que los detenidos gozaban de una buena estadía, ocultando las zonas de tormento, o a los que se veían más frágiles. El mundo supo así, que, en Chile, decenas de miles de chilenos y chilenas estaban presos sin cargos y sin condena en un recinto deportivo, sin saber qué pasaría con ellos, o sin que sus familias supiesen que estaban allí.

Cuando eran puestos en libertad, sin saber tampoco cómo ni por qué, se les entregaba un certificado que acreditaba las fechas de su paso por el Estadio, una declaración que señalaba que no habían sido objeto de malos tratos y un compromiso de no participar en ningún tipo de actividad política en el futuro.

La visibilidad y masividad con que el régimen operó en este campo deportivo da cuenta de la total impunidad con que actuaron durante toda la dictadura y de manera muy especial los primeros meses. Nunca tuvieron intención de ocultarlo o negarlo, a lo más, justificarlo en nombre del orden necesario en la nueva etapa que vivía el país.

La prisión política y la tortura cumple muchos objetivos, y en este caso, sin duda que además de castigar a quienes habían sido partidarios de la Unidad Popular, o simplemente sospechosos de serlo, era la de provocar el terror en el resto de la población. El efecto multiplicador que provoca la visibilidad y masividad de las detenciones está pensado para inmovilizar a estos y sus cercanos o conocidos. Nos mueve desde el “algo habrán hecho” al “cualquiera podría pasarle”, sin pausa ni respiro.

El Estadio Nacional como campo de detención funcionó dos meses, hasta la fecha en que debía jugarse el partido de eliminatorias del mundial de fútbol, entre Chile y la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), por un cupo en el Mundial de Alemania 1974, como si no pasara nada. La naturalidad que pretendía imprimirse al hecho fue rota con la decisión del equipo de la URSS de no asistir al encuentro, aun cuando eso significara su eliminación. Este gesto será el primero de muchos que el mundo tuvo para solidarizar con las víctimas de la dictadura.

Entre los detenidos en el estadio hubo también mujeres. Trabajadoras, estudiantes, dueñas de casa, mujeres de distintas edades y clases sociales. Y hasta ahora, cuarenta y seis años después, prácticamente no hay testimonios que relaten su experiencia. Son muchas menos que los hombres, pero al parecer, también ha sido mucho más difícil poner en palabras lo que allí vieron y vivieron.

Este libro es el primero que reúne solo testimonios de mujeres, para que podamos conocer sus experiencias, pero, sobre todo, para otorgarles un espacio de dignidad y reparación, después de tanto tiempo. El habla y la escucha son sin duda un proceso necesario para las víctimas, pero también para que la sociedad en su conjunto se encuentre con un pasado que no deja de irrumpir en el presente.

Entre los testimonios que aquí aparecen se encuentra el de mi abuela. Y es por ello que me han invitado a presentarlo. Sí, porque mi condición de historiadora especialista en el tema, no podría entenderse sin lo primero. Saber desde muy pequeña que mi abuela había estado presa en el estadio, ha sido para mí una marca de identidad muy profunda. Así como hay niños que se definen por su color, o religión, yo tenía una abuela que había estado presa. Eso me situaba en un lugar específico de la sociedad, el de los vencidos. Suponía también que debía callar, no por vergüenza sino por miedo, y no preguntar mucho para no provocar más dolor.

Supuso también la necesidad de saber más y más y encontrar un panorama desolador, que a veces me llevaba a normalizar o peor aún a minimizar nuestra experiencia familiar, privilegiada si se quiere al lado de tantos muertos. Entonces pienso en la imagen fundacional de mi recuerdo. Mis papás, mi tía Cristina y yo en el coche afuera del estadio con la esperanza de ver a mi abuela. Supongo que nadie, en ningún tiempo ni lugar puede pensar que ir a visitar a su abuela a un campo de concentración es normal y aunque sin duda hay dolores mucho más profundos, para mi abuela este es el peor de todos, pues lo padeció en primera persona.

Yo no tengo un recuerdo de primera mano de esos hechos, pero es parte de mi memoria, y de mi quehacer presente. Gran parte de lo que hago ha sido una forma de consolarla.

Ahora ella tiene muchos años, confunde algunas cosas, se le olvidan otras, pero el acto de testimoniar para este libro la hace sentir muy orgullosa. Y para mí es muy importante saber que le alcanzó la vida para hablar y ser leída.

Espero que para todas las mujeres que acá aparecen tenga el mismo efecto y que anime a muchas otras a contar su experiencia, pero sobre todo que impulse a miles de lectores a consolarlas a ellas también. A solidarizar con sus heridas, y respetarlas todavía más.

Creo que esto es muy importante también para sus familias, que en algunos casos podrán saber aquellas cosas que no se atrevieron a preguntar. Que tal vez encuentren aquí algunas respuestas, y quizás la posibilidad de iniciar un dialogo tan postergado. O la manera de contarle a hijos y nietos aquellos que costaba tanto poner en palabras. Pero sobre todo para que quienes no lo vivieron, puedan sentir esta historia como propia.

Debemos agradecer a las autoras este trabajo tan importante, donde la historia oral se pone, una vez más, al servicio de la memoria.

Recoger estas voces es sólo el comienzo de una tarea de mucho más largo aliento. Es de esperar que este libro sea leído desde la empatía y la solidaridad, para conocer nuestra historia, para reparar a sus víctimas y aprender de sus dolores, así como de sus enterezas. Que nos sirva para educar en el respeto a los derechos humanos, que pueda ser leído en las escuelas, que podamos debatir una y mil veces sobre la necesidad de acabar con la impunidad, y que esa es una tarea que no pasa sólo por los tribunales de justicia, sino por la acción y el reconocimiento de cada uno de nosotros. Que la lección de estas páginas sea que defender la vida y la dignidad humana no es tarea solo de quienes son agraviados, si no de cualquiera que se sienta parte de la humanidad. Este es un buen comienzo.

Carla Peñaloza Palma

INTRODUCCIÓN

Cuando se abre la llave de las palabras

Escribir sobre las memorias de las mujeres acerca del pasado reciente de Chile es una tarea en construcción.¹ A casi 47 años del Golpe de Estado todavía se ha escrito e investigado poco sobre experiencias como las que visibiliza este libro, acontecidas en el Estadio Nacional, principal campo deportivo del país usado como centro de detención y tortura los primeros meses de la dictadura cívico militar de Pinochet (1973-1990).

Las imágenes, los relatos y los testimonios respecto del paso por este recinto son escasos frente a la gran cantidad de personas allí recluidas, y tratan mayormente sobre las experiencias de prisioneros políticos quienes, por la organización dentro del recinto, casi no tuvieron contacto cotidiano con las mujeres que estuvieron ahí recluidas.²

Visibilizar las memorias de prisioneras políticas en este campo deportivo tiene por objetivo contribuir a la construcción de una historia que pone el foco en las experiencias de resistencia de las mujeres, entendidas como un sujeto colectivo que siempre ha formado parte activa de nuestra historia como sociedad y país. Además de ello, queremos poner a disposición de las mujeres que protagonizan las historias que publicamos en el último capítulo, un espacio de acogida y reconocimiento que contrasta con la falta de justicia y el desconocimiento que las jóvenes generaciones tienen sobre ello.

La manera en que presentamos en este libro las trayectorias de vida de las siete mujeres que se abrieron a recordar estas vivencias y narrarlas, responde a que entendemos la prisión como un momento en la biografía de las mujeres; momento

.....
1. Los trabajos que desde el enfoque histórico relatan experiencias de organización y resistencia han posibilitado que las mujeres entremos en la historia escrita, no obstante, se pueden identificar principalmente adscritos al periodo de las primeras luchas y organizaciones femeninas.

2. Ciertamente, estos relatos personales, en su mayoría escritos en primera persona, han sido útiles para el proceso de reconstrucción histórica de esa experiencia y de esta investigación.

que pudieron sobrellevar, como veremos, de formas diversas. Ello nos da la posibilidad de no caer en la victimización que relega a quienes vivieron prisión y tortura, particularmente las mujeres, solo al sufrimiento, sin poner atención en las resistencias que hicieron posible levantarse y seguir adelante pese a los episodios vividos.

Las historias de quienes accedieron a ser entrevistadas tienen momentos de mucho dolor, sin embargo, también muestran que las mujeres generaron estrategias individuales y colectivas que les permitieron sobrellevarlo, pudiendo avanzar con sus vidas una vez que salieron de la prisión.

Ello refuerza la idea de que los avances que hemos logrado las mujeres en base nuestras acciones colectivas tienen sus orígenes en aquellas que nos antecedieron y, a su vez, en quienes las antecedieron a ellas. Esto refuerza la importancia que tiene visibilizar las maneras en que colectivamente las mujeres resistieron la dictadura especialmente conocer cómo lo hicieron en el contexto de la prisión política.

Queremos agradecer a todas quienes generosamente aceptaron compartir sus vidas para dar carne a este proyecto, a pesar de lo complejo que fue para algunas comenzar a hablar sobre este periodo: Oriana Aravena Aguirre, María Garreaud Muñoz, Ximena George-Nascimento Lara, Silvia Leiva Gómez, Lucía Neira Rivas, Cecilia Riveros De la Maza. Y, de modo especial, a Nuria Núñez Rius, fundadora y actual Presidenta del Directorio del Instituto de la Mujer, de quien nació la primera idea de investigar y escribir sobre las mujeres prisioneras del Estadio Nacional, y tuvo la disposición de contar su historia y abrir la red de contactos con la que comenzamos esta búsqueda de testimoniante.

Desde un comienzo nos interesó recopilar las experiencias de mujeres que, teniendo en común el haber estado detenidas en el Estadio Nacional, respondieran a características y condiciones diversas: haber tenido o no militancia partidaria, haber pertenecido a distintas orgánicas, o provenir de experiencias y orígenes sociales diferentes.

El objetivo era mostrar las subjetividades y particularidades de estas memorias atravesadas también por otras identidades; respetando la manera en que los mismos hechos y acontecimientos se elaboran desde el presente de formas múltiples.

La investigación consistió en una primera etapa de revisión documental acerca de la reclusión en el Estadio Nacional y el contexto represivo, observando con mayor atención las formas de violencia ejercida específicamente contra las mujeres. En un segundo momento realizamos entrevistas a las ex prisioneras, utilizando una pauta

de preguntas que sirvió de guía y abarcó no sólo el periodo de la reclusión, sino que también buscó indagar en quiénes eran, qué hacían antes y después de la prisión, cómo se organizaron durante sus detenciones, qué lazos y vínculos se forjaron e incluso cuáles fueron los momentos en que pudieron resistir y reír.

Las entrevistas contaron con consentimientos informados y las testimoniante pudieron leer y aprobar sus palabras, respetando la confidencialidad de aquello que no quisieron hacer público. También nos entregaron documentos personales que contribuyen con la reconstrucción de sus biografías, que están disponibles en la página web que complementa este libro³. Allí, las fotografías y documentos configuran una línea de tiempo en que las experiencias particulares se asocian a la historia colectiva reciente del país.

Para algunas de las entrevistadas fue tarea compleja. Varias mujeres contactadas no aceptaron ser entrevistadas o se arrepintieron luego de una primera instancia de conversación, mientras que algunas de las participantes por primera vez narraban esta experiencia. En varios de los relatos se evidencia que hubo momentos en que quisieron contar, pero que no encontraron escucha, ni siquiera entre las personas más cercanas.

Lo anterior ilustra la necesidad de seguir avanzando en la labor de registrar estas memorias, venciendo los obstáculos de quienes no se atreven a contar lo vivido para no provocar sufrimiento en otros, así como de quienes no han estado disponibles para oír, manteniendo un manto de estigma y silencio sobre la violencia represiva.

Hablar y recordar al hacerlo implicó juntarnos más de una vez para completar la tarea. Narrar y volver a mirar la propia historia escrita en papel tras la transcripción de las entrevistas y luego convertida en relato, produjo emociones fuertes en las testimoniante. Y es que retomar el hilo de lo vivido –censurado sobre todo por un medio que ha esquivado escuchar–, abrió la llave de las palabras. Estas se vaciaron torrentosas, como si hubiesen estado contenidas, y dispuestas, de pronto, a estallar.

Una vez comenzadas las entrevistas, observamos que la mayoría de las testimoniante compartía un segundo momento de detención, en la Cárcel Correccional de Mujeres El Buen Pastor de Santiago, lugar al que fueron derivadas tras el cierre del Estadio como centro de detención, en noviembre de 1973. En la Casa Correccional de Mujeres, “la Corre”, la detención cobró un carácter más

.....
3. www.insmujer.cl/camarinesdemujeres

permanente, permitiendo la generación de vínculos que hicieron posible resistir la reclusión y la incertidumbre de lo que podría acontecer con sus vidas.

Las historias narradas nos mostraron que, además, del sexo género, la procedencia social también fue una dimensión de peso en la experiencia vivida y en la elaboración de esta. Rescatamos explícitamente este aspecto, en tanto problematiza la noción de ese todo homogéneo que, constantemente, oculta diferencias y desigualdades que nos distinguen a las mujeres y que, a la vez, nos constituye como colectividad.

Los cursos que tomaron sus vidas tras las detenciones son tan diversos como las testimoniadas mismas. Ninguna historia se recuerda exactamente igual a la otra. Las elaboraciones a posteriori han dependido de los pasos que siguieron dando, así como de los nuevos avatares que han sacudido sus existencias.

Algunas que eran militantes dejaron sus participaciones políticas, mientras otras las mantuvieron. Hay quienes se han movilizado por nuevas adscripciones y proyectos personales y sociales. Para unas el temor a hablar se mantiene –y como ya señalamos, varias se negaron al ser invitadas a este proyecto–, para otras esta investigación les permitió armar los retazos de las anécdotas que a veces, en las comidas familiares, pocos quieren escuchar, transformándolos en un relato más completo. En varios casos, la escritura ha sido un camino para reelaborar este y otros momentos complejos de la vida, y una terapia creativa que les ha permitido salir de lo traumático, poniendo en palabras lo vivido.

Más allá de estas diferencias, las siete entrevistadas coincidieron en poner sus historias personales como parte de este enjambre de narrativas colectivas que, por cierto, hacen parte de la historia de un país y una región. En este proceso, los estallidos y los susurros también nos tocaron a nosotras, las investigadoras-escucha, transformándonos.

La significancia histórica de estos relatos personales radica en que la singularidad de cada experiencia puede representar, a la vez, una vivencia universal, compartida por diversos grupos sociales en distintos lugares y contextos de prisión política.

Reconstruir memorias de mujeres implica también develar formas y mecanismos específicos de represión, así como las estrategias emprendidas para enfrentar y resistir castigos que tuvieron especificidades de género.

En este sentido, las historias aquí relatadas confirman que lo vivido por estas mujeres tiene particularidades, y que conocerlas y hacerlas públicas, amplía el abanico de lo que ha sido nuestro pasado y, por cierto, de cómo podría ser nuestro futuro.

Estas peculiaridades no refieren únicamente en el modo en que ellas vivieron la violencia y las características de esta hacia ellas –por ejemplo, la violencia genérico sexual–, sino también en los mecanismos urdidos personal y colectivamente para sobrellevar estos momentos y volver a ponerse de pie. Aquello que les permitió en la actualidad, casi 47 años después, relatar los sucesos que se mantenían en paréntesis, o socializados sólo entre quienes habían sido parte de ellos.

El libro, en su primera parte, ofrece una discusión teórica respecto del testimonio y la perspectiva de género como métodos para acceder a los relatos acerca del terrorismo de Estado en la historia reciente del país. Tras eso, en el segundo capítulo la autora reconstruye el contexto histórico de la dictadura pinochetista, ahondando en las manifestaciones de la represión desde el Estado y en cómo esta tocó las vidas de las mujeres, con especial atención a la experiencia en los centros de detención que aborda este libro. Finalmente, en el tercer capítulo se presentan los relatos de las siete entrevistadas que fueron elaborados en base a las entrevistas realizadas. En cada uno se procuró mantener el ritmo, la fuerza y el carácter personal que la entrevistada le imprimió a la narración de sus memorias.

Estos relatos son un regalo principalmente para las nuevas generaciones que pueden oír las voces de las protagonistas del periodo que recordamos, acercándose al pasado reciente a través de las vivencias cotidianas de estas mujeres que quisieron hacer públicos sus relatos como un acto personal de reelaboración y liberación, y también como acto político.

Estas guardianas de la memoria abrieron las puertas para compartirlas con la sociedad, especialmente con las nuevas generaciones. Y es que las memorias personales adquieren un sentido político cuando las ofrendamos al colectivo para hacer, desde ahí, preguntas en torno a los pasados con miras a los presentes y futuros que deseamos.

Recordar, escuchar, aprender.
Los aportes del testimonio con
perspectiva de género para los
trabajos de la memoria

Tamara Vidaurrezaga Aránguiz

CAPÍTULO I

Recordar, escuchar, aprender. Los aportes del testimonio con perspectiva de género para los trabajos de la memoria⁴

*Hemos dicho palabras,
palabras para despertar muertos,
palabras para hacer un fuego,
palabras donde poder sentarnos
y sonreír.*

Cenizas, Alejandra Pizarnik

Escuchar a mujeres siempre es un acto de rebeldía, en una sociedad donde la palabra femenina todavía se encuentra maldita. Autorizadas en tanto madres virtuosas, víctimas pasivas, amantes sufrientes, los relatos que transgreden los estereotipos rígidos de la feminidad mandatada resultan molestos. Porque recuerdan que la mujer no existe, sino que somos muchas y variadas quienes conformamos esta categoría, aprisionadas forzosamente a pesar de nuestras diferencias, para hacernos más digeribles en tanto “otras”.

Cuando son las voces masculinas las que todavía dirigen el mundo, hacer un alto y sentarse a escuchar a otras que nos precedieron, es un ejercicio político y subversivo. Implica reconocerlas como antecesoras valiosas. Agradecer las experiencias que nos traspasan y los caminos que abrieron para las que vinimos después, y para aquellas que nos suceden.

Hay que reconocer que no estamos partiendo desde cero, sino que tenemos una historia colectiva. Que hemos sido protagónicas en los acontecimientos históricos,

4. Este capítulo fue elaborado por la Doctora Tamara Vidaurrezaga Aránguiz.

y vividos experiencias no archivadas en las líneas de tiempo, por presumirse irrelevantes para una historia oficial que se concentra en los espacios públicos y en ciertos aspectos de los procesos.

Escuchar, preguntar, aprender. Traer a la memoria a esas otras ubicadas en distintos periodos de la historia. Conocer cómo actuaron, qué decisiones tomaron, qué las hizo sufrir. Así como las estrategias de resistencia logradas.

Traducir sus palabras a un texto a través de este libro, busca dejar sus vivencias para la posteridad, pues, como menciona la socióloga argentina Elizabeth Jelin, las experiencias se ensanchan cuando incorporamos a nuestras vidas aquellas historias que nos son narradas.

Las mujeres fueron parte de la represión que la dictadura cívico militar de Pinochet aplicó a la población en general. Pero sobre todo nos interesa decir que fueron parte de las resistencias. No solo al terrorismo de Estado, sino ante un modo de vivir impuesto en este periodo, que transformó las dinámicas de Chile.

Porque no solo la política y la economía cambiaron radicalmente, sino las maneras en que esta sociedad se relacionaba, rompiéndose la noción de comunidad, instalando desconfianzas y un individualismo exacerbado que nos gobierna. Individualismo para el que las generaciones más jóvenes no conocen alternativa, en parte porque se han obviado los relatos de cómo se podía vivir sin tanto deseo de acumulación, buscando bienestar común y trabajando colectivamente por ello.

Los relatos de estas mujeres nos hablan de la experiencia de la reclusión en el Estadio Nacional o en la correccional El Buen Pastor, prisión a donde trasladaron a una parte de estas prisioneras cuando el campo deportivo fue cerrado como espacio represivo.

Pero también relatan los sueños de la generación de los sesenta y setenta. Los anhelos puestos en un gobierno que buscó mejorar las condiciones de quienes peor vivían, sin tener que usar las armas, en tiempos en que la guerrilla parecía la única salida posible para la desigualdad violenta (Gilman, 2003).

Silvia Leiva recuerda su vida como pobladora, y las esperanzas con el triunfo de Allende y la Unidad Popular (1970-1973)⁵ de la siguiente manera:

Para quienes participamos y que ya habíamos tenido el fracaso de que Allende no había salido anteriormente en tres oportunidades, sentíamos como que se empezaban a realizar nuestros sueños, venían las esperanzas y además yo era de campamento, de una toma de terreno y sentíamos que se acercaban nuevas posibilidades de vida. De una vida con más derechos para (...) los que éramos sin casa, que además son trabajadores, estudiantes, son campesinos, son mapuche incluso.

Los testimonios cuentan la historia de este país ubicado en un lugar recóndito y en el que, en este periodo, el planeta entero puso los ojos, incluso quienes sospechaban que la estrategia pacífica electoral sería insuficiente para transformar radicalmente el mundo. Hablan de un tiempo en el que Chile fue por mil días un foco de esperanza: Quizás las armas no serían necesarias, ni morir, ni matar. Tal vez, con alegría, trabajos voluntarios y convicción, este territorio con cordillera y mar podía dar una lección al resto del orbe.

Los testimonios cuentan lo que la entrega requerida ante las urgencias del periodo implicó en las vidas cotidianas de quienes relatan. Cómo ser madres, parejas, militantes, hijas, cuando los tiempos convulsionados de la Unidad Popular, indicaban que era el momento para jugarse enteras por una causa que bien valía el esfuerzo. Oriana Aravena recuerda el periodo de la siguiente forma:

La llegada de Allende a la presidencia fue un sueño muy lindo. Lo menciono y corren las imágenes en mi cabeza: salir a las calles, cantar –“y tú vendrás, marchando junto a mí...”–; y todas esas cosas. ¡Soñamos tanto, tanto!

.....
5. Tras las elecciones de 1970, Salvador Allende Gossens asumió la presidencia del país. Su gobierno, fue conocido como el periodo de la Unidad Popular (UP), debido al nombre de la coalición de partidos de izquierda creada en 1959 que lo apoyaron y lo llevaron al triunfo electoral, y que tuvo políticas que intentaron establecer un Estado socialista de manera democrática, conocida como “la vía chilena al socialismo”. Su gobierno enfrentó una crisis económica y financiera interna a raíz de los boicots económicos implementados por la política exterior estadounidense y por la propia derecha chilena, y terminó brutalmente con el Golpe de Estado cívico-militar del 11 de septiembre de 1973. Ese día, después de que el Palacio de La Moneda fuera bombardeado por aviones y tanques, se suicidó, negándose a abandonar su mandato por la fuerza.

Narran también lo que vino después. El Golpe de Estado y la derrota del sueño colectivo por el que trabajaron cada una desde lugares diferentes y con distintas intensidades. La dificultad de creer en la magnitud del horror que vendría. Las desapariciones y muertes de los seres queridos. Las represiones vividas en carne propia.

El Estadio no solo como centro de detención y torturas, donde se buscó deshumanizarlas quitándoles dignidades básicas, sino también como espacio en el que se fraguaron amistades indelebles. Detallan cotidianidades de la reclusión que pasaron desapercibidas en los informes y relatos heroicos. Reconocen el miedo, la desconfianza, la ayuda prestada por el carcelero joven que no eligió ese rol, como recuerda Lucía Neira en el Estadio:

A nosotros nos custodiaban conscriptos jóvenes y a uno de ellos le dije: “¿me podría mandar este papelito?”. Lo que pedía, se acuerdan mis amigas, también es cómico: una lechuga. Eran unas ansias que tenía de comer algo así, porque jamás nos daban verdura cruda, ni siquiera un perejil.

Oriana también recuerda estos momentos de humanidad como cuestiones que ayudaron a sobrellevar la reclusión:

Curiosamente, el militar que me inspeccionaba me dijo: “Aquí tiene un lápiz, búsquese en los bolsillos si tiene cualquier papel y anóteme su nombre y un número yo avisaré dónde está”. Al terminar el registro y al entregarle yo el papel, abrió la puerta y gritó: “A los camarines con la prisionera”.

Recuerdan el paso a la prisión oficial y las dinámicas de esta. Las comidas preparadas por una delincuente a quien todas respetaban. Las resistencias colectivas ante el dolor: el teatro, la música, la escritura, las risas y confesiones entre mujeres. La salida en libertad y las nuevas vidas luego de, en varios casos fuera de Chile.

Y lo que vino después. Porque la vida continuó para todas. Con mayores o menores dificultades y los resabios de las experiencias dolorosas, así como del periodo feliz que lo antecedió. Enfrentar lo que venía, sus maternidades y ganarse la vida. Volver al país de origen para quienes estuvieron en el exilio. Y para otras retornar a medias o establecerse en el extranjero, ahora el nuevo hogar.

Querer hablar y no ser escuchadas. Guardar estas experiencias para las pares conocedoras de las dificultades vividas en el Estadio. Aprender a callarse ante quienes, buscando protegerlas, hicieron oídos sordos respecto de este periodo.

Y atreverse a contarnos sus historias décadas más tarde. Disponerlas generosamente para el colectivo, en un trabajo de memoria que implicó reelaborarlas en perspectiva, observarlas con los ojos de quienes son en la actualidad, y hacerlas parte del entramado de vidas que conforman nuestro pasado reciente.

1. Narrar con perspectiva de género

Relatar las historias de estas mujeres, y sobre todo preguntarles, requiere un trabajo con perspectiva de género, que implica relevar sus relatos en tanto sujetos mandados socialmente a un lugar secundario y victimizado.

Y, al mismo tiempo, atender a aquellas cuestiones cotidianas de sus vidas, comprendiendo que la historia no solo se compone por los grandes hitos reconocidos en los libros escolares, sino también por estas minucias que muchas veces determinan gran parte de las decisiones tomadas, pero que en el relato histórico se restringen a las sombras.

La teoría feminista y la perspectiva de género han evidenciado que vivimos en una sociedad desigual, en la que el poder está concentrado en unos pocos, desigualdad que además está naturalizada como si fuera producto de la biología.

Y que, en este reparto, las mujeres nos encontramos en el segmento inferior de la pirámide, siendo las más pobres entre los pobres, las que morimos producto de la violencia machista en las calles y en los hogares, sin derecho a decidir sobre nuestros cuerpos ni proyectos vitales, discriminadas incluso entre nuestros compañeros de subordinación.

Y también han constatado cómo esta desigualdad no tiene raíces en la naturaleza ni en la biología, argumentos todavía utilizados como excusas para mantenernos en sujeción constante, a veces transformada, pero siempre vigente; construyendo arbitrariamente y de forma diversa, según cada cultura, sociedad y periodo histórico, aquello que implica ser una “buena mujer” (Rubin, 1986).

Tal como escribiera tempranamente, en los cincuenta, la feminista francesa Simone De Beauvoir, las mujeres no nacemos, nos hacemos. Esto, a fuerza de moldear

nuestras acciones, emociones, racionalidades e incluso cuerpos e improntas con actuaciones reiteradas que nos recuerdan aquello que somos, no de manera esencial sino a fuerza de repetirse (Butler, 2007).

Una de las características de esta sociedad patriarcal, ha sido invisibilizar cómo las mujeres hemos sido parte de la historia de nuestros pueblos, cómo hemos tenido agencia y protagonismo en distintos periodos (Scott, 2008), historias que nos interesa poner de relieve a través de estos siete relatos, que a la vez nos hablan de aquellas otras con quienes compartieron las experiencias narradas.

La perspectiva de género no sólo implica contar historias de las mujeres, sino también relatarlas sospechando de los estereotipos rígidos en que hemos sido encapsuladas, por ejemplo, convirtiéndonos en víctimas constantes de los acontecimientos, cuestión que estas narraciones ponen en cuestión.

Significa, asimismo, que el foco de interés de las preguntas –y de la escucha que muchas veces coarta la palabra de quien testimonia– no versan solo sobre los hitos públicos, sino también sobre aquello que el crítico argentino Nicolás Casullo denomina esas “cuestiones sin importancia”: las historias de amor, una anécdota con los hijos, la preparación de una comida en la cárcel. Esas cartas y cuentos clandestinos que salieron para decir te quiero. Las risas a pesar de todo.

2. “De alguna manera había que distraerse”

Modificar el foco permite poner en relieve aquello sucedido en el espacio personal, y comprenderlo como algo también político. Y a la vez posibilita conocer las estrategias de resistencia que les permitieron continuar sus vidas, como el arte y las risas en medio de la prisión.

María Garreaud recuerda un episodio en medio de la brutal represión vivida en el Estadio Nacional como hito relevante que la ayudó a resistir:

A pesar de todas las penurias y hambre quedaba algo de humor. En las tardes, antes de que nos encerraran, había función de teatro, había show. Un día llegó un carro con ropa usada, faldas, blusas y chalecos, y nos repartimos aprovechando lo que se pudiera. En esa ocasión a una de las detenidas, una profesora de castellano inventó un desfile de modas. De alguna manera había que distraerse.

En ese mismo recinto, donde todo parecía de una brutalidad inusitada y sinsentido, gestos colectivos como el recordado por Cecilia Riveros evidenciaban rayos de luz que les recordaban a quienes estaban reclusos que seguían siendo personas:

Me acuerdo que un día, mientras esperábamos en las galerías, hubo una cuestión bien bonita: estábamos ahí, no sé cuántos habríamos, 5 mil o 6 mil, quizás. Mirábamos cómo cortaban el pasto de la cancha con los carritos. Y, en una de esas, el carrito entró al arco y gritamos fuerte y al unísono: “¡Gooooo!!”.

Lucía rememora la obra de teatro realizada ya después, cuando se encontraban prisioneras en La Correccional, luego de ser trasladadas al cerrarse el Estadio:

Era como que íbamos en un tren, a alguna parte, iba un militar, se disfrazó de hombre la Isabel Miranda⁶. Yo hice de prostituta (...) con una faldita que alguien me prestó, que me llegaba aquí, no me tapaba nada, se me veían los calzones, bien pintada y todo (...). Todos riéndose, todos en chunga, todos a reírse. El militar que hizo la Isabel Miranda... parecíamos actrices. Así que hicimos reír a un montón de gente, hasta las monjas se reían. Y al final la Monique⁷, que cantaba precioso, era chilena-belga, hizo un striptease cantando (...) y sacándose capas y capas de ropa, de eso se trataba, nunca quedó desnuda.

Estos relatos nos hablan de aquello que señala el crítico alemán Andreas Huyssen cuando convocó a no alojar exclusivamente las memorias en el trauma y la victimización, indicando que el pasado es más que una cárcel de infelicidad (2001). Esto es doblemente relevante en el caso de las mujeres, quienes históricamente hemos sido ubicadas en el lugar de víctimas pasivas sin agencia respecto de nuestras vidas y los procesos históricos.

6. En el listado de mujeres detenidas en el Estado Nacional consta como Luisa Isabel Miranda Alarcón, siendo posteriormente trasladada a la Correccional de Mujeres. En la nómina de detenidas en esta última, aparecido en el Informe de la Organización de Naciones Unidas (ONU) de 1974, figura como Isabel Miranda Alarcón. Ver <http://www.archivomuseodelamemoria.cl/uploads/5/8/58049/G7502410.pdf>

7. Monique era Mónica Hermosilla Jordens, quien estuvo reclusa en el Estadio y luego en La Correccional y que es recordada en varios de los relatos presentados.

Este reduccionismo, se basa también en lo que ha implicado una autoridad narrativa reducida respecto del pasado reciente en países de la región donde hubo represiones dictatoriales. Aquello que el historiador catalán Ricard Vinyes llama “biologismo memorial” (2009), autoridad radicada en el daño sufrido en el cuerpo y la mente por el individuo, como activo de la memoria transmisible.

O sea, el derecho a la palabra respecto de la violencia del pasado como resultado de la cercanía con el sufrimiento y los estragos de la represión. Esto se traduce en una mayor autoridad habiendo vivido en carne propia estos tormentos, la que además se hereda a los familiares cercanos. A la vez, despoja al resto de la ciudadanía del derecho a debatir sobre el pasado, y por tanto problematizar los futuros que queremos, cuestión que para Vinyes (2016) debiera ser una responsabilidad y derecho ciudadano.

Para este autor, el sufrimiento no puede instalarse como común denominador y autoridad de la memoria transmisible, puesto que –si bien este debe ser conocido porque fue resultado de la vulneración de los derechos de las personas– fueron las prácticas de transgresión a estos regímenes autoritarios aquello común a la resistencia y oposición a las dictaduras (Vinyes, 2009).

Con esto no solo refiere a las acciones enmarcadas en las militancias políticas, sino a todas las prácticas de disidencia informal ciudadana para rehusar la imposición violenta del terrorismo de Estado. Esto, porque mientras el dolor sería una experiencia, la transgresión sería un valor recuperable como patrimonio democrático y, por tanto, capital heredable en el tiempo (Vinyes, 2009).

Los relatos dan cuenta de situaciones diversas durante la Unidad Popular, si bien la mayoría militaban, cuestión que Silvia relata con orgullo indicando que eran pocas las mujeres que participaban políticamente entonces, indicando:

(...) en ese período no eran muchas las mujeres las que se metían en política y menos todavía como dirigentes de movimientos como las tomas de terrenos, ir a enfrentarse, porque, aunque éramos muy jóvenes igual nos teníamos que enfrentar con la represión y entonces marcó mi vida en la medida que esa experiencia de Nueva Habana⁸ (...) llegó a influir en el área sur oriente del

.....
8. El Campamento Nueva Habana surgió a raíz de una toma de terreno impulsada por el Movimiento de izquierda Revolucionaria MIR en 1970 como parte de la estrategia de poder popular asumida por esta orgánica.

Servicio Nacional de Salud. Fuimos parte del consejo paritario, o sea, yo como representante de los pobladores de Nueva Habana tenía el mismo derecho y el mismo voto al estar junto a médicos, matronas, enfermeras cuando se estaban discutiendo las políticas de salud para el área. Porque por supuesto los que éramos representantes de las poblaciones sabíamos exactamente dónde estaban las necesidades y podíamos poner sobre la mesa ese derecho no bajo los intereses de partido... sino que nosotros, porque la salud es un derecho. Nosotros como pobladores con otros campamentos de otras poblaciones nos poníamos de acuerdo también.

Por supuesto que resulta relevante escuchar los relatos de momentos dolorosos y traumáticos de estas testimoniadas, puesto que develan los abusos cometidos y establecen responsabilidades respecto de estos, entregándonos herramientas para reflexionar sobre la sociedad que tenemos hoy en día y aquella que queremos construir.

Nos interesó conocer esas “resistencias cotidianas”, al decir de Michel De Certeau (2000), quien indica que es en este espacio donde se producen no solo acatamientos a los sistemas dominantes —en este caso el poder dictatorial, así como a las normas de género— sino también resistencias que merecen ser visibilizadas y atendidas. Esto, porque tal como indica Michel Foucault (2008), en todos los espacios de la vida existen relaciones de poder, y donde hay poder existirán resistencias ante el mismo.

En este sentido, la relevancia de la cotidianidad se vincula también con el lugar de enunciación resultante de las experiencias y condiciones devenidas de los mandatos de género, ya sea que hayan sido aceptados, resistidos o subvertidos.

Todos los relatos dan cuenta de subversiones a los mandatos de género desde lugares distintos, mostrando en general orgullo por esto. Quedarse a cargo de los hijos luego de enviudar, militar en partidos políticos, moverse en mundos de hombres y salir adelante.

Ximena George-Nascimento narra cómo en el periodo de los sesenta ya tenía actividades poco comunes para sus congéneres:

Conocí a Margot Duhalde⁹. Éramos las únicas mujeres que piloteábamos allí. Mi marido también era piloto, del Club Universitario de Aviación. Teníamos todos los avioncitos de Santiago a nuestra disposición. Claro que en esa época eran dos aeródromos no más, más uno para planeador.

Cecilia evidencia su malestar ante el sexismo, cuando narra cómo el día del Golpe llega al punto de reunión con otra compañera y las mandan a preparar una sopa que, además, debía tener camarones previamente pelados, para que los compañeros discutieran qué hacer, cuestión que la espantó:

¡Era insólito! ¡Íbamos a otra cosa, no a hacerles “sopita” a unos tipos que se ponían exquisitos! ¡Era un momento tan importante, y ellos querían comer colitas de camarón! ¡Lo encontré último! Además, ¿por qué ellos no pelaban los camarones?, ¿por qué nosotras? Siempre he sido bien feminista en ese sentido, tal vez porque mi mamá y mi papá nos criaron así a mí y mi hermana. Bueno, ambas nos marchamos.

Asimismo, los relatos hacen hincapié en cuestiones relevantes para las testimoniadas, dado el lugar social en tanto madres que les correspondió primordialmente en una sociedad patriarcal, pero también por las horas de convivencia con esos descendientes dado este rol. Por ejemplo, –y en el caso de este libro– la relevancia de las consecuencias de estas represiones para los hijos, cuestión que estas mujeres difícilmente pueden desoír.

Oriana recuerda el momento en que la van a detener y cómo su primer pensamiento es dejar algún nivel de protección a sus hijos que dormían en ese momento, pensando que quizás no volvería a verlos:

Pedí permiso para despedirme de ellos. Aproveché de pasar a mi pieza y saqué de la cómoda una bolsita con cuatro o cinco joyas que estaban guardadas desde mi niñez, recuerdos de familia. Me

.....
9. Margot Duhalde fue la primera mujer graduada como piloto civil en Chile en 1938. Mintió para ingresar a la Fuerza Aérea de Chile (FACH), indicando que cumplía con la edad exigida (20 años, aunque tenía 16). Al estallar la II Guerra Mundial viajó a Europa y se desempeñó como piloto de las Fuerzas Francesas libres. En 1947 regresó a Chile y ejerció como piloto particular y comercial. Posteriormente, se convirtió en Jefa de Torre de Control de la FACH.

acerqué suavemente a la camita de mi hijo mayor, de seis años en ese entonces, y la deposité bajo su almohada.

La importancia de la cotidianidad, como lugar a interrogar para comprender cómo se reelabora el pasado, es que en este espacio confluyen varias voces, pero también se producen confrontaciones entre posiciones distintas y las generaciones pueden dialogar y discutir. Al mismo tiempo, es en este espacio donde se rememoran los buenos momentos, incluso dentro del horror, recordándonos que la vida continúa teniendo sentido y que es posible mantenerse en pie a pesar de los vendavales.

Como ya mencionamos, en los testimonios presentados, y lejos de referirse solo a los dolores, estas mujeres agradecen *“haber conocido gente fantástica”* como relata Nuria Núñez refiriéndose a compañeras de prisión como la doctora Gálvez¹⁰, María Cecilia Yáñez, la “Condorito”¹¹, o Lucy Lortsch¹², a quienes califica de “mujeres extraordinarias”, destacando sus presencias en este período difícil de su vida:

(...) los vínculos, la solidaridad, el apoyo, el que estén contigo cuando tú estás mal, o tú estar con las otras, el compartir. Compartir lo poco y nada que tenías, si tenías lo que fuera lo compartías... o cosas así, entonces eso yo creo que fue un aprendizaje y fue bonito.

.....
10. La Doctora Laura Elena Gálvez estuvo detenida en el Estadio Nacional y luego también pasó a La Correccional de mujeres. Consta en el listado de mujeres presas en esta última, que se incluyó en el *Informe de Violaciones a los Derechos Humanos en Chile* de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1974. Ver: <http://www.archivomuseodelamemoria.cl/uploads/5/8/58049/G7502410.pdf>

11. María Cecilia Yáñez, estuvo detenida en el Estadio Nacional y en La Correccional de mujeres. Fue conocida entre las detenidas como “La condorito” o “La Condoro”, aparentemente por el tipo de sandalias que usaba (semejantes al personaje de las tiras cómicas chilenas, *Condorito*). Como muestran algunos de los relatos de este libro, ella representó para muchas de las encarcelada una fuente de alegría y de inspiración por su espíritu inquebrantable.

12. En documentos Lucy Lortsch es referida como escritora, historiadora y artista del grabado. En las alusiones su nombre es escrito con variaciones. En el listado de mujeres detenidas en el Estado Nacional consta como Lucy Lortsch Ravett. Por su parte, el informe de ONU de 1974, la menciona como Lucy Lortsch bajo el subtítulo de “personalidades detenidas”, en donde se la identifica como “escritora y dirigente de la Asociación de Empleados de Chile”; y como Lucy Lortsch, en personas con “lugar de detención desconocido”. Una nota de prensa del 25 de agosto de 1973 (“Identificada autora de difamación histórica”, *El Mercurio*, Santiago, Chile del 25 de agosto de 1973, 26.), la presenta como Lucy Lortsch, autora del libro *Capítulos de la historia de Chile*, publicado bajo seudónimo, el que se habría ganado el “repudio” de “círculos militares e históricos” al “difamar” al prócer de la patria, Bernardo O’Higgins. Este hecho devino, luego, en su captura y confinamiento

Cecilia, recuerda el cumpleaños que en la piscina del Estadio Nacional decidieron festejarle a la querida Condorito, a pesar de las condiciones en que se encontraban y haciendo uso de toda la imaginación y resistencia posibles, momento que relata de la siguiente forma:

Estaba de cumpleaños, y todas queríamos mucho a la Condoro. Y dijimos: “vamos a hacerle una fiesta de cumpleaños” (...) Sacamos florcitas, le hicimos ramitos de flores, otra tenía una naranja. Porque las frutas y las cosas que llegaban de afuera, que no dejaban entrar, nosotros generalmente se las dábamos a las embarazadas. O sea, preferencia, que las embarazadas tuvieran manzana, tuvieran naranja, tuvieran lo mejorcito. Lo que quedaba, era para uno, que era re poco. Entonces usamos una naranja, hicimos regalitos a la Condoro. Imagínate, no sé cuántas habría a este lado, y al otro lado. Eran 100 metros, entonces, nos disfrazamos. En la piscina (...) llegaba una con una cuestión: la embajadora de Rumania, a su excelencia. Ella estaba en un trono, porque era la princesa, la reina (...) llegaban con la naranja, otra con una cosita... porque había una chiquilla que hacía escultura con jabón. Precioso (...) Esta chiquilla hacía las piezas del ajedrez en jabón. (...) Le regalamos algo que hacía cada una, pero que había ahí. Y está en su trono, y todas llegaban, la embajadora y su séquito que viene... nada más lindo. Entonces en un minuto (...) le cantamos feliz cumpleaños.

Lucía recuerda la solidaridad desinteresada de la trabajadora doméstica que cuidaba a su hijo, y quien hasta el momento de la desaparición de su esposo había sido una mujer muy parca, relevando este tipo de apoyos que nunca contempló y le hicieron menos duros estos amargos momentos:

No había pasado una semana y apareció Eliana, la empleada que teníamos antes del Golpe. Le expliqué que no le podía seguir pagando. Ya no tenía trabajo. “¡Ya, señora!”, dijo, parca como era. Se fue, pero a los pocos días volvió trayendo consigo un saco con café, detergente, azúcar: “Tome señora, he sabido que don Arsenio no está”, me dijo. Me tomó por sorpresa su gesto, y es que durante la Unidad Popular ella nos miraba con el ceño

fruncido. No era partidaria de nuestras ideas. “¡Yo me vengo a trabajar con usted, a cuidar a Pablito!”, agregó.

Relatar dando espacio a la cotidianidad, permite conocer esas experiencias que podrían pasar desapercibidas con otro enfoque, o que reducirían experiencias, como la prisión, exclusivamente al trauma, impidiendo comprender la complejidad de los seres humanos que habitaron estos procesos y sus capacidades para resistir y revertir lo que podía ser solo dolor, transformándolos en momentos recordables e incluso bellos tras el paso de los años.

3. Posibilidades y límites del trabajo con testimonios

Al trabajar con testimonios, resulta fundamental atender que estas narrativas son reelaboraciones sobre el pasado realizadas desde el presente. Por esto, lo relevado se vincula directamente con lo que la persona que narra es en la actualidad, quien realiza una selección del pasado coherente con lo que desea contar sobre sí misma, como dirá el historiador y sociólogo austriaco Michael Pollak (2006).

El relato recrea la experiencia a través de recuerdos, interpretando el pasado desde una actualidad que le otorga un nuevo sentido (Kaufman, 2014), y estando desfasado respecto de los sucesos narrados, puesto que –como indican las sociólogas argentinas Claudia Bacci y Alejandra Oberti– los testimonios son actos a través de los que el pasado se actualiza en el presente (2014).

Este tipo de relatos aportan a la reconstrucción del pasado reciente, y al mismo tiempo es relevante asumir que en estos discursos, siguiendo al historiador francés Henry Rousso, algunos segmentos de lo sucedido serán borrados mediante el olvido, componiendo “un paisaje distinto del pasado” (2002).

Este dispositivo, permite transmitir la experiencia habida a quienes no estuvieron allí. De este modo, las nuevas generaciones, y quien tenga disposición a la escucha, puede conocer y aprender de la experiencia narrada aumentando las propias sobre el pasado no vivido, si logra incorporarlas.

El relato testimonial es siempre subjetivo y evidencia la especificidad de quien narra, apareciendo “el sujeto como testigo singular”, como dice la psicóloga argentina y especialista en traumas a partir de la violencia política, Susana Kaufman (2014).

Parte de esta singularidad, en el caso de las entrevistadas de este libro, son las condiciones y mandatos de género con las que fueron socializadas y que les tocó habitar, comprendiendo que las memorias son posibles dentro de ciertos marcos sociales y no en otros (Halbawchs, 2004).

Si las memorias son más o menos audibles, en tanto existan marcos adecuados para ser escuchadas colectivamente, estas condiciones de posibilidad también se deben al contexto de lo aceptable sexo genéricamente en un periodo y lugar específico. Entendiendo que existen marcos sociales que aceptan o sancionan diferenciadamente comportamientos en hombres y mujeres y que dependen de las normas de género.

Entonces, lo decible y lo no decible, también se vincula con estas expectativas sociales de género, que mandatan lo que se puede y no se puede decir públicamente para las mujeres, así como con la conciencia, tras el paso de los años, de ese lugar desigual que habitamos en la sociedad, cuestión que en los setenta no necesariamente era patente.

Walter Benjamin, describió un tipo de experiencia que, para ser completa, requiere contar con un sujeto con autorización para narrar, quien debe tener disposición a transmitirla, y un público dispuesto a escucharla (2008). Si no se cumple con estos tres requisitos la experiencia queda interrumpida, puesto que no logra transmitirse al colectivo, quedando solo en quien la vivió.

Para quien testimonia, puede haber silencios necesarios debidos a la protección propia o de otros (Halbawchs, 2004), que a veces esperan el momento propicio para ser expresados, como explica Pollak, “la cuestión no es solamente saber lo que, en condiciones extremas, torna a un individuo capaz de testificar, sino también lo que hace que se lo solicite, o lo que permite sentirse socialmente autorizado a hacerlo en algún momento” (2006).

Sin duda existe el derecho al silencio de quien fue víctima del terrorismo de Estado, ya que la memoria o la transmisión de la experiencia no puede imponerse como un deber para quienes sobrevivieron y viven con recuerdos, que en algunos casos no han podido elaborarse de forma suficiente como para ser traídos al presente de manera no traumática.

En el caso de las protagonistas de este libro se abrieron a narrar experiencias que consideraron relevantes para la historia de nuestro país, de ahí que existió la disposición a relatar estos momentos, así como otros de sus vidas.

Algunas intentaron hacerlo en el pasado, pero sin posibilidad de escucha, esperan encontrar hoy una disposición social que atienda a estas experiencias, permitiendo que la experiencia sea completa, o sea transmitida al conjunto de la sociedad.

Porque la posibilidad de narrar se vincula también con la disposición a la escucha, situación que ha encontrado dificultades, según lo que cuentan las mujeres que participan en este libro, obstaculizándose la posibilidad de relatar cuestiones dolorosas que no solo la sociedad, sino incluso las familias, se han negado a oír, quizás creyendo que así las protegían.

Varias coincidieron en que sí bien han querido hablar, de lo que les pasó al ser detenidas tras el Golpe de Estado, no fue fácil encontrar oído familiar ni social, lo que encapsuló el dolor y dificultó las elaboraciones al respecto.

Esta dificultad de la escucha se debió, por una parte, a voluntades políticas, en contextos en que se propugnó el olvido como método de conciliación social. Jelin apunta a que “toda política de conservación y de memoria, al seleccionar huellas para preservar, conservar o conmemorar, tiene implícita una voluntad de olvido” (2011).

Lucía Neira, por ejemplo, relata sobre cómo fue citada a declarar para el Informe de Verdad y Reconciliación, conocido como el Informe Valech¹³:

Y entonces, me toca a mí hacer esa declaración y yo le digo: “Yo soy la mujer, bueno la viuda de Arsenio Poupin”. Y el tipo me dice: “Señora no hagamos nada más”. O sea, era como una especie de cedazo eso, para saber (...) me dijo: “Señora, no, creo que ya lo sabemos”, porque una abogada de derechos humanos en lo que era el INP antes, ella me dijo: “Sabes Lucía, es que he estado leyendo tu expediente y realmente me quedé así boca abierta. Algo así me dijo, que parecía una novela de terror. Pero mi relato no ha sido de terror, yo estoy segura que no.

.....
13. La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, o más conocida como “Comisión Valech” (en honor a Monseñor Sergio Valech quien la presidió) fue creada el año 2003, para esclarecer la identidad de quienes vivieron privación de libertad y torturas por razones políticas, a manos de agentes del Estado o de personas a su servicio durante la dictadura militar de Augusto Pinochet. Se recibieron testimonios y luego se elaboraron listados de quienes calificaban como víctimas en este ámbito, existiendo a la fecha dos listados de personas admitibles en la “Comisión Valech” 1 y 2.

Si bien quien la entrevistó, seguramente intentaba ahorrarle un momento difícil, Lucía quería hablar y no pudo hacerlo. Sin embargo, y tal como agrega la misma Jelin, las voluntades de silenciar generan resistencia y reacciones para mantener vivas esas otras interpretaciones y narrativas del pasado.

Acceder a contar sus historias y hacerlas públicas en este libro es justo eso: Una resistencia ante el silencio impuesto, la falta de escucha en los círculos cercanos, una sociedad que no pocas veces insiste en que, después de tantos años, mejor es avanzar obviando el pasado, no importando que las consecuencias de este estén patentes en la actualidad, y de seguro en nuestros futuros.

4. Las violencias genérico sexuales y la dificultad de escucha

Una cuestión reiterada en las mujeres que vivieron la encarcelación fue el paso por las torturas, con las consabidas violencias genérico sexuales que estas implicaron, buscando castigarlas, denigrarlas y hacerlas retornar al lugar de la feminidad mandatada (Bunster, 1991). Este, quizás ha sido uno de los temas en que mayor dificultad de escucha han encontrado quienes testimoniaron, cuestión por lo que estos relatos emergen cada vez que tienen la posibilidad de ser oídos.

Estas violencias, lejos de ser un problema íntimo de cada víctima, son un tema social, en tanto la transgresión de estas intimidades, tal como menciona la intelectual argentina Marta Vasallo (2009), tiene por objetivo un carácter público, puesto que “se comete para que otras/os detenidas/os escuchen o vean, para que se sepa en el restringido marco del centro clandestino o la prisión y para que se tema en toda la sociedad. Sus objetivos son específicamente políticos, puesto que es una forma de violencia que ha sido organizada por la estructura sistemática del terror” (Bacci et al.).

Por esto, es relevante dejar de vincular estas experiencias de maltrato únicamente con ofensas al pudor, y comprender la complejidad política de las mismas, cuestión que se potencia en el caso de las mujeres, quienes hemos sido socializadas para avergonzarnos y hasta culpabilizarnos cuando hemos sido violentadas sexualmente, como si tuviéramos algún tipo de responsabilidad sobre lo sucedido.

Estos maltratos específicos que buscaron desarticular a las mujeres reprimidas se enmarcaron en la lógica de la “contrainsurgencia” y la doctrina de la “seguridad nacional” del aparato represor, según los que las mujeres del bando contrario se diferenciaban entre “enemigas” o “mujeres del enemigo” (Olavarría, 2003).

Es necesario leer estas torturas como parte de un entramado mayor de violaciones a los derechos humanos y prácticas de control dictatoriales hacia la sociedad completa, que utilizaron la especificidad de género sistemáticamente para agravar los tormentos a los que fueron sometidas mujeres y hombres al ser detenidos.

Esto se evidencia por la sistematicidad de estas expresiones de la represión dictatorial, por lo amplio de las mismas repitiéndose en otras dictaduras de la región, y por el cientificismo alcanzado, con el paso de los años, para cumplir con este cometido.

En el primer listado del Informe de Prisión Política y Tortura, de un total de 3.399 entrevistadas, casi todas señalaron espontáneamente “haber sido objeto de violencia sexual sin distinción de edades y 316 dijeron haber sido violadas”¹⁴, concluyéndose que este fue un maltrato expandido en el caso de las mujeres y aunque la pregunta específica, nunca fue realizada.

Estas violencias, tienen un amplio espectro de expresiones, y entre ellas hay cuestiones reiteradas como ofensivas y brutales más allá de la violación, y que se relacionan con la desnudez forzada, el reírse de sus cuerpos o tener que ir al baño ante la vista de los guardias. Nuria Núñez recuerda al respecto:

En el coliseo arriba. Es mucho toqueteo del cuerpo, de reírse de tu cuerpo. ¡Ah! Esta no tiene pechugas, así que no sirve pa' na (...) Las torturas, más electricidad, maltrato duro... la amenaza: te vamos a matar, que te voy a cortar el pelo, yo usaba el pelo largo, te vamos a cortar el pelo, muchas amenazas y esto como te digo muy sexual, con la amenaza sexual.

El relato evidencia justamente cómo aquellas cuestiones que parecerían menores y no necesariamente sexuales utilizan la especificidad de género para atormentar: *Te voy a cortarte el pelo*, no me importa cuánto lo cuidaste o lo dejaste crecer, no me importa que no quieras, porque estás a mi merced. Tu cuerpo me pertenece.

Estas violencias no solo se enmarcan en cuestiones evidentemente sexuales, concentrándose en marcas de género simbólicas que para ellas eran relevantes y que –en el contexto de un campo de reclusión y torturas– significaron tormentos aumentados: cuerpos amenazados y expuestos indefensamente ante los represores.

14. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (Comisión Valech) (2004). *Informe*. Capítulo V. Métodos de tortura y definiciones: violencia sexual contra las mujeres.

Por una parte, olvidar fue la estrategia necesaria para seguir viviendo, como señala Jorge Semprún tras la experiencia de los campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial, herramienta a la que toda víctima tiene derecho. Aquello que Nuria Núñez describe como “un alivio, un regalo”, indicando sobre la tortura en general y lo vivido en el Estadio:

En general no se habló más del tema. Cuando yo llegué a la correccional me acogieron. Me dijeron “olvidalo todo”, nadie más te va a hacer daño. No se tocó más el tema (...) fue un alivio, un regalo. Nadie quería hablar de lo que habían vivido (...) Todo era para olvidar, distraernos.

Por otra, cuando sintieron la necesidad de hablar luego de estas experiencias de maltratos, la escucha social y familiar no siempre estuvo disponible, como evidencia la ausencia de la pregunta a quienes se entrevistó en el Informe Valech, cuando –a pesar de los años transcurridos y que la gran mayoría de las mujeres quería hablar–, la pregunta sobre la violencia genérico sexual no se realizó.

Esto ocurrió desde los primeros años de la represión, según relata Roberto Garretón, abogado de derechos humanos y quien fue uno de los primeros en tomar testimonios a mujeres que habían sido detenidas y encarceladas, indicando que la pregunta no se realizaba atendiendo al “pudor natural” de las mujeres, razón que oculta la dificultad de escucha de quienes tomaron los testimonios ante relatos tan duros. Concluye el jurista que “las agresiones sexuales no se registraron y menos dieron origen a expedientes judiciales” (Garretón, 2005, 51).

Oriana refiere a la dificultad de hablar sobre estas experiencias límite, incluso al interior de la propia familia:

Traté de contarle a mi hermana que era de derecha... Bueno, pero es mi hermana, yo la quiero igual. Un día traté de contarle porque era mi hermana, le dije: “Iris, yo sufrí mucho, tú nunca me has preguntado de todo lo que pasé, siempre he querido hablar contigo”. “No, Oriana, porque si hubiera sido para el otro lado, habría sido terrible”.

5. “Mamá ¿A dónde la llevan?”

Una de las cuestiones reiteradas en quienes vivieron directamente el terrorismo de Estado, son las consecuencias con las que carga la generación siguiente, sobre todo si se encontraba en el momento de la infancia cuando los hechos ocurrieron.

Es por esto que el Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial EATIP, institución de salud mental y derechos humanos, menciona que el daño producido por estas experiencias traumáticas fue multigeneracional, puesto que simultáneamente fueron afectadas varias generaciones; intergeneracional, al producirse conflictos entre generaciones, y transgeneracional, puesto que los efectos de este daño reaparecen de maneras diversas en las generaciones siguientes (Kordon, 1999).

Esta noción reconoce que no solo fueron afectadas las personas adultas por la represión y la vida en un sistema dictatorial, sino también la infancia del periodo, e incluso aquella que nació posteriormente, en tiempos de democracia, pero carga con el trauma y el silencio familiar que evidencia el daño.

En el caso de estos testimonios, esto resulta más evidente, puesto que en varios casos los hijos e hijas estaban cuando ellas fueron detenidas, y vivieron las separaciones intempestivas y el miedo a edades tempranas, adecuándose a la emergencia.

Para la antropóloga chilena Ximena Bunster, uno de los daños vividos por las mujeres y aumentado por sus condiciones y roles de género, son las detenciones delante de sus hijos, señalando que –dadas las normas culturales– “(...) cuando una mujer es detenida en su hogar, la protección y el refugio que ella representa se hacen trizas, como también queda destruido el control y coherencia que ella mantenía en la esfera íntima de su casa” (Bunster, 1991, 48).

Esto emerge en varias de las entrevistas como un tema relevante, por ejemplo, cuando María Garreaud recuerda a una compañera de detención que era madre de una pequeña, y con la que todas empatizaron:

(...) lo que nunca me olvidé fue una vez que se nos arrancó del grupo una señora que parece que era asistente social, porque el marido tuvo la mala idea de ir con la niñita a la reja, y eso fue un drama. Lloraba la mamá, lloraba la niña, lloraba el papá y al final llorábamos todas.

Lucía recuerda cómo su hija fue a prepararle un bolso pequeño con artículos básicos al enterarse que se la llevarían detenida, mientras el más pequeño, disfrazado, le preguntó a dónde la llevaban:

Le digo a Loreto: “prepárame un maletincito”. Y ella, que sabía hacer tan bien las cosas, saca mi neceser rojo, del tiempo de mi primer matrimonio, y me pone un par de calcetines, ropa interior, mi crema, todo. Juan Pablo jugaba en la casa del vecino que tenía un hijito de la misma edad. Cuando me están sacando sintió el ruido. Trataron de detenerlo, pero él salió. Con cuatro años y con su disfraz del zorro dijo: “mamá, ¿dónde la llevan?”

Oriana rememora cómo en un momento, posterior a su salida, su hijo de solo 6 años tuvo noción de su temor frente a un militar:

(...) fui a dejar a mi hijo mayor. Y cuando vi a un militar me temblaron las piernas y no podía atravesar la calle, pero mi hijo de solo 6 años me sujeta la mano y me dice: “Afírmate de mí, yo te voy a ayudar a cruzar la calle”. Ese fue mi incentivo para no dejarme vencer. (...) Después ese mismo niño me daría una lección de grandeza, ese es el mayor. Llama mi cuñada desde fuera de Chile y me dice que envíe al mayor a su casa, que ella lo puede educar y alimentar por un tiempo mientras se soluciona todo. Esto lo conversaba de noche con mi madre, pero él lo escuchó, no estaba dormido como pensábamos. Al día siguiente nos dice: “Mamá, mándame con mi tía Elsa, yo te quiero mucho, no te voy a olvidar nunca, pero si así puedes alimentar mejor a mi hermano, ¡hazlo!”. Se veía tan pequeño y sus pies no tocaban el suelo de la silla en que estaba, lo abracé y le dije: no, no nos vamos a separar. Si nos morimos, lo haremos los tres juntos. El niño escuchó, ¿te imaginas? Si fue capaz de decirme que lo mandara, que él nunca me iba a olvidar. Entonces yo digo, ¿te imaginas las marcas que tienen?

Las marcas que tienen, muestran justamente el daño por la experiencia brutal vivida a corta edad y con escasas herramientas, a pesar de lo que estos infantes comprendían, más de lo que sus madres creían.

Las detenciones, el tiempo separados de sus madres, los reencuentros con mujeres que seguramente no eran igual a las de antes tras las represiones brutales vividas y observadas, probablemente dejó daños transgeneracionales, cuestión por la que el Centro de Salud Mental y Derechos Humanos de Chile CINTRAS, discute el término de segunda generación acuñado para estos infantes, dando cuenta que vivieron en primera persona y directamente las consecuencias del terrorismo de Estado (2009).

Los resultados del terrorismo de Estado se mantienen hasta la actualidad, cuando en los testimonios leemos cómo el exilio provocó una distancia con los hijos criados en el extranjero y quienes de adultos han definido vivir en los países en que crecieron. Al respecto Ximena cuenta:

(...) no pude traerme a mi hijo y su familia. Eso es algo que lamento profundamente. Él ya estaba casado, su esposa es italiana y no se iba a mover, porque quería estar cerca de la “mamma”, así que quedó allá instalado. Sigue viviendo con su familia en Londres. ¡Cada uno con su destino! Pero esto es el cuchillo que significa el exilio, que rompe familias, que te parte el corazón, el alma, todo.

Tal como evidencian los relatos que refieren a la descendencia, estas mujeres tienen claridad respecto del dolor vivido por esos otrora niños y niñas, y las consecuencias que para ellos tuvo también el terrorismo de Estado. En sus narraciones cuentan cómo trataron de suavizar estos desgarros, por ejemplo, en el caso de Lucía quien tenía dos hijas púberes y un hijo menor muy pequeño, enviándoles cuentos para estar presente de alguna manera y explicarles lo que estaba pasando.

Sin embargo, muchos de esos dolores fueron insalvables en esos infantes y posteriormente jóvenes y adultos. Un tema respecto del que el Estado ha hecho caso omiso, asumiendo que solo quienes eran personas adultas vivieron y comprendieron la brutalidad de la dictadura. Los relatos evidencian que esto no fue así y que fueron familias completas las golpeadas.

6. “No me pueden haber destrozado”

Seguir viviendo después de estas experiencias no fue fácil, y sin embargo todas las protagonistas de este libro lo lograron. Los hijos e hijas, las necesidades materiales, la esperanza en un mañana mejor, las empujaron para continuar.

Algunas tuvieron nuevos amores, se embarcaron en apoyar la solidaridad con Chile en el extranjero, participaron de otras causas políticas y sociales, estudiaron, se hicieron cargo de sus familias, aprendieron a vivir en países ajenos, o a funcionar en el país propio que, tras el Golpe, parecía desconocido.

La dificultad no tuvo que ver solo con la experiencia vivida, sino también, por habitar un país y/o un entorno en el que la represión dictatorial no era un tema del que se pudiera hablar. Memorias subterráneas (Pollak, 2006) que portaron por años, incluso décadas hasta permitirse y ser permitidas en la palabra pública y en las batallas por la memoria hegemónica. (Illanes, 2002)

Sobre la importancia de transmitir estas memorias a las nuevas generaciones, Silvia reflexiona:

Es importante por lo que significa para las nuevas generaciones, lamentablemente tenemos experiencias como el holocausto, que todavía tienen la importancia de que los nietos, bisnietos y así, generación en generación, sepan lo que sucedió y que realmente se transforme en un Nunca Más.

A pesar de las dificultades fueron rearmándose y vivieron para contarlo. Las estrategias fueron variadas y las dificultades encontradas en el camino muy distintas. Hoy las movilizan sus hijos e hijas, nietos y nietas. Las impulsa el arte, cuestión en la que coincide más de una: la poesía, la narrativa. Las amigas con las que compartieron esta experiencia, las nuevas vidas que, con trabajo, lograron. Oriana cuenta:

Yo me recompuse primero gracias a que, mis niños, mi hijo me tomó la mano y me dijo: “Yo te voy a ayudar” (...) y yo era una mujer adulta, y el un niño de 6 años afirmándose para que no me caiga, es muy simbólico. Él me estaba dando un mensaje. “No”, dije, “no me pueden haber destrozado, como dijo la Condorito”. Uno tiene que sacar fortaleza interior: “no me pueden haber destrozado”. Claro, me dañaron psíquicamente, físicamente, pero no pueden haber dañado mi alma.

Las pueden haber dañado, pero no las destrozaron. Prueba de eso son las páginas de este libro en que sus voces emergen, protagónicas, potentes, cariñosas y transparentes, para contarles a las nuevas generaciones cómo fue este país, los

momentos de luz y de oscuridad, las solidaridades y la mezquindad. Las dificultades del camino y cómo las superaron.

Hoy pudieron contar. Fueron interrogadas respecto de sus experiencias y vidas, accedieron a responder y poner en palabras lo que llevan procesando por largo tiempo. Sus narraciones están acá, disponibles para ser escuchadas. Palabras para levantar muertos y, a la vez, para sonreír.

Memorias de resistencia. Mujeres prisioneras en dictadura

Isidora Salinas Urrejola

CAPÍTULO II

Memorias de resistencia: Mujeres prisioneras en dictadura¹⁵

(...) todavía estamos subrepresentadas y nos estamos empezando a morir. Hay varias que ya han fallecido y nadie va a saber de ellas... los hombres dejan testimonio de todo lo que hacen... registros, cuentos, poesía, han filmado, han hecho esto y lo otro, se han vuelto a juntar, los de Chacabuco, los de Dawson; las mujeres no. Nosotras mismas nos invisibilizamos, entonces es imprescindible hacerlo. Recuperar incluso los nombres de todas, dejar alguna lista que una pueda seguir llenando (...) para que quede como testimonio histórico.

Nuria Núñez

1. Desde qué lugar miramos esta historia

La historia de las mujeres chilenas puede ser trazada a partir de lo que la historiadora María Angélica Illanes denomina una *invencible revolución*, es decir, poniendo el foco en las mujeres y su construcción como sujeto histórico observando las acciones de resistencia –de diverso tipo– frente a los distintos obstáculos que han operado a contrapelo de sus luchas emancipatorias.

Algunas características de esta historia de resistencia la constituyen *la multiplicidad y simultaneidad* de los frentes de lucha de las mujeres, configurando formas de hacer política que no solo se expresan en los canales institucionales y partidarios, sino también en las relaciones comunitarias e interpersonales. Esta mirada de *revolución permanente*, por tanto, nos parece adecuada con una interpretación histórica de

.....
15. Este capítulo fue elaborado por Isidora Salinas Urrejola, Doctora en Historia, presentando una perspectiva histórica de las mujeres que estuvieron detenidas en el Estadio Nacional. La autora reconstruye un fragmento de esta experiencia a partir de la información recopilada mediante entrevistas realizadas a 7 ex-prisioneras, además de la revisión de fuentes personales y de archivos, así como de bibliografía.

larga duración, para observar la historia de las mujeres a partir de algunos ejes como son la memoria y las construcciones de género. (Illanes, 2012)

Asimismo, nos acerca a una interpretación histórica de las ciudadanías femeninas que trasciende las luchas por incorporarse al sistema político representativo, porque al construirse históricamente, se expresan en la articulación colectiva de redes “flexibles” y tejidos sociales que se van entrelazando por un cauce distinto al poder formal.

Aquellos tejidos que desde la perspectiva de una historia feminista se anudan en expresiones políticas propias y diversas, tal como escribiera la feminista chilena Julieta Kirkwood, en el sentido que “todo lugar”, cualquiera sea, y todo grupo de mujeres, “aunque no se la haya expresado o manifestado, previamente, es en sí, casi objetivamente, un espacio político de las mujeres”.¹⁶

En la misma línea, se encuentra el planteamiento de la filósofa Hannah Arendt, pertinente con las experiencias que aborda este libro, en tanto pueden ser leídas también como expresión de un “poder” generado en el encuentro producido en la prisión. Es así como, para esta autora, el poder surge de diversas maneras, pero siempre ocurre cuando los individuos “actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan”¹⁷.

Este poder, tiene una existencia siempre potencial, es decir, aparece y existe en forma independiente al número de personas que se juntan o a los medios que se dan para actuar. Para Arendt, sin embargo, la única condición material para que el poder pueda generarse es precisamente el “encuentro” entre individuos, que se reconocen en lo que tienen de común en ese acto de unión.

Esto implica dos cuestiones que son importantes para abordar históricamente las luchas y expresiones femeninas de resistencia protagonizadas en distintas épocas,

16. No obstante, estos espacios políticos constituyen -siempre- un campo de manipulación y control partidario, lo que puede observarse en la trayectoria histórica de los partidos de izquierda, y la invisibilización de las cuestiones de género señaladas por sus compañeras de militancia, en virtud de la emancipación de clase.

17. En el capítulo II: “La esfera pública y la privada”, la autora plantea que ambas esferas en la sociedad moderna tienen más en común de lo que se piensa, es decir, están interrelacionadas. La esfera privada se caracteriza, en términos generales, por ser un espacio en donde los individuos se distinguen, es decir, se caracterizan por lo que tienen de distinto. La esfera pública, por su parte, se caracteriza por poner en escena todo lo que hay de común entre los individuos (Arendt 1998, 223).

grupos y condiciones, que quedaron invisibilizadas por mucho tiempo, no solo en la historiografía tradicional, sino también en la historiografía sobre “los oprimidos”.

Por un lado, implica reconocer a las mujeres como un sujeto histórico colectivo, que podemos identificar en la trayectoria de sus experiencias asociativas y movimientos en distintos períodos.

Lo anterior, significa que las mujeres somos parte de una historia común porque el impacto de la acción política y organizativa de las mujeres en el pasado se extiende y tiene repercusiones hasta el presente. La historia de sus luchas, conquistas, formas de asociatividad y resistencias, permiten delinear un proceso histórico que tiene más de un siglo, y del cual podemos reconocer una memoria colectiva.

Esto permite considerar que el uso que podemos dar a esa memoria histórica, la de esas experiencias anteriores, nos puede ser ventajoso para preguntarnos, por ejemplo, qué contenidos de esas experiencias podemos reconocer en las luchas del presente.

Por otro lado, poner en circulación y “activar” las memorias asociadas a las experiencias colectivas de las mujeres, requiere indagar en ámbitos y experiencias que están un tanto ausentes en la historiografía de género, como las que corresponden al pasado reciente que recupera este libro, incorporando la experiencia de detención y presidio como una nueva dimensión de la historicidad de las mujeres que se encuentra en proceso de ser reconstruida.

Consideramos relevante visibilizar las experiencias de prisioneras en el Estadio Nacional –entre septiembre y noviembre de 1973–, en tanto este trabajo cobra un sentido pedagógico cuando se demandan estrategias y políticas asociadas a los requerimientos actuales de una educación en ciudadanías y derechos humanos.

En el campo del análisis histórico de las relaciones sociales de género, y de las distintas perspectivas sobre ello, es posible distinguir consenso respecto de que las maneras en que se han construido las relaciones de género han servido de base para el desarrollo de una reflexión propiamente femenina, en distintos períodos y

contextos sociales, así como también, que el carácter amplio de esa reflexión ha estado definido por la heterogeneidad de realidades y organizaciones de mujeres¹⁸.

Esta perspectiva pone en cuestión, la visión historiográfica que agrupa las distintas experiencias de organizaciones femeninas en una sola trayectoria feminista, lo que se expresa en una interpretación histórica que homogeniza la cultura política femenina, impidiendo reconocer y/o delimitar las distintas identidades y movimientos.

A la vez, se distancia de las interpretaciones generalizantes de la historia de la mujer, para centrarse en la trayectoria de las diversas identidades femeninas, que se pueden historizar en términos específicos.¹⁹

De aquí arranca nuestra propuesta tendiente a caracterizar estas experiencias de prisioneras políticas desde sus dimensiones de género y memoria, en tanto que transitan por ámbitos distintos y se nutren de experiencias individuales que paulatinamente confluyen hacia espacios de acción colectiva. Primero, al interior de los camarines del Estadio Nacional (1973), y luego en la correccional de mujeres El Buen Pastor de Santiago (1973-1975), administrada por las Hermanas del Buen Pastor.

Los testimonios que recopila este libro responden a preguntas sobre los modos y mundos de vida de las testimoniadas antes del golpe de Estado, y después de haber finalizado la dictadura, asumiendo que la detención fue una experiencia que transformó para siempre sus modos de interpretar y posicionarse en la realidad.

Desde este punto de vista, la detención puede ser interpretada como experiencia de asociatividad y construcción de vínculos solidarios en la prisión, entendidos como la “matriz genética” de esa historia. Esto, en tanto en esas relaciones y espacios se resolvió y gestionó la vida misma, incorporando además la trayectoria de esos

.....
18. La categoría de género refiere a la idea general de que las relaciones entre sexos son construidas socialmente. No obstante, tal como plantea la historiadora Joan Scott, el género debe dejar de ser un concepto asociado a lo “relativo” a las mujeres, para trabajar su potencialidad analítica, poner en cuestión y transformar los paradigmas históricos existentes haciendo cruces con otras categorías y realidades (Scott, 1996).

19. Se trata de una historia que propone superar las visiones en donde las diferencias al interior de las sociedades son reducidas a formas únicas que responden a una visión y un sistema valórico representativo de un tipo civilizatorio, por lo general correspondiente con las visiones de los grupos de poder. Es decir, cuestiona y problematiza la noción de principio único o “forma de conjunto” para el trabajo de interpretación histórica, para apostar a una forma de hacer historia que se despliega en lo que Michel Foucault ha dado en llamar “el espacio de una dispersión” (2003, 15-16).

vínculos y redes una vez que las mujeres salieron en libertad, trascendiendo la experiencia singular y compartida de la prisión.

2. Modelos femeninos en tensión

Las dictaduras latinoamericanas de la década de 1960 y 1970 estuvieron sustentadas en posturas teórico-doctrinarias características de la época de la guerra fría que se expresaban en el plano de las relaciones internacionales, pero también en el ámbito de la política interna a partir de la *Doctrina de Seguridad Nacional* ²⁰.

Esta doctrina, convertida en tesis oficial de los Ejércitos y gobiernos dictatoriales, tuvo como elemento central el planteamiento de una guerra contra el marxismo para asegurar la supervivencia de los Estados capitalistas y las democracias liberales. Su significado ideológico se expresó en la idea de que el marxismo era “una doctrina intrínsecamente perversa, lo que significa que todo lo que de ella brota está carcomido por el veneno que corroe su raíz (...)” ²¹.

Esta perspectiva sirvió como justificación de los golpes de Estado primero, y luego de los procesos de restauración nacional, convirtiéndose en la apología de una guerra interna contra el comunismo que sustentó, por una parte, la existencia misma del régimen militar y su duración en el poder y, por otra, la aprobación de amplios sectores de la sociedad chilena a su ordenamiento social.

Esta doctrina alcanzó también el ámbito de las pautas de comportamiento y roles de los distintos actores en el proceso “restaurador” inaugurado con el golpe de Estado, a raíz de lo que existió un componente social diverso que apoyó el golpe militar de 1973. Esto puede dar cuenta que la reacción frente al gobierno de la Unidad Popular que se venía gestando con anterioridad al triunfo de Salvador Allende, y trascendió los intereses de un sector de clase.

Lo que tuvo en común esta diversidad de sectores fue su identificación con una visión de mundo coherente con una cultura nacional que se sintió amenazada

20. “(...) los planteamientos originales de esta teoría fueron formulados en el Colegio nacional de Guerra, el más alto instituto de estudios militares de Estados Unidos. En dicho centro, desde comienzos de los cuarenta en base a las concepciones y propuestas del más importante teórico norteamericano de geopolítica, Nicolás Spykman, se fueron elaborando los puntos centrales de esta doctrina (...)” (Maira 1986, 28)

21. Mensaje presidencial de Augusto Pinochet, 11 de septiembre de 1976.

con la aparición del marxismo. Más aún, estos sectores reaccionarios ni siquiera percibieron las diferencias que existían al interior de las fuerzas políticas de la Unidad Popular, generando una radicalidad social que reaccionó en bloque y se expresó en mecanismos subjetivos como el odio y el miedo hacia el comunismo.

Sobre ello, Elizabeth Lira y María Isabel Castillo (1991) señalan que en el marco de las campañas de terror desplegadas en las elecciones de 1964 y luego en 1970, se fue transmitiendo la idea de que el advenimiento de una identidad foránea como el comunismo, constituía una grave amenaza a la identidad y cultura nacional, produciendo con ello la generación de una sensación permanente de inseguridad y miedo, que podía ser real o imaginada.

Así, la experiencia del gobierno de la Unidad Popular constituyó para los sectores golpistas la amenaza del desplazamiento de la hegemonía de un orden tradicional, hacia un cambio en la administración del poder político y del modelo de desarrollo, “lo que en términos políticos equivale a la desintegración de una hegemonía, alterando con ello, bruscamente, la percepción de las posibilidades, la constante más fuerte del imaginario social” (Brunner, 1990, 87).

Lo cierto fue que el régimen de dictadura en Chile revitalizó una forma de autoritarismo que no solo se sostuvo en el dominio por la fuerza, sino también “brutal y exitosamente a todo el autoritarismo subyacente en la sociedad civil” (Kirwood, 1983, 4).

Ello permite explicar, por ejemplo, por qué particularmente las mujeres fueron objeto de discursos y políticas encaminadas a reafirmar los modelos femeninos orientados hacia el conservadurismo social. La política impulsada por la dictadura cívico militar hacia “la mujer” estuvo marcada por una concepción tradicional de los roles de género coherentes con el proyecto sociocultural instalado bajo dictadura.

Durante todo el período dictatorial (1973-1990) el pinochetismo promovió decididamente la creación de organizaciones de mujeres que, en el caso de los sectores populares, orientaron su retorno al mundo doméstico al alero de la acción organizativa de un voluntariado femenino, integrado preferentemente por esposas de autoridades civiles y militares comprometidos con la dictadura en Chile.

Las mujeres pasaron a ser un actor estratégico para llevar adelante el proyecto restaurador del gobierno militar, cuando este ya estuvo en el poder, fundamentalmente debido a la capacidad organizativa que demostraron tener cuando constituyeron un movimiento femenino opositor al gobierno de Salvador Allende.

La dictadura supo cómo capitalizar la memoria de ese movimiento, y le otorgó la debida importancia al papel de “la mujer” en el resguardo de la patria. Aquel rol que había sido representado en las “marchas de ollas vacías”, donde ellas clamaron por la vuelta al Orden y a su lugar en la sociedad, y que luego sirvió a la dictadura para revalidar precisamente un modelo de mujer caracterizado por la excelencia de sus atributos vinculados a la reproducción biológica y valórica.²²

Desde el inicio de su estadía en el poder, Pinochet, apoyado por su esposa Lucía Hiriart, dio a conocer su convicción sobre la tarea histórica de “la mujer” en lo que estos sectores denominaron el “pronunciamiento militar” de 1973.

El contenido del discurso arrojaba la idea que la Unidad Popular habría constituido un momento en el transcurso histórico de Chile en que “la mujer” habría sido violentada en su esencia, razón por la que habría entrado activamente a participar en la historia para transformarla.

Según este discurso, la mujer, al igual que otros actores de la nación, debió rebelarse contra el caos, combatir al gobierno marxista, gestar el pronunciamiento militar, llamar a las FF.AA a salvar la Patria (Mattelart, 1997, 44).

Sumado a esto, el componente de esta masa femenina trascendió los límites de los sectores altos y las capas medias, integrando a mujeres de otros sectores y condiciones, ampliando la base de apoyo de este movimiento dirigido por mujeres adineradas.

Esto explica, a partir de lo planteado por la francesa Michelle Mattelart en su libro sobre este movimiento, que las “mujeres de la burguesía” hayan echado mano a la estrategia de proletarianizar sus reivindicaciones con el objetivo de lograr la adhesión de otros sectores sociales, y así otorgarle un carácter amplio y poli clasista a su movimiento.

Lo anterior, pudo verse reflejado en una convocatoria a la última manifestación de masas de la derecha, ocho días antes del Golpe militar, en la que las mujeres tuvieron una participación protagónica.

.....
22. La primera manifestación de masas de la derecha durante la Unidad Popular tuvo a las mujeres como protagonistas; se trató de la llamada marcha de las “ollas vacías” ocurrida el 1 de diciembre de 1971. Esta movilización fue organizada por el Frente Democrático de Mujeres, que agrupaba al contingente femenino de los Partidos Nacional y Demócrata Cristiano, y marcó el inicio de una serie de manifestaciones que irían a repetirse a un ritmo regular (Mattelart 1997, 177).

En este texto, se refleja el llamado amplio que hacían las mujeres de derecha hacia la población femenina, aludiendo más allá de la posición social, a su calidad de madre, esposa y dueña de casa:

Mujer chilena: El Sr. Allende no merece ser presidente de la República. El Sr. Allende ha conducido al país a la catástrofe. ¡No tenemos pan para nuestros hijos! ¡No tenemos remedios para nuestros enfermos! ¡No tenemos ropas para abrigarnos! ¡No tenemos techo para cobijarnos! Hemos sido vejadas, perseguidas, por defender a nuestros hijos, por solidarizarnos con nuestros esposos en huelga, por salir a las calles a remecer la conciencia dormida de tantos hombres. ¡Citamos a las mujeres a un compromiso de honor! Miércoles 5 de septiembre, a las 17:00 horas (Mattelart, 1997, 182)²³.

Poco después de acaecido el golpe de Estado, el discurso ideológico hacia “la mujer” fue bastante claro y explícito en señalar que esta era entendida, al igual que las fuerzas armadas, esencialmente como espíritu y no como cuerpo, es decir, conectada y perteneciente a un mundo de valores, no de necesidades, frente a los que debía trazar su proyecto de vida. En este sentido, el discurso del régimen militar vinculó a “la mujer” a las fuerzas armadas, y le otorgó el rol de gestión, mantención y proyección de la denominada “gran familia chilena” (Munizaga, 1998, 30), cuestión evidenciada en el siguiente discurso:

Rindo homenaje a las madres chilenas, mujeres inspiradas con esa claridad divina que Dios les alberga en su corazón; ellas lucharon por el futuro de sus hijos, y por ello la Historia les reconocerá en el tiempo, cuando se estudien las páginas tristes de este pasado.²⁴

De este modo, los discursos de Pinochet frecuentemente se dirigieron a las mujeres, a quienes ensalzaba porque habrían dado la voz de alerta sobre lo que estaba en riesgo bajo el gobierno de Salvador Allende. Además, se le otorgaba gran importancia en la transmisión valórica hacia la juventud en el marco de la tarea de reconstrucción nacional, indicando:

.....
23. Convocaban a esta última manifestación las mujeres transportistas, mujeres de la pape-
lera, mujeres campesinas, pobladoras, estudiantes, comerciantes, secretarias, enfermeras,
asistentes sociales, mujeres dueñas de casa, mujeres profesionales y mujeres gremialistas.
Estas agrupaciones confluían en el Frente Democrático de Mujeres, en Poder Femenino (rama
femenina de Patria y Libertad) y FRENDOC (Frente de Dueñas de Casa).

24. Augusto Pinochet en calidad de presidente de la Junta de Gobierno, 11 de octubre de
1973 (Donoso 1974, 124).

Porque la mujer chilena desconocida no dejó de salir un solo día por las calles, con sus ollas amenazantes en esas manos vueltas viriles... Por eso Chile abrió para el mundo un camino original: este país esmirriado y pobre –este país que todos creíamos indefenso– mereció la honra de –con sus propias fuerzas (...) con las cacerolas de sus mujeres y el coraje de sus soldados–, mereció la honra de torcerle la mano al comunismo (...) patria humilde y querida. Patria recuperada (...) Ahí tienes a tus madres. Ellas seguirán cuidando de ti.²⁵

Desde la perspectiva de género, es posible interpretar que los sectores oficiales desplegaron un discurso que, de acuerdo a la socióloga chilena María Elena Valenzuela, asociaba simbólicamente la política a lo masculino, otorgando a las mujeres, junto a las fuerzas armadas, un rol de reserva moral de la nación, definiéndola como una “aliada natural” del gobierno esencialmente por su carácter de sujeto “a-político” (Valenzuela, 1990, 212). Esto, desincentivó abiertamente su incorporación a las actividades de la esfera pública, y volvió a posicionarla en su rol social de transmisión valórica en el seno familiar.²⁶ Es así como queda reflejado en uno de los discursos de Pinochet:

Chile necesita y agradece el aporte técnico de sus profesionales femeninas y lo aprecia en el alcance de su brillante capacidad; pero no subestima por eso la labor anónima de las mujeres que trabajan en el laboratorio silencioso del hogar, velando por resguardar el más precioso capital de la nación: sus hijos, esperanza futura de la Patria (Rojas, 1989, 181).

La imagen femenina se presentaba, así, como pura esencia y virtud y el modelo de mujer tenía definida sus características y atributos que el propio Pinochet se ocupó de describir de la siguiente manera:

[...] intuición, energía, patriotismo, valor, altivez, dignidad, firme sentido de la realidad, resistencia a las aventuras quiméricas, fe,

25. Augusto Pinochet en calidad de presidente de la Junta de Gobierno, 11 de octubre de 1973 (Donoso 1974, 150).

26. No obstante, esta política se desplegó en medio de un contexto de autoritarismo y crisis económica, que, a contrapelo de los roles de género asignados, empujaba a las mujeres –fundamentalmente populares– a integrarse a las prácticas relacionadas con los requerimientos de una reorganización social.

fervor, entusiasmo, madurez cívica, amor a Dios, amor a la Patria, fortaleza, caudal de intuición, de riqueza afectiva, vocación de servicio, de generosidad, claridad divina que Dios les alberga en su corazón, corazón espartano (Rojas, 1989, 181).

Evidentemente estos valores y virtudes esenciales chocaban de frente con las representaciones que los sectores golpistas construían sobre las mujeres militantes de izquierda y revolucionarias, quienes simbolizaban los valores opuestos al modelo tradicional de mujer sustentado en los discursos públicos de Pinochet.

Las características de las “izquierdistas” convirtieron a las mujeres que pasaron por la tortura, en objetivo de formas de violencia y represión específicas, que se justificaron en la necesidad de retornar al orden tradicional que impulsaban los sectores de derecha golpistas.

La situación de las mujeres que fueron víctimas de detención y tortura fue expuesta de la siguiente manera en el informe que redactaba la Federación Democrática Internacional de Mujeres en 1974:

Miles y miles de mujeres han sido torturadas y sufren detención en Chile, en la Cárcel de Mujeres de Santiago hay 96 detenidas. Muchas de ellas médicos, profesores, abogados. Gran número de las presas son menores de edad. No se les permite visitarlas y tienen la denominación de prisioneras de guerra. Naturalmente es la guerra que la Junta fascista ha declarado contra el pueblo de Chile (9).

Una de estas formas de violencia específica fue la violencia genérico sexual en la tortura, que ha sido reconocida en diversos tratados y estudios como una expresión brutal de violencia ejercida en los contextos dictatoriales.

En el caso de Chile, y de acuerdo con un estudio, la psicóloga Carolina Carrera menciona que pueden reconocerse dos tipos de mujeres víctimas de tortura: De una parte, las mujeres militantes o colaboradoras de un partido o grupo político “que eran satanizadas en el discurso de la dictadura, a la vez que esta condición era el eje sobre el cual se articulaba la violencia sexual sobre ellas” (2005, 58-62). Y, por otra parte, aquellas que tenían lazos y relaciones (familiares y/o de pareja) con militantes políticos activos, en las que se hacía más evidente el carácter de género de su tortura, porque fueron detenidas a partir de sus relaciones interpersonales con los varones militantes, fueron vistas como objetos de “propiedad” o extensión del hombre buscado, reafirmando su carácter de subordinadas. Su sexualidad, en

este caso, fue considerada como “posesión de “otros” (hijos, padres, esposos), siendo manipulada como instrumento para dañar moral y socialmente a estos otros, quienes debieran protegerla.

Lo cierto es que esta dicotomía resulta muy difusa al revisar los testimonios de mujeres militantes y no militantes, primero porque –sobre todo en este primer periodo– muchas eran acusadas de cuestiones que ni siquiera conocían, y a la vez las militantes eran constantemente castigadas como “putas” en tanto mujeres del enemigo-hombre a quienes reconocían como los verdaderos adversarios.

Desde este punto de vista, la socióloga feminista Ximena Bunster, en los años ochenta ponía de relieve la idea de que la tortura contra las prisioneras tenía una relación específica con su carácter de violencia sexual, además de las ideas y patrones de género promovidas por las dictaduras militares.

Los regímenes militares del Cono Sur construyeron pautas de castigo específicas y dirigidas al conjunto de mujeres militantes de izquierda o sospechosas de serlo. Estas mujeres atentaban contra un modelo femenino vinculado a un orden natural coherente con su misión en la patria y la familia, su carácter subversivo representaba una amenaza a la mantención de ese orden, y por ello merecían ser castigadas (Maravall, 2007, 113-125).

A partir de ello, Bunster develaba los estrechos vínculos entre las formas y mecanismos de tortura sexual dirigida hacia las mujeres con la cultura de raíces patriarcales, configurándose en la práctica como formas de esclavitud sexual.

Los relatos de mujeres hablan, por ejemplo, sobre el lenguaje sexista y cruel de los torturadores, que se referían a ellas como “putas” –sobre todo cuando se trataba de la pareja de algún izquierdista buscado– o en los numerosos casos en que fueron violadas en forma individual o colectiva, como forma de castigo por no ajustarse al orden de género que la ubicaba al interior del hogar, siendo buena esposa y madre.²⁷

27. Especial gravedad tuvo el hecho que los aparatos represivos ejercieron tortura sexual contra jóvenes menores de edad no militantes que estuvieron detenidas en el Estadio Nacional, y otros centros de reclusión, sin discriminaciones de ningún tipo, fueron torturadas, por lo general, para obtener información sobre sus padres. Ver: Comisión de verdad y reconciliación. Informe.

La presencia de adolescentes no militantes en centros de detención y tortura respondió, en general, a la imagen de las mujeres como extensión del varón, que involucraba a hijas o hermanas de la persona perseguida:

La honra de las mujeres

Para hacer honor a su calidad de fascistas, la Junta Militar chilena no ha trepidado en atentar contra la honra de las mujeres. Los relatos son agobiantes. Según un testimonio llegado de Chile, en el mes de enero fue detenida la hija del diputado comunista, (...), de 16 años. Se pretendía mantenerla de rehén para que su padre se entregara. La muchachita fue violada salvajemente por un grupo de marinos “boinas negras”. Según este testimonio, pudieron ver sus pechos rasgados y mordidos. El shock de esta pequeña la tiene aún en pésimas condiciones de salud (Federación Democrática Internacional de Mujeres, 1974, 9).

Otra forma de violencia que se registra en los relatos de las testimoniadas aplicadas a jóvenes menores –detenidas por su filiación con algún miembro de organizaciones de izquierda– fue la tortura psicológica asociada a la violencia genérica sexual, cuestión que relata Cecilia Riveros:

Esta chiquilla era una chica de 16 años (...). Ella cayó porque cayó su hermano, acompañó a su hermano. ¿Quién le iba a creer la historia?, nosotras. La cosa es que la metieron presa porque estaban juntos. Yo tenía 33 años, para mí era como mi hija (...) era amorosa esta chiquitita, entre las cosas que le hacían, no le pegaban. Ella nos contaba, cuando empezaron los interrogatorios, que la ponían desnuda, entonces le vendaban los ojos, la ponían en una cuestión como ataúd, ella no veía porque tenía los ojos vendados. O sea, lo de ella era psicológico... una cabrita de 16 años, para ella debe haber sido terriblemente intimidante.

La tortura hacia las mujeres fue una práctica transversal a las clases sociales y edades, no obstante, los testimonios revelan que hubo excepciones de detenidas que no recibieron este tipo de maltratos; como en algunos casos de mujeres de perfil “respetable” contra las que no se ejerció –necesariamente– la violación, aunque vivieron apremios genéricos sexuales de otros tipos. Al mismo tiempo, otras mujeres

vinculadas a miembros de la jerarquía política si fueron cruelmente torturadas en estos términos.

El abordaje de estas violencias genérico sexuales ejercida por los aparatos represivos de la dictadura ha sido un tema complejo de asumir como sociedad y por parte de las sobrevivientes. En el ámbito de los Derechos Humanos fue a partir de los datos arrojados por el informe de la Comisión Valech (291)²⁸ que –pese a no incorporar el total de mujeres que sufrieron tortura y no realizar directamente la pregunta sobre este tipo de vejámenes–, otorgó “el primer reconocimiento oficial de la tortura sexual como forma específica de represión en Chile” (Maravall, 2007, 113-125).

3. Mujeres en prisión: espacios, dinámicas y vínculos en la reclusión

3.1 Estadio Nacional (septiembre-noviembre 1973)

El Estadio Nacional fue el lugar de detención y tortura más grande del país y comenzó a funcionar, al igual que otros recintos, el mismo día en que se precipitó el Golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, hasta el mes de noviembre de ese mismo año.²⁹

Durante sus dos meses de funcionamiento estuvo a cargo del Ejército, quedando bajo las órdenes del coronel Jorge Espinoza Ulloa, quien en ese momento se desempeñaba como jefe de Departamento en la Dirección de Personal del Ejército.³⁰

.....
28. *Informe Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura, Capítulo V Métodos de tortura y definiciones: violencia sexual contra las mujeres.* Esta Comisión, en su primera fase, recibió el testimonio de 3.399 mujeres, correspondiendo al 12,5 % de los declarantes. Más de la mitad de ellas estuvieron detenidas durante 1973. Casi todas dijeron haber sido objeto de violencia sexual sin distinción de edades y 316 dijeron haber sido violadas. No obstante, se estima que la cantidad de mujeres violadas es muy superior a los casos espontáneamente señalados, porque existen numerosos testimonios de personas detenidas que dicen haber presenciado violaciones, cometidas en una gran cantidad de recintos de detención.

29. En el caso particular del Estadio Nacional, fue designado como centro de detención por la Junta Militar mediante el Decreto N 4 del 11 de septiembre de 1973, en donde quedó establecida la designación de un general del ejército en calidad de Jefe de Zona en estado de emergencia para provincia de Santiago.

30. Pascale Bonnefoy presenta un perfil del coronel Espinoza en su libro definiéndolo como un “*cogote pelao*”, como llamaban despectivamente los oficiales de mayor preparación a quienes solo tenían la insignia de su unidad en el cuello de su uniforme, y no el laurel que la rodea cuando se es Oficial de estado Mayor, ni la palma y espada que lo identificara como Ingeniero Politécnico” (2016, 25).

Una de las características de este recinto fue que su organización obedeció a un criterio “indiscriminado” de detención de personas, propio del período septiembre a diciembre de 1973, que de acuerdo con primer listado del Informe Valech concentró el 52% de las detenciones de mujeres durante la dictadura, con un total de 1.147 casos registrados en este documento.

Un informe presentado a las Naciones Unidas por la Federación Internacional de Mujeres Democráticas (FIMD) en 1974, daba cuenta de la situación de los derechos humanos en Chile, especialmente referido a la tortura, y reproducía en una de sus partes el relato de una mujer de nacionalidad colombiana, quien había estado detenida en este recinto:

Tenía todos mis papeles en regla. Viajé a Chile invitada por la Conferencia Episcopal Latinoamericana, Me detuvieron cuando iba llegando a mi domicilio. Fui llevada al Estadio Nacional. Al entrar vi que salían dos camiones y un oficial dijo que ‘llevaban cargamento de anoche’. Todo el día y la noche estaba la gente en el pavimento, tendidos, con las piernas separadas. Las mujeres eran registradas por militares y aprovechaban para palparlas. En la celda vi a una yugoslava que estaba abortando. La habían detenido en el aeropuerto, en tres días no comió. Le daban Aspirina y Valium. Vi siete mujeres más, embarazadas, que no recibían mejor trato. Entre las mujeres había una médica a quien permitían atender a los presos, pero a los pocos días fue aislada y acusada de ejercer ilegalmente la profesión (1974, 9).

Asimismo, los relatos que hablan sobre la llegada de las personas detenidas al Estadio indican que podía apreciarse una falta general de orden administrativo y de información respecto de las personas que estaban siendo ingresadas, y que las preguntas que los militares hacían en los primeros interrogatorios develaban la falta de conocimiento sobre la situación y actividad política de las personas interrogadas.

Un ejemplo de ello es el siguiente relato de María Garreaud, testimoniante de este libro y una de las prisioneras trasladada desde las oficinas de Cerrillos de LAN Chile al Estadio Nacional junto a un centenar de personas de la misma empresa:

Nos bajaron formados en fila india y nos revisaron las ropas y el cuerpo igual que en las películas y nos chequearon. Nos devolvieron el carné y nos dejaron para interrogarnos. Había cientos de personas como nosotras. Las interrogaciones eran con golpes de puño, patadas y garabatos. Ya el terror se había apoderado de nosotros, de LAN éramos más de 100, no podíamos hablar con nadie, había colas para llegar a una ventanilla donde nos fichaban y nos hacían preguntas. ¿Por quién votó en las elecciones? ¿Qué canal ve en la tele? ¿Dónde compra el pan si hay escasez de todo? Mientras esperábamos se paseaban algunos milicos y nos decían: “denuncien todo lo que sepan para que no les peguen y se pueden ir a sus casas”.

Desde el presente, para algunas ex-prisioneras esta falta de información precisa por parte de los militares sobre las personas detenidas, fue un factor que les permitió sobrevivir esa experiencia.

Incluso varias de ellas, al percatarse de que sus interrogadores no estaban en conocimiento de su actividad política, simulaban no estar al tanto de por qué las detuvieron, como forma de autoprotección, como relata Ximena George-Nascimento:

Es que bien al comienzo los milicos tampoco tenían mucha experiencia. No sabían muy bien cómo preguntar, cómo torturar, cómo registrar las cosas. De hecho, en muchas ocasiones desconocían el nivel político de a quién estaban interrogando. En ese sentido fuimos afortunadas de caer en ese período, porque para los que cayeron después fue espantoso. ¡Te mataban!

Respecto a la cantidad de personas que estuvieron detenidas en este recinto, no se tiene cuenta de registros exactos, pero existen diversas fuentes que entregan algunas aproximaciones.

En el caso de los organismos internacionales que realizaron visitas durante el período de reclusión, los datos varían principalmente porque el Ejército se ocupó de ocultar lo que estaba pasando, minimizando la cantidad de personas detenidas y entregando información falsa sobre las condiciones en que se encontraban.

El Comité Internacional de la Cruz Roja, que realizó dos visitas humanitarias al Estadio, señaló que en el mes de septiembre había unas siete mil personas detenidas, de las cuales entre 200 a 300 eran de otras nacionalidades.³¹

Por su parte, la Organización de Estados Americanos (OEA), que envió un representante a verificar la situación en terreno, informó que para el mes de octubre había 2.603 personas, entre quienes 173 eran mujeres³². En el mismo mes de octubre, se tiene registro que la Revista *Ercilla* informaba que al interior del Estadio Nacional había cerca de cinco mil personas detenidas.

Otros datos que han sido fuente de polémica son los listados que publicó Manuel Contreras (2000), en los que se indica un total de nueve mil personas detenidas, contabilizando 506 mujeres, entre quienes 64 eran extranjeras, si bien los testimonios de personas detenidas aluden a que la cifra total de personas que estuvo en el Estadio podría ser el doble.

En el mismo sentido, el Informe Valech registró un total de 41 personas asesinadas en este recinto, si bien las testimoniantes indican haber escuchado muchos fusilamientos de los que no se tendrían registro.³³

Los testimonios y documentos registran el ingreso de militantes de partidos de izquierda a este centro de detención, pero también de quienes nada tenían que ver con ellos, llegando incluso a ser detenidas personas que comulgaban con los sectores y partidos de derechas, por lo tanto, estaban a favor del Golpe de Estado.

Las características de las mujeres que estuvieron recluidas allí fueron diversas, y respondieron a distintos contextos culturales, políticos, nacionales, etarios, de clase

.....
31. *Rapport de synthese sur l'action humanitaire du CICR au Chili* (20.09-18.11.1973), Comité Internacional de la Cruz Roja, Génova, 1973. Este Comité obtuvo permiso para realizar una acción humanitaria en Chile entre el 20 de septiembre y el 18 de noviembre de 1973. Esta acción estuvo a cargo Eddi Leemann y en el caso de su primera visita al Estadio Nacional contabilizó 7.691 personas detenidas, mientras que en la segunda 1.536. En el reporte citado, Leemann señalaba que las condiciones de detención eran diferentes en cada lugar de reclusión, pero en líneas generales *son suficientes en el norte del país, regulares con una sola excepción en el centro e insuficientes en el sur del país. ellos son inadmisibles en la Cárcel de Temuco y en el barco-prisión LEBU.*

32. Entre los días 12 y 17 de octubre, el Secretario Ejecutivo de la CIDH, Doctor Luis Reque fue autorizado por las autoridades de Chile para ingresar al recinto de detención y verificar en el sitio mismo la situación de las personas prisioneras. Para ver más antecedentes de esta visita consultar el siguiente enlace: <https://www.cidh.oas.org/annualrep/74sp/Chile.htm>

33. Los cálculos sobre la cantidad de prisioneros que pasaron por el Estadio son variados; van desde cerca de 2.000 a 20.000 personas.

y género, entre otros. Las condiciones de su detención también fueron múltiples: unas fueron apresadas en sus lugares de trabajo, otras en la vía pública, estando en clandestinidad o en allanamientos, y no pocas llegaron por haber estado en el lugar equivocado sin tener que ver con asuntos partidarios o sindicalistas, como relata Ximena:

Creo que la mayoría, aunque no diría abrumadora, de las mujeres detenidas eran comprometidas políticamente. Tenían más o menos clara la cosa, sí tenían algo que ver, era gente de izquierda. No obstante, había también algunas compañeras que no. Había algunas chicas que eran muy jóvenes y había otras que eran como de pueblo, que no entendían mucho el tema político de porqué estaban ahí. Comprendían que habían sido detenidas por los militares, pero no entendían las razones histórico políticas de que estas cosas suceden. (...) Por suerte, la mayoría de ellas se iban rápido, porque probablemente era cierto que no tenían nada que ver. Iban quedando las más comprometidas.

Silvia tiene también la impresión de prisioneras que no tenían más vinculación política que haberse sumado a la campaña de la Unidad Popular e incluso eran niñas, cuestión que relata de la siguiente manera:

(...) había otras que eran más niñitas, o sea chiquitas de 16 años que trabajan en fábricas y se las llevaron para allá, y que son las que reconocieron ser de la Unidad Popular, reconocieron que les gustaba rayar... y les dieron duro porque pensaban que ellas sabían mucho y que no querían hablar y el problema era que las pobres no sabían nada.

Los testimonios dan cuenta que muchas mujeres llegaron al Estadio desde otros lugares de detención, como fueron comisarías, cuarteles de investigaciones, Ministerio de Defensa, el Cerro Chena –como el caso de un grupo de profesoras de Buin–, el Regimiento de Telecomunicaciones, entre otros lugares que fueron sedes de las primeras detenciones apenas acontecido el bombardeo a la Moneda.

Otra característica de este centro de detención fue que se utilizó como lugar “de paso” o como señala la periodista Pascale Bonnefoy, un “filtro” de personas detenidas que eran posteriormente derivadas a otros recintos carcelarios o destinos de relegación.

Varios testimonios de mujeres relatan cómo fueron sacadas personas del Estadio hacia otros centros de tortura y luego devueltas en malas condiciones físicas. Al mismo tiempo, este recinto fue utilizado como centro de tortura, implementándose en su interior lugares específicos para los interrogatorios, en los que se aplicaron maltratos y vejaciones sistemáticas que no hubieran imaginado quienes vivieron estas experiencias.

Uno de estos primeros lugares mencionados es el sector de la tribuna presidencial, donde se ubicaba la prensa deportiva, y que se le denominaba “balcón presidencial”. Este lugar fue utilizado como sala de interrogatorios sin discriminación de sexo, ubicándose también ahí la administración del recinto. Las mujeres recuerdan esa sala de prensa como un espacio donde eran sometidas a diversos tipos de tortura, incluidas las específicas de género, como relata la doctora Elena Gálvez:

A mí me torturaron en la tribuna presidencial, en el Estadio, arriba, y yo tengo la impresión de que fue una cosa relativamente corta, pero había gente, compañeras que estaban afuera y me dicen que no fue corta, que fue muy largo y yo tenía la sensación de no haber gritado, pero las compañeras dicen que sí gritaba y ahí me pusieron corriente, en distintas partes. Yo no tengo un recuerdo de duración, el tiempo me cambia totalmente.³⁴

Los distintos textos que relatan estas experiencias identifican también el camino que dirigía desde el coliseo hacia el velódromo recorrido por las personas que iban a ser interrogadas, quienes eran tapadas con frazadas mientras avanzaban en fila tomadas del hombro.

En el velódromo debían esperar el llamado al interrogatorio que se realizaba al interior de las “caracolas”, donde se aplicaban diversas formas de tortura, como la “parrilla eléctrica” o colgamientos.

34. Entrevista a la Doctora Laura Gálvez aparecida en el Documental *Estadio Nacional*, de Carmen Luz Parot, minuto 41.40. La Dra. Gálvez ha sido mencionada por la mayoría de las mujeres en distintos testimonios publicados que hemos pesquisado, además de las testimoniantes de este libro. Por esto sostuvimos una entrevista con su hija para conocer más sobre ella, en la que pudimos ahondar en su paso por el Estadio y por La Correccional de mujeres. Debido a su importancia, hemos incorporado en la página web del proyecto una sección específica sobre algunas mujeres cuyos testimonios no pudimos tener, por distintas razones, con el objetivo de conocer sobre ellas a través de los relatos de quienes fueron sus compañeras de prisión. Tal es el caso de la Doctora Gálvez y otras mujeres que dejaron profundas huellas en su paso por esta historia.

El sector principal de detención fue el Coliseo, que contaba con veintiocho camarines, ocho escotillas, además del “balcón presidencial”, todos esos espacios fueron utilizados como lugares de detención y tortura.

Según los testimonios, durante los primeros días hubo mujeres detenidas en los camarines y escotillas del coliseo, así como también en las graderías durante las primeras jornadas, aunque separadas de los varones con los que solo se podían divisar desde la distancia (Bonnefoy, 2016).³⁵

El sector de la piscina olímpica y los dos camarines que se encontraban en la parte norte y sur fueron los lugares donde las mujeres pasaron su reclusión. Según los testimonios recopilados, durante las dos primeras semanas ellas permanecieron dentro del coliseo, pero el día 26 de septiembre habrían sido trasladadas al sector de la piscina (Bonnefoy, 2016)³⁶.

En ese lugar pasaron las horas del día, echando mano de la solidaridad y el compañerismo, pero también experimentado un sentimiento de desconfianza frente a las “desconocidas” o algunas mujeres que tuvieron acercamientos con los militares o colaboraron con ellos apoyando las labores administrativas del recinto de detención, como relata Ximena:

.....
35. Para más información sobre el Estadio Nacional como lugar de detención, así como la descripción de los distintos espacios del recinto y las experiencias vividas en ellos, es ilustrativo el documental de Carmen Luz Parot, titulado Estadio Nacional. Existe también literatura de carácter autobiográfica —principalmente escrita por varones— como la crónica testimonial Estadio Nacional, de Adolfo Cozzi y Frazadas del Estadio Nacional, de Jorge Montealegre, y el libro de investigación periodística de Pascale Bonnefoy, Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes, en el que se dedica un capítulo al lugar donde estuvieron detenidas las mujeres: la piscina. Otra referencia importante que recopila experiencias de prisioneros y prisioneras es el libro de Wally Kunstmann y Victoria Torres, titulado Cien voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990), editado por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2008. También es importante mencionar el trabajo que viene realizando la Corporación Estadio Nacional, Memoria Nacional, que inauguró el primer memorial ubicado en Avenida Grecia el año 2014. A partir de entonces, esta Agrupación se aboca al rescate de la memoria histórica sobre lo acontecido en este centro de detención, a través de la conservación del sitio de memoria, así como la generación de proyectos educativos en derechos humanos y actividades culturales que incluye visitas guiadas en forma permanente.

36. Las entrevistadas del texto que presentamos no recuerdan con exactitud las fechas de estos traslados al interior del Estadio, así como tampoco recuerdan con precisión las fechas de los acontecimientos que se produjeron tanto en el Estadio Nacional como en La Correccional de mujeres mientras estuvieron detenidas.

También había una desconfianza de la grandísima... ahí. Tú no sabías quién era quién. Tú confianza con la gente tuya nomás, con la gente que conocías. El resto no tenías idea quién era. Te hacías amistades, pero superficialmente. No contabas nada de nada.

La vida cotidiana en esta prisión estaba limitada para las mujeres al sector que circundaba la piscina, que comprendía los camarines norte y sur, así como al espacio pavimentado que se encontraba en la entrada del camarín y una parte de la zona ubicada entre la piscina y la avenida Pedro de Valdivia. Este sector contaba con pasto y vegetación, y en él las mujeres permanecían durante el día, pudiendo moverse y caminar, sentándose en el prado o en unas banquetas que se encontraban en el lugar.

Las prisioneras podían entrar y salir del camarín norte con cierta soltura durante el día, pudiendo aprovechar el espacio para entablar conversaciones o pasar el rato intentando sobrellevar unidas lo que estaban viviendo.

Hacia el sector sur de la piscina había un espacio que separaba el otro camarín donde también había muchas mujeres. Según los testimonios, los militares no dejaban a las mujeres de ambos camarines conversar ni relacionarse, como recuerda Ximena: *“entonces, no había contacto entre un camarín y otro. De repente, fortuitamente, podía darse, pero no, no había”*.

En los dos camarines las prisioneras permanecían encerradas bajo custodia en las noches, estimándose en los distintos relatos que el número al interior del camarín norte superaba el centenar de mujeres.

Esta cifra era cambiante debido al flujo de entrada y salida de prisioneras que se producía a diario, así como el tránsito de prisioneras entre el camarín norte y camarín sur, clasificación que al parecer no respondió a un criterio claro de selección u orden, salvo algunas menciones como la de Oriana, quien indica que: *“una vez interrogada, eran cambiadas desde el camarín norte hacia el camarín sur, nos cambiaban (...) Dos días después de encierro, nos cambiaron de camarines a las ya interrogadas”*.

Relatos de prisioneras que estuvieron recluidas en el camarín norte dan cuenta de las condiciones en que pasaban las noches: dormían hacinadas, haciendo turnos para dormir sentadas, paradas, acostadas, dando preferencia de espacio a las embarazadas o maltratadas por la tortura, a quienes se les daba contención y cuidados mientras se recuperaban.

En este espacio, ellas compartían entre varias dos colchonetas para dormir, si bien no deben haber alcanzado para todas, puesto que Nuria cuenta que dormían: “sobre la baldosa, y compartíamos lo que teníamos pa taparnos, porque era frío, (...) además era de cemento esa cuestión, concreto”.

María, recuerda sobre la cotidianidad en el camarín norte:

Pasaban los días lentamente, todos los días cuando despertaba y miraba el techo y me encontraba con la triste realidad de estar presa en ese recinto sin explicaciones ni razones, solo con el temor de no saber qué pasaría en el día. Como a las ocho de la mañana, después de hacer cola para entrar al baño, había que darse una rápida ducha con agua helada y un mínimo aseo para ponerse la misma ropa. Un día yo usaba panty y al otro día calzones para poder lavar una prenda diaria, pero había compañeras que ya no les quedaba nada. Había unas doctoras que las habían sacado del Hospital Barros Luco con su delantal de trabajo, pasaban fríos tremendos, incluso había una matrona que estaba embarazada y la pobre dormía en el suelo.

Otra dimensión de la experiencia de las mujeres en los camarines del Estadio, que se expresó en la tortura genérico sexual no solo en cuestiones evidentes como la violación o los manoseos, sino también en el constante acoso que muchas debieron enfrentar a diario, viviendo incluso persecución y ofrecimiento de beneficios por parte de algunos militares, tal como relata Oriana:

(...) Yo estaba tomando una ducha, en un pequeño recinto, con una puerta de lata que tapa solo la parte media del cuerpo, porque te dejaba las piernas descubiertas, de la rodilla hacia abajo, y la cabeza. Y se miraba desde la escala de ingreso, se veía la persona que se bañaba allí, de la escala de entrada. Eso se veía perfectamente. Sentí unos pasos que se detuvieron en el medio de la escalera, era un militar joven que con una sonrisa maliciosa me dice: “¿Necesitas ayuda?” Me pegué a la puerta temblando de temor, pues estaba sola en el baño en ese momento, y mi ropa estaba encima en un lavatorio, afuera de la ducha, para que no se mojara. Pero saqué fuerza para contestarle: “No, soy una prisionera de guerra y según la convención de Ginebra merezco respeto”. Esto era como un detente, me habían enseñado mis

compañeras. Así fue, y mi carcelero dio media vuelta bastante molesto. Después trataría de buscarme cerca de la piscina, pero gracias a Dios saldría pronto de allí. No me alcanzó a encontrar, pero trataba de buscarme. Como que ellos elegían la que más les gustaba, entonces trataban de insistir con cosas, o trayéndote cosas.

Los testimonios registran que el cierre de este campo de detención era un acontecimiento esperado, sobre todo porque una comisión de la Federación Internacional de Fútbol (FIFA), visitó el Estadio en el mes de octubre para verificar en terreno las condiciones del lugar y asegurarse de las garantías que ofrecía la Junta Militar para la realización de un partido de fútbol entre Chile y la Unión Soviética, clasificatorio al mundial de Alemania.

En esa visita se recluyó a muchos prisioneros y prisioneras al interior de los camarines para evitar que la delegación de la FIFA observara la gran cantidad de personas prisioneras al interior del coliseo. Los delegados informaron que el recinto contaba con las condiciones requeridas para realizar sin inconvenientes el partido. Este momento es relatado de la siguiente manera por Ximena:

Era bastante claro que en el Estadio no iban a tenernos eternamente y que algo iba a pasar. Siempre había comentarios de que nos llevaban a tal parte o a tal otra. Hubo un momento que se pensó que nos iban a llevar a todos a Chacabuco y no, era a los hombres a los que iban a mover a allá. A nosotras nos trasladaron, más o menos, cuando iba a venir el partido de fútbol, unos 10 días antes llevaron a un grupo de mujeres a la correccional. Habían habilitado un pequeño galpón para recibirlas. Ahí nos dimos cuenta que nos iban a terminar llevando a todas. Y, de hecho, después nos acarrearón al galpón grande, que estuvo listo cuando tenían que dejar libre el Estadio.³⁷

37. El partido de fútbol mencionado corresponde al que se iba a jugar entre Chile y la Unión Soviética por la clasificación al mundial de Alemania del año 1974, y estaba programado para el día 21 de noviembre de 1973 en el Coliseo del Estadio Nacional. Pese a que Pinochet había transformado el recinto deportivo en centro de detención y tortura, la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado) autorizó el encuentro. Los soviéticos no se presentaron en señal de protesta y la FIFA ordenó que la selección chilena saliera al campo. El equipo chileno debió formarse frente al arco vacío del equipo rival y anotar un gol consignado en la historia deportiva como el triunfo de “la vergüenza”. Más información sobre esto puede encontrarse en el documental de Carmen Luz Parot, *Estadio Nacional*.

Las mujeres fueron sacadas de los camarines en dos operativos que llevaron a cabo el traslado hacia la cárcel correccional de mujeres El Buen Pastor de Santiago. Un traslado se hizo de día y el segundo de noche. En ambos operativos se liberó también un número importante de mujeres, que en su mayoría se dirigieron a sus hogares a reencontrarse con sus familias.

Las liberaciones de mujeres se dieron durante el día, lo que facilitó el traslado hacia los distintos sectores de Santiago donde vivían. Algunas fueron vueltas a detener al cabo de unas horas, debiendo pasar nuevamente por otros centros de tortura hasta llegar a la correccional El Buen Pastor para reunirse con sus compañeras del camarín. Oriana, quien fue liberada en esta oportunidad relata así este momento:

Llegó el día del adiós de aquel infierno, estaba en medio de la cancha del Estadio (...). Formados todos los que salíamos, mientras los compañeros quedaban cantando: "Libre, yo soy libre, libre como el mar, yo soy libre, como el mar". (...) Nos fueron nombrando y todos dábamos un paso adelante, llenos de esperanza. Nos hicieron firmar una lista de salida, pero nos dijeron que el que no lograba llegar a su casa, podía pasar la noche allí. Pensé: después de firmar la salida, ¿qué nos asegura la vida? Y pese a que faltaba solo una hora para el toque de queda, porque en ese tiempo el toque de queda era bien temprano, no me acuerdo si a las 6 o a las 7, no sé, decidí correr por las calles hasta mi casa. Otras compañeras me pidieron auxilio y corrían conmigo. Lo hicimos con zapatos, luego, solo con calcetines, pensábamos que así lo hacíamos más rápido. Corrimos, corrimos, corrimos, del Estadio hasta el Teatro California, porque la gracia era que no nos encontraran en la calle. Porque nos podían tomar.

Conforme con los testimonios de las mujeres que quedaron en la última "remesa" de prisioneras porque no fueron liberadas, el número al interior del camarín norte alcanzaba la treintena de mujeres, quienes fueron sacadas alrededor de las tres de la madrugada a punta de gritos hacia el exterior. Una vez afuera, fueron formadas en una fila y se procedió a pasarles lista, para comenzar el operativo que las llevaría a la correccional, como rememora Nuria:

(...) y tú decís, ¡chuta! pasaba de todo en el Estadio, o sea... tú no sabías si ibas a estar viva en las próximas horas, y empezaron a nombrarnos, entonces teníamos que dar un paso adelante,

entonces ahí nos formaban, ¡imagínate!... y así fuimos un grupo grande yo diría que no menos de treinta, había de todo... no había ni un criterio.

3.2 Correccional de mujeres El Buen Pastor de Santiago (1973-1975)³⁸

La incorporación de la experiencia en la correccional de mujeres en este estudio se debió a que constatamos que una parte de quienes estuvieron detenidas en el Estadio Nacional, una vez que cerró sus instalaciones como campo de prisión fueron trasladadas a esta cárcel administrada por las monjas del Buen Pastor a fines de noviembre.

En este lugar, la reclusión se caracterizó por evidenciar una experiencia distinta a la del Estadio, lugar donde las condiciones no permitieron la generación de vínculos permanentes de confianza que sí se produjeron en la correccional.

A este segundo recinto llegaron en su mayoría mujeres que aún no tenían condena, puesto que –según los testimonios– los procesos judiciales comenzaron después, lo que se explica por el período en que se produjeron estos encarcelamientos, cuando aún no finalizaba el año 1973.

Desde esta perspectiva, la correccional también puede ser definida como un lugar de paso para muchas mujeres, no obstante, algunas debieron estar un tiempo más largo antes de ser liberadas o expulsadas del país.

Algunas mujeres que ingresaron venían trasladadas de otras regiones y habían sido asignadas para cumplir su condena en la cárcel correccional de Santiago. En relación con las detenidas que ingresaban a este recinto, Nuria lo describe de la siguiente manera:

Había de todo, de todo y traían gente que recién había caído presa también porque no había estadio (...) pero no condenadas, no, era tránsito claramente, claramente era tránsito todavía eso era muy temprano piensa que estamos hablando de octubre, en el caso mío del 73, entonces no habían todavía procesos (...) o los

.....
38. La periodización que acotamos en esta etapa concuerda con la información entregada por una de nuestras testmioniantes, que se abocó a dejar registro escrito de todo lo que pudiera recordar de La Correccional, una vez que salió en libertad en el año 1975.

mataban a algunos, hubo mucho fusilamiento donde desapreció gente en ese periodo, es de los periodos más duros, y los procesos fueron mucho después, en el caso mío fueron durante el 74. Las que llegamos a la correccional veníamos del estadio, o sea, todavía no había procesos en marcha.

A su llegada a la cárcel, el grupo de mujeres del Estadio Nacional se encontró con prisioneras provenientes de otros lugares, así como con prisioneras comunes con las que convivieron en un espacio del que progresivamente se fueron apropiando e interviniendo.

Especial mención se hace de dos prisioneras comunes que en un primer momento estaban a cargo de la cocina de las prisioneras políticas, las que después fueron reemplazadas cuando la preparación de los alimentos pasó a manos de las “políticas” luego de que lograron la autorización de las monjas para ello.

Los testimonios relatan que establecieron relaciones con las presas comunes tendiendo puentes que fueron importantes en el contexto carcelario, como relata Lucía:

Jugábamos, teníamos un equipo de voleibol, o de básquetbol e íbamos a jugar contra las presas, las presas serias, esas que mataban a la gente, estrangulaban y acuchillaban, en el patio donde estaban las de por vida, y ahí jugábamos con ellas, en contra. Yo estaba en el equipo, así que me acuerdo de varias veces que jugué quizás contra una cogotera, que había matado quizás a cuanta gente (...) Resulta que la cocinera era una estafadora, o sea era una presa común. ¡Inolvidable! Había robado joyas y todo (...) la comida –que era un poco mejor que la del Estadio–, la hacía esta estafadora con la ayuda de una cogotera, la Margarita. Esa sí que me acuerdo. Yo me teñía el pelo, lo tenía corto me parece en esa época, entonces ella me lo teñía. (...) la Margarita me teñía el pelo, y también tenía el pelo cortado al rape y lo que me sobraba se lo ponía ella, andábamos las dos del mismo color. Estaba por homicidio y ella era pinche de cocina.

De acuerdo con los testimonios, una de las características que tuvo la experiencia en la correccional fue que se generaron vínculos de amistad entre ellas que, no en pocos casos, permanecen hasta la actualidad.

La construcción de lazos afectivos y complicidades en esta prisión constituyen el resultado de una experiencia que solo fue posible afrontar organizándose, reuniéndose, tomando acciones concretas para mejorar las condiciones materiales y humanas en que se encontraban al interior de esta cárcel.

Entre las primeras acciones emprendidas por las prisioneras, se cuentan las iniciativas orientadas a mejorar las condiciones materiales de esta cárcel, lo que Lucía recuerda del siguiente modo:

(...) Me acuerdo de un dormitorio en que estábamos apiñadas, porque realmente era impresionante y llegamos a unos baños asquerosos, pero asquerosos, no te puedes imaginar. Así que formamos grupos que limpiamos las camas, limpiamos los dormitorios (...) los baños. Para poder llegar y vivir ahí. Había un patiecito chiquitito y otro así de pura tierra, donde había una mesa de pin pon abandonada. (...) Y ahí apiñadas encontrábamos las cosas más increíbles en los colchones, agujas escondidas, agujas, cosas terribles, llenas de manchas, asquerosísimo todo. Ahí limpiamos nosotras.

Las vivencias rememoradas enfatizan la generación de vínculos de convivencia establecidos entre las prisioneras políticas, así como entre ellas y las mujeres recluidas por delitos comunes.

Al mismo tiempo, se relatan situaciones de maltrato y humillaciones cometidas por algunas monjas que custodiaban la cárcel, las que fueron afrontadas por las prisioneras asociándose para demandar mejoras en las condiciones de esta prisión, como relata Nuria:

Yo diría que las monjas eran bien desgraciadas, o sea no nos interrogaban, pero nos maltrataban, y eran amenazadoras, o sea todos los días nos trataban muy mal. Las monjas eran lo peor, sobre todo algunas. Había de todo, había monjas buenas y monjas malas, pero las que nos tocaron a nosotras... nos pusieron en el patio (...) que era el patio de las prostitutas, las que están por día. Las tenían por dos o tres días y salían, entonces ellos despejaron ese patio, que era todo un recinto (...). Y tenían otros: las rematadas, estaban los azules que era donde estaban las incomunicadas, las mujeres con guagua, y estaba este patio

por día. Entonces ahí nos trasladaron, y la monja que regentaba ese patio era una monja “conchúa”, la Mariana, nunca me voy a olvidar. Era chilena (...) de aspecto feo. La Mariana fue lo peor de lo peor, la comida que nos daban, comíamos sopa de cáscara de papás.

Las malas condiciones, la falta de higiene y mala calidad de las raciones de comida, fueron algunas de las dificultades que rápidamente se convirtieron en factores gatillantes para la movilización de las prisioneras.

Esta organización se construyó sobre la base de relaciones humanas solidarias y fuertes vínculos de amistad entre las compañeras más cercanas, contruidos en la vivencia común de la detención en el Estadio y luego en la correccional de mujeres.

Esto se refleja en el acto de “compartir la mesa”, práctica que sirvió para sustentar la escasez de alimentos, así como para afirmar vínculos personales al interior de los distintos grupos contruidos en la correccional.

“La mesa” se convirtió en un espacio de resistencia, convergiendo las historias particulares para reconocerse en una historia común que estaban viviendo. Un lugar de convivencia solidaria y de unión en el que quienes recibían alimentos desde el exterior compartían con las que no tenían por estar lejos de sus hogares o pertenecer a familias humildes, como relata Nuria:

Nosotros compartíamos. Después con el tiempo nos dejaban que la familia nos llevara paquetes y tu recibías galletas, no sé, pollo y la otra no sé qué, entonces lo compartíamos (...) Había mesas pa almorzar, pa comer... era porque nos caíamos bien, porque teníamos tal vez la misma mirada frente a algunas cosas, no era tan elaborado. (...) sí había una selección de decir con esta sí con esta no, la gente del PC lo tenía clarito porque se juntaban entre ellas, solamente entre ellas y era difícil entrar en esos grupos, eran grupos cerrados (...). Todas las demás, imagínate, del MIR, del PS, de otros grupos más raros todavía y bien al lote... pero el PC totalmente estructurado, ellas tenían una jerarquía en la cárcel.

Lucía también recuerda estas mesas compartidas a partir de las que conoció a Ximena y Nuria, amistad que se mantiene hasta la actualidad:

Teníamos día de visita los martes y los jueves (...) y había algunas que no las venían a ver, sobre todo gente que la habían trasladado de otra parte. Gente muy humilde y entonces nosotras, otro privilegio más, nos empezamos a unir todas y comíamos en la misma mesa (...) había distintas mesas. Pero nosotras, las del grupo, donde estaba la Ximena, la Nuria, la María Teresa, la Isabel Miranda, la Condoro, la Condorito que murió en Bélgica. (...) Bueno, y resulta que éramos como seis o siete y resulta que la cocinera nos puso “las bacanas” (...) Porque me vas a creer tú que a la Nuria y a la Ximena, a mí no, de ninguna manera, pero a ellas, les traían las cosas más increíbles. Los padres de Nuria (...) le trajeron las primeras frutillas, qué sé yo, el primer choclo (...) chocolate, le traían de todo. La Ximena también. (...) así que cuando una salía había que hacer méritos para entrar a esa mesa, que era una mesa surtida por los padres de Nuria.

Frente a la mala calidad de las raciones alimenticias, algunas prisioneras se organizaron para demandar a las monjas que la administración de la cocina le correspondiera a las “políticas”, lo que consiguieron, siendo una de las experiencias organizativas más relevantes que recuerdan. Esto, porque implicó elaborar mejores raciones, constituyéndose así en un espacio donde convergieron los distintos grupos de reclusas, como describe Nuria:

Las que sabían cocinar asumían el rol de cocineras y tenían que tener pinches de cocina, tres o cuatro que pelen la papa, y armamos todo un cuento y empezamos, a través de la Ximena a negociar con las monjas y lo ganamos. Después se incorporó el PC (...), la Amanda Altamirano terminó haciéndonos turrón, un merengue duro que era como chicloso. Entonces ahí empezamos a cocinar, imagínate, pa cien personas; cocinar arroz graneado, o sea, ¡olvídate! Entonces ahí mejoró la cuestión y ya después era un desafío, o sea te tocaba a ti y tú decías: “Vamos a comer rico esta semana cabras porque me toca a mí” y uno se esmeraba en ese tipo de cosas.

El cocinar juntas se convirtió esta vez en un acto de unión y rebeldía que les permitió resistir juntas la precariedad de la prisión, nutrir las relaciones entre los distintos grupos de afinidad conformados y posibilitar un mayor nivel de organización que se

tradujo en la recuperación de un terreno en abandono al interior de la cárcel donde hicieron un huerto.

Esta idea fue de Lucy Lortsch, historiadora de nacionalidad francesa que había sido detenida por ser autora de un texto editado por Quimantú considerado difamatorio de la figura de Bernardo O'Higgins, siendo declarada un peligro para la seguridad interior del Estado³⁹.

Ella estuvo detenida en el camarín norte del Estadio Nacional y en la correccional de mujeres, siendo posteriormente expulsada del país junto otros dos ciudadanos franceses cuando salió de la cárcel en noviembre de 1974⁴⁰, cuestión que relata Nuria de la siguiente manera:

Ella era francesa, llegó de niña, su papá era ingeniero y hablaba afrancesado, muy lady. La Lucy Lortsch era la única que yo conozca que tenía registro de todo lo que pasaba en la cárcel, como era historiadora te preguntaba “¿cómo es tu nombre?” e iba anotando, y “¿qué edad tienes, qué paso?” (...) ella nunca tuvo hijos, después se fue a Francia, falleció en Francia. (...) dijo un día “¿saben cabras? Vamos a hacer un huerto, vamos a trabajar la tierra”. El espacio era grande en la cárcel y en esos tiempos había un patio lleno de piedras, una cuestión horrorosa. Sabes tú que ella lo trasformó en un vergel y todas trabajamos ahí en la huerta. Esas cosas no están rescatadas. Después nosotras sacábamos comida para afuera, en vez de que los familiares –sobre todo las familias con más dificultad– le dábamos lo que habíamos cultivado y se lo llevaban pa la casa, tomate o lo que tuviéramos...pero el trabajo físico nos sirvió muchísimo, de la agricultura, plantar y

39. Una nota de prensa del 25 de agosto de 1973 (“Identificada autora de difamación histórica”, El Mercurio, Santiago, Chile, 26.), la presenta como Lucy Lortsch, autora del libro *Capítulos de la historia de Chile*, publicado bajo seudónimo, el que se habría ganado el “repudio” de “círculos militares e históricos” al “difamar” al prócer de la patria, Bernardo O'Higgins.

40. *Decreto de expulsión n° 1822*, Santiago, 7 de noviembre de 1974, Ministerio del Interior-Departamento de Extranjería, Generales Raúl Benavides y Oscar Bonilla. Archivo Museo de la Memoria y Derechos Humanos. El libro de esta autora, que escribió bajo el seudónimo de “Ranquil”, llevaba por título *Capítulos de la Historia de Chile* y presentaba una interpretación orientada a la clase trabajadora como público lector, por lo que desmitificaba la historia nacional desde la perspectiva de la lucha de clases, lo que le valió el repudio de la prensa conservadora y de la Academia de la Historia, presidida por Eugenio Pereira Salas.

cultivar, era extraordinario. Ella era muy mayor ya en esa época, una pena que haya fallecido.

En esta prisión había militantes de izquierda, pero también mujeres consideradas subversivas por la función que desempeñaban en su medio social, como sucedió con el grupo de las 7 profesoras de la Escuela Consolidada de Buin, quienes –junto a colegas varones– fueron catalogadas de peligrosas para la seguridad interior debido al tipo de educación impartida en la zona campesina de Buin.

Tras ser intervenida esta zona por la Junta Militar, las profesoras fueron detenidas y llevadas al campo de reclusión del cerro Chena y luego al Estadio Nacional, siendo posteriormente trasladadas a la correccional de mujeres.

Existen registros también de prisioneras que pertenecían a otro tipo de colectivos, como el movimiento humanista SILO, lo que aparece en el testimonio de Nuria:

Nosotras tuvimos hasta gente de SILO, porque (...) eran súper anárquicos, ellos planteaban el amor libre, eran hippies totalmente y era gente de estos barrios, La Reina... los de SILO hoy día son el Partido Humanista y los metieron presos porque andaban propagando cosas contra la moral y las buenas costumbres, tal cual.

Las distintas militancias y experiencias de las prisioneras de la correccional confluyeron en formas de acción y resistencia que respondieron a la diversidad de mujeres y grupos existentes en este recinto, así como los que se articularon a partir de la militancia o por afinidades personales mantenidas incluso después de la prisión.

Las testimoniadas coinciden en valorar estos vínculos generados en la prisión como la única dimensión positiva de esa experiencia, resignificándola e interpretándola en sus memorias como el motor que logró movilizar a las mujeres a pesar del miedo y la incertidumbre.

4. Entre el espanto y la ternura: la política de la resistencia

*Entre el espanto y la ternura crece la hiedra,
En sano juicio con la locura, la flor, la piedra.*

*Entre el espanto y la ternura la vida canta
Una tonada clara y oscura, profana y santa.*

Silvio Rodríguez

Las experiencias de detención que publicamos en este libro invitan a reflexionar sobre el lugar que tienen las mujeres que pasaron por la reclusión y tortura en la construcción de nuestra historia reciente, y plantean la posibilidad de interpretar estas historias desde una perspectiva que amplía el foco puesto únicamente en la victimización, para avanzar hacia la visibilización de las trayectorias de vida que trascienden al período de la detención.

Esto permite identificar características que configuran una historia de más largo aliento, centrando la atención en las prácticas de resistencia desplegadas por las mujeres con distintas experiencias y niveles de organización.

Estas historias forman parte una memoria común de resistencia frente a un modelo de sociedad y cultura construido sobre relaciones de poder y dominación, basadas en la distinción de clases, así como de género, entre otras desigualdades que cruzan las anteriores.

Al observar las maneras en que las entrevistadas incorporaron la experiencia de la prisión en sus trayectorias posteriores, podemos identificar diversas resignificaciones resultantes de las distintas formas de vivir y padecer la prisión.

Esto se evidencia con el hecho que no todas las ex-prisioneras de la dictadura están actualmente disponibles para hablar sobre ello. No obstante, en los relatos de quienes estuvieron abiertas a contar se valoraron cuestiones como las relaciones de convivencia y compañerismo que permitieron resistir el maltrato, la violencia y el miedo.

Las mujeres fueron explícitas en mencionar que la victimización no representa la forma de reconocimiento que mejor les acomoda, porque las ancla en el pasado, desmitificación que les parece una condición necesaria para re articular sus proyectos de vida, tal como se transmite en el relato de Oriana:

(...) yo tengo compañeros que han formado grupos de exonerados y lloran y se cuentan todas las veces sus dramas. Un día yo les dije: “Yo propongo algo, no contemos más porque estamos creando pura mala vibración, no puede ser”. Les voy a decir algo bien terrible, nos cagaron la vida, ¿por qué nos tienen que seguir cagando el futuro? No po. Nosotros tenemos que tener el alma fuerte, el espíritu poderoso. Miren a Mandela. Nosotros no podemos quedarnos ahí, sufriendo y contando la historia y contando siempre la historia y la historia. ¡No! Contamos la historia de nuestro dolor, nuestro sufrimiento, pero la superamos. (...) no puede ser, si no, no serviríamos para nada, entonces, nos mataron de verdad. Y no po, la Condorito dijo: “No me mataron el alma”. Claro, me golpearon, me violaron, cualquier cosa, pero el cuerpo, nada más, el cuerpo físico, si pues, eso es lo que hay que pensar.

Podemos también identificar los efectos que tuvo esa vivencia en el plano personal, observando cómo algunas mujeres han dejado huella de lo vivido a través de producciones literarias, buscando plasmar su propia voz. El siguiente poema de Oriana forma parte de una publicación de su autoría y entrega una perspectiva sobre esto:

MIEDO

*Dejo salir el miedo
Del fondo oscuro de mis entrañas
Siento un sabor agrio en la boca siento el sabor salado de las
Lágrimas
(...) Debo esperar la orden
Del pitazo de cierre
Porque acepté este juego,
Debo mantenerme digna.*

El siguiente fragmento del cuento de Lucía, transmite la situación de vulnerabilidad que vivían las mujeres ante el maltrato y humillación ejercida por miembros del cuerpo militar:

A esa que apuntan los fusiles (Fragmento)

Señor, señor dijo la voz apagada por los trapos negros con dos agujeros a la altura de los ojos cubriendo su cabeza. (...) Se agregaron otras voces desde el muro, haciendo un coro femenino en ese octubre de niebla y miedo. El oficial... si quieren mear, mis queridas señoritas y respetadas señoras háganlo no más, estoy ansioso de ver traseros comunistas, miristas y socialistas, ya pues, hagan "pipí" delante de mí. Estoy esperando... estamos esperando.

Hacía frío y las capuchas negras helaban aún más esa mañana, la cual había empezado a las seis de la madrugada, en una larga e incierta caminata desde el gimnasio al velódromo del estadio. Aunque el sol no aparecía –tal vez no aparecería nunca más–, la rigidez en los miembros y los deseos de ir al baño le indicaban a esa fila de mujeres de frente a la muralla, que llevaban allí muchas horas.

Entre las testimoniadas, algunas se comprometieron con el trabajo político en diversos frentes de lucha, como la causa de las comunidades mapuche o las luchas de las mujeres. Otras tomaron las oportunidades que se les presentaron y reconstruyeron sus vidas enfocándose en el plano profesional y/o familiar.

Luego de la correccional la mayoría debió salir al exilio: Suecia, Alemania, Inglaterra fueron países de destino donde reconstruyeron sus vidas. No todas volvieron a Chile cuando pudieron retornar, sin embargo, mantienen lazos permanentes con Chile.

La muerte o desaparición de la pareja o algún familiar directo, así como la pérdida de un hijo, revelan el profundo impacto asociado a lo vivido en el período de la detención, complejizando la discusión sobre la necesidad de incorporar esta dimensión del pasado reciente en la formación de las generaciones jóvenes.

Las experiencias vividas por las mujeres en la prisión y en la tortura, y luego en el exilio, constituyen fragmentos de una sola experiencia de dominación, afrontada por ellas desde la resistencia, entendida como un conjunto de acciones que les permitieron sobrellevar y proyectar la vida en un contexto de muerte y deshumanización.

En este sentido, resulta pertinente tomar el concepto de “infra política de lo dominados” que el historiador chileno Rolando Álvarez plantea para quienes vivieron en clandestinidad, que bien puede aplicarse a las prisioneras de guerra. Este concepto implica que la misma dominación produce las acciones de resistencia, y que estas: “no sólo se manifiestan en grandes explosiones sociales”, sino que pueden ser rastreadas también en una “gran variedad de formas” y expresiones (Álvarez, 2006, 259).

Observar desde esta perspectiva las formas en que estas mujeres sobrellevaron la prisión, nos remite a las vivencias y expresiones colectivas que se encuentran en las memorias de ellas, y que hoy valoran como uno de los legados más importantes de estas historias de dolor.

Ejemplo de ello lo constituyen las muestras de humanidad y gestos solidarios al interior de los lugares de detención que cruzan la experiencia de las testimoniantes, develando que no solo se manifestaron entre las mujeres recluidas, sino también –en el caso del Estadio Nacional– por parte de algunos sectores de militares hacia las mujeres, especialmente quienes habían llegado desde el Regimiento de Antofagasta bajo el mando del suboficial Rolando López, apodado por las prisioneras como el “Papi”⁴¹, debido a su trato protector, como relata Silvia Leiva:

Yo quedé en el camarín que estaba más cerca de la puerta de Grecia... había una guardia que era de Calama (...) esa guardia para nosotras quedó muy marcada como un grupo de militares que fueron muy humanos, empezando por un teniente que le terminamos llamando el “Papi” porque era un señor ya mayor, y él iba a las casas a dejar información de nosotras, porque a todo esto las familias no sabían nada. (...) como los familiares se ponían en la reja y tiraban cigarros, tiraban una frutita, entonces él nos daba permiso de a una que fuéramos corriendo agachaditas, tomábamos el paquete y volvíamos, y después veíamos para quién era el paquete.

41. “El Papi” corresponde al Suboficial encargado del Regimiento de Antofagasta. Rolando López. El nombre fue pesquisado por Pascale Bonnefoy. De acuerdo con la entrevistada, además Bonnefoy logra describir “muy bien” la naturaleza humana que él y los conscriptos a su cargo tuvieron para con las mujeres detenidas en el Estadio Nacional.

De igual modo, los conscriptos que estaban bajo el mando del subteniente López son vistos por las testimoniadas como las otras víctimas del horror que significó asumir las órdenes recibidas, y quienes de alguna manera resistieron de la única forma que pudieron: con un sin número de gestos solidarios que, aunque pequeños, significaron momentos que hoy ellas recuerdan con gratitud y comprensión frente a lo que fueron obligados a asumir a tan corta edad.

En general se trató de jóvenes conscriptos que en promedio bordeaban los 18 años, y que por ser del norte del país carecían de redes familiares en la capital, generándose una particular relación con las prisioneras. Se tiene registro que varios de estos conscriptos visitaron familias de prisioneras en sus días libres, donde al calor de la mesa familiar compartían información sobre las condiciones en las que ellas estaban y a la vez que podían proveerse de un buen plato de comida en un ambiente seguro y confiable.

Algunos militares que estuvieron en la custodia del Estadio Nacional posteriormente se suicidaron, lo que revela la crudeza y falta de humanidad que debieron enfrentar formando parte del ejército en ese período, momentos difíciles que Oriana narra:

Una vez se quedó un conscripto cuidándonos y llovía; entonces en vez de quedarse afuera, se quedó adentro sentado en una banca que había, la reja del camarín y una banca de plaza. Ahí se quedó sentado. ¡Y no se le cae una bala!, (...) pum, cae en el suelo, se quedó dormido. Los pobres conscriptos... y en eso gritan: “¡Revisión de las prisioneras!” “¡Bala, bala!” Se para, taconeando al conscripto y ve que no está la bala. Se queda quieto y una de las prisioneras le dice: “Quietito no más, quietito, no te movas, nosotros te vamos a pasar la bala, no te muevas”. Y nosotros pasándole la bala al conscripto. ¿Dime si no es un mundo absurdo? Y le pusimos la bala ahí. Y él suspiró. Después, cuando ya se fueron: “Muchas gracias” dijo, 2muchas gracias, lo que se les ofrezca”. Y después nos traía papellitos, y nos entraba la ropa.

Lo anterior explica que se haya producido una de las manifestaciones más llamativas de la experiencia en el Estadio Nacional, cuando el regimiento de Antofagasta fue enviado de vuelta al norte y las prisioneras organizaron una ceremonia de despedida.

Esta ceremonia contó con la presentación de una obra teatral que algunas improvisaron con los recursos que tenían a mano, así como discursos de agradecimiento e improvisados regalos al “Papi”, incluyendo un verso dedicado a

su esposa en el que las prisioneras le agradecían la calidad humana de su marido, cuestión que relata Silvia:

Pero nosotras, las que fuimos detenidas en ese período, cuando era la última guardia que ellos tenían, ya no me acuerdo de donde apareció papel, pero todas les escribimos un verso a la señora de él, del Papi: la calidad humana de su marido... todas le dimos las gracias, es que era para agradecer (se emociona) todas escribimos algo, incluso el casco de él se lo dejamos escrito con corazones.

Otra dimensión de las relaciones construidas en el Estadio fue la presencia de jóvenes de 16 años que luego de las torturas fueron contenidas por las prisioneras mayores, situación que las llevaron al límite el dolor, marcando para siempre sus vidas.

Tal es el caso de dos prisioneras, una profesora y otra psicóloga, quienes asumieron el papel de contener a las mujeres en situación de mayor vulnerabilidad, relatada por Oriana del siguiente modo:

Los días transcurrieron lentamente, demasiado lentamente, pensando, meditando, llorando por nuestros hijos y escuchando el dolor y el horror de las torturas recibidas por nuestras compañeras. Hasta las salíamos a recibir al camino, pues llegaban tambaleando al lugar después de las interrogaciones. (...) Como profesora me tocaba ayudar, a calmar dolores casi insoportables, como el de una chica de 16 años a la que violaron, ni siquiera lo hizo un hombre, sino lo hicieron con algo artificial. Ella no habló desde entonces nunca más. (...) Que dolor tan inmenso sentí, cuando la ayude a bañarse, a sacarse sus calcetines manchados en sangre, mientras le decía que ella era pura y buena, que ella olvidaría, que todo esto sería solo un mal sueño. ¿Habrá sido así Inés? Se llamaba Inés. ¿Habría sido así pequeña? Ojalá la vida te haya recompensado.

Otra situación relatada también por Oriana da cuenta del papel que debió asumir frente al dolor y pérdida de las compañeras más golpeadas por la tortura, menores o embarazadas, que vinculaban con la izquierda, escondiendo su propio dolor para contenerlas, cuestión que rememora:

(...) una compañera de 20 o 25 años, a la que tomé su mano bajo el poncho que yo tenía puesto, y me dice: "Voy a perder el hijo que tenía, me golpearon en el vientre. Sentía que el niño trataba de arrancar dentro de mí, mi pobre niño. Me patearon en el suelo, mientras me decían: ¿así que estás embarazada, perra? Aquí mismo vas a parir hija de tu madre". No me soltaba la mano mientras lloraba y seguía diciendo: "Es lo único que me quedaba de mi compañero". El día anterior había sabido que a él lo habían muerto, no sé de dónde saqué fuerzas para decirle: "Este no es un momento para tener hijos, déjalo ir, dile que lo amas y lo seguirás amando siempre, ya tendrás otros hijos, eres joven". En ese momento mi corazón sangraba junto con la sangre de ese niño que moría. Son cosas tan terribles, que realmente no quería recordarlo... vez la imagen tan latente de toda la gente, y gente tan joven.

Podemos observar que la solidaridad se vivió como una experiencia profundamente humana que golpeó brutalmente a las mujeres, teniéndose registro de que algunas de ellas llegaron a atentar contra su vida al enterarse de la muerte de algún familiar directo, o debido a las vejaciones sufridas en la tortura.

Fue recurrente en las entrevistadas la percepción que, a pesar de lo vivido en carne propia, se consideraban privilegiadas frente a las compañeras que sufrían maltratos más duros. De esta manera, se fue configurando una suerte de "liderazgo" ejercido por algunas mujeres que destacaron y aparecen frecuentemente mencionadas en los relatos recogidos.

Entre ellas, la doctora Elena Gálvez, una de las prisioneras más respetadas por las mujeres, dado que su experticia le permitió atender a quienes se encontraban en malas condiciones de salud. Así también María Cecilia Yáñez, apodada "la Condorito", cuyo espíritu de resistencia y fortaleza marcó la experiencia de quienes formaron parte de su círculo cercano.

Junto a ellas, fueron nombradas en los relatos varias mujeres que hemos intentado visibilizar, sindicadas como "mujeres extraordinarias" ante las que reconocen sentir orgullo por haberlas conocido.

La creación de vínculos, la solidaridad, el apoyo y acompañamiento, constituyen hoy una de las dimensiones más importantes relevadas en estas memorias, a la espera de ser interrogadas bajo el prisma de las luchas y cambios culturales que demanda nuestra sociedad.

Palabras para levantar muertos y sonreír.
Testimonios de siete mujeres que
estuvieron detenidas en el
Estadio Nacional

“HAY QUE CONTAR, HAY QUE CONTRIBUIR A LA MEMORIA DEL PAÍS”



Ximena George-Nascimento Lara⁴²

Toda mi vida me he identificado con un pensamiento de izquierda. Durante parte importante de mi juventud y de mi adultez estuve vinculada al Partido Socialista. Mi historia de participación política, sin embargo, comienza antes.

En 1957, cuando tenía 13 años, comencé a militar en la Juventud Comunista. Mi familia no tenía idea de esto. Como a los 15 me retiré por discrepancias. Me enojé y me peleé con mis compañeros de “La Jota”⁴³, que eran unos chicos igual que yo, no más. ¿Por qué me fui?

.....
42. Texto elaborado en base a las entrevistas realizadas por Andrea Pequeño en Santiago de Chile, los días 22 de abril y 2 de julio de 2018.

43. “La Jota” denominación informal con que se conoce a las Juventudes Comunistas de Chile (JJ.CC.).

Por esos años el Partido Comunista era clandestino⁴⁴. Nosotros con los chicos, los compañeros, salíamos los domingos en la mañana a vender, furtivamente, el diario *El Siglo*⁴⁵. Y vino la famosa huelga de los canillitas, los suplementeros⁴⁶. La orden que recibimos fue de tirarles vitriolo a los canillitas krumiros⁴⁷, o rompehuelgas. Yo me negué a eso, porque el vitriolo es ácido sulfúrico, puede engeguercer a una persona, ¡es terrible! Me dijeron: “¡Tienes que ir!”. “¡No!, ¡no voy!”, respondí. “Ah, entonces, te vamos a echar”, replicaron. “¡Que me echen!, alegué. “Te marginamos”. “Bueno, ¡chao!”. Hasta ahí llegué yo en mi militancia. No más “Jota”. Salí.

Esto era la etapa del colegio. Después entré a la universidad, a la Escuela de Economía. Aunque no militaba seguía siempre ligada a la izquierda, siempre ahí. Hice un semestre de la carrera y me fui a Estados Unidos por un año, con una beca. Estamos hablando de los años sesenta, la época de Fidel Castro y la Revolución Cubana⁴⁸. Me acuerdo que yo escuchaba, en onda corta, los discursos de Fidel y nadie sabía, porque no era tema en Estados Unidos: “los comunistas, ¡no, qué horror!”.

Volví a Chile y seguí en la Escuela de Economía. En esa época de universidad me emparejé. Me casé en 1965.

Mi vida en ese período era la de una joven estudiante recién casada y sin hijos todavía. Me dediqué, además, a hacer cosas que me gustaban y que quería hacer. Por ejemplo, me inscribí en un curso de vuelo en el aeródromo de Tobaraba y, entonces, salía a volar. Fue súper rico e importante para mí. Conocí a Margot Duhalde. Éramos las únicas mujeres que piloteábamos allí. Mi marido también era

.....
44. En el gobierno de Gabriel González Videla, presidente de Chile entre 1946 y 1952, se dictó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, aprobada por el Congreso Nacional el 3 de septiembre de 1948. Dicha ley, conocida como la “ley maldita”, proscribió al Partido Comunista de Chile (PCCh) entre 1948 y 1957. En este marco, se gestó la persecución de su dirigencia e integrantes, la clausura de los medios de comunicación controlados por el mismo y la eliminación de su militancia de los registros electorales (Avendaño, 2016).

45. Diario chileno, fundado el 31 de agosto de 1940, medio oficial del Comité Central del PCCh.

46. La huelga se habría producido en 1960 (Rojas Flores 2006, 192).

47. Krumiro o crumiro, es un término despectivo usado para referirse a un trabajador o trabajadora que no acata la huelga dispuesta por el sindicato.

48. La Revolución Cubana triunfó el 1 de enero de 1959, derrocando —a través de una guerra de guerrillas— la dictadura de Fulgencio Batista y llevando al poder a Fidel Castro, abogado, militar y político marxista, que había liderado el Ejército Rebelde y el movimiento revolucionario.

piloto, del Club Universitario de Aviación. Teníamos todos los avioncitos de Santiago a nuestra disposición. Claro que en esa época eran dos aeródromos no más, más uno para planeador.

Por ahí por el año 67, en noviembre, nació mi hijo mayor, Pablo. Dejé de estudiar y me dediqué a estar con él, a criarlo, a amamantarlo.

Ya el año 70, más o menos en la época en que salió Allende, me separé. Seguimos siendo muy amigos con mi exmarido, sin embargo, me fui a vivir sola. Ya había vuelto a la carrera de Economía y entré a estudiar, simultáneamente, a la Escuela de Geógrafos, en la Facultad de Filosofía y Educación. No era Historia y Geografía, sino Geografía. También fue algo pionero: yo era la única mujer de mi curso.

Era una estudiante de izquierda, siempre, pero yo ya sentía que quería meterme mucho más a fondo en política y en todas estas cosas. La Escuela de Geografía funcionaba en el Pedagógico, donde había una fuerte vida política y, entonces, comencé a involucrarme en un sinnúmero de cosas.

Mi vida era un poco de este modo: Estudiaba las dos carreras al mismo tiempo. Tenía un autito y tenía un hijito que lo dejaba en la casa de su papá, mi exmarido, en Ñuñoa. Y yo iba a clases a la Escuela de Economía, en la calle República, y luego, unas tres horas después, a las clases en el Pedagógico. Vivía en Las Condes, en Hernando de Magallanes con Colón. Tenía mucha actividad. Y así fue como me agarró el Golpe de Estado.

Ese día, 11 de septiembre de 1973, yo estaba en mi casa y mi niño estaba en la casa del papá. Estaba sola. Me levanté temprano en la mañana para ir a la universidad y, como hago hasta el día de hoy, puse la radio para escuchar noticias. Oí las últimas palabras de Salvador Allende. Escuché todo lo que estaba pasando y, obviamente, el bando⁴⁹ era: “¡no se muevan!”. No obstante, en la mañana, antes de que declararan el toque de queda, alcancé a ir a la casa de mi exmarido a buscar a mi hijo.

Ya había vuelto a la carrera de Economía y entré a estudiar, simultáneamente, a la Escuela de Geógrafos, en la Facultad de Filosofía y Educación. No era Historia y Geografía, sino Geografía. También fue algo pionero: yo era la única mujer de mi curso.

.....
49. Comunicado oficial de los militares con órdenes e instrucciones perentorias dirigidas a la población.

Yo vivía muy cerca de la casa de Tomás Moro⁵⁰, así que escuché a los aviones, a los Hawker Hunter, pasar. Era un martes y recuerdo que comenzó a llover como a las 14:00 o 15:00 horas y yo decía: “Santiago llora”.

Lo que estaba sucediendo me dio rabia, pero también tenía algo de incredulidad. Al principio pensé, un poco en la lógica de la negación, por decirlo así, “esta cuestión va a pasar, no puede ser de este modo”. Recuerdo haber estado pegada al teléfono, claro, en la medida que podía usarlo. Y es que todo el mundo trataba de comunicarse, así que las líneas estaban ocupadas, el sistema colapsado. Había un poco de angustia.

Luego decretaron toque de queda, entonces me junté con mis vecinos. Uno de ellos era Walo Escobar (Luis Eduardo Escobar), un buen amigo mío y compañero de la Escuela de Economía. Él era hijo de Luis Escobar Cerda, que había sido triministro de Alessandri⁵¹, un radical de derecha, creo yo. Pero, mi amigo Walo no, él era un hombre de izquierda. Estuvimos juntos con él y su compañera.

En pocos días comenzó a transformarse todo. Me llegaban noticias: “A Fulano lo tomaron preso”, “a Zutano lo mataron”, qué sé yo. Jamás pensé a que mí me podía pasar algo, y es que uno cree que es invulnerable.

En pocos días comenzó a transformarse todo. Me llegaban noticias: “A Fulano lo tomaron preso”, “a Zutano lo mataron”, qué sé yo. Jamás pensé a que mí me podía pasar algo, y es que uno cree que es invulnerable.

Al momento del Golpe yo no tenía una militancia formal, pero trabajaba con el Partido Socialista. Poco después del 11 de septiembre hospedé a un miembro del Comité Central del Partido. Estuvo unos días en mi departamento y luego se fue a una población, donde él cayó. Ahí se urdió la trama hasta que dieron conmigo. Ahí, entonces, entro yo a la segunda pata de la cueca: la detención.

50. En la calle Tomás Moro N° 200, en la comuna de Las Condes, se encontraba la Casa Presidencial adquirida en 1971 por el Estado como lugar de residencia para los Presidentes de Chile. Desde ese año fue la vivienda oficial del presidente Salvador Allende y su familia. El 11 de septiembre de 1973, fue bombardeada al mismo tiempo que el Palacio de la Moneda.

51. Arturo Alessandri Palma, más conocido como “El León de Tarapacá”, fue Presidente de Chile en dos ocasiones, entre 1920 y 1925 y entre 1932 y 1938. En el último periodo, asumió el mandato del país con el apoyo de liberales, radicales y demócratas.

El 11 de octubre de 1973 yo llegué a mi casa como a las 20:00 horas. Octubre ya es primavera, así que aún quedaba luz de día. El toque de queda era como a las 22:00 horas. Venía con mi niño y con unos compañeros que iban a quedarse en la casa. Tenía un Fiat 600 en esa época. Al llegar, me di cuenta que dos de los barrote de la ventana que daba a la calle estaban abiertos y pensé: “¡Tate!, aquí pasó algo”. Viendo esto, dije a mis amigos: “Los voy a ir a dejar”. Los llevé cerca, a la casa de otro amigo y volví con mi hijo. Cinco efectivos de Carabineros estaban adentro de mi casa, esperándome. Tenía ratonera⁵² en mi casa. No debí haber vuelto, pero lo hice por la incredulidad. En esos instantes no piensas las cuestiones, porque no había experiencia en eso.

Obviamente, habían registrado toda la casa. Yo vengo de familia de libreros, así que, ¡imaginen!, había muchos libros, claramente textos de izquierda.

Ellos sólo me dijeron: “Está detenida”. No me dieron razones. Ese día yo andaba vestida elegantemente, por lo menos para la visión de los pacos⁵³, entonces hablé con firmeza: “Vamos a ir a dejar al niño a la casa del papá”, dije con cierta autoridad. Accedieron. De este modo se supo que me estaban deteniendo. Por eso y también porque yo dije: “Oiga, tengo el auto ahí afuera, permítame que le entregue las llaves a mi vecino para que lo entre”. En ese momento alcancé a decirle a Walo: “Avísale a Lucho”, que era otro compañero.

¡Nada! Me llevaron con mi hijo. Ya era de noche. Me dijeron: «¡Tenga la cabeza del niño abajo!, porque uno nunca sabe”. Lo fuimos a dejar a la casa de mi exmarido y él preguntó: “¿A dónde la llevan?”. De esta manera supe yo dónde me llevaban: A la Escuela de Suboficiales de Carabineros, en Rodrigo de Araya con Pedro de Valdivia.

Al día siguiente llegaron ahí otras personas a las que habían ido deteniendo. Me encontré con compañeros, con gente amiga. Armaron un solo proceso con todos nosotros: finalmente, fuimos 12 los imputados en este caso.

En un momento, estando ahí todos nosotros, sentados en el suelo y prácticamente mirando hacia la pared, me encañonaron en la sien. Al principio no entendía qué era o qué pasaba, miré y vi una pistola apuntándome. No me acuerdo de las palabras exactas que me gritaba al hacerlo, pero era Sergio Jiménez Alborno. No sé si

.....
52. “Ratonera” es una expresión para referirse a una trampa en la que la persona es convocada a un lugar en la que queda cercada, lo que significa que la estaban esperando en su casa para detenerla.

53. “Paco” se refiere a la policía, dicho de manera despectiva en Chile.

en ese momento él era teniente o capitán, pero luego llegó a ser General de la República. Él, además, era uno de los que nos amenazaba constantemente.

Fueron como tres días los que estuvimos en ese lugar, en uno de esos nos dijo: “Mañana, al alba, los vamos a fusilar”. Era un abuso de poder absoluto. Ellos tenían todo en sus manos, incluyendo nuestras vidas. Actuaban con mucha crueldad. Yo vi como a uno del grupo, que era poblador, le pegaban con cadenas; y a otro que estaba completamente hinchado, deformado por los golpes.

La noche del 15 de octubre, nos trasladaron a un cuartel de la Policía de Investigaciones, en General Mackenna. El trayecto de la Escuela de Suboficiales de Carabineros a Investigaciones, en uno de estos buses de pacos, fue terrible. El paco encargado, Sergio Jiménez Albornoz, nos decía: “Miren, miren pa fuera, porque es lo último que van a ver, porque ahora los van a fusilar a todos, acuérdense”. Puras amenazas, muchas amenazas. Fue muy duro. Bueno, en realidad, los pacos de la Escuela de Suboficiales nos amedrentaron en todos los trayectos.

Llegamos al cuartel de Investigaciones. Recién lo estaban abriendo, así que fuimos los primeros presos políticos que llegamos ahí. Nos metieron en una oficina grandota. Éramos varias las personas detenidas. Todos de pie. Después me enteré que varios de ellos se conocían. De repente escucho que un compañero le dice a otro: “No, si ese es fulano de tal”, “no, si este otro es”. Y, bueno, ahí había otra compañera con quien somos como hermanas hasta el día de hoy. Nos conocimos ahí. Fuimos las primeras mujeres que llegamos a ese lugar.

En Investigaciones nos separaron a hombres y mujeres. Había unas celdas, que eran básicamente de las prostitutas, que eran celditas chiquititas con un wáter adentro. Y después, abajo, un lugar que llamaban “La patilla” y que era para hombres. Ahí estaban muchos hombres enjaulados. Yo no la vi, pero sé cómo es. Y después había una estructura de caracol, como los centros comerciales donde hay negocitos, pero en lugar de tiendas tenían celdas, jaulas, porque eran como las jaulas de los leones, puros barrotes.

Ellos tenían todo
en sus manos,
incluyendo nuestras
vidas. Actuaban con
mucha crueldad.
Yo vi como a uno
del grupo, que era
poblador, le pegaban
con cadenas; y a
otro que estaba
completamente
hinchado, deformado
por los golpes.

Vimos cómo empezaron a llenar Investigaciones. Había varias mujeres, pero los hombres eran muchos más. Me acuerdo que llegó Fanny Palta⁵⁴ que era Argentina y, después, una señora de edad que contaba que ellos eran momios⁵⁵. Los militares habían allanado su casa y le habían disparado al marido. Lo mataron. No sé qué habrá sido de ella, pero me acuerdo de su apellido: Ortigoza.

Había una chica que se llamaba Patricia Ramírez, que era prostituta y la metieron ahí también. La largaron rapidito y yo le dije: “Pati, llama a mi mamá por teléfono y dile dónde estoy, dile cómo estoy”. Le di un papelito con el número. Y ella la llamó, efectivamente.

Me acuerdo que mi mamá, sabiendo ya donde yo estaba, me trajo una maleta con unas mudas de ropa, un saco de dormir y una bolsa grande de naranjas.

Ahí estuvimos como cuatro o cinco días y luego nos trasladaron al Estadio Nacional.

Llegamos al Estadio Nacional el 18 o 19 de octubre de 1973, en la noche, y salimos por ahí por el 12 de noviembre, que fue cuando lo cerraron por la cuestión del mundial. No me acuerdo de las fechas exactas, pero es aproximado.

Recuerdo que, al llegar, había unas mesas con gente sentada que te pedía tus datos y hacía anotaciones en unas tarjetas. Llevaban un registro de todas las personas que iban ingresando.

De ahí, en el mismo Estadio, nos llevaron al camarín norte de la piscina, el que está más cerca de Avenida Grecia. No es que ahí hubo un número fijo de detenidas, sino que fueron aumentando. Cuando yo llegué, en ese camarín eran unas cuarenta, cincuenta, por ahí, más o

Llegamos al Estadio Nacional el 18 o 19 de octubre de 1973, en la noche, y salimos por ahí por el 12 de noviembre, que fue cuando lo cerraron por la cuestión del mundial. No me acuerdo de las fechas exactas, pero es aproximado

.....
54. De acuerdo con el testimonio de otra de las participantes en esta investigación, Fanny Palta y su esposo, Gonzalo Palta, eran actores. Fueron capturados luego de que efectivos policiales detuvieran el bus en que viajaban a Argentina. Fanny fue trasladada, posteriormente, al Estadio Nacional.

55. Momio o momia corresponde a un neologismo chileno utilizado para denominar, irónicamente, a personas o instituciones de la derecha conservadora. Su opuesto sería “upeliento”, que refiere a los simpatizantes de la Unidad Popular (UP) y, por extensión a las personas izquierdistas. Ambos términos son despectivos.

menos. Pero después se fue llenando, iban llegando más mujeres y más mujeres. Mientras estaba en el Estadio, me recuerdo, llegaron “las señoritas”, las maestras de Buin⁵⁶.

El camarín tenía unos vestidores y una parte vacía en la que dormíamos. Yo soy friolenta, pero tenía mi saco de dormir, el que venía en la maleta. Al principio no había colchonetas. Unos días después Amnistía Internacional las trajo, junto con frazadas, de esas grises como de algodón, típicas de regimiento. Creo que si uno sacara la cuenta de cuántas colchonetas caben a lo largo y ancho de ese espacio, podría tener una idea, más o menos, de cuántas mujeres estábamos ahí.

En la mañana entrabas y salías del camarín como te diera la gana. Tenías un sector en que podías estar, moverte, caminar. A la salida había una terraza, quiero decir pavimentada, y unos caminitos con arbolitos y pasto, donde podías sentarte, y también había banquetas. No era tan chica el área. Estaba hacia el Este de la piscina, hacia Pedro de Valdivia. Hacia el Sur tenía como límite una reja que nos separaba del otro camarín. Ahí también había muchas mujeres. No nos dejaban juntarnos. Bueno, yo creo que había una reja, aunque no estoy segura. No me acuerdo cómo era, pero a partir de un punto no se podía pasar. Entonces, no había contacto entre un camarín y otro. De repente, fortuitamente, podía darse, pero no, no había.

Actualmente, nada de eso existe. Está el camarín norte, nomás, y la piscina muy cambiada. Quizás algunos de los árboles todavía estén.

A la parte de la terraza pavimentada llegaba el camión con la comida. Nosotras hacíamos cola para recibirla. La traían desde un regimiento que estaba hacia el sur poniente de Santiago, no sé dónde, pero el camión pasaba por la calle Beauchef, Blanco, Avenida Matta y Grecia, hasta llegar al Estadio. Ese era más o menos el recorrido.

56. Estas maestras formaron parte del grupo de profesores y profesoras de la Escuela Consolidada de Buin, detenidos el día 10 de octubre de 1973. Primero fueron llevados al centro de detención en el Cerro Chena y, luego, trasladados al Estadio Nacional. Las profesoras eran lideradas por la maestra Haydée Azócar Mansilla, Directora de la Escuela Consolidada e histórica militante del Partido Socialista. En total fueron 14 detenidos de los cuales 7 eran mujeres: Raquel Ormeño, María Angélica Reveco, Rosario Rodríguez, Tegualda Narváez, Sonia Valdés, Katia Pastene, además de Haydée Azócar. Cuando el Estadio cerró sus instalaciones como centro de detención, estas siete profesoras fueron llevadas a la Correccional de Mujeres el Buen Pastor de Santiago.

Yo observé que, a veces, el chofer del camión traía paquetes y se los entregaba a algunas de las presas. “Y esta cuestión, ¿qué es lo que es?”, dije. Me contaron que él estaba dispuesto a traer los encargos que le pasaran las familias. Me acerqué y le pregunté: “¿Cómo se hace?”. Me respondió que lo esperaran en la esquina de Beauchef con no sé qué, Blanco debe haber sido. Él era uniformado.

Todos los días, llegaba un paco con un papelito y tú sabías que en el papelito venían los nombres de las personas que iban a interrogar. Él se paraba y llamaba. Todos los días aparecía y se llevaba a las mujeres de la lista.

Me acuerdo que le avisé a mi hermana, no recuerdo cómo, quizás en una carta que le envié con alguna compañera que salió libre. Ella, mi mamá y mucha gente que iba a ver a las distintas presas se paraba en el bandejón central que había en Avenida Grecia. A la distancia nos hacíamos señas y nos entendíamos súper bien. Ellas y mi papá vinieron todo el tiempo que estuve ahí. Me acuerdo que después les dije –mediante gestos– que nos trasladaban. Entendieron perfectamente que nos estaban llevando a la cárcel.

Desde la terraza pavimentada había un caminito que te llevaba hacia el Estadio. Por ahí, todos los días, llegaba un paco con un papelito y tú sabías que en el papelito venían los nombres de las personas que iban a interrogar. Él se paraba y llamaba. Todos los días aparecía y se llevaba a las mujeres de la lista. Podía venir ahí tu nombre y tenías que partir para allá. A mí, por lo menos, me llevaron a la parte de la marquesina, en el segundo piso. Era subir, te encontrabas con un salón y había oficinas y te hacían esperar vendada, para que no vieras a los interrogadores.

Las formas de torturas dirigidas a las mujeres siempre eran sexuales. Siempre el tema pasaba por ese lado. A las pobladoras les pegaban golpizas entre varios. ¡Feroz!, ¡feroz! Cuando no te encontraban como parte de “la pobla”, en cambio, era algo más “civilizado”. El clasismo era espantoso, era muy feo. Había clasismo, no tengo ninguna duda. Yo, por lo menos, lo noté, lo vi claramente. Ahora, yo no sé si, a lo mejor, tenía que ver con que alguien te recomendó, qué sé yo, no tengo idea. Yo cuento mi experiencia. No puedo hablar por los demás. No sé qué más habrá pasado, pero sí sé de compañeras a las que ahí les daban golpizas, que las metían ahí desnudas y les pegaban. Los que más se ensañaban eran los milicos⁵⁷, oficiales

.....
57. “Milico” es un modo despectivo de decir militar.

de más abajo, porque el milico de pueblo, no, o menos. Había mucho conscripto ahí.

Con aquellas que volvían de los interrogatorios y de la tortura había gestos de cuidado de parte de las compañeras. Eran con las cercanas, pero también había una cosa afectuosa entre todas. Por ahí había un par de doctoras: estaba Elena Gálvez y pasaron dos más. Una que era medio mayor y otra que se llamaba Amanda no me acuerdo el apellido, pero parece que la estoy viendo: alta, morena, robusta, treintona, por ahí. Ellas estuvieron poco tiempo, Elena, en cambio, estuvo siempre. Ella se ocupaba de las más averiadas digamos, pero en realidad en el Estadio, en la época en que yo estuve, no llegaban tan mal. Es que bien al comienzo los milicos tampoco tenían mucha experiencia. No sabían muy bien cómo preguntar, cómo torturar, cómo registrar las cosas. De hecho, en muchas ocasiones desconocían el nivel político de a quién estaban interrogando. En ese sentido fuimos afortunadas de caer en ese periodo, porque para los que cayeron después fue espantoso. ¡Te mataban!

La guardia que teníamos nosotras en el Estadio no era siempre la misma. Eran grupos de conscriptos que traían de diferentes zonas del país. Estaban dos semanas, tres semanas y los cambiaban para que no se establecieran relaciones personales. Yo y otras compañeras recordamos particularmente a aquella dirigida por el sargento que llamábamos “El Papi”, no me acuerdo cómo se llamaba. Él venía de Antofagasta con su grupo de gente. Ellos fueron súper decentes, muy decentes. En cambio, había otras guardias que no lo eran. Pero el que más recuerdo y el que todas queríamos era él.

A uno de los conscriptos de su destacamento, rememoro, un día lo llamé y le dije: “Oye, llama a mi mamá y dile que me mande un mate”. ¡Y me mandaron un mate con un termo para adentro!

En el Estadio no nos llegaba información de lo que pasaba en la interna del Partido Socialista. ¿De a dónde iba a salir si estaban todos diezmados? Todo el mundo huyendo, nomás, lo mejor que pudiera o escondiéndose. Los datos o antecedentes que teníamos era por aquellas personas que venían llegando y que podían contar algunas cosas. No había otra fuente. No teníamos contacto con el exterior. Sabíamos de las tragedias que estaban pasando y de que detenían a Fulano, a Zutano. Sin embargo, en general, no nos contaban mucho de la gente que habían asesinado, yo creo que era para no afligirnos demasiado.

Había mucha tensión, mucho miedo. A la propia situación, se sumaba que varias narraban que veían pasar a los torturados del velódromo, cosas así. Estaba Ruth Vuskovic⁵⁸, por ejemplo. La Ruthcita vio pasar a su marido, que murió a causa de esas torturas un tiempo después. El hijo de Luis Corvalán era el marido de ella⁵⁹.

También había mucha desconfianza. Tú no sabías quién era quién. Tú confiabas en la gente tuya nomás, en las personas que conocías. El resto no tenías idea quién era. Te hacías amistades, pero superficialmente. No contabas nada de nada.

En medio de esta enorme adversidad, también hacíamos cosas para hacer pasable el día a día. De hecho, nos inventamos maneras de capear la angustia a través de actividades.

Sin embargo, en medio de esta enorme adversidad, también hacíamos cosas para hacer pasable el día a día. De hecho, nos inventamos maneras de capear la angustia a través de actividades. Por ejemplo, esa maleta que mencioné, que me hizo llegar mi mamá a Investigaciones, fue histórica. Sirvió para hacer nuestras obras de teatro: Como era negra, flexible, no dura, se convirtió en el ataúd de Barnabas⁶⁰. ¡Yo era Barnabas y me metía adentro de la maleta! No sé cómo salió esa cuestión de hacer la obra, seguro que surgió en alguna conversación. Luego, los milicos vinieron a decirnos que querían que le hiciéramos el *show* a

ellos y nosotras, las mujeres, dijimos que no. No lo conversamos, verdaderamente, pero había un cierto liderazgo. No te sabría decir quiénes eran las líderes, pero éramos un grupito.

58. Ruth Vuskovic era hija de Pedro Vuskovic, Ministro de Economía de Salvador Allende, quien sentó las bases de la política económica del Gobierno de la Unidad Popular (UP) y pertenecía al Partido Comunista. Tras estar detenida en el Estadio Nacional, Ruth fue llevada a la cárcel Correccional de Mujeres, según consta en el *Informe de Violaciones a los Derechos Humanos en Chile*, elaborado en 1974 por la ONU. En este se deja constancia, además, de las brutales torturas a las que fue sometida. Estaba casada con Luis Alberto Corvalán Castillo.

59. Luis Alberto Corvalán Castillo, quien participó en el Plan de Reforma Agraria de la Unidad Popular (UP). Estuvo detenido en el Estadio Nacional y luego en el Campo de Prisioneros de Chacabuco. Era hijo de Luis Corvalán, quien era Secretario General del Partido Comunista de Chile en este periodo y hasta 1990, y estaba casado con Ruth Vuskovic quien también fue prisionera en el Estadio Nacional. En 1975 –y tras ser liberado– salió al exilio a Bulgaria, donde murió poco tiempo después de llegar a consecuencia de las torturas inflingidas en el Estadio, tenía solo 28 años.

60. Alude a Barnabas Collins, personaje ficticio (un vampiro de 175 años), de la teleserie gótica *Sombras Tenebrosas*. La producción, de origen canadiense, fue transmitida en Chile radioteatralmente por las noches entre 1945 y 1982, causando gran impacto en esos años.

Quando nos iban a cambiar de lugar de detención, dejaron mucha gente libre a la que no iban a hacerle juicio ni ninguna cuestión.

Pero a quienes íbamos a ser procesadas y llevadas a Consejo de Guerra, nos mandaron a la cárcel, a la Correccional de Mujeres

Creo que la mayoría, aunque no diría abrumadora, de las detenidas eran comprometidas políticamente. Tenían más o menos clara la cosa, eran gente de izquierda. No obstante, había también quienes no. Había algunas chicas, por ejemplo, que eran muy jóvenes y otras que eran como de pueblo, que no

entendían mucho el tema político y por qué estaban ahí. Ellas comprendían que habían sido detenidas por los militares, pero no las razones histórico-políticas de por qué estas cosas suceden. Entonces, hay un tema cultural detrás también: de cuánto sabes de historia y de lo que ha pasado en la humanidad, de que estas cuestiones pasan, han ocurrido. Por suerte, la mayoría de ellas se iban rápido, porque probablemente era cierto que no tenían nada que ver. Iban quedando las más comprometidas.

Era bastante claro que en el Estadio no iban a tenernos eternamente y que algo iba a pasar. Siempre había comentarios de que nos llevarían a tal parte o a tal otra. Hubo un momento que se pensó que todos los presos, hombres y mujeres, iríamos a Chacabuco⁶¹. Y no, era a los hombres a los que iban a mover a allá. A nosotras nos trasladaron, más o menos, como ya dije, cuando iba a venir el partido de fútbol. Pero unos 10 días antes llevaron a un grupo de mujeres a la Correccional. Habían habilitado un pequeño galpón para recibirlas. Entonces, nos dimos cuenta que nos iban a terminar trasladando a todas allí. Y, de hecho, pasó cuando estuvo listo el galpón grande y tenían que dejar libre el Estadio.

Quando nos iban a cambiar de lugar de detención, dejaron mucha gente libre a la que no iban a hacerle juicio ni ninguna cuestión. Pero a quienes íbamos a ser procesadas y llevadas a Consejo de Guerra, nos mandaron a la cárcel, a la Correccional de Mujeres, así que sabíamos que eso iba a demorar.

61. El Campo de Prisioneros Chacabuco, "fue uno de los más grandes del país". Estaba ubicado en la Oficina Salitrera Chacabuco, a unos 110 kilómetros de Antofagasta. Funcionó desde inicios de noviembre de 1973 hasta abril de 1975. Era sólo de hombres. Albergó "a unos mil presos políticos".

Algunas personas dirán, ¿cómo se enfrenta eso? Yo estoy convencida de que las opiniones sobre esto tienen que ver con el carácter de cada uno.

Personalmente, creo que para hacerle frente debes tener una actitud positiva y, al mismo tiempo, el espíritu de echar para adelante y decir: “Bueno, aquí estoy”. Esto también te exige un grado de comprensión política, de saber lo que te está pasando y por qué.

En mi caso particular, debo decir que, por lo común, yo tiendo a acomodarme y a ver lo bueno de las cosas. No soy depresiva, no soy llorona. O sea, cuando pasan estas cosas, ¡pasan! Tú sacas fuerzas de donde puedes y apechugas. ¡Tú apechugas! ¡Eres mucho más fuerte de lo que crees!, ¡todo el mundo lo es! Yo fui más fuerte de lo que pensaba. Nunca me largué a llorar o a lamentarme. A mi juicio, hay aquí una cuestión que también es cultural y que tiene que ver con que las mujeres somos un poco así: No te dejas abatir. Bueno, pero sí había algunas compañeras que se derrumbaban.

Me podrían haber asesinado el día que hubiesen querido, pero no se me pasó por la cabeza pensar que me iban a ejecutar. No tenía ese tipo de angustia. No sé cómo era para las otras, pero yo creo que tampoco estaban pensando que las iban a matar.

Yo tenía claro políticamente por qué estaba ahí y que esto era parte de la historia. Entonces, sabía que esto iba a terminar, sólo que desconocía cómo. Sin embargo, a mí nunca se me ocurrió pensar que podrían matarme. ¡No, no lo concebí jamás! Me podrían haber asesinado el día que hubiesen querido, pero no se me pasó por la cabeza pensar que me iban a ejecutar. No tenía ese tipo de angustia. No sé cómo era para las otras, pero yo creo que tampoco estaban pensando que las iban a matar.

Volviendo a mi historia de detención, en la Casa Correccional de Mujeres estuve meses, muchos meses. Mientras estuve ahí, me mandaron a un Consejo de Guerra al que yo nunca fui, que nunca me enteré, que nunca me citaron. Un día mi abogado, que era Nurielín Hermosilla, contratado por mi papá, llegó y me dijo: “Fuiste a Consejo de Guerra y fuiste sobreseída temporalmente. Esto significa que por cinco años pueden reabrir tu caso en cualquier momento, basta que salgan nuevos antecedentes”.

Debo decir que en el Estadio no sabría decir con certeza si es que había o no alguna infiltrada, o quiénes serían, pero es probable que haya habido. En la Correccional,

en cambio, las presas sí nos dimos cuentas cuáles eran. Una vez, ingresaron a dos mujeres, corpulentas ellas, y las mirábamos y las reconocimos rapidito, por su actitud.

Mientras estuvimos detenidas allí, también nos inventamos estrategias para sobrellevar el día a día. En este sentido, por ejemplo, recuerdo que había un cura, que era de Navarra, de España, que iba y hacía misas. Yo no soy católica ni ninguna cosa, pero me acerqué y le pedí que fuera a ver a mi mamá y que le dijera que me mandara un tocadiscos portátil y discos. Y mi mamá me lo envió, así que imagínense, ¡podíamos escuchar música!

Entre la Escuela de Suboficiales, Investigaciones, el Estadio Nacional y la Correccional, estuve presa 365 días, un año. De eso me acuerdo claramente, porque me tomaron detenida el 11 de octubre de 1973 y me liberaron el 10 de octubre del año siguiente. Fue hartito rato.

Luego de un año de confinamiento, de los que 11 meses fueron en la Correccional, salí en libertad. El abogado le avisó a mi familia y fueron a buscarme en mi auto y yo me fui manejando de vuelta para mi casa. En realidad, a la casa de mi mamá porque yo ya no tenía casa. Mi casa se desarmó. Era una casa arrendada, ¿qué iban a estar manteniéndola si nadie sabía por cuánto tiempo y pagada con qué? ¡No!, mi mamá entregó todo eso.

Estuve como 16 días en Chile, en Santiago, después me fui del país. Tenía que irme. Salí a Buenos Aires. Pero en los días que estuve, vi gente de la familia y gente amiga. Recuerdo que me andaba quedando dormida, de eso me acuerdo, estaba agotada.

Primero me quedé en la casa de mi mamá. Estando ahí, me llamó por teléfono una persona conocida, parte de los doce que nos encontrábamos bajo un mismo proceso. Le habían dejado libre y quería avisarme que andaban preguntando por mí, que nos andaban buscando nuevamente, que me escondiera, que me fuera. Me trasladé a la casa de unos amigos. Estuve pocos días en la casa de ellos. Nadie fue por mí, no pasó nada, entonces volví a la casa de mi mamá.

Mientras tanto, con mi padre pedimos una entrevista con el fiscal Rolando Melo. Él me informó que todos nosotros, los de este proceso, estábamos con Decreto de Expulsión. En ese momento, el Decreto estaba en Contraloría. Consiguientemente, le dijo a mi papá –curiosamente son tan machistas, no se dirigía a mí sino a mi papá–: “Mire, lo mejor es que deje el país ahora y que no vaya sola a hacer los

trámites. Contrate a esta gente que hace trámites y que se vaya, antes de que salga esto de la Contraloría, porque la van a ir a detener de nuevo”.

No fue un soplo, sino un comentario –“esto es lo que va a pasar”– y una recomendación –“váyase antes”–. Y, entonces, me fui. Viajé a Buenos Aires con mi hijo. Llegamos a esa ciudad 16 días exactos después de que me dejaron en libertad. Salí libre el 10 de octubre del 74 y el 26 de octubre entré a la República de Argentina. Luego, dejé ese país el 21 de diciembre del 74 y llegué a Italia, a Roma, el 22 de diciembre del 74, así fue.

No es que yo tenga una gran memoria, sino que pienso que son momentos tan intensos que no se olvidan, que sólo se pierden algunos detalles.

Mi mamá estaba en Italia en ese momento. Mi hermana se había ido allá en diciembre de 1973. También se marchó por motivos políticos. Somos una familia, toda la familia directa, al menos, de izquierda, entonces, por supuesto, todos estaban en riesgo. Mi hermano había viajado por una beca de estudios a Estados Unidos y no volvió más. Mi hermana salió a Roma y se quedó allí.

No es que yo
tenga una gran
memoria, sino
que pienso que
son momentos
tan intensos
que no se
olvidan, que
sólo se pierden
algunos
detalles.

En Buenos Aires nos recibió mi exmarido, el papá de mi niño, él nos acomodó un departamento con lo justo y necesario para vivir: una mesa, un par de sillas, dos camitas, una cocinilla y lo básico de vajilla. Él también tuvo que salir de Chile por razones políticas. Tuvo que salir temprano, rápido, porque él era el Secretario Ejecutivo de la Comisión Automotriz de la CORFO⁶², uno de los personajes odiados por la derecha. En ese entonces, en Chile escaseaban los autos y los ricos querían comprar, pero conseguir uno nuevo era ya sacarse la lotería y dependía de la CORFO, donde él trabajaba directamente. Y, bueno, además, él era discípulo de Vuskovic⁶³.

Estuve hasta diciembre en Buenos Aires. La idea mía no era terriblemente clara, pero estando en esa ciudad viví un episodio muy duro, muy complejo: el departamento

62. Corporación de Fomento de la Producción, creada en 1939 con el objeto de impulsar la industrialización nacional mediante la intervención del Estado.

63. Pedro Vuskovic, Ministro de Economía de Salvador Allende, quien sentó las bases de la política económica del Gobierno de la Unidad Popular (UP) y pertenecía al Partido Comunista.

en que estábamos con mi hijo, que era en un segundo piso para nosotros, primer piso para los argentinos tenía un balconcito hacia el tragaluz interior del edificio. Y en ese balconcito el día del cumpleaños de mi hijo, el 30 de noviembre, me tiraron una bomba a media noche. Estábamos durmiendo y sonó un bombazo. Yo desperté y enseguida vino otro bombazo. Me quedé en silencio. Llovía esa noche. Fui a mirar el balcón y estaban los restos del artefacto. Los recogí, los metí en un papel de diario y al día siguiente me fui a la FLACSO⁶⁴, donde tenía un contacto. Me dijeron: “te tienes que ir. Ahora es una bomba así y mañana te esperan en la puerta del departamento”. Entonces, ahí gestioné inmediatamente la partida para juntarme con mi mamá y mi hermana en Italia, que era donde yo tenía un lugar para llegar. Y, bueno, así fue. O sea, todavía estuve 20 días más, porque este bombazo fue el 30 de noviembre en la noche y partí el 21 de diciembre.

En la FLACSO de Buenos Aires me gestionaron una beca. ¡Fue increíble! Me dijeron: “Está todo súper peligroso. Te tienes que ir a Europa”. Muchas de las personas se iban a Suecia y yo dije: “A Suecia no me voy. No manejo el idioma y no quiero ser analfabeta”. En Portugal yo tenía familia, pero con mi papá habíamos estado hablando con el Cónsul de ese país. Este hombre, igual que otros, se dirigía a mi padre. ¡Estaba hablando sobre mi vida y mi destino y le conversaba a mi papá! Dije: “No. Machistas espantosos, ultracatólicos, ¡ni hablar!, a Portugal no me voy”. Entonces, “es Inglaterra o Francia”. Me dijeron que las mejores becas estaban en Inglaterra. Solicitarían una para mí. Lo dejaron andando y yo me fui a Italia.

Si me preguntan qué me impulsó a retornar a Chile, diría que volví por la porfía. Y es que realmente yo no elegí irme, a mí me echaron.

Llevaba un año en Italia y me buscaron para avisarme: “Tienes esta beca esperándote”. Me fui a Inglaterra sin pensarlo mucho. Y, la verdad, que llegar y vivir en ese país fue una delicia. Todo funcionaba. La gente te decía la verdad y te exigían ser honesta y decir la verdad siempre. La sociedad de la confianza, sociedades protestantes. Entonces, bueno, me quedé 18 años en Londres. Toda mi vida de adulta joven la viví en Europa, básicamente en Inglaterra. Y llegué de vuelta a Chile, con 49 años, a empezar de nuevo.

64. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, creada en 1957 por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) como organismo internacional, destinado a la educación e investigación, integrado por distintos países de América Latina y El Caribe.

Si me preguntan qué me impulsó a retornar a Chile, diría que volví por la porfía. Y es que realmente yo no elegí irme, a mí me echaron. Yo nunca vi el Decreto de Expulsión, debo decirlo. Según este fiscal existía, pero las cosas no eran tan transparentes que uno dijera “¡quiero verlo!”. No tengo idea dónde buscarlo, nunca lo he visto.

Pero yo salí sabiendo que iba a volver. De hecho, cuando cambió aquí el gobierno, cuando salió elegido Aylwin⁶⁵ yo vine a votar. Yo fui de las personas que votó con asco, pero votó. No me gustaba la idea de votar por Aylwin, pero lo hice.

Esa vez, luego de sufragar, volví a Inglaterra y fui al Ministerio del Interior de ese país y renuncié a mi calidad de refugiada. Los chilenos me decían: “¡Pero tú estás loca!”. Les decía yo: “No, si a mí nadie me persigue en Chile, yo no quiero ser refugiada. Yo ahora me voy a ir de vuelta”. Me quedé en calidad de inmigrante y me vine después. Retorné en diciembre de 1992. Allá yo había comprado una casa, trabajaba, tenía una buena pega. Cuando volví a Chile me costó siete años recuperar la calidad de pega que tenía en Londres. Siete años después dije: “¡Ya!, estoy en la misma situación que dejé en Inglaterra”.

El retorno es muy complicado, es nada de simple, nada de agradable. Tiene cosas muy lindas y buenas, y otras muy terribles. Es como el exilio, el exilio al revés. Pero yo, como mono porfiado, dije: “Vuelvo y vuelvo”.

Yo tenía varios objetivos para retornar. Uno de los principales era venir a ocuparme de mis padres que estaban viejos y solos. ¡Tienes y crías tres hijos y se te mandan a cambiar los tres y terminas tu vida vieja, enferma, sola! Y, además, tenía que volver antes de que mi hija pudiera tomar decisiones solita y decir: “No, yo no voy”. Tenía que ser ahí, en ese periodo cuando todavía era posible tratarla como “paquete” que traslado de un lado a otro. Y así fue. Ella tenía 14 años cuando nos vinimos. Yo quería que ella viviera su adolescencia en Chile, quería que fuera chilena, porque pensé que iba a tener mejor vida ella como adulta aquí que en Inglaterra. No tenía allá las redes sociales que tengo acá y que le iban a permitir tener mucho mejor acceso y contacto en la sociedad. No me equivoqué.

Sin embargo, no pude traerme a mi hijo y su familia. Eso es algo que lamento profundamente. Él ya estaba casado, su esposa es italiana y no se iba a mover, porque quería estar cerca de la “mamma”, así que quedó allá instalado. Sigue

65. Patricio Aylwin, fue presidente del Senado entre 1971 y 1972 y el primer Presidente de Chile (1990-1994) tras la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990).

viviendo con su familia en Londres. ¡Cada uno con su destino! Pero esto es el cuchillo que significa el exilio, que rompe familias, que te parte el corazón, el alma, todo. El exilio es una daga y la dictadura la mano que la maneja.

Durante mi exilio en Inglaterra mantuve, prácticamente todo el tiempo, militancia política en el Partido Socialista. No obstante, esto cambió poco tiempo después que volví a Chile. Acá se transformó el modo en que se hace partido y, la verdad, lo sentía ya como algo ajeno: ya no conocía a mucha de la gente y no me parecía –ni parece– el rumbo que se ha tomado. Seguramente, debo estar aún en el padrón, pero es porque no he ido a renunciar. Lo dejé ahí y ahora tampoco me refiché⁶⁶. Ya no me concibo como parte. Eso es difícil también, después que te has sentido tantos años como militante.

Hice también mi declaración ante la Comisión Valech, asumiéndola como un acto de denuncia y de memoria. Y es que me parece que hay que contar, hay que contribuir a la memoria del país.

También lo dejé porque luego del retorno tuve que trabajar arduamente para vivir y pagarme los porotos. Con una hija aquí y un trabajo *full time*, ¿de a dónde sacas tiempo para hacer activismo? ¡No tienes ni un minuto! A ello, suma el que uno se va poniendo más vieja y tiene menos energía. Yo necesito trabajar menos, no trabajar más. Necesito tener un poco de tiempo para mí, así que jugarme por un grupo u otro, ¡no! Uno ya hizo muchas cosas, ahora les toca a los jóvenes.

El que yo no me adscriba a una bancada no significa que mi pensamiento de izquierda haya desaparecido. Cada vez que me han pedido testimoniar acerca de mi experiencia lo he hecho. Me han citado muchas veces a declarar cuestiones en la PDI⁶⁷, en Investigaciones, por casos. He identificado a la gente que a mí me trató mal. Intenté una vez hacer una querrela con un grupo conformado no sólo por gente que estuvo detenida en el Estadio Nacional, sino en distintas partes. Contratamos al abogado Hernán Montealegre y, al final, resultó un desastre: no hizo la gestión. Se lo dije en su cara en ese momento. Fue terrible.

66. Hasta el 15 de abril de 2017 los partidos políticos chilenos tenían la posibilidad de inscribir (fichar) a los afiliados a sus bancadas y entregar la documentación al Servicio Electoral (SERVEL).

67. Policía de Investigaciones de Chile.

Hice también mi declaración ante la Comisión Valech⁶⁸, asumiéndola como un acto de denuncia y de memoria. Y es que me parece que hay que contar, hay que contribuir a la memoria del país.

Pese a lo anterior, no estoy completamente de acuerdo con la propuesta de abrir los registros de la Comisión Valech antes de los 50 años⁶⁹. Sé que en esto voy un poco contra la corriente, pero existen personas que no quieren que se sepa públicamente lo que vivieron y que, quizás, fueron a declarar precisamente porque no se iba a saber mientras ellas estuvieran con vida. Pienso que sería terrible para ellas que ahora se destaparan estas cuestiones. Creo que hay que respetar aquello.

Además, debo decir que hay gente que ha inventado historias también. Ciertamente, son cosas que ocurrieron y que viene bien denunciarlas, pero hay quienes se atribuyeron como propias las experiencias de otra persona⁷⁰.

Esto está estrechamente ligado al grado de tontera, bastante grande, que existe también en la izquierda chilena y entre los expresos políticos: pareciera ser que vales más, mientras más torturado fuiste. ¡Nunca he visto estupidez más grande!

O en otras cosas que se dicen, como, por ejemplo: “¿Qué dijo mientras le sacaban la mugre?, ¡quizás cuánta gente más cayó por eso!”. No puedes saber estas cosas. Y si cayeron más personas a raíz de eso, es humano, es natural. No puedes juzgar a otro por haber hablado, no puedes hacer eso. Si lo único que tú tenías que hacer

68. La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, o más conocida como “Comisión Valech” fue creada el año 2003, para esclarecer la identidad de quienes vivieron privación de libertad y torturas por razones políticas, a manos de agentes del Estado o de personas a su servicio durante la dictadura militar de Augusto Pinochet.

69. El decreto de creación de la Comisión Valech disponía que todos los antecedentes recopilados tendrían el carácter de “reservados”. El informe final recomendó que el secreto se mantuviera por 30 años. En el año 2004, la ley amplió esta reserva a 50 años. El año 2016 se discutió un proyecto de ley para levantar el secreto antes del plazo convenido. No obstante, no hay una posición unívoca frente al tema: hay quienes lo ven como una manera de contribuir a la verdad y justicia en casos de violaciones a los derechos humanos aún pendientes al entregar información sobre los victimarios; y quienes lo cuestionan como un atropello a la intimidad y dignidad de las víctimas y sus cercanos. Pese a que fue rechazado en la Cámara, el debate sigue abierto incluso entre quienes testimoniaron.

70. Pese a que no encontramos denuncias formales respecto a potenciales declaraciones “falsas” en el marco de la Comisión Valech, es importante señalar que este hecho también es mencionado en el relato de Cecilia Riveros de este libro. En este sentido, leemos este posicionamiento de la propia experiencia (el criterio de “lo vivido” en carne propia) como un mecanismo de respuesta defensiva ante los cuestionamientos y la incredulidad que aún persisten sobre estos temas y que ha resurgido como parte de un negacionismo que recientemente ha tomado nuevas fuerzas entre los sectores que fueron aliados de la dictadura pinochetista.

era asegurarte de darle tiempo al otro para que se vaya de donde está. Y, sabiendo cómo es el tema y que estas cosas pasan, quien no se fue, bueno, que asuma. Son cosas muy sabidas por la experiencia histórica, cosas que ocurrían en Francia, cosas que ocurrían en todas partes, que tú tenías que dar por lo menos un día, un día al saber que te habían detenido, ¡claramente!

Tuve una fuerza
proveniente de la infancia,
de la escolaridad; carácter
más bien, más que nada
carácter. Como dije antes,
nunca me sentí quebrada.
Y aquí estoy. La vida sigue.
Después, me han pasados
muchas otras cosas igual
de duras. He vivido cosas
complejas, pero también
cosas fantásticas que me
han pasado en la vida,
antes y después.

Personalmente, yo no tengo problemas con que se sepa mi historia. Cada quien que me ha preguntado, y que ha querido escuchar, me ha escuchado. Tampoco me he puesto un letrero en la frente que diga: “¡Escúchenme!”, porque no tengo un trauma con la prisión política, con la tortura, con el exilio.

Por suerte, tuve una fuerza proveniente de la infancia, de la escolaridad; carácter más bien, más que nada carácter. Como dije antes, nunca me sentí quebrada. Y aquí estoy. La vida sigue. Después, me han pasados muchas otras cosas igual de duras. He vivido cosas complejas, pero también cosas fantásticas que me han pasado en la vida, antes y después.

Yo soy una gran amiga del olvido. Tengo buena memoria, en general, pero igual se me han olvidado muchas cosas ¡Y qué bueno que se me olvide!, pienso. ¿Vas a vivir acumulando conocimientos, información, detalles? ¡Es imposible! Hay que estar atento al día, día, nomás.

Para mí, perder los detalles, arrinconar los recuerdos con el paso de los años convive con la constatación de que aún hay mucho, pero mucho trabajo por hacer en términos de recuperación de memoria. Y nosotros estamos en una edad en que nos empezamos a morir. Por eso digo que cuando son asuntos que tienen que ver con las personas, no hay que dejar pasar mucho rato. ¡Los más jóvenes que quieren hacer investigación, tienen que moverse!

NUNCA FUI DE PARTIDOS, PERO SENTÍA QUE LAS COSAS TENÍAN QUE SER MÁS JUSTAS



Cecilia Riveros De la Maza⁷¹

Me casé en 1963, mis dos hijas nacieron un tiempo después, en 1966 y 1967. Me separé cuando la más pequeña tenía dos o tres meses. Seguí sola y empecé a trabajar. En realidad, siempre había trabajado con excepción de los cuatro años que duró mi matrimonio.

Me instalé con un quiosco en Las Condes, que en esa época era la Cordillera misma. Los fines de semana la gente iba con sus niños a arrendar caballos y yo les vendía bebidas, galletas, de todo.

Mientras estaba en este negocito vino el triunfo de Allende. Yo vivía en Ñuñoa. Tenía una vida más o menos tranquila y feliz con mis dos hijas, porque tenía la ayuda de

71. Este relato está basado en la entrevista realizada por Isidora Salinas y Andrea Pequeño en Reñaca, Chile, el 8 de agosto de 2018.

mis padres. No pagaba arriendo. Apoyo de mi exmarido, ¡cero! Aunque le tengo aprecio, debo decir que él no nos aportaba económicamente.

Nosotras estábamos bien con lo que teníamos. Sin embargo, un día decidí que quería comprarme una casa o un departamentito en Viña del Mar. Yo había vivido allí de chica. No sé si por los buenos recuerdos que tenía de aquella época, pero para mí Viña siempre fue lo máximo. Y ahí me dije: “mejor trabajo en una oficina para juntar platita”. Yo sabía cuánto necesitaba, así que pensé: “en un año daría el pie”. En ese tiempo existían las cajas de ahorro y préstamo, entonces era viable concretar esto. “¡Esta es la mía!”, me dije.

En ese momento yo ya tenía treinta años y era muy buena secretaria. Había estudiado comercio al salir del colegio y había sido secretaria de gerencia en una pesquera, en Viña; y, después, en una empresa financiera, en Santiago. Hablé con un amigo que tenía una buena posición laboral y podía darme trabajo. Me hicieron unos exámenes de prueba y entré a Montero. En esos años, era “la” ferretería de Chile y no sólo el local de la calle San Martín con Alameda que, creo, está hasta el día de hoy. Abastecía a todo el país de productos industriales, para la minería y la agricultura, por ejemplo. Había diez departamentos distintos. ¡Era muy grande!

Antes de la Unidad Popular esta era una empresa de derecha, pero de derecha, pues. Luego, fue intervenida. Julio Estuardo, del Partido Socialista, fue el primer Interventor y lo hizo muy bien. Era un hombre ya de cuarenta y tantos años, abogado, con una experiencia enorme. Había sido el rector de la Universidad de Chillán. Lo menciono a él, mi amigo que lamentablemente murió hace unos años, porque tiene que ver con mi entrada al Estadio Nacional después.

En ese contexto llego yo a ese trabajo. Julio no me llevó, sino que me hizo el enlace para postular. A mí me contrató el que era gerente en esa época, un argentino.

Los tres años que duró la Unidad Popular estuve trabajando ahí. Los primeros meses como secretaria del sub interventor y luego como secretaria del Gerente de personal. Me gustaba más este último puesto. Hacía parte de Relaciones Industriales que era el equivalente a lo que hoy es Bienestar y, por tanto, tenía que ver con las personas. En ese momento, había 320 empleados y me tocaba relacionarme con todos ellos. Mi labor era linda, linda: me preocupaba desde comprar los juguetes para la Pascua, hasta ayudar a la familia si alguien moría.

Bueno, entré ahí y justo empezó la inflación que me cambió el plan totalmente: el dinero ya no me servía para pensar en la compra del departamento, sino para vivir. Pese a esto, yo estaba feliz con lo que hacía.

En esa época todo era cambio. No sabías lo que iba a pasar al día siguiente, pasado mañana y menos en un mes. Eran tiempos muy movidos, entre marchas, tomas, huelgas, entre esto y lo otro.

Participábamos en el cordón industrial, íbamos a reuniones. Nos hacían cursos, por decirles, de Primeros Auxilios, porque se sabía que iba a venir algo.

Luego, a Julio lo llamaron para que se hiciera cargo de la DINAC⁷², la empresa estatal que distribuía los productos a todo Chile (jabón, pasta de dientes, aceite, azúcar, de todo). Funcionaba en el edificio que yo le sigo diciendo Diego Portales⁷³. Fue el primer encargado. A Montero llegó, entonces, otra persona como interventor. Empezó a entrar el MIR.

En esa época todo era cambio. No sabías lo que iba a pasar al día siguiente, pasado mañana y menos en un mes. Eran tiempos muy movidos, entre marchas, tomas, huelgas, entre esto y lo otro. Participábamos en el cordón industrial, íbamos a reuniones. Nos hacían cursos, por decirles, de Primeros Auxilios, porque se sabía que iba a venir algo.

Hacía todas estas cosas y, siendo bien honesta, no sé si tenía o no compromiso con la Unidad Popular. Con 30 años y pájaros en la cabeza, no sabía bien en qué creía. Yo me dejaba llevar, como quien dice. En aquella época, además, la gente era roja o blanca y yo, para ser franca, era y soy de la mitad: busco lo bueno de un lado y del otro, y lo mezclo.

En todo caso, en la elección de 1970 había votado por Allende. Tenía muy claro que, en ningún caso, quería como presidente a Frei Montalva, no quería a un democratacristiano en el gobierno. Me incliné por Allende, además, porque me

72. Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC), fue creada a mediados de 1971. Mediante esta, el Estado pudo controlar la distribución de un gran número de productos. Dirigía las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP).

73. Corresponde actualmente al Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM). Fue construido en el periodo de gobierno de la Unidad Popular convocando a miles de voluntarios que lograron terminarlo en solo 275 días e inaugurado en abril de 1972 como sede de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Finalizada esta, pasó al Ministerio de Educación que lo denominó Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral. Después del golpe militar (11 de septiembre de 1973), y dado que La Moneda estaba inutilizada por el bombardeo al que había sido sometida el día del Golpe, se convirtió en la sede de gobierno de la dictadura militar, presidida por Augusto Pinochet. En ese marco se le cambió el nombre a Diego Portales.

gustaba el programa. Si bien nunca fui de partidos, sentía que las cosas tenían que ser más justas. Eso me movía.

Al comienzo de la Unidad Popular yo pensé que íbamos a tener un mundo mejor. Sin embargo, este sentir se fue deteriorando. A medida que transcurría el tiempo me di cuenta de cómo iban echando a perder el proyecto inicial. En esos tres años vi, por ejemplo, cómo se hacían zancadillas entre ellos mismos. Yo decía “pobre Allende”, porque la propia gente de su sector lo estaba perjudicando. ¡Le hicieron muchas! Claro, esto es mi pensamiento, mi visión particular, pero creo que él ganó las elecciones, salió Presidente y, la verdad, no tenía personas aptas para trabajar codo a codo en el ideario de su Gobierno.

De hecho, veías a quienes se hacían cargo de estas empresas grandes y no sabían, no les daba la experiencia. Por ejemplo, el interventor que llegó después que Julio salió a la DINAC era un encanto, pero carecía absolutamente de la experticia necesaria para manejar un negocio de esa envergadura. Lo mismo sucedía con mi jefe de Relaciones Industriales, que era un abogado, amorosito él, pero recién egresado de la universidad y, por ende, sin trayectoria alguna.

Era tanto así, que los trabajadores queríamos que saliera, que se fuera este nuevo interventor, porque no daba la talla, no estaba a la altura. Organizamos una huelga y estuvimos como quince días movilizados. Casi paramos el país. En Montero había un sindicato, venía de antes que entrara la intervención. Yo, como era de Relaciones Industriales, tenía trato directo con ellos. Me hice parte de este e incluso llegué a ser candidata para representante. Y, como les digo, llevamos a una huelga. Éramos 21 personas las que liderábamos la movilización, por eso nos decíamos “Los 21”. El resto de los trabajadores nos querían reharto, bueno con excepción de la gente antigua de Montero. Es que durante este periodo entraron como 120 personas a la empresa. Si había 200, terminamos 320. Los que se incorporaron eran de partido o, al menos, eran amigos del partido. Eso era lo que pasaba. A Frei le pasó lo mismo, pero los incluyó en los ministerios. Entonces, para mí, esos tres años fueron más bien de desencanto, porque pensabas que iba a ser diferente y te dabas cuenta que no, que no lo era.

Bueno, después de la huelga enviaron a un tipo con más experiencia que, aunque tenía una raíz política, no era de partido, tenía otro perfil. Todo fue bien caótico esos años, entraban y salían y así estuvimos hasta el Golpe.

Mi jefe directo fue reemplazado por Lenin Guardia. Era entretenidísimo. Había estudiado Filosofía y, como otra gente del MIR que venía de Sociología o de Filosofía,

tenía un sentimiento distinto, veía el mundo de otra manera. Él estaba en el cargo al momento del Golpe de Estado.

Yo nunca estuve para cosas irregulares, tengo que ser sincera. Incluso después a Julio lo sacaron de la DINAC para nombrarlo Intendente de Santiago y me dijo: “tú te vas como mi secretaria a la Intendencia”. “¡Regio!”, le respondí. Pero cuando comencé a ver el asunto del sueldo me di cuenta de que no me convenía para nada: si en Montero ganaba veinte, acá me iban a pagar diez. Y se lo dije. Me respondió que podríamos arreglarlo: el sindicato de Montero podía enviarme en comisión de servicio a la Intendencia y, por tanto, Montero pagaría mi sueldo.

Unos días antes de que asumiera como Intendente hablé con él: “si Montero me va a pagar, ¿cómo me voy a ir a otro lugar a trabajar? No, no puedo”. Él se enojó conmigo. Aunque el trabajo que me ofrecía era mucho más importante que el que yo tenía, no me parecía correcto hacerlo. En ese sentido reconozco que yo soy media cuadrada. ¿Díganme ustedes si yo hubiera sido la secretaria de la Intendencia? Me habrían hecho pebre al detenerme.

La Unidad Popular fue una época revoltosa. Yo tenía 32 años y todo el ánimo del mundo. Y llegó el Golpe. Ahí, cada uno hizo lo que pudo.

Como decía, la Unidad Popular fue una época revoltosa. Yo tenía 32 años y todo el ánimo del mundo. Y llegó el Golpe. Ahí, cada uno hizo lo que pudo.

Ese día 11 de septiembre yo salí temprano de mi casa rumbo a la oficina. Vi pasar aviones. Pensé que algo estaba sucediendo, pero igual continué mi trayecto. Al llegar me encontré con otra compañera de trabajo,

con la que era y somos grandes amigas. Luego de saber lo que ocurría salimos de la empresa. Ella era del Partido Comunista y andaba con su carnet. Dijimos “no nos pueden encontrar con esto”, así que antes de irnos se lo escondí ahí mismo en la oficina, no recuerdo específicamente en qué lugar.

Ambas vivíamos por Bilbao y uno de los gerentes, que también vivía “en el barrio alto”, como quien dice, se ofreció a llevarnos en su auto. Sin embargo, nos dejó botadas en medio de la calle, en San Martín con la Alameda, a la una de la tarde, cuando los balazos iban y venían. Yo andaba con un abrigo rojo, me acuerdo.

Todos sabían que el Golpe iba a venir. Entonces, cada uno de los cordones industriales⁷⁴ tenía definido lo que sería su lugar de encuentro. A nosotros, por el sector en que estaba la empresa nos correspondía el Terminal Pesquero, en Mapocho. Decidimos ir allí. Comenzamos a caminar por Moneda. Los milicos nos dijeron: “Váyanse por el medio de la calle, no se vayan por las orillas, porque pueden ser confundidas”.

Todos sabían que el Golpe iba a venir. Entonces, cada uno de los cordones industriales tenía definido lo que sería su lugar de encuentro. A nosotros, por el sector en que estaba la empresa nos correspondía el Terminal Pesquero, en Mapocho. Decidimos ir allí.

Esto en medio del Golpe de Estado y yo vistiendo mi bonito abrigo. Fuimos porque teníamos que ir, esas eran las órdenes y nosotras éramos obedientes. Esto puede parecer extraño, pero cuando estás en medio de algo así no sabes claramente qué hacer.

Llegamos a eso de las 13:30 al Terminal Pesquero. Suponíamos que habría como cinco mil personas, pero encontramos no más de 100 o 150. Unas 20 seríamos mujeres y los hombres machistas nos mandaron a hacer sopa de mariscos. Yo dije, “ya, pero echemos los camarones enteros”. No les gustó mi idea: ellos los querían peladitos, querían solamente las colitas. Molesta, le dije a mi amiga: “yo me voy” ¡Era insólito! ¡Íbamos a otra cosa, no a hacerles “sopita” a unos tipos que se ponían exquisitos! ¡Era un momento tan importante, y ellos querían comer colitas de camarón! ¡Lo encontré último! Además, ¿por qué ellos no pelaban los camarones?, ¿por qué nosotras? Siempre he sido bien feminista en ese sentido, tal vez porque mi mamá y mi papá nos criaron así a mí y mi hermana. Bueno, ambas nos marchamos. Aunque no conocíamos a las otras mujeres que había, les avisamos.

74. Los cordones industriales fueron concebidos como expresión del “poder popular”. Emergieron durante el gobierno socialista de Salvador Allende (1970-1973) como reacción colectiva de los trabajadores de las fábricas a las acciones de “boicot” y “desestabilización” promovidas por la oposición a la Unidad Popular. Cada cordón estaba conformado por un grupo de industrias de una misma zona territorial. Para el Golpe de Estado de septiembre de 1973 existían 31 cordones a lo largo del país. En la Región Metropolitana se contaban: Cerrillos-Maipú, Vicuña Mackenna; Macul; Estación Central; Santa Rosa-Gran Avenida; Conchalí-Área Norte; Mapocho-Cordillera; San Joaquín; Santiago Centro; Panamericana Norte; y San Bernardo (Gaudichaud, 2004).

Creo que habían dicho que hasta las tres de la tarde se podía transitar por las calles, faltaba poco y aún estábamos en Mapocho. No había nada de locomoción. Cruzamos el puente a Avenida Santa María para hacer dedo. Por fortuna, justo pasó un auto y se detuvo. Mi amiga dice que quien nos paró era un cura, yo no estoy segura de eso. Sin embargo, claramente fue un ángel de la guarda. ¡Es que es de no creerlo!, el hombre iba precisamente hacia Bilbao, donde vivíamos. La dejamos a ella en la puerta de su casa, yo me bajé en Tobalaba y caminé las cinco cuadras que había hasta la mía. Llegué antes de que fuera el toque de queda y me encerré ahí.

Mis hijas estudiaban en el Compañía de María, en Manquehue con Las Condes y mis padres vivían por ahí cerca. Entonces, de lunes a viernes las niñas se quedaban con ellos. Dado que el Golpe fue un día de semana, un martes, no estaban conmigo y, la verdad, es que creo que fue mejor que estuvieran con sus abuelos.

Los días que siguieron al 11 de septiembre hubo toque de queda. No se podía salir de las casas. Yo no tenía auto y no había locomoción, así que no tenía cómo moverme de ahí. Estuve sola. No recuerdo mucho los detalles de esos días, pero sé que mi padre en una ocasión tomó su auto y fue a verme: quería saber cómo estaba y también llevarme algo de comida.

Yo era conocida en el barrio y mis vecinos estaban al tanto de que Julio, hasta ese momento el Intendente de Santiago, era un amigo que visitaba mi casa. Él era una autoridad pública, lo buscaban y, de algún modo, se subentendía que había posibilidades de que me allanaran.

Los días que siguieron al 11 de septiembre hubo toque de queda. No se podía salir de las casas. Yo no tenía auto y no había locomoción, así que no tenía cómo moverme de ahí. Estuve sola. No recuerdo mucho los detalles de esos días, pero sé que mi padre en una ocasión tomó su auto y fue a verme: quería saber cómo estaba y también llevarme algo de comida.

Después, se dijo, en un bando que el 19 de septiembre las personas debían volver a sus actividades laborales. Consiguientemente, el 19 yo figuraba en Montero. A esas alturas las micros circulaban con relativa normalidad.

No sé con exactitud cuántos llegamos, pero no estábamos todos. Ahí nos enteramos que habían asesinado a uno de los trabajadores, un obrero muy querido: lo atraparon en la calle a una hora no permitida, pobrecito. En cuanto entramos

a nuestras oficinas nos dimos cuenta de que la empresa estaba “ocupada”: los antiguos, los originales, digamos, habían vuelto. No obstante, los que entramos durante la Unidad Popular seguimos ahí, desempeñando nuestras labores. Lo hicimos por una semana, más o menos.

Esa misma semana que retornamos al trabajo, Lenin, mi jefe hasta el día del Golpe, me llamó por teléfono a la oficina. Me sorprendí de escucharlo. Durante la breve conversación que sostuvimos ninguno de los dos dijo su nombre. Sabíamos que oían las llamadas. Me pidió que nos juntáramos, indicándome como coordenada: “Donde fuimos la última vez con mi amigo”. Entendí perfectamente la referencia: una callecita por Santa Rosa, donde un compañero nos había invitado a una fiesta. Aproveché la hora de colación para ir a verle.

Llegué al sitio convenido. Caminé lentamente por el lugar mientras buscaba con la mirada a un hombre, en lo que era la vestimenta común de los miristas de esa época: pelo largo, bigotes, con un chamanto grande y jeans. De pronto, oigo, a mis espaldas “Cecilia”, me giro y me encuentro con un perfecto caballero, un *gentleman*: pelito corto y muy peinado. ¡Era él! Se veía totalmente distinto. Me dijo que lo buscaban y que dormía en diferentes sitios. Pensé: “Si yo, que he trabajado un año con él, no lo reconocí no lo va a encontrar nadie”.

Nunca me quedó claro para qué me citó. Quizás sólo quería conversar y enterarse de lo que estaba pasando en la oficina. En ese momento, ni se me pasó por la cabeza que ir a juntarme con él podría ponerme en riesgo. No se me ocurrió en absoluto, es que yo a mis treinta años no pensaba en esas cosas. Por eso ahora veo a la gente joven y digo: “Cecilia, recuerda cómo eras a esa edad”. Esto se lo repito también a mis amigas: “Chiquillas, acuérdense, acuérdense de cuando tenían esos años”.

En esa época yo estaba enferma. Tenía un bulto en una mama. No existían los adelantos tecnológicos que hay ahora para saber si era cáncer o sólo un nódulo. Me atendía con la doctora Pabs que, en ese tiempo, era la eminencia en senos. Ella había programado una operación, en la Clínica Santa María, para el día 30 o el 31 de septiembre, por ahí. La fecha de la intervención correspondía a un lunes y trabajé hasta el jueves anterior. Qué hice, no recuerdo, pero estaba en mi oficina. Había presentado la licencia médica y, sin embargo, el día viernes me avisaron, por escrito, que ya no trabajaba más en Montero. Hicieron un despido masivo: con certeza puedo decir que nos echaron a los 21 del sindicato.

Me pagaron todo conforme a la ley (los años de servicio, más el mes de desahucio). Y, en ese sentido digo que conmigo fueron correctos. Desconozco cómo fue para el resto, porque la gente tampoco hablaba en esa época, tenía susto.

Ese día fue además acontecido, porque en la noche murió el general Pollarolo⁷⁵. Él había llegado a ser el mandamás y vivía al frente de mi casa (nos conocíamos de pequeñas con las hijas). A raíz de su fallecimiento, al día siguiente, el viernes, hubo muchísimo movimiento en mi calle: un sinnúmero de autos y de personas transitando hacia y desde su casa.

Y, precisamente, en este contexto me llama Julio Estuardo. Había tanta conmoción en el barrio que era absurdo pensar que me allanarían, así que llegó a mi casa como a las siete de la tarde. Cargaba sus cosas en una bolsa blanca, como aquellas que se hacían para el pan con los sacos harineros, se había cambiado el peinado y tenía bigotes. Lo fue a dejar Lila, su esposa, y una sobrina. Él andaba escondiéndose, itinerando. “Quédate hoy acá”, le dije. Aceptó. Ambos creímos que era un día seguro. Sin embargo, las cosas suelen no resultar como uno cree.

Ese mismo viernes, además, llegó mi hermana desde Ovalle, donde vivía con su familia. Venía a quedarse conmigo, a acompañarme por la operación del lunes siguiente.

Mi casa tenía tres departamentitos atrás, en el patio. Yo los arrendaba, pero en ese momento sólo había uno ocupado. El inquilino era un médico. Distribuí rápidamente los dormitorios: Julio ocuparía el de las niñas, mi hermana dormiría en el mío y yo, me iría a uno de los departamentitos. ¡Todo organizado! Nos fuimos a descansar. Mi arrendatario y mi hermana obviamente conocían a Julio. Como dije, yo con él tenía una amistad de bastantes años atrás, anterior a la Unidad Popular y todo eso.

Como a las 11:30 de la noche siento “¡pa!, ¡pa!, ¡pa!”, alguien golpeaba con fuerza la puerta del departamentito en que yo estaba. Abrí, en camisa de dormir, y me encontré con una metralleta en la cara. Déjenme decir que vi un montón de pacos: corrían por el techo de la casa, en el patio, en todos lados.

75. Se refiere al General Carlos Pollarolo Maggi, quien había llegado a ser Jefe del Estado Mayor del Ejército chileno.

Como a las 11:30 de la noche siento “¡pa!, ¡pa!, ¡pa!”, alguien golpeaba con fuerza la puerta del departamentito en que yo estaba. Abrí, en camisa de dormir, y me encontré con una metralleta en la cara. Déjenme decir que vi un montón de pacos: corrían por el techo de la casa, en el patio, en todos lados. En fracción de segundos pensé: buscan a Julio.

Me llevaron a la casa principal. Antes de que lo hicieran, les pedí que me permitieran ponerme un vestidito. Me autorizaron. En el living nos reunieron a mi hermana, a Julio y a mí. El médico, mientras tanto, seguía atrás, en la vivienda que me arrendaba. A nosotros nos empezaron a interrogar. Nos preguntaban quiénes éramos, mientras buscaban y buscaban. En ningún momento dijeron lo que querían. Ya saben cómo eran los allanamientos: dieron vuelta las cosas de la casa, vaciaron los estantes, lanzaron los libros al suelo y todo eso. Yo, prevenida, no tenía nada comprometedor, ni una aguja. Lo único que se veía como peligroso era un sable sobre la mesa de centro, pero, aunque era muy bonito, era de mentira, hechizo. Lo tomaron y, antes de llevárselo, golpearon a Julio en la espalda. No lo reconocieron.

Este proceso de preguntarnos y registrar duró como una hora y media. Ya estaban a punto de irse y sonó el teléfono. Yo tenía conectado el de la casa con los tres departamentos del patio. O sea, llamaban y atendíamos todos, si no era para ti, colgabas. Bueno, entonces, suena, contesto y era para el médico. Voy a colgar y el teniente a cargo toma el auricular para oír la conversación.

Nunca supe lo que se dijeron mi inquilino con el colega que justo, en ese instante, lo llamó. Pero algo en esas palabras hizo sospechar al paco, porque de inmediato fueron por él y lo trajeron a patadas. Ya en el living lo tiraron al suelo. Le hice un gesto disimulado para que no abriera la boca. Me capto la idea, porque no dijo ni media palabra sobre Julio.

Luego nos hicieron subir a todos a la micro y nos llevaron a Los Dominicos, a la casa del médico que había llamado. Una vez ahí, bajaron a mi inquilino. Nosotros tres quedamos arriba del bus, con el paco que manejaba y un par más. Los 18 restantes habían bajado para ir a esa casa. Había pasado una media hora y vemos que unos 10 vienen corriendo al bus y gritan: “El alto es el pez gordo”. Julio era “el pez gordo”, lo habían identificado.

He pensado posteriormente sobre todo esto. Cuando él llegó a mi casa estaban todos los choferes de los generales al frente y, quizás, allanaron porque alguno de ellos lo reconoció. Más tarde, tal vez, mi inquilino, presionado, lo señaló. No tengo certezas de qué exactamente haya sucedido así. En todo caso, al médico lo dejaron

ahí en la casa de su colega, en Los Dominicos. Nunca volví a verlo. Sé que cuando yo estaba detenida volvió a la casa, recogió sus cosas y se marchó. Después me enteré que parece que era sobrino de uno de los jefes de la DINA⁷⁶ o de la CNI⁷⁷. Nunca pude comprobarlo.

A mi hermana, a Julio y a mí nos llevaron a la Escuela Militar. En esos momentos, mi gran preocupación era mi hermana: era menor que yo y me sentía siempre, desde niña, con el deber de cuidarla. Ella estaba ahí, en el momento equivocado. No tenía que ver con nada de esto.

En esos momentos, mi gran preocupación era mi hermana: era menor que yo y me sentía siempre, desde niña, con el deber de cuidarla. Ella estaba ahí, en el momento equivocado. No tenía que ver con nada de esto.

Llegamos como a la una o dos de la mañana. Había un montón de hombres y mujeres detenidos allí. No adentro sino en una especie de entrada, un espacio bien amplio. Empezaron a llamarnos uno a uno: “¡Usted, venga para acá!”. La interrogación era individual porque, imagino, era una forma de corroborar lo que cada uno decía. Nos entraban a una sala grande donde había como cinco generales. En realidad, no sabías qué grado tenían porque andaban sin piocha, sin nada que les identificara, pero se notaba.

Como habían encontrado a Julio en mi casa, yo decía lo que era verdad: “Es mi amigo de toda la vida y también mi abogado”, “me operan el lunes y él hoy fue a verme porque me despidieron del trabajo”. Al principio, los milicos no tenían idea de nada. Estaban tan perdidos, tan perdidos, que yo creo que allí ni sabían bien que se trataba de Julio Estuardo.

A todo esto, yo tengo un colon y una salud a todo dar, pero esa vez, de los puros nervios, sufrí un problema estomacal espantoso. Cada dos minutos debían dejarme ir al baño. Me acompañaba un milico con metralleta y entraba conmigo. ¿Creen que iba a tener vergüenza? ¡No! Había escasez en ese tiempo, así que no había

76. La Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), correspondió a la policía secreta de la dictadura militar de Augusto Pinochet en Chile. Operó desde 1973 hasta 1977, año en que fue disuelta a raíz de la presión de Estados Unidos por el asesinato del exembajador Orlando Letelier en Washington producto de una bomba incendiaria, donde se encontraba exiliado.

77. La Central Nacional de Informaciones (CNI), fue la policía política y el organismo de inteligencia de la dictadura, creado en 1977 inmediatamente después de la disolución de la DINA. Se mantuvo en funcionamiento hasta 1990.

con qué limpiarse: trataba de lavarme con agua, porque iba con lo puesto. En esas circunstancias, no llevabas una carterita con un pañuelo, ¡nada!

Mientras esperabas ahí no hablabas con nadie. No podías porque te estaban apuntando. Nos tenían sentados en un suelo de baldosa. Ahora que lo pienso, debimos haber tenido sueño y también algo de frío. No andábamos abrigados: yo, con mi calzoncito y el vestido que usaba y punto.

Llaman a mi hermana a interrogatorio. A mí, que me hicieran lo que me hicieran, no me importaba, ¿pero a ella?! Me aterroricé. La gente se demoró unos 20 minutos y, en su caso, pasó una hora y no salía. Yo estaba desesperada y comencé a preguntarle a los milicos que nos vigilaban. Como a la hora y media, más o menos, me llamaron y me hicieron entrar de nuevo. Estaban todos estos generales y mi hermana instalada, fumando. ¡Es que ella era de una personalidad increíble!

Luego, me contó que habían partido la interrogación diciéndole que Julio, antes de decir quién era, había dicho que estaba con ella. Quizás él no lo mencionó así, pero eso le comunicaron a ella y se molestó muchísimo. Respondió tajante: “No lo conozco”, “vine desde Ovalle a la casa de mi hermana, porque se opera el lunes, y él estaba ahí”. Yo la había instruido que negara que lo conocía. Agregó, además, que la familia en Ovalle era de derecha, que preguntaran por ella. Contó su verdad, omitiendo que lo conocía desde antes. Y, claro, era creíble: Ella vivía fuera de Santiago y no tenía por qué conocer a mis amistades.

Cuando ya no había más capacidad nos trasladaron a los camarines de la piscina: unas pocas al que estaba al norte y otras, al sur. Yo quedé en el que miraba hacia Grecia (el Camarín Norte). Aunque nos separaron, éramos muchas ahí. No lo vi, pero el otro camarín debe haber sido igual.

Luego de esto la dejaron en libertad. Eran como las 5 o 6 de la mañana, ya había aclarado el día. A mí, en cambio, me acusaron de “encubridora”. Yo feliz con ese título, porque lo que a mí me interesaba era que no se supiera que yo era la secretaria de Lenin Guardia. Lo buscaban y creo que si hubiesen sabido lo habría pasado muy mal.

A Julio lo dejaron ahí, en la Escuela Militar, y a mí y a otras tantas personas, hombres y mujeres, nos subieron a una micro y nos llevaron al Estadio Nacional. Llegamos, nos formaron y revisaron. “¡Todas las mujeres al Camarín 1!”, dijeron. Camarín 1 se llamaba, era un vestidor de los futbolistas, debajo de las graderías de la cancha de fútbol. Nos tuvieron cuatro días ahí.

Una de esas noches hubo un temblor bastante fuerte y nosotras, encerradas y completamente hacinadas.

Cuando ya no había más capacidad nos trasladaron a los camarines de la piscina: unas pocas al que estaba al norte y otras, al sur. Yo quedé en el que miraba hacia Grecia (el Camarín Norte). Aunque nos separaron, éramos muchas ahí. No lo vi, pero el otro camarín debe haber sido igual. Era tal el número de las que habíamos que no teníamos espacio para dormir, lo hacíamos una pegada a la otra, ocupando todos los sitios posibles del lugar.

Se me pierden algunos hechos de esos días. Sin embargo, recuerdo que había un militar que le decían “El Papi” y que conseguía cosas para nosotras: toallas higiénicas y calzones, por ejemplo. Él fue increíble, era el encargado de un destacamento que venía del Norte y que tuvo un trato más humanitario que el contingente del Sur, que llegó después. Él nos encerraba con llave en la noche. A mí me dijeron que lo hacía para que nadie pudiera entrar, podría decirse, entonces, que nos protegía.

Casi todas las que estábamos presas éramos jóvenes, aparte de esta característica común éramos bastante diversas: había desde trabajadoras sexuales hasta hijas de altos puestos y que, por ejemplo, las habían capturado no por una participación política, sino por ser secretarías de empresas, como de CODELCO, por decirles. Había de todo

El 30 de septiembre me llevaron al Estadio y como el 4 de octubre pasé al Camarín Norte. Recuerdo bien esto último porque teníamos cerca unos jardines lindos. Ya era primavera, así que había flores. Teníamos, además, dos escobas. Nos las peleábamos para barrer, es que había que ocuparse en algo. Creo que nunca el Estadio Nacional estuvo más limpio que en ese momento. Aseábamos los baños, todo impecable, organizado. Yo era encargada de los remedios. No se repartían libremente, pues alguna podía agarrar un montón de aspirinas y comérselas. Claro, tampoco era que tuviéramos tantos medicamentos.

Voy a hablar lo que a mí me pasó, porque debe haber cuestiones diferentes entre quienes estuvimos.

Casi todas las que estábamos presas éramos jóvenes, aparte de esta característica común éramos bastante diversas: había desde trabajadoras sexuales hasta hijas de altos puestos y que, por ejemplo, las habían capturado no por una participación

política, sino por ser secretarías de empresas, como de CODELCO⁷⁸, por decirles. Había de todo. Había, por cierto, quienes aparentemente no tenían ningún vínculo político: una decía que una noche salió a comprar un Tapsin y la capturaron. Otra, que la vecina había dicho no sé qué.

Ahora, quizás ninguna contaba la verdad, porque nadie confiaba en nadie. De hecho, no se hablaba de política. Nadie decía “yo soy esto”, “yo soy esto otro”, porque no sabías quién era quién. De todos modos, había unas más díscolas que otras. Entre ellas una médica joven. Si bien había varias doctoras, a ella la recuerdo más porque era rebelde, rebelde. La tenían aislada casi todo el tiempo, sola en un lugar separado y nos prohibían hablarle. Sin embargo, nosotros pasábamos por el lado y le decíamos cualquiera cosa. No me acuerdo cómo se llamaba⁷⁹.

Algunas noches, las trabajadoras sexuales hacían fiestas con los milicos, en los baños. Una no es tonta, todas sabíamos. ¿Qué le importaba a uno si les daban un pan más? Eso era problema de cada una y cada una era dueña de su cuerpo. Uno no puede juzgar eso.

Como dije, el Camarín quedaba hacia Avenida Grecia. Cuando mirábamos hacia allí veíamos, por las rejas y a la distancia, a la gente esperando, haciéndonos señas. Las hermanas Palestro⁸⁰, por ejemplo, eran de las que iban a ponerse allá afuera. Iban a ver a sus amigas detenidas y, luego, las detuvieron a ellas. Yo dormía con ellas después.

Posteriormente, supe que mi mamá iba con mis hijas a verme. Nunca la vi. ¿En qué minuto habrá pensado ella que era una buena idea llevarlas?! No lo sé, creo que nunca he entendido bien eso.

Los milicos estaban tan desubicados, que un día fueron a los camarines a pedir secretarías voluntarias. Querían que les ayudaran en la parte administrativa, por ejemplo, rellenando las fichas con los datos de las personas detenidas que ingresaban al Estadio. Muchas se ofrecieron. Yo no quise, me negué.

Cuando llegué al Estadio no conocía a ninguna de las mujeres que estaban ahí. Luego, con el paso de los días, me fui haciendo un grupito de amigas.

.....
78. Corporación Nacional del Cobre de Chile.

79. Es plausible que se trate de la Doctora Elena Gálvez, quien estuvo incomunicada y fue ubicada en un sitio contiguo al espacio del Camarín Norte en que dormían las detenidas. La Dra. Gálvez jugó un papel crucial en la vida de varias de las entrevistadas para esta investigación.

80. Se refiere a Sandra y Sonia Palestro.

Lamentablemente no recuerdo sus nombres. Me encantaría saberlos. Una de ellas, que era muy agradable, tenía un niño. Había también una lolita de 16 años, tan dije, tan virginal y amorosa. No sé si la historia que contó es verdad, porque la gente inventaba historias. Por ejemplo, según mis compañeras, se decía que yo era la amante de Julio, pero nunca lo fui. La amistad que teníamos se tergiversó. Bueno, pero esta chiquita decía que un día su hermano, del MIR o de lo que haya sido, porque ella tampoco lo tenía claro, le pidió que lo acompañara donde un amigo a dejar unas cosas. Iban en la camioneta y los pararon, por control rutinario y común en esa época. ¡“Las cosas” que llevaban eran unas metralletas! La metieron presa.

Yo tenía 33 años, entonces era como mi hija. La veía tan niña en medio de todo lo que le hacían pasar: Nos contaba que cuando empezaron los interrogatorios no la golpeaban, sino que le vendaban los ojos, le hacían desnudarse y entrar en una cuestión como un ataúd. La tortura que le aplicaban era psicológica. Quitarse la ropa delante de tantos hombres debe haber sido para ella, a sus 16 años, terriblemente intimidante.

A mí no me tenían que sonsacar ninguna información, ¡pero a ella, que la encontraron con metralletas! Ella tenía algo de información: quién era el amigo del hermano, por ejemplo. En mi caso, ¿qué me iban a verificar? ¡Si a quien encubría media 1,90 y pesaba 85 kilos! Todas las veces que me entrevistaron yo decía: “Es mi amigo. ¿Acaso tú no tenías un amigo UP?”, con esto los fregaba. Fuera general, coronel o lo que fuera, ¡todos tenían un amigo UP!

En mi caso, ¿qué me iban a verificar? ¡Si a quien encubría media 1,90 y pesaba 85 kilos! Todas las veces que me entrevistaron yo decía: “Es mi amigo. ¿Acaso tú no tenías un amigo UP?”, con esto los fregaba. Fuera general, coronel o lo que fuera, ¡todos tenían un amigo UP!

Mientras contaba recién la historia de la niña joven, se vino a mi cabeza la imagen de Cecilia⁸¹. Se llamaba igual que yo, por eso recuerdo tan bien su nombre. Ella era mayor que nosotras. La Ceci, debe haber sido una mujer de unos 50 años y tenía una hija de 25, que era mirista. Ella era delgadita, finita, rubiecita y bajita. Era una mujer de sociedad, sin embargo, andaba con “condoritos”. Aclaro que en esa

81. Se refiere a María Cecilia Yáñez, quien también estuvo detenida en el Estadio Nacional y en la Correccional de Mujeres y fue conocida entre las detenidas como “La condorito” o “La Condoro”.

época no se usaba que las personas anduvieran en Providencia, por ejemplo, con hawaianas, pero ella totalmente hippie, así que esas cosas no le importaban. Le decían la Napo, por Napoleón creo, o la Condoro, por las sandalias que calzaba. Era muy entretenida y muy querida.

Ella lo pasaba mal, la golpeaban muchísimo, pero resistía sin decir dónde estaba la hija. Quedaba toda a maltraer, pero seguía contándonos sus historias. Decía: “¿Qué culpa tengo yo?”, porque aparentemente los milicos pensaban que sus sobrenombres eran, en realidad, estos nombres de guerra, “chapas”.

Todas la queríamos mucho, como a una mamá. En octubre estaba de cumpleaños y dijimos: “Vamos a hacerle una fiesta de cumpleaños”. Se preguntarán: “¿Cómo sería una celebración de cumpleaños allí? Nos disfrazamos con lo que pudimos y nos ubicamos en la zona de la piscina. Ella estaba sentada en un trono, porque era una reina, o una princesa, e iba recibiendo a las embajadoras –y sus séquitos– que venían de distintos países para darles regalos: “la embajadora de Rumania, a su excelencia”. ¡Uy, qué cosa más linda! Cada una le llevaba un presente. Algunas sacamos florcitas y le hicimos ramitos de flores.

Otras, me acuerdo, le llevaron una escultura de jabón, ¡preciosa! Es que había una niña que hacía cosas bellísimas. Había elaborado las piezas del ajedrez en este material ¡Era increíble! Y lo usábamos para jugar, eso era lo mejor. Ahora pienso que es una pena no haberme guardado alguna de esas cositas que ella hacía. Hubo quienes le ofrecieron una naranja. Este también era un regalo preciado, porque usualmente las frutas y las cosas que llegaban desde afuera se las dábamos a las embarazadas. Había varias, algunas de ellas extranjeras, de Bolivia, Perú y la comida no era mucha, entonces preferíamos que ellas tuvieran una manzana, una naranja, lo mejorcito. Lo que quedaba era para uno, que era re poco.

Luego de todo este desfile le cantamos cumpleaños feliz. Terminamos de cantar y desde el otro camarín, que estaba unos 100 metros más allá y donde no conocían a la Cecilia, porque no teníamos contacto, empiezan a cantar el feliz cumpleaños. ¡Maravilloso! Les juro que hasta el día de hoy yo me emociono al recordar esto. ¡Fue tan lindo! Yo creo que pasaron cosas increíbles también adentro.

Había otra que era abogado, que también la trataban muy mal, para mí que estaba con un TEC cerrado. Había gente más vieja y, pienso, deben haber sido poderosas ellas. No sabías por qué estaban adentro. Había unas de mucha jerarquía política,

y a esas no las tocaban. Estaba la hija de Vuskovic⁸², la Amanda Recabarren⁸³. Mi impresión era que maltrataban mucho más a aquellas mujeres que eran de la guerrilla, de las bases.

Y también había una rubia, de ojos azules muy bonitos, alta, muy cómica, que era mirista. Tenía unos 30 o 32 años. Decía que vivía en una casa, se la arrendaba al Partido, qué sé yo, en Puente Alto, algo así. Ella contaba que sabía que la iban a allanar y, efectivamente, la allanaron. Y decía, mientras hacía la mímica de lo que narraba: “Iban los gallos con estas máquinas a perforar en la piscina –‘taca, taca, taca’– y la rompieron buscando armas”. Dieron vuelta la casa y no encontraban. Hasta que el último día las descubrieron en unos *pouff* que ella tenía en el living. Y la apresaron. Ella fue una de las que llevaron a La Reina⁸⁴. “Ahí me ponían corriente”, relataba con detalles. Era muy gráfica. Las otras, en cambio, no contaban.

Nos daban de desayuno: un tazón verde, de estos de casino, típicos, con café con leche muy, muy dulce y un pan batido. Después he descubierto que al café le ponían leche condensada. Era súper azucarado, pero rico. Claro, ¡con el hambre que uno tiene! Para nosotras ese pan batido era el más delicioso del mundo.

Quizás yo fui la única que engordó en el Estadio. Toda mi vida me he cuidado de mantener la línea, entonces yo, muy regia, comía lechuga, tomaba leche, lo mínimo, y prácticamente no comía azúcar. Y ahí, en cambio, nos despertaban –había un tenientillo, flaco que era un grosero y que a patadas golpeaba la puerta, odioso– y nos daban de desayuno: un tazón verde, de estos de casino, típicos, con café con leche muy, muy dulce y un pan batido. Después he descubierto que al café le ponían leche condensada. Era súper azucarado, pero rico. Claro, ¡con el hambre que uno

82. Se refiere a Ruth Vuskovic, hija de Pedro Vuskovic, Ministro de Economía de Salvador Allende, quien tras estar detenida en el Estadio Nacional, fue llevada a la cárcel Correccional de Mujeres, según consta en el *Informe de Violaciones a los Derechos Humanos en Chile*, elaborado en 1974 por la ONU. .

83. Este nombre no aparece en el único listado de prisioneras que existe, sin embargo, Cecilia lo recuerda.

84. En la comuna de La Reina se encuentra la Academia de Guerra del Ejército de Chile, lugar donde se torturó. Hasta el 2018 en este recinto se mantenían fotografías y placas que hacen referencia al fallecido Manuel Contreras Valdebenito, quien fuera Director de la DINA y condenado a más de 500 años por delitos de lesa humanidad.

tiene! Para nosotras ese pan batido era el más delicioso del mundo. Normalmente, nos comíamos la mitad y guardábamos la otra.

Como a las tres de la tarde, nos tiraban un plato de porotos con riendas. “Porotos saltarines”, le decíamos nosotras, porque no estaban bien cocidos, eran los mismos que les daban a los milicos. Pese a esto, y no sé si era el hambre, pero yo no los encontraba tan terribles. Y te los comías con la mitad del pancito que habías guardado. Y después, como a las 10 de la noche, la Cruz Roja nos daban leche. O sea, teníamos tres comidas en el día.

La Cruz Roja siempre estuvo allí, al menos los 17 días en que me encontré presa. Ellos nos daban los remedios, nos llevaban calzones y nos ponían en fila y nos daban una cucharada de purgante. Y todas se lo comían, porque no teníamos fruta ni ensaladas. Una vez, además, fumigaron. Yo y una *partner* de ahí nos escondimos: “A mí no me van a fumigar”, dije. No lo acepté y me oculté. Al resto las pusieron en el baño, desnudas y las rociaron en las axilas, en el pubis, en todos los sitios donde existe pelo, por las pulgas, por los piojos, de todo.

En el día, estábamos casi todo el día afuera del camarín, salvo cuando nos castigaban porque nos portábamos mal. Si cantábamos canciones de Parra, de cualquiera, “Que culpa tiene el tomate”, qué sé yo. Eran canciones de protesta.

Había uno de los guardias tan dije. En esa época estaba el cantante Leonardo Favio y él era igual de estupendo, regio, lindo. Tendría como unos 24 años y era un encanto. Y nosotros le hacíamos rabiar, porque teníamos que numerarnos y decíamos 1, 2, 3, 5, 7. Éramos malas, traviesas con él. Y había una señora de edad y le recordaba a su mamá, entonces, no podía ser muy duro con nosotros. Tan dije. Renunció después.

En el Estadio me interrogaron unas tres veces. Nunca usaron violencia física conmigo. A algunas de mis compañeras del camarín las sacaban y creo que las llevaban a La Reina. Ellas lo pasaban muy mal, llegaban muy adoloridas. De hecho, a la que recién contaba que le habían buscado las armas en la piscina la llevaron.

Cuando nos llevaban para ser interrogadas, ahí en el mismo Estadio, primero nos dejaban en las graderías de la cancha de fútbol. Ahí teníamos que esperar sentadas. Nos ubicaban en sectores distintos a hombres y mujeres. Y de ahí, al menos en la experiencia que yo tengo, a las mujeres nos iban sacando al lugar donde se ponen los periodistas cuando se transmite un partido.

Me acuerdo que un día, mientras esperábamos en las galerías, hubo una cuestión bien bonita: Estábamos ahí, no sé cuántos habríamos, 5 mil o 6 mil, quizás.

Mirábamos cómo cortaban el pasto de la cancha con los carritos. Y, en una de esas, el carrito entró al arco y gritamos fuerte y al unísono: “¡Gooooo!” . Esto pasó de verdad, lo viví. Piensen ustedes que todos éramos detenidos y, sin embargo, hasta en las condiciones más preocupantes y dolorosas sale el espíritu festivo, la capacidad de bromear, de reír.

Yo tenía miedo porque en el Estadio, en las noches sentías los disparos. Y los guardias eran niños del norte, de 16 o 17 años, recién entrados, no sabían ni tomar una metralleta. También eran víctimas ellos, víctimas, totales, pobres.

Después de los tres interrogatorios, me iban a mandar a la cárcel. Y un día me llaman como a las 11 de la noche. Toca la reja, porque estábamos con llave: “¡Cecilia Riveros!”. Y me saca un muchacho joven. Desde el camarín teníamos que caminar unas dos cuadras, más o menos. Era totalmente oscuro y yo le decía: ¿Te sabes la palabra de contraseña?, porque todos los días se las cambiaban y ellos tenían que saberla por si se encontraban con alguien en el camino. Yo tenía miedo porque en el Estadio, en las noches sentías los disparos. Y los guardias eran niños del

norte, de 16 o 17 años, recién entrados, no sabían ni tomar una metralleta. También eran víctimas ellos, víctimas, totales, pobres. Y él detrás de mí y yo temiendo que se le escapara una bala, que se olvidara el santo y seña y nos dispararan adentro o que recibiéramos un balazo desde fuera. Fue terrible, muy angustioso para mí. Quedé media traumatizada con esto.

Finalmente llegamos sin novedad donde estaba el alto jefe del Estadio. Yo antes de todo esto había conocido a un tipo joven que era de las Fuerzas Armadas, de los de la aviación. Era uno de los tantos amigos de algún amigo que había estado en mi casa dos o tres veces. No tenía nada con él, sólo lo conocía. Y entro a este lugar con el jefe del Estadio y lo veo a él allí. No dije ni media palabra. Me sentaron y me hicieron dos o tres preguntas, estúpidas deben haber sido, y me llevaron de vuelta al camarín. Lo vi y me quedé callada, porque no sabía qué actitud tomar. Después, me volvieron a llamar y de nuevo estaba él. Tras esto, un día, como a medio día, me llaman por tercera vez y me dicen: “Tome sus cosas, que se va”. Esta última vez, él también estaba. Me tomaron una foto y le dieron una carta a él. Él me tenía que llevar y yo no sabía dónde.

Finalmente, este FACH fue quien me rescató. Me subí a su auto y me dijo: “Te llevo a tu casa”. En el trayecto me contó que había ido a visitarme a mi casa, aparentemente

sin saber que yo estaba detenida, y mi mamá le había gritado: “¡Ándate, comunista de mierda!”. Ella no sabía quién era él, pero el sólo hecho de que fuera a verme ya lo convertía en “upeliento”. Este personaje se hizo medio amigo de mi mamá y ella le contó que yo estaba presa. A lo mejor él sí sabía de este grupito cercano mío, vaya uno a saber. Y resultó que él era del recontra espionaje, o sea, se espiaban entre ellos, porque había unos constitucionalistas y otros golpistas. Después lo supe por otras razones.

Cuando íbamos hacia mi casa, pasamos por la calle Antonio Varas, donde está la Escuela de Carabineros. Nos hicieron parar y un paco le preguntó su nombre, metiendo la metralleta para adentro del auto. Lo hicieron bajar con las manos arriba. El auto quedó estacionado conmigo adentro y me percaté que la carta estaba en el asiento. La abrí. Decía que él me trasladaría a El Bosque, porque sería de mayor utilidad allá que donde estaba. O sea, él, en realidad, me raptó. Volvió, reanudamos la marcha y me dejó en mi casa. Si yo no hubiese leído esa carta jamás habría sabido cómo me sacó del Estadio. Ahora, a él yo no le podía decir que había leído la carta. Lo único que quería era llegar a mi casa, abrazar a mis niñas y estar con ellas para mi cumpleaños, ese mismo mes. Y él me lo dijo: “Vas a celebrarlo en tu casa”.

Cuando me tomaron presa lo que más había pedido era que llamaran a la doctora y le dijeran que no iba a ir a la operación. Ya en libertad, concerté la cita médica. Llegué a la consulta y lo primero que me dijo fue: “Tan quemadita, ¿así que andaba en la nieve?” Yo estaba tostadita, porque pasábamos todo el día fuera del camarín, en el patio.

Verdaderamente, no sé qué conversación tuvo él con mi mamá. Nunca me lo dijo. Ella era muy especial, fuerte, regia y sólo 16 años mayor que yo. Él debe haberla ayudado, porque debe haberla visto desesperada y con las dos niñas chicas, qué sé yo. Nunca lo sabré con exactitud, pues ella ya falleció.

Por otro lado, a mí me preocupaba el tema de mi operación, me seguía supurando el pecho y no sabía si tenía cáncer o no. Durante el tiempo de mi detención, aunque había médicos, nadie me examinó, pero sí me dieron antiinflamatorios. Recuerdo que los médicos eran crueles entre ellos. A los médicos presos los trataban pésimo, porque parece que se estaban tomando la revancha.

Cuando me tomaron presa lo que más había pedido era que llamaran a la doctora y le dijeran que no iba a ir a la operación. Ya en libertad, concerté la cita médica.

Llegué a la consulta y lo primero que me dijo fue: “Tan quemadita, ¿así que andaba en la nieve?” Yo estaba tostadita, porque pasábamos todo el día fuera del camarín, en el patio. Y entonces le respondo: “sí, ¡en la nieve del Estadio Nacional! ¡Estuve presa!”. Ella se sorprendió muchísimo, no tenía idea.

Como dije antes, ella era lo máximo en su especialidad en ese tiempo, y era de lo más caro que había, y me dijo: “Te espero pasado mañana en el hospital San Juan de Dios. Llega tú ahí”. En esos tiempos tú no podías entrar a los hospitales así no más, tenías que tener un salvoconducto. El día correspondiente fui y me acomodaron en una habitación en que había varios enfermos esperando para ser operados. Yo llegué, recuerdo, un día martes y el día sábado me operaron, ¡afortunadamente no era cáncer!

En el hospital no podía entrar nadie, pero un día antes de la operación fue a verme el FACH que me había rescatado. Mi mamá creo que le avisó. Estuvo un rato conmigo. No mencionamos lo que había pasado, porque en esa época no se hablaba nada de nada. Después del 11 de septiembre del 73 la gente andaba más hermética. Todo el mundo tenía miedo, porque alguien decía cualquier cosa y la metían presa: peleaban por una gallina, por ejemplo, y te acusaban de qué sé yo, y te ibas para adentro, mi alma.

Después, fui a los controles a la consulta privada de la doctora y cuando le pregunté cuánto le debía, me dijo: “Nada. Te operé en hospital público”. ¡Fantástica!

Con el grupito del camarín del Estadio nos juntamos, tiempo después, en mi casa. Éramos como ocho, pero no recuerdo exactamente quiénes eran. Fue sólo una vez. Es que, cuando salí en libertad, mi mamá se fue a vivir a mi casa. Ocupó la casa grande y yo con mis hijas me fui a uno de los departamentos de atrás. ¡Yo estaba con control total! Yo creo que esa fue la peor parte: Estar con mi mamá de carcelera y sin trabajo.

Estaba marcada totalmente. Mi papá era gerente de empresa y ni siquiera así yo tuve acceso a un puesto. Estuve casi dos años y medio sin trabajar ¡Fue terrible! Tuve que ser mantenida por mis padres. Aunque ellos nunca me hicieron sentir de este modo, igual me tenían restringida.

Nunca he sabido, pero no creo que haya quedado con antecedentes, pues no hubo juicio ni condena ni nada. Sin embargo, haber sido despedida en septiembre del 73 ya era un antecedente suficiente. Nadie me contrataba, no había caso. Estaba marcada totalmente. Mi papá era gerente de empresa y ni siquiera así yo tuve

acceso a un puesto. Estuve casi dos años y medio sin trabajar ¡Fue terrible! Tuve que ser mantenida por mis padres. Aunque ellos nunca me hicieron sentir de este modo, igual me tenían restringida.

Durante ese tiempo hice pitutitos. De hecho, empecé a trabajar en mi casa con una máquina de escribir: Rellenaba documentos de créditos hipotecarios. Hacía, por ejemplo, ocho copias a máquina de un mismo documento y me pagaban por cada uno. Estoy hablando de 1974, que no había fotocopadoras.

Luego, en diciembre de 1975, entré a una empresa como secretaria de gerente. El gerente era mi papá. Si no hubiese sido de ese modo, no lo habría conseguido. Hasta ahí continuaba viviendo con mi mamá, vigilándome. Comencé a buscar casa para cambiarme. Y justo al año siguiente abrían una sucursal en Viña. ¡Era el sueño de toda mi vida! Postulé inmediatamente. Quedé y me instalé allí. Llegué a ser la encargada de la oficina. Ahí, con esos compañeros, no podía hablar de estas cosas, lo mejor era que no se supiera de ningún modo que había estado detenida en el Estadio Nacional.

Me mantuve en ese trabajo hasta el año 83, que vino la crisis económica⁸⁵ y quebró todo Chile. ¡Quedó la escoba! De un día para otro quedé sin pega, sin indemnización, sin nada. Me tocó armarme de nuevo. Con una prima nos conseguimos la administración del casino⁸⁶ que existía en el Hospital Gustavo Fricke, de Viña. Éramos tan buenas como concesionarias que llegamos a tener cuatro lugares a nuestro cargo. Nos alcanzaba justo el dinero. No éramos expertas, así que gastábamos mucho dinero en adornar (poníamos flores, arbustos, árboles de pascua). Además, el costo de la vida comenzó a subir. Tuvimos que ir acomodando lo menús para poder mantenernos en funcionamiento. El dinero no alcanzaba, porque el IPC subía, 20% o 25% anual. Hasta que dijimos ¡no más!

Después de esto, entré a trabajar al Cementerio Parque del Mar. A ustedes les puede parecer raro o, al menos, curioso, pero este es el lugar que más me ha gustado. En Chile, antes que se instalara el Parque del Recuerdo, no existía nada de ese tipo. Primero entré como vendedora y después pasé al grupo de Atención Integral, que asesoraba a las personas que habían perdido un familiar: elegir la

85. Durante la década de 1980, en plena dictadura de Augusto Pinochet y tras varios años de reformas económicas neoliberales y como consecuencia de las Políticas de Ajuste Estructural, Chile enfrentó la peor crisis económica desde la Gran Depresión, en 1929. El Producto Interno Bruto (PIB) se redujo un 14,3 % y el desempleo aumentó al 23,7 %.

86. En el lenguaje cotidiano “casino” es un equivalente a cafetería.

urna, el sitio que ocuparía en el parque, la organización de la ceremonia de entierro, etcétera. El cementerio mismo y la funeraria rompieron el esquema completamente. Todo era lleno de luz, hermoso, nada lúgubre. Estuve ahí por 20 años, del 87 al 2007, y me jubilé.

Volviendo a lo del Estadio. La verdad es que cuando salí de ese lugar, no tuve un espacio para hablarlo abiertamente con mi familia. Fue un encierro y eso me dejó como consecuencia que durante años tuve que dormir con mis hijas, abrazada a ellas. Nunca más pude dormir sola: Me pasó el año 73, y yo dormí con ellas como hasta el 80. Ya estaban grandes y yo dormía en la misma cama. En esos años no me llamó la atención esto que me ocurría, pero, después, cuando lo he pensado, ¡puchas!, yo me sentía intranquila. De alguna manera estaba sufriendo las secuelas del encierro.

Volviendo a lo del Estadio. La verdad es que cuando salí de ese lugar, no tuve un espacio para hablarlo abiertamente con mi familia. Fue un encierro y eso me dejó como consecuencia que durante años tuve que dormir con mis hijas, abrazada a ellas. Nunca más pude dormir sola: Me pasó el año 73, y yo dormí con ellas como hasta el 80.

Despertaba de repente en la noche y juraba que había disparos, ese tipo de cosas. Me pasaba películas y abrazaba a mis hijas. Quizás me sucedía porque a mí y mi compañera de Montero nos tocó escapar entremedio de los disparos el día del Golpe. Luego vinieron los 17 días en el Estadio, y ahí había balazos de ida y vuelta. Ahora, hubo un cambio cuando nos fuimos a vivir a Viña. Pero antes de esto no podía estar sola en una cama.

Cuando se creó la comisión Valech, mi cuñado me dijo: “Estuviste presa en el Estadio, ¿por qué no te presentas?”. Sin embargo, como no fui torturada físicamente, digamos, yo encontraba que no tenía el derecho. De todos modos, ante su insistencia, fui a la Intendencia, me dieron hora y conté mi versión. Le dije al hombre que me atendió, así, claramente: “Yo no fui torturada”, y él me respondió que no todo en la represión había sido violencia física. No pensé que me iban a considerar y, por tanto, fue una sorpresa enorme verme en la lista. Fui de la primera oleada. Ahora veo que, en realidad, mi detención corresponde a una prisión política. Y mirando con más distancia lo que viví, creo que es lo mínimo que me merezco. Debo decir, sin embargo, que hay quienes mintieron y se inventaron historias.

¡Qué descarol!, pienso. Por culpa de este tipo de personas se ha creado una mala imagen, pagando justos por pecadores⁸⁷.

En temas de política no me metí nunca más, corté cualquier tipo de vínculo. Participo en grupos y actividades de reunión con otras personas y, de alguna manera, me sirve como terapia. Por ejemplo, hace como un año que voy a un grupo de Tarot en la casa de una amiga. A ella la conocí en mi trabajo del Parque y después de 25 años supe que era bruja mayor. Pero ahí, yo no voy con la intención de aprender nada de temas esotéricos, sino a reírme y pasarlo bien. Somos puras mujeres y, para mí, es como ir al psicólogo. Es entretenido, porque somos de diferentes edades y a uno este contacto le hace bien. A otro grupo al que voy los miércoles, es de gente mayor, todas bien católicas, aunque yo no lo soy. Además, tengo mi grupo de amigas de toda la vida, que son las de Montero que hacíamos parte de los 21. Con ellas, claro, hablamos de todo lo ocurrido, porque vivimos en la misma época.

Yo he vivido varias vidas: la primera etapa de lola, después la etapa esta de la política, esa época de loca, entre los 28 que me separé y los 40; después me vine acá a Viña, y cuando me vine a Viña y me pude construir esta casa, que me la construí con subsidio habitacional, entonces yo ahí dije: "Ya me tengo que dedicar a otras cosas". Entre el año 80 hasta el 2005, se me pasaron volando, de repente dije yo: "Mis hijas ya no son niñas, tengo nietos grandes, ya terminé la vida laboral, ¿en qué minuto pasó todo esto?". Es que tú no vives a esa edad.

A mí hoy me mueve mi gente, mis dos hijas, mis dos nietos y viajar. Ahora, por ejemplo, hace poco llegamos con cuatro amigas desde Europa. ¡Nadie podía creer que fuéramos cuatro viejas a recorrer! Estuvimos 40 días, tomamos crucero, avión, tren y caminamos para allá y para acá. Lo pasamos regio. Yo hacía tres años que venía inventado ese viaje. Llegué acá y mi hija quería que fuéramos a Buenos Aires. Yo no lo tenía pensado, pero ella deseaba ir porque mi nieta, que son mis ojos, vive allá. Y nos fuimos 15 días. La plata es para gastarla ahora, digo yo, en esas cosas que a uno le ponen contenta. Yo no me compro nada nuevo y tampoco acepto que mis nietos me vengan a pedir un pantalón o unas zapatillas de marca. Pero sí pueden contar conmigo para todo lo que necesiten para estudiar o para trabajar mejor.

87. Esta dimensión ética es muy importante para las testimoniantes, más aún cuando persisten en la sociedad chilena mecanismos que tienden a desacreditar los procesos de investigación y reparación a personas que fueron víctimas de la dictadura.

ME QUEDO CON AQUELLOS GESTOS HUMANOS QUE HICIERON LA DIFERENCIA



Lucía Neira Rivas⁸⁸

Conocí a Arsenio cuando tenía 16 años. Mi prima Lili Rivas estudiaba pedagogía y su curso organizó una fiesta para reunir fondos. Fue en el Café Ópera, frente al Teatro Municipal. Fui con un “chaperón” que estudiaba medicina y que era liberal. “Chaperón”, digo, porque mis padres me dejaban salir con él, pero a mí me gustaba sólo como acompañante. Ya bien tarde entra Arsenio, lo veo y me enamoro

88. Este relato ha sido elaborado en base a la entrevista realizada por Tamara Vidaurrázaga en Santiago de Chile, el 28 de mayo de 2017.

completamente de él. “¿Quién es?, pregunto a Raúl Iriarte, marido de mi prima Sonia. “Arsenio Poupin”, contestó. Tenía 21 años y era dirigente de la FECH⁸⁹.

Luego pasa algo increíble: él se acerca y me dice “soy re malo para bailar, pero podría hacer un esfuerzo”. Fue solo un baile, un valsecito, y el resto, conversación. Se marchó todo el mundo y el chaperón, que también conocía a Arsenio, comenzó a decirme: “Tú mamá se va a enojar, ¡vámonos!”. Me fui con los dos en trole⁹⁰. Me dejaron en la puerta de mi casa, un departamentito chiquito cerca del Parque Bustamante. Antes de despedirnos Arsenio me preguntó si podría verme de nuevo. Accedí. Acordamos que iría el día subsiguiente. Yo dormía con mi hermana que es 11 años mayor que yo, y esa noche, al llegar, la desperté: “¡encontré al hombre de mi vida!”, le dije.

El día convenido, lo esperé muy arreglada, pasaron las horas y no apareció. ¡Gran tragedia! Al día siguiente yo seguía deshecha. Acompañé a mi hermana a Lourdes, en Quinta Normal. Al volver, mi mamá me dice que un muchacho había preguntado en todos los pisos por Lucía Rivas, hasta que tocó nuestra puerta: “¿No será Lucía Neira?”, le preguntó ella. No lo hizo pasar, en parte, porque mi padre, que solía estar fuera de Santiago por trabajo, limitaba las visitas; y tal vez también porque el “chaperón” ya le había dicho que yo me había fascinado con Arsenio, que era comunista e hijo de Antonio Poupin, dueño de *Las Noticias Gráficas*, que es como *La Cuarta* de ahora⁹¹.

Al poco rato de yo haber vuelto, Arsenio apareció en mi puerta. Se disculpó por no haber venido a la cita: como yo no tenía teléfono no pudo avisarme que no se sentía bien. A sus explicaciones agregó: “¡Pero aquí estoy!, ¿quieres tomar un café conmigo, un chocolate, salir a alguna parte?”. Me encantaba la idea y, sin embargo, rehusé la invitación. Él se fue y yo caí en llanto desconsolado.

89. La Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) es la organización que aglutina a estudiantes matriculados en carreras de esta casa de estudios. Fue fundada en 1906, siendo una de las primeras organizaciones estudiantiles en América Latina.

90. Se refiere a trolebús.

91. *Las Noticias Gráficas*, fue un diario fundado en febrero de 1944. Su primer número (del 8 de febrero de 1944), se caracterizó por instaurar una línea de escritura “narrativa” y “coloquial”, acompañada de titulares “rimbombantes” y “sugerentes”. Circuló hasta marzo de 1958. Ver: Biblioteca de Prensa UDP (s.f.) “*Las Noticias Gráficas*: primeros atisbos de un diario popular”. El diario *La Cuarta*, editado por la empresa de medios de comunicación Copesa, fue publicado el 13 de noviembre de 1984. Hasta el año 2017 tuvo como eslogan: “El diario popular de Chile”.

Poco tiempo después me dio hepatitis –me puse amarilla como el crisantemo que ahora está en mi florero– y me visitó Raúl, el marido de Sonia: “Arsenio me ha preguntado por ti”, me dijo. ¡Ay, es que yo estaba henchida de amor todavía! “Dile que me venga a ver”, respondí rápidamente. ¡Y llegó! Mis padres no permitían la entrada a mi dormitorio, así que hablamos a través de la pared: “Espero que te mejores Lucía”, me dijo. Se fue. Mi madre alcanzó a decir: “¡Qué buen mozo el muchacho este!”, y yo me paré en la cama y la atacué, ¡la atacué!, lo digo de verdad. Afortunadamente, mi hermana apaciguó las cosas.

Después de dos años de pololeo nos casamos. Cuando tomamos la decisión Arsenio me dijo: “Yo me caso contigo y con las dos niñas”, en aquellos tiempos eso era una gran cosa. Mis hijas tenían cinco y seis años y un año después nació nuestro hijo, Juan Pablo.

No supe de él nuevamente hasta que lo llamé, estimulada por mi hermana, para venderle unas entradas para una fiesta del colegio, en las monjas. “¡Yo voy!”, dijo de inmediato. Acordamos reunirnos en la puerta de la FECH –en la Alameda frente a la Biblioteca Nacional– para dárselas. Tomé una micro que pasaba por ahí. Me acuerdo clarito con la ropa que iba. Estábamos pobres en esa época: la peluquería no existía para mí y tenía poquísima ropa, pero usaba la de mi hermana que tenía más porque trabajaba. Estoy arriba del bus con las entradas en mi carterita, lo veo en la puerta –buenmozo y con sus anteojos de intelectual–, la micro pasa y yo no me bajo.

Pasaron siete años sin vernos. Entre tanto yo tuve un pololo, no mucho tiempo, y luego me casé con Tito, mi primer marido, con quien tuvimos dos niñas: Loreto y Pilar.

Nos reencontramos cuando yo tenía 23 años y recién me había separado. Me conseguí un trabajo en la Dirección de Estadísticas y un amigo me dijo: “Ahí trabaja Arsenio Poupin”. ¡Lo que es el destino! Ahí llegué yo, bien coqueta, no voy a negarlo.

La oficina era una casa antigua. Poníamos una tetera, bastante roñosa, para tomar café o té. Me vio ir y venir en esta labor. Él y sus dos compañeros de trabajo no lo hacían jamás, porque tenían una secretaria. Pero aquella vez él pasó con la tetera en su mano y se detuvo en mi escritorio: “Eres Lucía, ¿verdad?”. ¡Estábamos destinados!

Después de dos años de pololeo nos casamos. Cuando tomamos la decisión Arsenio me dijo: “Yo me caso contigo y con las dos niñas”, en aquellos tiempos

eso era una gran cosa. Mis hijas tenían cinco y seis años y un año después nació nuestro hijo, Juan Pablo. En las entrevistas o conversaciones decía: “Tengo tres hijos”. Ello, a pesar de que la mayor –Loreto– se fue a vivir con su padre por un tiempo. La veíamos los fines de semana.

Durante nuestros ocho años de matrimonio vivimos en un departamento pequeño (dos dormitorios, living comedor, pieza de empleada y cocina), en un tercer piso sin ascensor. Teníamos siempre una empleada y, a veces, mi mamá venía a quedarse con los niños.

Arsenio había estudiado leyes en la Universidad de Chile. Sin embargo, no se había recibido. Yo lo sentía algo frustrado por no haber concluido ese proceso y un día le dije: “¡Recíbetel, si luego no quieres ejercer, cuelgas tu título”. Me hizo caso. Pidió unos meses de permiso, sin goce de sueldo, para prepararse.

Todo esto era antes de la Unidad Popular. Yo ya había dejado la Dirección de Estadísticas y era secretaria en la fiscalía del INDAP⁹². Para ayudarnos económicamente comencé, además, a vender ropa: una amiga momia⁹³ de mi hermana, por ayudarme, me entregaba abrigos y vestidos en consignación y yo los vendía. Me gané mis buenos pesos con eso. Mientras tanto, Arsenio estudiaba y estudiaba. Yo le ayudaba haciéndole preguntas sobre las materias, hasta hoy recuerdo algunos contenidos. Fue una etapa maravillosa.

Finalmente dio su examen y lo acompañé, embarazada, esperando a Pablo. En el tribunal estaba Schaulson, el padre, y le dice: “Su examen ha sido brillante, pero le vamos a dar dos coloradas –y no tres–, por el tiempo que tardó en graduarse”. Mi hermano, abogado y de derecha, también había ido a verlo y coincidió en que había estado formidable. Cuando salimos, Arsenio me dijo: “Mona, una colorada es para usted”. Me emocionó mucho. “Ahora puedes colgar tu título”, le dije. Alcanzó a trabajar como abogado en el Consejo de Defensa del Estado y en un estudio jurídico al que le invitó un abogado, de derecha, con el que se hicieron amigos.

Luego vino la Unidad Popular. Fue uno de los períodos más intensos de mi vida. Cuando llegó Allende a la Presidencia nombraron a Adrián Vásquez vicepresidente del INDAP y él me llamó para que fuera su secretaria. Un año después, como a

.....
92. Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario.

93. Momio o momia corresponde a un neologismo chileno utilizado para denominar, irónicamente, a personas o instituciones de la derecha conservadora.

Luego vino la Unidad Popular. Fue uno de los períodos más intensos de mi vida. Cuando llegó Allende a la Presidencia nombraron a Adrián Vásquez vicepresidente del INDAP y él me llamó para que fuera su secretaria. Un año después, como a principios del año 71, más o menos, me fui a El Teniente como secretaria de Pedro Valdivieso que era del MAPU .

principios del año 71, más o menos, me fui a El Teniente⁹⁴ como secretaria de Pedro Valdivieso que era del MAPU⁹⁵.

Pero, aparte de mi trabajo era yo la señora de Arsenio Poupin. Él era socialista hacía muchos años –fue comunista hasta los 17– y no sé exactamente si fue Allende o el Partido el que lo nombró asesor jurídico en La Moneda, junto con Jorge Arrate como asesor económico. Más tarde, fue designado Director Interino de la Policía de Investigaciones⁹⁶.

Arsenio era un tipo bastante especial, podía quedarse trabajando hasta las dos o tres de la madrugada. Él empezaba a florecer en la noche, en las mañanas, en cambio, era un zombi. El teléfono empezaba a sonar tempranito, a eso de las seis de la mañana, así que la nana –como le dicen ahora–, corría con los cafecitos. Una de las que llamaba era la Payita⁹⁷, quien le regaló para un cumpleaños un despertador: jera tan grande, tan bonito y decidor!

Para nosotros existía toda una vida después de la oficina. Había recepciones y una serie de cosas. Por ejemplo, Arsenio había acompañado a Allende en la gira por

94. El yacimiento minero El Teniente estaba en manos de la compañía estadounidense Braden Copper Co. En 1967, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva y en el marco de la “Chileneización del cobre”, el Estado adquirió el 51% de las acciones. Paralelamente, el mineral pasó a manos de la Sociedad Minera El Teniente S.A. En 1971, durante el gobierno de Salvador Allende, tiene curso el proceso de “Nacionalización del cobre”, donde el Estado expropia la totalidad de las acciones de la Sociedad Minera.

95. Movimiento de Acción Popular Unitaria MAPU, era un partido político que integraba la coalición de la Unidad Popular, y nació tras la división en 1961 del Partido Demócrata Cristiano.

96. Con la llegada de la Unidad popular, Arsenio Poupin se convirtió en Asesor Jurídico de La Moneda. En agosto de 1972, a raíz de un incidente protagonizado por la Policía de Investigaciones (PDI) en la Población Lo Hermida, en Santiago, el presidente Allende destituyó al Director General de la Policía, Eduardo Paredes Barrientos, nombrando a Poupin como director interino.

97. Miria Contreras Bell, “La Payita”, era la secretaria personal del presidente Salvador Allende.

Sudamérica⁹⁸. Luego, en Santiago, varias de las embajadas hicieron ceremonias para reconocer a quienes habían hecho parte del viaje. Eso significaba participar de las actividades. Usualmente, estos eventos eran muy elegantes e iba gente momiaza⁹⁹, la mayoría funcionarios de Relaciones Exteriores con sus esposas.

Entonces, eso era de locos: Arsenio venía a toda carrera a cambiarse la corbata y tomaba café, era un espacio chico y la empleada iba y venía con cafecitos. Yo llegaba de la oficina a vestirme rápido. Te voy a decir que iban mujeres despampanantes ahí, de modo que ponía cierto esmero al prepararme. Nunca he tenido mucho pelo, pero usaba un moño postizo y quedaba de lo más que hay.

Un día también compré unas pestañas. Llegué de la oficina y estaba mi mamá con los niños viendo la televisión. “¡Estamos atrasados!”, me dijo Arsenio, de modo que me arreglé con prisa. Ya salíamos al auto –teníamos un Fiat 600– y mi mamá me detiene: “Lucía, llevas sólo un ojo con pestañas”. No tenía tiempo para corregirlo: me las saqué al instante. Se fueron a la basura.

Quizás estas historias parezcan superfluas, pero creo ilustran lo estresante de todo ese momento. En la oficina tampoco era mucho más tranquilo.

La Secretaría de El Teniente estaba en la calle Agustinas. Yo trabajaba en el tercer piso y en el segundo, el Partido Socialista tenía una oficina. Todo este edificio era elegante, porque había sido refugio de los gringos (¡ahí habían quedado miles de momios! Allende, con su política increíble, no le tocó un pelo a nadie). Yo era socialista y con mi jefe de núcleo pertenecíamos a una célula en Santiago Centro¹⁰⁰, se me ha olvidado bien cómo se llamaba. El asunto es que hacíamos las reuniones ahí y eran bien movidas.

Y, bueno, Arsenio y yo, cada uno tenía su propia actividad. A veces nos veíamos poco, pero se puso más difícil cuando lo nombraron Director de Investigaciones. En ocasiones, dormía en el cuartel. Le tocó un periodo intenso, cuando llegó Santucho, de la guerrilla de Trelew, a Santiago.

.....
98. La gira presidencial realizada entre julio y septiembre de 1971, comprendió visitas a Argentina, Ecuador, Colombia y Perú.

99. “Momiaza” viene de “momia”, que como ya mencionamos corresponde a un chilenismo usado para denominar, irónicamente, a personas o instituciones de la derecha conservadora.

100. Alude a una especie de Célula de trabajo político, en este caso del Partido Socialista.

Yo lo consultaba con Arsenio y él pensaba que nosotros éramos demasiado puntudos¹⁰¹, claro, él era más calmado.

Y las marchas, esa era otra historia. Yo a veces iba con los niños. Mi primer marido se enojaba porque yo llevaba a Loreto, que en ese tiempo vivía con él. Él había sido de izquierda. No sé qué le pasó, porque incluso se hizo militante del Partido Nacional en esa época. ¡Cosas de la vida! Eso nos salvó en algún momento.

Y, bueno, Arsenio y yo, cada uno tenía su propia actividad. A veces nos veíamos poco, pero se puso más difícil cuando lo nombraron Director de Investigaciones. En ocasiones, dormía en el cuartel. Le tocó un periodo intenso, cuando llegó Santucho, de la guerrilla de Trelew¹⁰², a Santiago. Arsenio tuvo una actitud solidaria, pero había personas del gobierno, y con cargos más altos, que tenían otra opinión frente al tema. Santucho, quizás en agradecimiento, le regaló su pistola. ¡Y a él no se le ocurrió nada mejor que dármela a mí! La dejamos siempre en la parte alta del closet de nuestra habitación. Menciono esta arma porque, creo, fue una de las causas por las cuales me tomaron detenida.

Poco tiempo antes del Golpe me enfermé. Nunca fui gorda, pero estaba flaca, flaca. El equipo de médicos de La Moneda no descubrió nada. Uno de ellos opinó que podía ser estrés. El psiquiatra concordó y me dio licencia médica, me recomendó que saliera de Santiago. Y es que el caos en la casa era tremendo. Entre otras cosas, descubrimos que los milicos nos habían intervenido el teléfono, un día, además, pusieron una bomba en el autito. Entonces, era muy complejo. Arsenio estaba sometido a un estrés espantoso.

Mi mamá tenía un fundillo en la Provincia de Arauco, cerca del Lago Lanalhue, donde vivía con un hermano mío. Mi familia era muy momia, con excepción de mi

101. Con “puntudos” se refiere a que eran muy radicales políticamente según la perspectiva de Arsenio.

102. Mario Roberto Santucho fue uno de los fundadores y el máximo dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), organización argentina de la Nueva Izquierda y que propugnaba la lucha político-militar para alcanzar la revolución socialista. En 1972, con otros integrantes del PRT-ERP, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros, intentaron una fuga masiva del Penal de Rawson, para lo que secuestraron un vuelo de Austral Líneas Aéreas. Quienes fueron recapturados fueron fusilados extrajudicialmente días después señalándose públicamente que había existido un nuevo intento de fuga, en lo que es conocido como “La masacre de Trelew”, mientras algunos lograron aterrizar en Santiago de Chile solicitando asilo al gobierno de la UP. Luego de varios días de deliberación, el presidente Allende decidió posibilitarles la salida a Cuba, evitando, así, entregarlos al gobierno de facto del militar Alejandro Agustín Lanusse Gelly.

hermana, el resto tiraba para fachos. ¡No me podía ir allí! Unos tíos queridos tenían un fundo cerca del nuestro, porque todo eso había sido de mi abuelo. Ellos no eran exactamente de izquierda, pero eran los papás de mis dos primas, las únicas de izquierda. Éramos 36 primos, ¡tremenda familia!, y solo cinco de izquierda: un radical, otro cercano a la izquierda cristiana y nosotras tres. Les pregunté si me podían recibir. Arsenio me mandó a dejar, porque en ese momento ya era Subsecretario General de Gobierno¹⁰³ y tenía un auto con chofer. La Pilita, mi hija, se fue a donde Sonia y Raúl, que eran socialistas, y Loreto, mi otra hija, se quedó con su papá. Yo me fui con Pablo que tenía unos cuatro años. Esto fue unos días antes del Golpe.

Con Arsenio, Pilar y Pablo habíamos pasado el último verano allí. En ese lugar nos tomamos la última foto juntos. La Loreto solía vacacionar con nosotros, pero esa vez, no sé por qué, nos quedamos en Maitencillo donde estaba con su papá. Arsenio iba los fines de semana. Hablamos mucho en esos días. Me dijo que si la cosa se ponía mal y algo le pasaba –pensaba que lo podían tomar prisionero–, me fuera a Cuba, donde habíamos estado el año 72. Eso lo conversamos, así, tranquilamente.

El 18 de septiembre del 73 me llegó una carta de despido, pero eso fue un detalle porque Arsenio ya estaba desaparecido. Fue uno de los primeros de toda la historia, porque desapareció el mismo 11 de septiembre de 1973, desde La Moneda.

Cuando el Golpe estalló fue bien difícil. Mis hijas eran pequeñas todavía: Pilita tenía apenas 12 años y Loreto, 13.

El 18 de septiembre del 73 me llegó una carta de despido, pero eso fue un detalle porque Arsenio ya estaba desaparecido. Fue uno de los primeros de toda la historia, porque desapareció el mismo 11 de septiembre de 1973, desde La Moneda.

Pablo y yo estábamos en el campo. La Estercita, mi tía, me había dicho: “¡Nada de radio! Tienes que dormir, descansar”. Ese día 11 de septiembre yo estaba acostada y Pablo en la cama contigua, pobrecito, chiquitito, me acuerdo; y, de pronto, entra la Blanca, una de las empleadas, con una radio pequeña en las manos: “¡Señora, señora, están hablando de Don Arsenio!”. Me puse de pie de inmediato y Juan Pablo saltó detrás mío. Todos nos reunimos ahí, incluso mi tío que era bastante

103. Arsenio Poupin se mantuvo en este cargo hasta el mismo 11 de septiembre de 1973, día que se encontraba en La Moneda junto a Salvador Allende.

sordo. Hablaba el periodista Timosis, argentino, que trabajaba en la OIT¹⁰⁴ y que había logrado escapar a Argentina. Dijo que lo único que él sabía era que Arsenio Poupin y otras personas fueron detenidas en La Moneda. ¡Fue una gran casualidad que Blanca justo oyera esto! Ella conocía a Arsenio porque, como dije, habíamos pasado el verano ahí. Él era un tipo con un carisma, con un atractivo, así que mi tía y mi tío lo adoraban, ¡y qué decir de las empleadas!

Estábamos aislados, no pasaban micros y no había teléfono. Decidí dejar a Pablo con mis tíos y salir caminando a Cañete, que quedaba como a 25 kilómetros. No había un alma y, de la nada, pasa un tipo en una camioneta destartalada que me lleva.

El verano anterior habíamos estado con el Alcalde de Cañete, que era socialista, así que me fui a su casa. Llegué y encontré a su esposa, pobre mujer, abatida, con tres niños: a él se lo habían llevado y asesinado. Ella me prestó el teléfono y pude hablar con Sonia, Raúl y mi hija Pilar. Parece que Tito, mi exesposo, ya les había llevado a Loreto, así que estaban todos juntos. Me confirmaron que Arsenio no estaba en ninguna parte.

Volví a pie a la casa de mis tíos. Camino de tierra era ese. Una carretela me llevó una parte del trayecto. Al llegar, mi tía y la Blanca me sacaron las botas y salían los pellejos, me lavaron con agua tibia y me pusieron vendajes.

El verano anterior habíamos estado con el Alcalde de Cañete, que era socialista, así que me fui a su casa. Llegué y encontré a su esposa, pobre mujer, abatida, como con tres niños: a él se lo habían llevado y asesinado.

Después de una semana, comenzaron, poco a poco, a circular las micros. Dejé a Pablo con mis tíos y me fui a Concepción. Ahí me comuniqué por teléfono: “No se sabe nada de Arsenio, ¡nada!”, me reiteraron.

En una maleta llevaba varios libros marxistas que había acarreado al campo para leer, ¡en un mes, tiempo iba a tener! Yo con ese cargamento y en el trayecto los pacos pararon el bus varias veces. Clasistas, por supuesto, no me revisaron. A los hombres con pelo largo, en cambio, los bajaban y se los cortaban de la forma más brutal.

.....
104. Organización Internacional del Trabajo.

Llegué a Concepción, me deshice de los libros, los dejé, en una bolsa, en la custodia de la estación y tomé el primer tren que salía a Santiago. Venía lleno de agentes de la DINA, ¡Lleno! Yo era la única mujer. Fue espantoso. Los oía hablar, contaban cosas horribles. Habían empezado a torturar. En un momento me fui a comer algo al coche comedor y uno de ellos me dice: “Tan sola que viaja, ¿me puedo sentar con usted?”, “¿y usted tan misteriosa, señora?”, entre coqueteando y tratando de sonsacarme algo. Su cara es inolvidable. Era el peor, hacía interrogatorios. Parece que era de la armada, pero venía de civil.

Cuando bajamos en Santiago no había gran movilización y el tipo me dice: “¿Compartamos un auto, señora?”. En el camino, él insistía en saber quién era yo y dónde iba. “Déjeme aquí, no más”, le dije cortante. No he hablado esto nunca antes, pero fue aterradora esa experiencia. Di varias vueltas antes de acercarme a la casa de Sonia y Raúl, donde estaban mis hijos.

Ellos tenían escondida a una persona que era alcalde de alguna parte, lo buscaban, lo llamaban por las radios y todo. Los cuatro empezamos a pensar en cómo sacar el arma de Santucho de mi departamento. ¡Con un miedo!, porque de terroristas ninguno teníamos nada. Raúl era un tipo extraordinario: “¡Vamos Lucía!, me dijo. Había toque de queda y me acompañó a buscarla. Volvimos con la pistola y no hallábamos qué hacer con ella. ¡Los cuatro como con una papa caliente¹⁰⁵! Al final, tarde en la noche, entre Raúl y este hombre que estaba refugiado ahí, la tiramos, con un cordel parece, para el techo de al lado, donde había un convento. No recuerdo los detalles, pero teníamos miedo.

Luego de esto me reinstalé en mi departamento con los tres niños. No había pasado una semana y apareció Eliana, la empleada que teníamos antes del Golpe. Le expliqué que no le podía seguir pagando. Ya no tenía trabajo. “¡Ya, señora!”, dijo parca como era. Se fue, pero a los pocos días volvió trayendo consigo un saco con café, detergente, azúcar: “Tome señora, he sabido que don Arsenio no está”, me dijo. Me tomó por sorpresa su gesto, y es que durante la Unidad Popular ella nos miraba con el ceño fruncido. No era partidaria de nuestras ideas. “¡Yo me vengo a trabajar con usted, a cuidar a Pablito!”, agregó. “¡Pero Eliana!, si no tengo plata”, respondí. “¡Déjeme! Me paga cuando pueda”. Esto sucedió antes de que me metieran presa y fue profundamente conmovedor para mí. Este tipo de hechos me hacen decir que no todo es desgracia en esta historia.

.....
105. Expresión para señalar que es una situación muy difícil de tener en las manos.

A todo esto, en cuanto volví a Santiago comencé a buscar a Arsenio. Lo primero que hice fue hablar con gente que podía tener alguna influencia. Visité al Embajador de Colombia. Me conocía hacía muchos años, de cuando se vino a estudiar a Chile y se enamoró de Gladys, una amiga íntima de mi hermana, con quien se casó. Nos habíamos encontrado en alguna de las recepciones a las que acompañaba a Arsenio, ellos se llevaron muy bien. Este señor, de apellido Calle, me dijo que me fuera con los niños: “Te ofrezco mi casa en Medellín y que viajes directamente a allá. Es cosa de tiempo para que te tomen presa”.

Que no me quedara en el país también me lo recomendó Rada¹⁰⁶ que, con el Golpe de Estado, se había convertido en Director Subrogante de Investigaciones. Nos habíamos visto antes, cuando Arsenio lo nombró Prefecto de Investigaciones en Santiago, antes lo era de Valparaíso. Era un tipo agradable. Me recibió. Afirmó que no tenía información. Para conformarme, quizás, me dijo: “Si usted quiere revise los listados que tenemos”. Me llevó a una oficina y ahí vi listas y listas de personas detenidas y otras que ya estaban muertas. ¡Fue terrible! Había, me acuerdo claro, niños de 13 años.

En realidad, yo supe lo que pasó con Arsenio prácticamente al principio, pero nunca lo creí.

Tampoco vi su cuerpo, ¡nunca lo vi! Lo seguí buscando, recurriendo a estas personas y también instalándome en las filas que se hacían afuera del Estadio Nacional.

En mis esfuerzos, llamé también al padre de un amigo de Arsenio. Este señor, que era de derecha y había sido Director de Carabineros, dijo que haría lo imposible por tratar de buscarlo. Después, su hijo me contó que había averiguado que Arsenio no estaba vivo. En memoria de su afecto, él me ofreció dinero o lo que yo necesitara para salir de Chile o, al menos, de Santiago.

En realidad, yo supe lo que pasó con Arsenio prácticamente al principio, pero nunca lo creí. Tampoco vi su cuerpo, ¡nunca lo vi! Lo seguí buscando, recurriendo a

estas personas y también instalándome en las filas que se hacían afuera del Estadio Nacional. Además, me llegaban rumores: que lo habían visto en Antofagasta, por ejemplo. No sé, cosas increíbles. Y es que había algo de desorden en todo, porque

106. Se refiere a Julio Rada Jiménez, nombrado por Arsenio Poupin, cuando era Director Interino, como Prefecto de Investigaciones del Área Metropolitana.

lo habían ido a buscar al Lago Lanalhue: le allanaron la casa a esta tía mía y también a mi hermano momio, por si hubiese estado escondido ahí.

En medio de todo esto me contactaron unos holandeses para entrevistarme. Fue en casa de Raúl y Sonia, que estaba por Simón Bolívar, al final de un pasaje. Y, claro, ellos vinieron con cámaras y algo sospecharon los vecinos, porque después allanaron la casa. Fue un dato. Le preguntaron a mi prima que quién había estado ahí las últimas horas. De ese modo llegan a mí. Claro, ella no podría haber dicho otra cosa.

El 15 de octubre del 73, como a las tres de la tarde, llegó a mi departamento una patrulla con 12 uniformados. Allanaron, revisaron en todas partes. Yo tenía un machete cubano que le habían regalado a Arsenio y quedó la pura funda, la tengo hasta hoy en el campo. Dirigía la operación un capitán, no he olvidado su rostro, que me dice: “Señora, va a tener que acompañarme”. Nunca me quitaron el título de señora, voy a decir.

Le digo a Loreto: “Prepárame un maletincito”. Y ella, que sabía hacer tan bien las cosas, saca mi neceser rojo, del tiempo de mi primer matrimonio, y me pone un par de calcetines, ropa interior, mi crema, todo. Juan Pablo jugaba en la casa del vecino que tenía un hijito de la misma edad. Cuando me están sacando sintió el ruido. Trataron de detenerlo, pero él salió. Con cuatro años y con su disfraz del zorro dijo: “Mamá, ¿dónde la llevan?” ¡Inolvidable, inolvidable ese momento!

Pero, aquí, dentro de todo, entra el humor: me sacan delante del gentío que se había producido en la calle, esposada, pero con mi maletín rojo.

Me llevaron a la Escuela Militar. Estando ahí, un tipo vestido de civil me llama: “Señora, tengo que registrarla”. Me acuerdo clarito: me pone detrás de un biombo, “¡desvístase!”, me ordena y yo empiezo a hacerlo con una lentitud enorme, enorme. No alcancé a quedar desnuda, porque entró el capitán que me había detenido, miró y dijo: “¡La señora se va con nosotros!”. Me detuvo, es cierto, pero ahí me salvó.

Ya con toque de queda me suben a un camión. A Raúl lo tenían tirado en el suelo y a mi prima Sonia y a mí nos dejan de pie. Nos llevaron a la Dirección de Investigaciones, donde Arsenio había sido el Director. Cuando Allende le asignó en este puesto le dijo: “Tiene carta blanca, Arsenio, para limpiar”, por la corrupción que había en esa época con el tema de los dólares. Entonces, consiguió buenos enemigos, pero también gente leal, quizás por eso mi experiencia no fue tan negativa, comparativamente a otras enormemente dolorosas. De hecho, el que Rada fuera Director Subrogante fue providencial para mí.

Al llegar a la Dirección de Investigaciones, en General Mackenna, mandan a Raúl y a Sonia inmediatamente al calabozo. El jefe a cargo me preguntó si yo era la señora de Arsenio. Asentí y me dejó en un pasillo: yo con mi maletín rojo, con un Montgomery muy bonito y muy peinada. Tenía una peluquera que iba a mi casa, que creo también era de la UP, así que ese día, no sé por qué, yo estaba de punta en blanco. Había dos mujeres y dos hombres tirados en el suelo, esposados, aporreados y todo. Y escucho que una de ellas dice: “¿Y esta?, ¿quién será?!, ¡y con el maletín!”. “La reina de la coca”, le responde la otra, con algo de risa contenida. Y uno de ellos les reprocha: “¡Cállense!, es la mujer de Arsenio Poupin”. Estas cuatro personas en el suelo también eran socialistas. Posteriormente, estuve detenida con ellas¹⁰⁷, nos hicimos amigas y nos reímos hasta hoy con esta anécdota de la reina de la coca.

Por hacerme un favor, el jefe a cargo me dejó sentada en la sala con él. Me llevaban café a cada rato, pero vi y oí todo lo que pasó en ese lugar. ¡Mejor no haberlo visto!

A la mañana siguiente, con el cambio de turno llegó un milico. Tras indagar quién era yo me mandó al calabozo. Ahí fui a parar con todas mis futuras amigas. La celda estaba llena, llena, teníamos que turnarnos para sentarnos. Estuvimos como dos días.

A la mañana siguiente, con el cambio de turno llegó un milico. Tras indagar quién era yo me mandó al calabozo. Ahí fui a parar con todas mis futuras amigas. La celda estaba llena, llena, teníamos que turnarnos para sentarnos. Estuvimos como dos días. Nos interrogaron. Mientras esperaba mi turno, miraba a través de los barrotes de la celda y pensaba en las veces que había caminado ese mismo pasillo de la mano de Arsenio: “¡Lo que son las vueltas de la vida!”, me decía. Estaba en eso, cuando alguien, de improviso y con furia, aplastó mi cabeza contra los barrotes mientras me decía palabrotas. El tipo habría seguido, pero justo entró Rada. Se trataba de un detective enojado porque Arsenio lo había bajado de grado o algo

por el estilo. Rada se disculpó conmigo y le pidió a alguien que me interrogara. Me preguntaron, sin tocarme un pelo, si había estado en Cuba y qué había hecho allá.

107. Estas mujeres eran Nuria Núñez y Ximena George-Nascimento, quienes también han colaborado como entrevistadas para esta investigación. En el marco de las conversaciones ambas recordaron esta misma anécdota.

Mi primer marido, Tito, consiguió averiguar dónde estábamos y nos llevó sándwiches. Nos los repartimos entre todas las prisioneras de la celda, creo que hasta había una cogotera con nosotras. Estábamos hacinadas completas, ¡y qué decir los hombres! Esa parte fue dura. En el Estadio Nacional, luego, ya empezaron otras rutinas.

Tito, además, se había ido a vivir a la casa con los tres niños. Creo que varias veces intentaron allanarlos, pero él mostraba su carnet del Partido Nacional y eso los protegía. Luego, unos tíos de Arsenio se llevaron a Juan Pablo con ellos.

El 17 de octubre, más o menos, nos subieron en furgones para trasladarnos al Estadio Nacional. Cuando estaba en la fila para subir se me acerca un detective: “Señora, ¿a quién le aviso? Deme un teléfono”. Ese tipo de cosas son imborrables.

El 17 de octubre, más o menos, nos subieron en furgones para trasladarnos al Estadio Nacional. Cuando estaba en la fila para subir se me acerca un detective: “Señora, ¿a quién le aviso? Deme un teléfono”. Ese tipo de cosas son imborrables. Y es que nadie de nuestras familias sabría dónde estaríamos.

Cuando llegamos al Estadio nos sacaron una foto: esa fotografía de delincuente, de frente y de perfil, fue la primera humillación. Tras esto, nos dirigieron a los camarines, en la zona de la piscina. Eran como un túnel, recuerdo, muy frío, muy helado. Había muchas mujeres. No sé exactamente cuántas éramos, pero si la capacidad era de 100, había 200. Estábamos bien apretujadas todas. Me acuerdo que al frente mío había una mujer humilde muy torturada, con la cara completamente amoratada.

Era un octubre bastante frío y teníamos condiciones muy inhóspitas. De hecho, varias noches dormimos en el suelo, a piso pelado y sin frazadas. Después trajeron unas colchonetas.

En la noche y en la mañana nos pasaban lista. Como a las seis o siete de la tarde nos encerraban. En el día, en cambio, podíamos salir. Yo caminaba mucho por el borde de la piscina, a veces nos acompañábamos con Ximena¹⁰⁸ en esto. La verdad es que he sido caminante toda la vida, pero ahí era una forma de botar y poder resistir todo lo que sucedía.

.....
108. Se refiere a Ximena George-Nascimento.

En las mañanas hacíamos gimnasia y, las que aguantábamos, nos íbamos a duchar con el chorro de agua helada. Recuerdo que yo con Isabel Miranda¹⁰⁹ salíamos moradas después de cada baño.

Un milico, un cabro joven, venía a repartir la comida: porotos duros, pedazos de carne salteados, cazuelas aguadas y con un gusto horrible. Ese sabor nunca se me ha borrado. Según dicen, aunque no lo he averiguado, le ponían piedra lumbre para apaciguar, como un calmante, digamos.

Un día vi de lejos a mi exmarido con una amiga mía que estaban en Avenida Grecia. A nosotros nos custodiaban conscriptos jóvenes y a uno de ellos le dije: “¿Me podría mandar este papelito?” Lo que pedía, se acuerdan mis amigas, también es cómico: una lechuga. Eran unas ansias que tenía de comer algo así, porque jamás nos daban verdura cruda, ni siquiera un perejil. Siempre era pan y sopas con gusto a piedra, entonces, ¡una lechuga era una maravilla! Me llegó la lechuga y, luego, una cremita y cartitas de mi mamá.

Después, Tito traía a las niñas y a Juan Pablo y alguno de la guardia venía a hacerme señas, podía acercarme y tocarles las manitos. Estos milicos sabían que, si los descubrían ayudándonos, les podía costar muy caro, sin embargo, igual lo hacían.

En el Estadio estuve como un mes, más o menos. Creo que en todo ese tiempo nunca me cambié de ropa. Felizmente, tenía un calzón extra: Loreto me lo puso en el maletín de “la reina de la coca”. Era la única que llegué con maletín, ¡cómo no va a ser para la risa!

Una noche, tarde, como a las doce, alguien se acerca a la entrada del camarín y grita: “Lucía Neira”. Se produjo un silencio total entre las prisioneras. Yo pensé: “Me van a matar”. Salí. Me esperaba un oficial con anteojos y, más atrás, dos escoltas. Me habló despacito, apenas abriendo los labios: “Soy hermano de Alamiro” (mi jefe de núcleo en El Teniente), “estoy a cargo del Estadio, cuenta conmigo”. Luego, cuando salí en libertad me fue a ver y me contó las cosas más horrosas que vio ahí. A él lo dieron de baja y se fue a Argentina, volvió a Chile después de muchos años.

.....
109. Luisa Isabel Miranda Alarcón, detenida en el estadio Nacional y posteriormente trasladada a la Correccional de Mujeres. En la nómina de detenidas en esta última, aparecido en el Informe de la Organización de Naciones Unidas (ONU) de 1974, figura como Isabel Miranda Alarcón.

Recuerdo también una vez que nos llevaron a interrogatorio al Estadio mismo¹¹⁰. Nos tenían formadas en fila y escucho desde las graderías: “¡Lucía!, ¡Lucía!”. Lucía Lorsch¹¹¹, otra compañera detenida, mira y me dice: “Tienes que ser tú”. Era Adrián Vásquez, socialista, mi amigo y jefe en INDAP. Lo veo y salgo emocionada de la fila, él baja corriendo y me entrega una cajetilla toda arrugada de cigarrillos. Al minuto viene el paco y lo devuelve a punta de culatazos. Años después nos reencontramos en México, donde se quedó a vivir.

En el Estadio tampoco me torturaron. Me interrogó un detective. Me preguntó por mis “actividades” y yo destacué lo que ellos ya sabían: mi asistencia a las marchas, las que, según entiendo, tenían registradas incluso con fotos. Tras las declaraciones, él concluyó: “Señora, usted es marchante”. En el proceso, sin embargo, un milico abrió la puerta y dijo, arrogante: “¿Y esta señora tan buenamoza?” ¡Menos mal que no caí en sus manos! Al escuchar que yo era la esposa de Arsenio Poupin, se fue. Tiempo después supe que Rada, preocupado por mí, hizo gestiones para que no me interrogaran milicos, sino detectives.

En el Estadio tampoco me torturaron. Me interrogó un detective. Me preguntó por mis “actividades” y yo destacué lo que ellos ya sabían: mi asistencia a las marchas, las que, según entiendo, tenían registradas incluso con fotos. Tras las declaraciones, él concluyó: “Señora, usted es marchante”.

Todo eso fue así. Lo cuento y no quiero parecer privilegiada, pero para mí se fueron dando las cosas. Otras mujeres vivieron experiencias terribles de detención y tortura. En mi caso, lo más doloroso fue la pérdida de Arsenio y el dolor y la herida irremediable que le dejó a mi hijo. Él, siendo pequeño, le preguntó a Raúl, cuando este salió en libertad: “¿por qué todos los papás vuelven y el mío no?”

Por cierto, que estar detenida no fue como estar en las monjas francesas, pero he intentado quedarme con los gestos y las actitudes humanas que emergieron en distintos momentos y que entibiaron un poco el alma. Rescato, por ejemplo, que ahí me hice amigas queridísimas que mantengo hasta hoy.

.....
110. Se refiere al coliseo, vale decir la zona donde está la cancha de fútbol y las graderías.

111. Se refiere a Lucy Lortsch, escritora e historiadora. Y cómo ya se mencionó su nombre es escrito con variaciones.

Y es que en el Estadio nos fuimos acercando más entre las presas. Estaba María Teresa Wedelles, que esperaba guagüita, Fanny Navarro, Ximena, Nuria, Monique¹¹², María Isabel, entre otras. También Elena Gálvez¹¹³, que era doctora, y las dos hijas del Palestro¹¹⁴, el diputado.

Me acuerdo que un día, Fanny nos deleitó con sus tangos a capela. Fue bonito eso. Ella tenía una voz preciosa. ¡Hasta los milicos cantaron! Yo conversaba mucho con ella. También venía de Investigaciones y había llegado al calabozo después que yo. Ella y su marido eran actores, iban saliendo a Argentina y los bajaron del bus. Se veía tan graciosa con su precioso abrigo de piel y chapoteando en sus zapatos sin cordones, porque nos los quitaban a todas. No sé qué pasó, pero ella no llegó a la correccional.

En total, yo estuve tres meses detenida. Me dejaron libre el 15 de enero de 1974. En realidad, en el Estadio fue más bien poco tiempo. El de la cárcel fue el más largo. Lo recuerdo por eso y porque también pasaron cosas bien especiales.

Conversando con algunas de las compañeras me enteré que en los camarines torturaron gente antes que yo llegara. Creo que para un aniversario de muerte del Che Guevara¹¹⁵, entre ellas a Elsitá. Ella tenía sólo 20 años y la detuvieron, venía de la casa de su hermano, quien era dirigente del MAPU y había sido detenido y le pidió sacar papeles comprometedores de allí. Ella le pidió ayuda a un vecino, joven como ella. Iban en camino y él estaba tan nervioso que casi pasa una luz roja. Para mala suerte de ellos, había un paco, los detiene y les encuentra todas esas cuestiones. A él lo mandan a la Penitenciaría y a ella al Estadio.

En total, yo estuve tres meses detenida. Me dejaron libre el 15 de enero de 1974. En realidad, en el Estadio fue más bien poco tiempo. El de la cárcel fue el más largo. Lo recuerdo por eso y porque también pasaron cosas bien especiales.

.....
112. Monique era Mónica Hermosilla Jordens, también recluida en el Estadio y luego en la Correccional.

113. La doctora Laura Elena Gálvez estuvo detenida en el Estadio Nacional y luego también pasó a la Correccional de Mujeres.

114. Alude a Sandra y Sonia Palestro.

115. Ernesto Guevara, conocido como Che Guevara, fue médico, político, guerrillero, escritor, periodista y revolucionario argentino. Fue uno de los ideólogos y comandantes de la Revolución cubana. Murió el 9 de octubre de 1967 en Bolivia intentando hacer una guerra de guerrilla.

Allí llegamos con Nuria, Ximena, Elsitá, Isabel Miranda y dos doctoras, una de las cuales era socialista y sobrina de la Lucía Hiriart¹¹⁶, el esposo había intentado quitarle los niños en esa época. Estaban también María Teresa Welleles y el grupo de las profesoras de Buin¹¹⁷. Nos instalamos apiñadas en un dormitorio. Los baños eran asquerosos y en los colchones, llenos de manchas, encontrábamos las cosas más increíbles, como agujas escondidas, por ejemplo. Formamos grupos para asear y poder vivir ahí.

Había un patio chiquitito, de cemento, y otro de pura tierra, con una mesa abandonada de pin pon. Ahí tejíamos. Nuria tejía precioso, así que me ayudó. Bueno, en realidad ella le hizo a Pablo un suéter con un auto que era una maravilla.

Para comer había distintas mesas, pero con Ximena, Nuria, María Teresa, Isabel y Cecilia –“la Condorito”¹¹⁸–, comíamos juntas. La comida era un poco mejor que la del Estadio, la hacían dos presas comunes: una era estafadora y la otra, cogotera que se llamaba Margarita.

La cocinera nos puso “La mesa de las bacanas”, porque a Nuria y Ximena les traían muchas cosas ricas: las primeras frutillas, los primeros choclos, chocolates, qué sé yo, de todo. A mí, en cambio, sólo tarros de leche condensada y tintura para el pelo. Con Margarita, la ayudante de cocina, andábamos con el mismo color de pelo: ambas teníamos el cabello corto, me teñía y ella usaba el resto de tintura.

Los martes y viernes eran días de visitas. Sin embargo, había a quienes nadie iba a ver, especialmente a aquellas que no eran Santiago. Me acuerdo que, particularmente, en Año Nuevo hubo gente muy deprimida, muy mal. Debo reconocer, además, que había problemas políticos entre grupos. Es que algunas eran jóvenes y con muchos odios encima. Yo me quedaba por fuera de estas cosas, no me metía.

.....
116. Lucía Hiriart era esposa de Augusto Pinochet, general golpista que dirigió la Junta de Gobierno dictatorial por más de 17 años. Esta sobrina podría tratarse de Mónica García Hiriart, quien consta en los listados de detenidas del Estadio Nacional y de la Cárcel Correccional de Mujeres. En este último, elaborado en 1974, figura como Mónica García Hiriart. La alusión a su grado de parentesco –sobrina– con Lucía Hiriart, no ha sido referida por otras entrevistas participantes en esta investigación, ni pudimos encontrar más información sobre esto mismo.

117. Estas maestras formaron parte del grupo de profesores y profesoras de la Escuela Consolidada de Buin, detenidos el día 10 de octubre de 1973. Primero fueron llevados al centro de detención en el Cerro Chena y, luego, trasladados al Estadio Nacional.

118. Se refiere a María Cecilia Yáñez, quien también estuvo detenida en el Estadio Nacional y en la Correccional de Mujeres y fue conocida entre las detenidas como “La condorito” o “La Condoro”.

Estando ahí hicimos una obra de teatro para levantar los ánimos. En la preparación algunas de las “actrices” se nos achaplinaron¹¹⁹, pero de todos modos logramos presentarla. Se trataba de que íbamos en un tren a alguna parte. Isabel Miranda se disfrazó de militar y yo hice de prostituta, bien pintada y con una faldita que alguien me prestó y que no me tapaba nada. ¡Fue fenomenal! Hicimos reír a un montón de gente, hasta a las monjas. Al final, Monique¹²⁰, una mujer encantadora chileno-belga, hizo un *striptease*: con mucha gracia, se iba sacando capas y capas de ropa, nunca quedó desnuda, mientras cantaba en francés “Las hojas muertas”. Ella trabajaba en la Alianza Francesa y la detuvieron por ingresar personas a la Embajada de Francia, fingiendo que iban a los bailes, a las fiestas.

En esos espacios
muchas compartían
sus historias personales
y una serie de cosas
íntimas. En medio
de la charla, a veces
encontrábamos
conocidos en común.
También hacíamos
concursos para reírnos:
“¿Quién ha tenido más
pololos?”, “¿quién ha
tenido sexo en el lugar o
en la forma más rara?”,
o elegíamos reinas de
belleza.

En la cárcel no nos torturaron. Con algunas ya lo habían hecho antes, entre ellas, como dije, Elsita, a quien le dieron cadena perpetua. ¡De locos! Al final, logró irse a Suecia, donde se quedó.

Ella y otras no se sentaban con nosotras en “La mesa de las bacanas”, pero nos reuníamos a conversar en el patio, en la mesa de pin pon. En esos espacios muchas compartían sus historias personales y una serie de cosas íntimas. En medio de la charla, a veces encontrábamos conocidos en común. También hacíamos concursos para reírnos: “¿Quién ha tenido más pololos?”, “¿quién ha tenido sexo en el lugar o en la forma más rara?”, o elegíamos reinas de belleza. Teníamos un equipo de voleibol, ¿o de básquetbol?, no me acuerdo bien, pero íbamos a jugar contra las presas comunes. Yo jugaba, así que recuerdo varios partidos.

Con ese tipo de actividades intentábamos hacer algo más llevadero el encierro y la incertidumbre.

.....
119. Expresión para decir que se arrepintieron a último momento.

120. Monique era Mónica Hermosilla Jordens, quien estuvo reclusa en el Estadio y luego en La Correccional y que es recordada en varios de los relatos presentados.

Todas estas cosas pasaban mientras nos vigilaban jóvenes de 17, 18 años que cumplían el servicio militar. Ellos estaban en los muros que rodeaban los patios y en la torre, desde donde se controlaba todo.

En la Correccional hubo un Oficial de Carabineros que se portó muy bien conmigo. Dio permiso, por ejemplo, para que Juan Pablo me fuera a ver y eso lo arregló con las monjas. Lo llevó Tito, mi exmarido, y el tío de Arsenio, Rodolfo Poupin, que fue muy amigo mío. Todo se organizó de tal forma que Juan Pablo no vio a las otras presas, ni rejas, sólo a mí, su mamá.

“Señora, queda libre sin cargos”. “¿Sin cargos?”, le respondí, “¿y quién me devuelve a mí estos tres meses?”. Dije esto porque era así, pero sentía una felicidad incontenible. Era un día caluroso y yo andaba con un sombrerito para esquivar el sol. Dicho esto, me encaminé al portón que me daba la libertad. No se pueden imaginar lo que fue eso, ¡qué alegría!

Fue este mismo Oficial el que me informó el 15 de enero del 74: “Señora, queda libre sin cargos”. “¿Sin cargos?”, le respondí, “¿y quién me devuelve a mí estos tres meses?”. Dije esto porque era así, pero sentía una felicidad incontenible. Era un día caluroso y yo andaba con un sombrerito para esquivar el sol. Dicho esto, me encaminé al portón que me daba la libertad. No se pueden imaginar lo que fue eso, ¡qué alegría! Al verme, los dos vigilantes de la caseta gritaron: “¡¿Dónde va?!”. “¡Estoy libre, estoy libre!”, contesté. Dejaron sus puestos, me tomaron del brazo y me devolvieron. Eso fue increíble. Salió el fiscal y les dijo que yo recogería mis cosas porque quedaba en libertad.

En la tarde fueron Rodolfo y Tito a buscarme. Salí con mi neceser rojo. La despedida de mis compañeras fue con lagrimeos y recados: “Llama a mi abuela”,

“llama a mi pololo”, que esto, que lo otro. Nunca he olvidado a una joven que se sacó el anillo precioso que usaba y me lo regaló; desgraciadamente, lo perdí mientras vivía en Suecia.

A eso de las tres de la tarde llegué a mi departamento. Me esperaban los niños, mi hermana, Alamiro –mi jefe de núcleo que, afortunadamente, no había caído preso porque era hermano de milico– y Tito. Después de mirar detenidamente el lugar, le digo a mi hermana: “¿Qué le pasó a la casa que el techo está tan bajo?”. Y ella me responde, sorprendentemente graciosa: “Lo que pasa es que tu creciste, Lucía”.

Luego de unos pocos días en que me dediqué a hacer los encargos de mis compañeras, me fui al campo, a la casa en que estaba cuando vino el Golpe. Me quedé un tiempo ahí con los tres niños. Fui de visita donde mi mamá, por supuesto. Cuando ella me vio, me dijo sorprendida: “¿Dónde estuviste presa, que estás más gorda que nunca?!” . ¡Y era cierto! Es que “La mesa de las bacanas” era surtida con lo mejor por los padres de las chiquillas.

Mi hermano Jorge, que en paz descansa, le había dicho a mi madre: “Si Lucía viene, yo me voy”. “Entonces, ¿te vas!”, le respondió ella. Mi otro hermano, el segundo –quien también era abogado y que llegó a ocupar un alto cargo en el Banco del Estado en el tiempo de Pinochet– se portó mejor: estando yo en la cárcel me mandó decir que él se haría cargo de la educación de Juan Pablo. La mujer de mi hermano mayor, siendo también muy momia, intentó acercarse muchas veces. Decía que Arsenio siempre había sido muy buena persona con ella.

A todo esto, me visitó un abogado que trabajó con Arsenio en la Secretaría General de Gobierno, y que ya me había ido a ver a la cárcel. Me dijo que el Embajador de Suecia me ofrecía que me fuera a ese país con una carta de una organización y sin necesidad de pasar por la embajada. Era el Embajador que había quedado luego de Edelstan, a quien habían declarado persona *non grata*¹²¹. Y es que, claro, era yo la única esposa de alguien con un cargo del nivel de Arsenio que cayó presa, al menos en el tiempo en que yo lo estuve.

Él después organizó una comida en su casa, a la que invitó también a otra mujer que tenía el marido desaparecido: Isabel Chadwick, esposa de Claudio Gimeno, conocido también de Arsenio. Ella era menor que yo y con dos niños pequeños. A ambas nos ofrecieron apoyo para irnos a Suecia y ella me dijo: “Vámonos juntas”. Pensé: “Allá es frío todo el año. Ella es bióloga, se irá con un título y trabajo. A diferencia de mí, que seguramente tendré que hacer galletas o sacar tornillos, vaya uno a saber”. Pese a eso respondí que sí, que nos fuéramos por un tiempo.

En esa cena también se encontraba un médico que había vivido, becado, dos años en Suecia. A partir de su experiencia, quería disuadirnos de viajar allá. A su juicio, era un infierno, la frialdad humana misma, lo que ilustró con una serie de historias. Y resulta que, a los pocos días de esto, Isabel se arrepintió: “Me dio terror”, me dijo y no se fue.

121. Gustaf Harald Edelstan, fue diplomático y embajador sueco quien, en el contexto del Golpe de Estado de Augusto Pinochet de 1973, rescató y protegió a numerosos perseguidos políticos.

Partí con los tres niños. Tito no quería autorizar la salida, pero entre sahumeros y conversaciones de gente amiga, lo convencimos. Allá llegamos a un refugio y, rápidamente, nos asignaron una casa compartida con una pareja socialista y su niño. A poco andar, en exámenes médicos de rutina, me encontraron tifus, encapsulado en cálculos a la vesícula. Salí de la cárcel al exilio y, de ahí, al hospital de infecciosos, donde me operaron.

Al hospital me llevé a Juan Pablo. Estuvo como tres días conmigo y, luego, Pilar y Loreto se quedaron a cargo de su hermano. Tenían toda una red de apoyo. Había tres asistentes sociales suecas y con dos de ellas me hice bien cercana. Una de ellas, lamentablemente, ya no está, pero la otra – Marina – es hasta hoy una de mis mejores amigas. Ella me acompañó en la operación y estaba a cargo si me pasaba algo y los niños tenían que volver a Chile.

Yo y mis hijos vivimos la tremenda solidaridad del pueblo sueco y de toda la gente, de los compañeros. Estaba Marina, la asistente, Alejandro, un mexicano que era intérprete, un gran amigo, y también dos mujeres bolivianas. En fin, hubo personas extraordinarias cerca nuestro.

Éramos tres los refugiados chilenos hospitalizados: un chico de Temuco que lo habían tenido colgando y golpeándole los riñones, él no resistió, murió; una chica que le habían introducido vidrio en el útero; y yo, que estaba en el pabellón de los infecciosos.

Yo y mis hijos vivimos la tremenda solidaridad del pueblo sueco y de toda la gente, de los compañeros. Estaba Marina, la asistente, Alejandro, un mexicano que era intérprete, un gran amigo, y también dos mujeres bolivianas. En fin, hubo personas extraordinarias cerca nuestro.

Los chilenos exiliados iban en grupo a visitarnos, llegaban en micro. A algunos ni los conocía yo. Ninguno hablaba el idioma y para verme a mí los obligaban a ponerse mascarilla, un traje amarillo abrochado atrás y galochas de plásticos arriba de los zapatos.

Estuve como un mes en el hospital. Estando ahí pasaba un hambre terrible, porque era poca comida y yo ya me sentía mejor. Entonces, un chico comunista me llevaba una salchicha escondida en un maletín. Estaba también un amigo muy querido que, cuando todos se iban, se quedaba, con la capa y las galochas, acompañándome.

A pesar de que me extrajeron los cálculos, quisieron evitar que contagiara a otras personas. Nos dieron una casita sólo para nosotros. Cuando tuve la oportunidad de irme a Estocolmo con mis hijos, a este lugar otorgado por el Estado sueco, Alejandro, el intérprete, pidió permiso en su trabajo y fue con un amigo de él, hijo de una refugiada, a ayudarme a armar los muebles, a acomodar todo.

Después, los suecos hicieron una cosa increíble: me dieron la posibilidad de estar un año sin tener que entrar al mercado de trabajo, estudiando el idioma para insertarme mejor en la sociedad. En ese periodo, sin embargo, a través de una intérprete que tuve, que era brasilera, empecé a trabajar los veranos limpiando en un hospital. Después, ahí mismo hice un curso de auxiliar de enfermería. Con eso me gané la vida hasta que estudié, dos años y medio, Educación de Párvulos Bilingüe, en la Universidad de Estocolmo.

En el exilio continué mi militancia por un tiempo. De hecho, muchas de las reuniones se hacían en mi casa. No obstante, comenzaron ciertas conductas que no me gustaron. Se metían muchísimo en tu vida y el que yo hubiese sido la mujer de Arsenio, como que a ellos les daba cierto derecho. Había machismo ahí. Fue así. No lo puedo negar.

Precisamente este tipo de cosas fue una de las razones por las cuales no me fui a Cuba. Como dije, había estado el año 72 ahí, en el tiempo en que Arsenio era Secretario General de Gobierno. Me habían recibido en esa calidad, entonces yo sabía lo que iba a ser eso. Ir a Alemania como que nunca se me ocurrió: me ofrecieron cuando yo ya estaba en Suecia. Este país fue de una solidaridad sorprendente.

En medio de todo eso, conocí a un sueco, me enamoré de él y se vino a Chile conmigo cuando volví. Él se llamaba Leif Björqvist, estuvimos juntos nueve años. No era intelectual ni nada, sino un trabajador, un constructor con grandes ideas. Con él me hice una casucha linda allá en el campo. Tuvimos una bella época juntos.

Después de la desaparición de Arsenio yo nunca quise casarme de nuevo, ni con el sueco ni con nadie. Me han preguntado tantas veces: “¿Por qué no, Lucía?”. Y, la verdad, es que creo que ahí está uno de los grandes impactos en mi vida: la muerte de mi hijo, que sin duda se debió en gran parte al trauma que le provocó la desaparición de su padre al mismo tiempo que la mía¹²², que también influyeron

122. Juan Pablo Poupin Neira desapareció en Suecia en junio de 1999, apareciendo su cuerpo sin vida un año siete meses después en el lago Mälaren. Se encontraba viviendo una depresión y solo tenía 30 años.

en mis otras hijas. Después de eso, algo se secó en mí para siempre, como si no pudiera seguir amando. Por eso, a ratos, me sorprende que aún mantenga algunas relaciones familiares y de amistades. Esto me muestra una capacidad de dar todavía, ¿no?, pero lo otro me resulta doloroso.

Y quizás eso mismo hace que la gente no pregunte, no sé. Pero también a veces, cuando hablo de Pablo o de Arsenio, que lo hago con naturalidad, las personas, incluida mi hermana, miran al techo. Eso me duele muchísimo. Preferiría mil veces que me enfrentaran y me dijeran que quieren quedarse con mi lado glamoroso, que también existe de alguna forma, y que el dolor les resulta demasiado, *too much*.

No fue ni ha sido fácil para mí hablar de lo que viví y de lo que han significado todas estas experiencias. La entrevista de la que surge este relato me ha planteado este desafío. Hace mucho tiempo que yo no tocaba estos temas, quizás desde que declaré para la Comisión Rettig¹²³, me acompañó Juan Pablo y ambos dimos nuestros testimonios. Ahí, luego, me atendió, en lo que era el INP¹²⁴ antes, una abogada de derechos humanos que me dijo: “¿Sabes Lucía?, he estado leyendo tu expediente y realmente me quedé impresionada”, algo así. Sin embargo, mi relato no ha sido de terror, yo estoy segura que no. He tratado de alejarme de eso.

No fue ni ha sido fácil
para mí hablar de lo
que viví y de lo que han
significado todas estas
experiencias. La entrevista
de la que surge este
relato me ha planteado
este desafío. Hace mucho
tiempo que yo no tocaba
estos temas, quizás
desde que declaré para el
Informe Valech.

Hoy, siento que tengo mi vida “arregladita”: Soy una persona austera que no necesita más de lo que tiene. Si me preguntan qué me mueve hoy para seguir viva, digo la

.....
123. La Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación fue creada en 1990, por el presidente Patricio Aylwin Azócar, para contribuir a la verdad sobre las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en la Dictadura Militar de Augusto Pinochet (11 de septiembre de 1973-11 de marzo de 1990). La comisión fue presidida por el jurista y político Raúl Rettig, razón por la cual se le conoce popularmente como Comisión Rettig y su resultado como *Informe Rettig*, que arrojó un listado de 2.296 personas ejecutadas y detenidas desaparecidas en el periodo de la dictadura reciente reconocidas por esta Comisión.

124. Instituto de Normalización Previsional.

Hoy, siento que tengo mi vida “arregladita”: Soy una persona austera que no necesita más de lo que tiene. Si me preguntan qué me mueve hoy para seguir viva, digo la literatura. Escribir, por ejemplo, es una de esas cosas. He hecho talleres. Me encanta.

literatura. Escribir, por ejemplo, es una de esas cosas. He hecho talleres. Me encanta. Aunque me publicaron mientras estuve en un taller con la Pía Barros¹²⁵, y algunos cuentos míos han sacado menciones honrosas en algún concurso, pienso que me falta atreverme más a la publicación. Tengo una novela lista. Sin embargo, me produjo tanto dolor escribirla que creo que publicarla me va a destrozar, por eso lo he demorado. Pero además de la escritura, soy una lectora empedernida. Ahí voy, un tiempo en Suecia y otro en Chile, siempre con mi novela bajo el brazo.

“A esa que apuntan los fusiles”¹²⁶

A las presas políticas

Señor, señor, dijo la voz apagada por los trapos negros con dos agujeros a la altura de los ojos cubriendo su cabeza. Unas piernas jóvenes emergiendo de una falda diminuta. Se agregaron otras voces desde el muro, haciendo un coro femenino en ese octubre de niebla y miedo. El oficial, de estos morenos color oliva, fúsil me mano, voz ronca que se volvía de terciopelo: –si quieren mear mis queridas señoritas y respetadas señoras háganlo no más, estoy ansioso por ver traseros comunistas, miristas y socialistas, ya pues, hagan “pipi” delante de mí. Estoy esperando...todos estamos esperando–.

.....
125. Escritora feminista, conocida especialmente por sus cuentos. Perteneció a la llamada generación de los 80.

126. Cuento de Lucía Neira Rivas, quien puso este título por un poema perteneciente a Teresa Calderón.

Hacía frío y las capuchas negras helaban aún más esa mañana, la cual había empezado a las seis de la madrugada, en una larga e incierta caminata desde el gimnasio al velódromo del estadio. Aunque el sol no aparecía –tal vez no aparecería nunca más–, la rigidez de los miembros y los deseos de ir al baño le indicaban a esa fila de mujeres frente a la muralla, que llevaban allí muchas horas.

–Yo me inscribí de voluntario sólo para mirarles los “culitos”, pedí expresamente mi traslado desde Punta Arenas al Estadio Nacional. Así que, bajándose los jeans “compañeras” y a mear se ha dicho–.

La mujer de cabello canoso había llegado allí desde otras partes, siempre con la venda puesta. El solo descubrir que este último sitio estaba lleno de mujeres, algunas como ella y ya sin venda, cicatrizó moretones, heridas, pero no su infección urinaria. Había sublimado la necesidad de orinar pensando en que salvó a su hijo quien ya estaría en alguna embajada, en su nieta de mirada vivaz, en el jardín de colores de esos veranos familiares de su casa del norte. ¿Cómo había resistido sus deseos apremiantes? Quizás un milagro, aunque le estallara la vejiga en pedazos. Ella escuchó los ruidos sedosos de ropas que se deslizan, los chorros en cascada abriendo surcos en la tierra arenosa del recinto. El sonido, el olor, fue demasiado para sus músculos bien entrenados. Se oyó decir: –necesito un baño. Oficial, lléveme por favor– estas palabras atragantándosele casi en sollozo. – ¡A no! Si también me gustan los culos trajinados, por supuesto, “militantes del amor libre, compañera” así que abajo los pantalones y no se haga la huevona, que seguro ya lo ha mostrado antes, ¿o no?–. La mujer, tornándose hacia donde provenía la voz y despejándose la vista, habló con voz clara: –Me llevarás al baño o tendrás que matarme aquí y ahora y cargar con mi muerte el resto de tu vida–. El oficial, desconcertado, consciente de la expectación total de ese grupo de mujeres calladas y de los reclutas que vigilaban el lugar con los fusiles

en suspenso y como hechos piedra, lo calibró un segundo y titubeando, apenas en un hilo de voz ordenó: –llévenla, pero cúbranle la cara–.

La mujer caminó con un soldado a cada lado, hasta los retretes y mientras ellos esperaban afuera, cerró la puerta y orinó largamente y sin apuro.

Al salir, llevaba la capucha en la mano y el moño deshecho caía sobre sus hombros altivos. Con lentitud pasó observando a cada vigilante a los ojos. Detuvo la mirada oscura y penetrante en el oficial y luego volvió junto a las otras mujeres, el rostro hacia la pared y las manos en alto, como había estado antes.

EN TODAS PARTES HAY UNA
PERSONA QUE SE ATREVE Y
EN MIS TRABAJOS ME ATREVÍA YO



María Garreaud Muñoz¹²⁷

Yo me casé en 1947. Estuve trece años casada. Mi marido no tenía nada que ver con política, era un funcionario de correos común y corriente, y sin grandes aspiraciones tampoco. El año 60 él se enfermó del corazón y murió. Me quedé con cuatro niños y me tocó batallar sola. Este hecho me podría haber convertido

.....
127. Este relato ha sido elaborado en base a dos fuentes: una entrevista realizada por Isidora Salinas el 20 de junio de 2018, en Santiago de Chile, y el relato escrito por la propia señora María Garreaud, acerca de su experiencia de detención en el Estadio Nacional desde el 19 de septiembre al 20 de octubre de 1973 que se identifica con letra cursiva. Esto, porque María tiene ya 93 años y a veces su memoria falla. No sabemos en qué fecha se escribió este relato, pero es posterior a 2004, año consignado en la agenda donde se encuentra el manuscrito.

en una mujer amargada. Sin embargo, a mí las cosas me van sucediendo y las voy olvidando. En realidad, no se me olvidan nunca más, sino que miro para el frente.

A él lo enterramos el día sábado y el lunes yo ya estaba buscando trabajo. Mis niños eran pequeños aún: María tenía once años, Esteban diez, Paty nueve y Cristina ocho. Yo no había terminado las Humanidades y, por tanto, no tenía profesión. Tampoco tenía dinero. Correos me entregó una plata, como unos catorce mil pesos que destiné para vivir. En ese tiempo mi hermana Lelia me ayudó mucho. Ella tenía dos hijos hombres y una niña, Leonardo, Darío y Lelia y se llevó a Esteban para su casa, lo cuidaba durante la semana y le compraba las cosas que necesitaba, como la ropa, por ejemplo.

A mí, no se me ocurrió nada mejor que instalar una lavandería. Verdaderamente, no tenía gran experiencia administrando un negocio, así que no me fue bien. Sin embargo, me defendí por un tiempo y después la vendí. En todo caso, ahí aprendí bien el oficio. Entre todas las personas que había conocido estando en mi negocio, me enteré que necesitaban una empleada para otra lavandería. Me presenté y me tomaron de inmediato, porque yo conocía el funcionamiento. Me nombraron jefa. Era de la familia Sepúlveda y quedaba frente de las oficinas de LAN Chile. De hecho, eran nuestros clientes.

De la lavandería yo me pasé a trabajar en LAN Chile¹²⁸. Llegué ahí sin ninguna recomendación política, nada. A los jefes les gustó un trabajo que hice y me ofrecieron que me fuera a trabajar con ellos. A mí me convenía este cambio, porque era mejor pagado y me ofrecía mejores condiciones laborales de las que yo tenía en ese momento. Acepté, aunque lo pensé bastante primero, porque la dueña de la lavandería era también una mujer viuda y una excelente persona.

En LAN Chile me encargué de la ropería del servicio de a bordo, que incluía todos los implementos que lleva el avión, las servilletas, las mantas y todas esas cosas. Tenía que mantener estas cosas listas e impecables.

Estando ahí, yo trabajaba tranquilamente. Pero, innatamente tengo un poco de líder. Cuando estudiaba en el colegio siempre era yo la que dirigía o “llevaba el panderó”

.....
128. LAN Chile fue creada en 1929. En 1932 obtuvo su personalidad jurídica como la Línea Aérea Nacional, dedicada a la comercialización y transporte de pasajeros. En la década de 1980, en el marco de las reformas económicas de la dictadura de Augusto Pinochet, la Junta Militar decidió su privatización. Así, en 1983 la compañía se transformó en una sociedad de responsabilidad limitada; y dos años más tarde en una sociedad anónima, bajo el nombre de Línea Aérea Nacional Chile S.A.

y ahí en LAN me convertí en líder de grupo. Nunca intenté figurar o hacer historia, sino que me gustaba participar. Siempre me ha movido la justicia, el interés humano y, entonces, me indignaban algunas cosas. Pero yo en política no me he metido nunca.

Yo era del sindicato y en esos años era como una obligación hacer parte de este. A uno le decían: “Usted trabaja aquí y en el sindicato”. Sin embargo, nunca fui a una reunión y siempre me disculpaba. En ese tiempo yo estaba pololeando con un compañero de trabajo. Él era segundo jefe de mantención y antes había sido detective. Yo me reía, porque mis compañeros me habían elegido como delegada de la parte de bienestar del sindicato. Lo conversaba con él y él me decía: “Bueno, si a usted le gusta meterse en eso”. “Pero si me eligieron”, replicaba yo. Y la verdad es que yo no había hecho mucho para convertirme en representante: nunca presenté algún trabajo, sino que asistía a las reuniones y después informaba a mis compañeros.

Y claro, en menos de 24 horas la vida puede cambiar, puede dar un giro en 180 grados. En ese momento, la situación política del país estaba muy convulsionada. Yo trabajaba y tenía una estabilidad económica regular, comparada con mi trabajo inestable de años anteriores.

El martes 11 de septiembre de 1973 amaneció radiante. Sin embargo, se opacaría con trágicos hechos y la sangre que teñiría nuestro país. Salí de Providencia para ir a trabajar acompañada por mi hija Cristina, en ese entonces de 21 años y que hacía su práctica en las oficinas del Sindicato de LAN Chile. Yo me desempeñaba como funcionaria del Departamento de Bienestar de la misma institución. La locomoción era escasa. Esperábamos que alguien con buen corazón nos llevara hasta Plaza Italia, donde tomábamos el bus de la empresa que nos llevaba a las oficinas en Cerrillos.

No escuché radio esa mañana y las calles por donde pasamos, la ruta de todos los días no presentaba nada especial. Sin embargo, al llegar al edificio los funcionarios tuvimos que bajar del bus y entregar nuestro carnet de identidad. A esas alturas ya estaba muy tenso el ambiente y las radios hablaban de lo que estaba aconteciendo.

Al entrar a la Oficina de Bienestar había un gran revuelo: se sabía del Golpe al Gobierno de Salvador Allende. Todo era conjeturas, dudas y preguntas sin

No escuché radio esa mañana y las calles por donde pasamos, la ruta de todos los días no presentaba nada especial. Sin embargo, al llegar al edificio los funcionarios tuvimos que bajar del bus y entregar nuestro carnet de identidad. A esas alturas ya estaba muy tenso el ambiente y las radios hablaban de lo que estaba aconteciendo.

respuestas. El hecho de entregar el carnet a las puertas ya había sido un indicio preocupante. La emisora que funcionaba daba ya las órdenes, los bandos, y nos enteramos que, efectivamente, se trataba de un Golpe Militar. Considerando esto, limpiamos los escritorios de la propaganda de izquierda y derecha, porque previamente el clima del país era confuso y con toda clase de manifestaciones de gobierno y de oposición.

En el centro de Santiago el caos era total. Los aviones pasaban rozando los edificios. Nuestra cercanía al aeropuerto de Cerrillos y del Grupo 7 de la FACH, nos confirmaba que el movimiento era mayor que el habitual. Viendo todo esto, se nos dio la orden de retirarnos a casa. Pero ¿en qué movilizarnos?

Mi hijo Esteban, funcionario de contabilidad de la Empresa, tenía a su hija Carlita en una sala cuna de LAN. Afortunadamente ese día no la llevó porque tenía control médico y conseguimos comunicarnos por teléfono para que Milly, mi nuera, no saliera de la casa.

El techo del edificio de LAN Chile, en Cerrillos, estaba lleno de francotiradores. Las balas silbaban casi en nuestras cabezas. Era terrible. Mi hija Cristina que hacía su práctica como secretaria del Sindicato en una oficina anexa al edificio, salió para juntarse conmigo y retirarnos a la casa. Le pasó rozando una bala, por fortuna un compañero mío la empujó, la tiró al suelo y el proyectil se insertó en la muralla y no en su cuerpo. Si él no hubiese hecho esto, ella habría sido la primera baja dentro de ese recinto.

Dispusieron que nos subiéramos a los buses para dejarnos lo más cerca de casa. Llegamos como a las dos de la tarde cansadas, tristes, asustadas. Almorzamos y dormimos una siesta. Al despertar nos encontramos con la noticia de que Salvador Allende se había suicidado en La Moneda, la que había sido bombardeada. El impacto fue grande. Lloramos con Cristina un rato largo. Hasta ahora me emociona ver fotos de Allende. Lo llevo en el corazón.

Se decretó toque de queda a las seis de la tarde, el que no se levantó hasta el día 13 en la mañana. A la medianoche, sin noticias de nadie y con el miedo pegado al

cuerpo, salimos al pasillo del departamento donde vivíamos en Providencia, en el piso doce, y tiramos un montón de libros que teníamos de política, más un casco de minero que le había regalado un pololo a Cristina. Todo fue a dar a los jardines posteriores del edificio. Como ratones escurridizos volvimos al departamento.

El día 11 como a las tres de la tarde escuchamos un bando en que llamaban a presentarse a la Comisaría más cercana a muchas personas, entre ellas estaba Mario Céspedes, mi cuñado. Él salió de su casa y no llegó a la radio donde tenía que trabajar. Se dirigió a la casa de su madre Sara Gutiérrez, se despidió de ella y se presentó en la Subcomisaría de Recoleta. Con su conciencia tranquila y sus manos limpias, no sentía que las ideas eran delitos. Desde ese lugar lo llevaron, en micro de Carabineros, al Ministerio de Defensa. En el camino, por la calle Estado con Moneda, los atacaron los francotiradores que estaban apostados en los edificios. La micro iba llena de detenidos y los carabineros los pusieron frente a las ventanas para protegerse ellos. Fue una masacre, por suerte un carabinero conocía a Mario y lo hizo tirarse al suelo, lo que lo salvó. Llegaron al Ministerio, los dejaron en el subterráneo y al otro día los trasladaron al Estadio Chile, que hoy se llama Víctor Jara¹²⁹.

El día doce yo estaba de santo. Solo miramos por la ventana a Providencia y veíamos pasar patrullas militares y ambulancias. Las noticias en la televisión eran todas emitidas por las nuevas autoridades, igual que las radios en que daban bandos con órdenes. No teníamos teléfono, de modo que pasamos un día aisladas de todo.

El día trece bajé a la calle. Estábamos frente al mercado de Providencia, descerrajaron las puertas y entramos en tropel a saquear porque no teníamos qué comer. Casi todas

Llegamos como a las dos de la tarde cansadas, tristes, asustadas. Almorzamos y dormimos una siesta. Al despertar nos encontramos con la noticia de que Salvador Allende se había suicidado en La Moneda, la que había sido bombardeada. El impacto fue grande. Lloramos con Cristina un rato largo. Hasta ahora me emociona ver fotos de Allende. Lo llevo en el corazón.

.....
129. El Estadio Chile fue inaugurado en 1949. El año 2003 pasó a llamarse Estadio Víctor Jara, como un homenaje al cantautor torturado y asesinado por soldados del Ejército en uno de los vestidores de este recinto, pocos días después del Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

las viejas que entraron eran momias, pero más ladronas que gato de campo. Yo era de izquierda moderada: me robé un pan de molde, un salchichón entero y una mata de apio.

Desesperadas por no saber del resto de la familia, partimos caminando desde Providencia, altura del 16.000, hasta Recoleta, a la casa de mi hijo Esteban. No estaban y seguimos hasta la calle Lircay, donde mi hija María. Ella se encontraba, con su hijo Martín de dos meses, donde los Moreno, sus suegros que eran vecinos. El Panchín, su esposo, no había aparecido desde el 11 y no se sabía de él. Volvió el día 15, pero nunca me contó su historia.

De vuelta, siempre caminando, nos vinimos con Esteban, Mily y Carlita a Providencia y ahí estuvimos hasta que salimos a trabajar el lunes 17. Ese día, Esteban, Cristina y yo partimos expectantes, pues no sabíamos qué pasaba en LAN Chile. A la entrada, nuevamente había que dejar el carnet en portería. Cristina no entró, porque ella estaba haciendo la práctica en el sindicato que tenía su oficina anexada al edificio principal. Esteban y yo cada uno fue a su oficina. Todo era desconocimiento, noticias comentadas a media voz y, sobre todo, pánico por no saber qué sucedería.

A las once de la mañana llegó Esteban a la oficina de Bienestar, donde yo trabajaba, y me dijo: “Mamá está en una lista, ¿para qué será?”. Venía demacrado el pobre. “No sé, mijito”, le dije. Me reiteró que por parlantes llamaban a varias personas, entre ellas a mí y a Valeria Encina, que era la asistente social y también mi amiga, unos 10 años menor que yo. Yo nunca participé en manifestaciones, marchas ni protestas. Con mi conciencia tranquila, le informé a mi jefe y él nos acompañó para saber de qué se trataba.

Nos estaban llamando para declarar. Y Esteban me dice: “mamá, ¿qué vas a hacer?”. “¿Qué voy a hacer?, tengo que ir, pues hijo”. Yo estaba tan tranquila porque, como dicen, quien nada hace nada teme. No tenía nada que ocultar, era una funcionaria común y corriente. De hecho, durante mucho tiempo he pensado por qué terminé detenida en el Estadio. No encuentro explicación a ello. Nunca me inscribí ni milité en ningún partido, nunca fui a ninguna reunión. Sin embargo, he sido sindicalista, me ha gustado siempre

Nos estaban llamando para declarar. Y Esteban me dice: “mamá, ¿qué vas a hacer?”. “¿Qué voy a hacer?, tengo que ir, pues hijo”. Yo estaba tan tranquila porque, como dicen, quien nada hace nada teme. No tenía nada que ocultar, era una funcionaria común y corriente.

defender a los compañeros de trabajo. No me gustan las discriminaciones y, entonces, sacaba la voz. En todas partes hay una persona que se atreve y en mis trabajos me atrevía yo. Sin quererlo, he sido un poco líder.

Había, dentro del recinto de LAN, varias micros de la empresa con trabajadores de distintas secciones. Antes de subírnos unos hombres de civil nos hicieron preguntas. Tras esto, tuvimos que esperar. Luego nos informaron a Valeria y a mí que nos llevarían al Grupo 7 de la FACH para tomarnos declaraciones. Este estaba ubicado entre las dependencias de LAN y el aeropuerto de Cerrillos. Yo pensaba: “¿Qué voy a declarar?” No tenía idea de nada, ni movimiento subversivo ni reuniones. Incluso me acuerdo que el día sábado o domingo antes del Golpe mi hermana había ido a mi casa y ella, aunque era muy callada, sabía más de política que yo. Yo le había pedido que me enseñara, que me contara porque tenía más experiencia. Habíamos quedado de juntarnos en la semana para aprender algo.

No podíamos hablar con nadie, había colas para llegar a una ventanilla donde nos fichaban y nos hacían nuevas preguntas: “¿Por quién votó en las elecciones?”, “¿qué canal ve en la tele?”, “¿dónde compra el pan si hay escasez de todo?”.

Yo subí al bus, tan tranquila como inocente. Salimos del recinto de LAN. No nos dijeron nada, pero la micro no se dirigió al Grupo 7, sino que tomó rumbo a Santiago por la calle Ñuble. Valeria ve esto y me dice: “Vamos al Estadio Nacional, señora María”. Yo no tenía idea a dónde nos llevaban, pero le dije: “No niña”. Yo no pensé, pero tampoco tuve miedo.

Más o menos a las dos de la tarde llegamos al Estadio. En la televisión lo había visto lleno de detenidos, pero nunca pensé que iba a ser una más ahí. Nos bajaron formados en fila y nos revisaron las ropas y el cuerpo, igual que en las películas. Nos chequearon. Nos devolvieron el carné y nos dejaron para interrogarnos.

Había cientos de personas como nosotras. De LAN éramos más de 100. Nos tuvieron sentadas en el suelo, muertas de hambre. Nos fueron interrogando una por una; ¿qué hacíamos?, ¿en qué trabajábamos?, ¿en qué participábamos? Las preguntas se acompañaban con golpes de puño, patadas y garabatos. El terror ya se había apoderado de nosotros. No podíamos hablar con nadie, había colas para llegar a una ventanilla donde nos fichaban y nos hacían nuevas preguntas: “¿Por quién votó en las elecciones?”, “¿qué canal ve en la tele?”, “¿dónde compra el pan si hay escasez de todo?”.

Al oír mi nombre les llamó la atención mi apellido francés. Varias veces me dijeron que por qué tenía ese apellido. Lo tengo porque mi abuelo era francés, pero jamás lo conocí. De él sólo tengo la imagen de la única fotografía que había en la casa. Con mi abuela tuvieron dos hijos y no se casaron jamás. Ella era artista de teatro y cantaba zarzuela y en esos años a la gente de teatro la miraban bien, así, como por encima del hombro¹³⁰. Yo conté esta historia y me hice bien la “huasteca”¹³¹ para que no me jodieran más. No me decían nada, anotaban y anotaban. No recuerdo que haya salido otra cosa.

Mi papá tampoco era chileno. Como mi abuela era artista, estaba embarazada y dio a luz cuando andaba por esas tierras. Cuando yo era chica me molestaban porque él era peruano de nacimiento. Sin embargo, él ni siquiera conocía Perú. Él tampoco se había metido en política. No le gustaba y quizás me traspasó un poco eso.

Mientras esperábamos se paseaban algunos milicos y nos decían: “Denuncien todo lo que sepan para que no les peguen y se pueden ir a sus casas”. Nos tuvieron ahí todo el día. Vi, de lejos, a mi cuñado Mario Céspedes. Al verme pensó que estaba toda la familia, pero un funcionario de LAN que nos conocía a ambos le explico, para su tranquilidad, que yo venía del trabajo.

Llegó la noche, nos llevaron a unas dependencias detrás de la galería y ahí sentados en el suelo pasamos las horas de angustias más largas de mi vida. Todo oscuro, sintiendo los quejidos de los detenidos golpeados, el terror de movernos y que vinieran los milicos con sus armas a apuntarnos o a pegarnos culatazos.

En este caos, no había agua ni nada que comer, yo estaba con el desayuno de la mañana anterior. Para ir al baño había que pedir que te acompañara un milico y no cerrar la puerta. No podíamos tomar agua porque se rumoreaba que podía estar envenenada. Así, hasta que llegó la mañana. Valeria me pasó medio vaso de café y una galleta que no sé dónde había conseguido. Alcancé a tomar un sorbo y al lado mío una niña embarazada se desmayaba de hambre, así que le pasé mi desayuno y seguí igual.

En estas condiciones, tirados en el suelo, dormitando y hambrientos, estuvimos todo el grupo los días 18 y 19. Los compañeros de LAN tratábamos de estar siempre cerca, juntos, eso nos daba un poco de tranquilidad.

.....
130. Se refiere a que la miraban despectivamente.

131. Se refiere a huasa, queriendo decir que se hizo la inocente.

Ya en los camarines pudimos entrar a los baños y hacernos un mini aseo, mientras manteníamos puerta abierta y el milico atrás, siempre apuntando.

Dormimos en esos camarines y el 20 en la mañana nos dieron al fin algo de comer: un jarro de café y una hallulla, a la que le encontramos el mejor gusto.

El 19 en la tarde nos separaron hombres de mujeres y nos llevaron a unos camarines. Unas mujeres de la Cruz Roja nos entregaron una toallita minúscula, un jabón, un cepillo de diente, una pasta dental, todo de procedencia venezolana según las etiquetas. Ya en los camarines pudimos entrar a los baños y hacernos un mini aseo, mientras manteníamos puerta abierta y el milico atrás, siempre apuntando. Dormimos en esos camarines y el 20 en la mañana nos dieron al fin algo de comer: un jarro de café y una hallulla¹³², a la que le encontramos el mejor gusto. Había que comer de poco a poco, porque llevábamos tres días sin ingerir nada.

Pasamos así varios días. Al desayuno nos daban café con leche, al que le ponían “piedra alumbre”, según lo milicos, para inhibir los deseos sexuales. ¡Como si estuviéramos con ánimo de algo! Nos trasladaban de un lugar a otro del Estadio y como a las 4 de la tarde repartieron una porción de porotos y un pan. Conversábamos entre dientes, nadie tenía confianza de hablar porque según decían había infiltrados.

En varias ocasiones nos sacaban de los camarines en grupos de 20 personas, más o menos. Nos formaban en círculo y un hombre encapuchado con una frazada con dos hoyos para mirar se ponía frente a cada uno por varios minutos y nos observaba fijamente. A quien él indicaba, lo separaban hacia un lado y lo llevaban a otro lugar. A esa gente nunca más la vimos. Yo conocí a un vecino, un muchacho estudiante que vivía en la calle Robles de Recoleta. Su padre era abogado, gente humilde, al muchacho lo mataron, igual que todos a los que el encapuchado señalaba.

En las noches, entre las 12 y las 5 de la mañana se sentían gritos de angustia y balazos. Yo calculo que a esa hora mataban, porque después se sentía movimiento de camiones que salían.

Después de deambular por todos los sectores del Estadio, siempre rodeada de milicos con el rifle listo para disparar y tratada como piño de ovejas, llegaba la noche

.....
132. Se refiere a un tipo de pan.

y nos acomodábamos en el suelo del camarín para dormir. Estos se abrían dos o tres veces en la noche para recibir más detenidas que llegaban por grupos de 30 o 40 cada vez. Ya no había espacio. Llegaba gente de todas las condiciones sociales, pobladores de campamentos, oficinistas, médicos, enfermeras, profesoras, en fin. No hubo distinción, todas éramos delinquentes para los milicos, todos “terroristas”. Algunas estaban tan golpeadas que se quejaban.

Tengo el recuerdo de un hombre que le habían quebrado un brazo, entre la mano y el codo colgaban trozos de carne sangrante. Entre los detenidos se encontraba la doctora Ella Palma¹³³, quien procedió a hacer una especie de tablilla. Yo me saqué la enagua, la partí y le di un pedazo de género para que le vendaran el brazo. Fue la primera experiencia traumática de la violencia. No había atención ni piedad para nadie, si te quejabas se burlaban o te pegaban culatazos. Cosas que no olvidaré. Ciertamente, cada persona tenía su historia, pero compartíamos el desconcierto: ¿Qué futuro teníamos ahí?

Se hablaba del PLAN Z¹³⁴. Según decían, concientizaron a los conscriptos y a algunos civiles crédulos de que el 19 de septiembre, día de la Parada Militar en el Parque Cousiño, estaría todo minado y estallaría toda la elipse con las terribles consecuencias que esto suponía. Era una forma de mostrar lo perversos que eran los UP¹³⁵. Sin embargo, esto no lo creyó nadie, solo aquellos a los que les convenía para justificar el Golpe.

Había una gran cantidad de personas extranjeras, uruguayos, ecuatorianos, argentinos, colombianos, venezolanos. ¿Qué actividad hacían acá en Chile? Lo ignoro, pero llegaron al Estadio. La capacidad del recinto era enorme. Yo creo que nunca supieron los milicos cuánta gente detuvieron.

.....
133. No alcanzamos a leer claramente el nombre que María pone en su relato, pero creemos que puede tratarse de Ella Palma quien se encuentra en los listados de prisioneras, aunque no aparece como médica ni hay más información al respecto.

134. El Plan Zeta es el nombre atribuido al supuesto plan del gobierno de Salvador Allende para gestar una insurrección armada, un autogolpe, y, así, imponer un gobierno marxista. Este hipotético plan fue divulgado por los militares que perpetraron el Golpe de Estado de 1973 para justificarlo. Sin embargo, los archivos desclasificados de la CIA y sus mismos autores han demostrado que jamás existió, y que fue elaborado como estrategia de guerra psicológica de los militares chilenos, imponiendo la lógica del “ellos o nosotros”, para justificar la represión y violaciones a los derechos humanos de la dictadura cívico-militar.

135. UP en tanto abreviación de Unidad Popular, se utilizaba frecuentemente para aludir al gobierno y sus partidarios de izquierda. La Unidad Popular en estricto rigor era el conglomerado de partidos de izquierda que apoyó la candidatura de Salvador Allende y, tras ser electo (en 1970), su mandato como Presidente del país.

Había una gran cantidad de personas extranjeras, uruguayos, ecuatorianos, argentinos, colombianos, venezolanos. ¿Qué actividad hacían acá en Chile? Lo ignoro, pero llegaron al Estadio. La capacidad del recinto era enorme. Yo creo que nunca supieron los milicos cuánta gente detuvieron.

Después de varios días nos separaron: hombres al recinto del Estadio y mujeres al sector de la piscina, hacia el lado de la calle Pedro de Valdivia. Ahí, ya la cosa fue cambiando relativamente, porque hubo relaciones más cercanas entre las detenidas.

De LAN Chile éramos solo tres mujeres ahí. Una señora que trabajaba en una oficina en Cerrillos, que después supe que se suicidó cuando la soltaron: habían fusilado a su marido, y a sus dos niñitas de corta edad se las llevó una hermana a Argentina. No soportó tanta desgracia y terminó con su vida. La otra detenida era Valeria Encina, asistente social y nieta del historiador Francisco Encina, de militancia MIR. Y yo, funcionaria de Bienestar Social, que me había involucrado en quehaceres sindicales de orden gremialista, no político.

Los días pasaban lentamente y cada uno tenía una sorpresa. Temprano venían los milicos con una lista de personas para declarar y las llevaban a otras dependencias. Volvían golpeadas, humilladas y hambrientas. Las mujeres se reunían alrededor de las más afectadas, pero nadie decía nada. Había temor de las infiltradas.

En una ocasión, un milico me preguntó de dónde venía, qué agrupación, comuna o barrio. Yo le dije que era funcionaria de LAN Chile y que de ahí me habían traído al Estadio. Se le ocurrió que le informara por qué si los aviones viajaban completos había pérdidas. Le expliqué que yo era funcionaria del Departamento de Bienestar del Personal. Como me exigía una respuesta concreta, le contesté que le inventaría una. Se molestó y me pegó una cachetada en la cara, tan fuerte que me quedó vibrando la oreja. No podía rebelarme, solo le dije: "Pégame otra vez y haz de cuenta que soy tu madre". Se puso rojo, se mordió los labios y dio media vuelta. Fue la única agresión que sufrí.

Yo tenía incertidumbre: ¿Qué pasaba afuera?, ¿qué pasaba con mi familia?, ¿hasta cuándo iba a durar esa detención? Al Estadio yo veía llegar y llegar gente, pero nadie

salía. Conocí muchachas uruguayas que vivían en La Remodelación San Borja¹³⁶. Ellas pensaban que no saldrían con vida, incluso una de ellas me regaló las llaves de su departamento para cuando saliera libre, me informaba que tenía muchos dólares cosidos en la basta de las faldas y entre el forro de las chaquetas. Yo recibí las llaves, hice un hoyo en una jardinera del recinto de la piscina y las enterré. Nunca más supe de las uruguayas ni del botín.

Llegó una mujer brasileña que la habían sacado de su departamento a medianoche, junto a su marido, la subieron a la patrulla y su hija de cinco años corría detrás del vehículo, por el medio de la calle. Después supimos que alguien la rescató y la llevó a su casa. Se llamaba Roberta. La angustia de esta pobre mujer era inmensa. Por suerte, había una asistente social que era de la Fuerza Aérea, pero que estaba a favor de nosotras, que después de muchos días ubicó a la niña y se lo informó. Pero su desgracia no paró ahí. El marido brasileño y abogado de Derechos Humanos en su país estaba muy enfermo y falleció en el Estadio. Le avisaron una tarde, le entregaron el carnet de identidad y el reloj. En su desesperación ella se lanzó sobre los milicos que estaban de guardia para que la mataran. Menos mal que ellos eran conscriptos jóvenes y estaban tan impresionados como todas las detenidas.

Cada día como a las tres de la tarde aparecía una especie de tanque y ahí llegaban con unas ollas grandes con porotos. Era nuestro almuerzo. Cada una tenía que tener su plato con su cuchara y lo tenía que ocupar, lavarlo y guardarlo.

Dormíamos en los camarines de la piscina. Allí había como una especie de casillero, donde acomodábamos la ropa y dormíamos semi sentadas con un frío horrible. Por fortuna, yo tenía un abrigo grueso, recién lo había comprado, estaban de moda así que lo cuidaba harto. Pasaban los días lentamente. Cada mañana al despertar miraba el techo y me encontraba con la triste realidad de estar presa en ese recinto sin explicaciones ni razones, solo con el temor de no saber qué pasaría en el día. Como a las ocho había que darse una ducha helada, con restos de jabón

.....
136. Es un conjunto de edificios de altura ubicados en sector céntrico de la ciudad de Santiago, entre las avenidas Alameda Bernardo O'Higgins (norte), Vicuña Mackenna (este) y las calles Marín (sur) y Lira (oeste). Fue proyectado durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, iniciándose su construcción en 1969. Su nombre nace de la cercanía, en ese momento, con el Hospital San Borja (en 1977 este se trasladó a la zona de Avenida Matta, derribándose el antiguo edificio).

que nos pasábamos de una a otra. Luego de esto nos poníamos la misma ropa. Un día yo usaba panty y al otro día calzones para poder lavar una prenda diaria, pero había compañeras que ya no les quedaba nada. Mis zapatos ya no tenían tapilla, más de un mes usándolos eran unas chancletas que me costaba sujetarlas.

Cada día como a las tres de la tarde aparecía una especie de tanque y ahí llegaban con unas ollas grandes con porotos. Era nuestro almuerzo. Cada una tenía que tener su plato con su cuchara y lo tenía que ocupar, lavarlo y guardarlo.

Durante el día, pasábamos afuera, por la orilla de la piscina. En una ocasión me resbalé mientras caminaba por el costado de esta, por suerte no me fui al agua porque estaba podrida y hedionda. Me torcí un pie y estuve casi una semana sin poder caminar, me sacaban mis compañeras afuera del camarín y pasaba el día sentada. En una ocasión me llevaron a la enfermería que era una carpa ahí mismo en el Estadio. Y me encontré con que la jefa era una milica grandota que se llamaba Alfa Gutiérrez Hunt. Ella era hija de la Subdirectora del Liceo 4 donde yo había estudiado. Me reconoció. Me preguntó por mi cuñado Mario Céspedes. Le conté que estaba detenido y, luego, cuando quiso saber de mi hermana Leila, le dije que ella había muerto en marzo. Pienso que, si no le digo esto, me habrían presionado para que dijera dónde estaba.

Desde el camarín teníamos vista a la calle. Por ahí divisábamos a los que nos iban a ver: al menos si nos veían era porque aún estábamos vivas. Tengo recuerdos de Cristina, Esteban, Mily, María, Carlita y Martín, estos últimos eran guaguas de siete y cinco meses. Nunca olvidé una vez que estábamos mirando hacia Avenida Grecia y una de las señoras del grupo se nos arrancó hacia la reja. El marido había tenido la mala idea de llevar a la niñita hasta la reja ¡Eso fue un drama!: lloraba la mamá, la niña, el papá y, al final, todas nosotras. Esos momentos cruciales eran bien emotivos.

A pesar de todas las penurias y hambre quedaba algo de humor. En las tardes, antes de que nos encerraran, había función de teatro, había show. Un día llegó un carro con ropa

A pesar de todas las penurias y hambre quedaba algo de humor. En las tardes, antes de que nos encerraran, había función de teatro, había show. Un día llegó un carro con ropa usada, faldas, blusas y chalecos, y nos repartimos aprovechando lo que se pudiera. En esa ocasión a una de las detenidas, una profesora de castellano, inventó un desfile de modas.

usada, faldas, blusas y chalecos, y nos repartimos aprovechando lo que se pudiera. En esa ocasión a una de las detenidas, una profesora de castellano, inventó un desfile de modas. De alguna manera había que distraerse.

Yo conversaba mucho con una mujer que era hija de un médico y con una señora mayor que, imagino, ya debe estar muerta. Ella era dirigente de profesores, Mercedes se llamaba. Conversábamos de lo cotidiano. Creo que en la Revista Ercilla, en la portada, salió una foto bajo el título “Mujeres en el Estadio”. Y salíamos nosotras con la señora Mercedes, en primera fila, bajando de las graderías del Estadio a la parte donde dormíamos. Mi hermana la vio en Costa Rica, donde se fue a vivir con su marido. No sé si una amiga o quién le prestó el diario y salía yo. La foto no tenía los nombres. Desconozco si guardo la hoja esta.

Estando en el Estadio, además, me encontré con una ginecóloga llamada Lila Coronel, que también estaba detenida. Fue un encuentro muy especial. Yo cuando trabajaba en la oficina de bienestar de LAN, en Compañía con Teatinos, extendía órdenes de consultas médicas. Sin conocerla le mandaba pacientes a ella y a su marido que era cardiólogo, el Dr. Ramírez. Ella estaba intrigada quién era esta María Garreaud que le enviaba tantos pacientes.

Había unas doctoras que las habían sacado del Hospital Barros Luco con su delantal de trabajo, pasaban fríos tremendos, incluso había una matrona que estaba embarazada y la pobre dormía en el suelo. Con el tiempo supe que tuvo su guagua y mi nieta Carlita fue compañera de ella en el Colegio Manuel de Salas.

Mientras estábamos detenidas nos tocaron tres temblores, lo terrible era mantenerse serenas porque si intentábamos salir seguro que nos disparaban. Ya en esta rutina fueron pasando los días, 33 en total, el hambre, el frío, el miedo ya era superado. Ojalá nunca alguien de mi familia tenga que pasar por una experiencia como esta.

Había dos detenidas que dormían juntas, según comentaban eran lesbianas, pero tenían un trato diferencial. En la noche les llevaban jamón, bebidas y podían ir al baño sin ser acompañadas de algún milico. Siempre dudamos de ellas, de si eran infiltradas. Pero yo, que dormía cerca de ellas, nunca las oí hablar o decir nada.

Mientras estábamos detenidas nos tocaron tres temblores, lo terrible era mantenerse serenas porque si intentábamos salir seguro que nos disparaban. Ya en esta rutina fueron pasando los días, 33 en total, el hambre,

el frío, el miedo ya era superado. Ojalá nunca alguien de mi familia tenga que pasar por una experiencia como esta. Los milicos eran fieras en la guerra de los armados contra los indefensos. Lo que ahí se vivía era pálida en comparación de lo que sucedía en otros recintos.

Cuando llevaba más o menos 25 días empezó a salir gente, llegaban los milicos con una lista y llamaban a tres o cuatro personas y se las llevaban. No sabíamos si salían a la calle o desaparecían. Antes las hacían declarar y volvían desesperadas y golpeadas, entonces no sabíamos nada porque no hablaban, no podían hacerlo porque estaban amenazadas. Pero un día me tocó a mí y salí en libertad.

Ha pasado tanto tiempo que hay cosas que no me quiero acordar. Creo que aquello hirió mucho a mis hijos, ellos sufrieron más. Yo nunca tuve miedo, nunca pensé en la muerte o que me iban a fusilar. Lo que tengo yo es que no lloro. El que nada hace nada teme, como dije antes. Tampoco sentí temor en los interrogatorios, porque me preguntaban cosas como: “¿Usted, ha estado en esta parte?”, y yo les decía que no. Y era verdad que no. Yo no tenía nada que ver. Ahora, en esos espacios a todas nos trataban iguales: todas éramos “huevonas”.

Al salir, de hecho, no conservé ninguna de las amistades. Desde que me había quedado viuda, muchos años atrás, me había dedicado a trabajar y a manejar la casa. Ni siquiera mantuve el contacto con Valeria, a quien conocía de antes y con quien compartí esos 33 días de encierro. No tuve posibilidad de volver a mi trabajo, porque luego de la detención no me recibieron.

Quizás estar en el Estadio Nacional me sirvió para remarcar la distancia que yo tenía con los partidos políticos. Sin embargo, luego de vivir aquello yo me volví una mujer bien, bien de izquierda.

ME DAÑARON, PERO NO ME PUEDEN HABER DESTRUÍDO EL ALMA. ESO ES INTOCABLE



Oriana Aravena Aguirre¹³⁷

A los trece años me enfermé. Estuve cuatro meses en cama. Mi padre me salvó: llegó tan feliz el viejo un día, porque me había conseguido la Estreptomicina que me alivió, que me quitó una Pleuresía con origen tuberculoso que estaba en mi pulmón izquierdo. ¡¿Cuánto gastaría?! ¡¿cuánto le costaría conseguirla?!

Con tanto tiempo de enfermedad y convalecencia, lógico, repetí de curso. Mis compañeras pasaron al siguiente nivel y yo no quise seguir en el Liceo donde estaba. Mi madre había estado en una Escuela Normal, en Serena, y, entonces, se

.....
137. Este relato se nutre de las entrevistas realizadas por Andrea Pequeño, en Buin, los días 25 de mayo y 5 de junio de 2018, a las que se suma extractos de un relato personal (*en cursiva*) escrito por Oriana acerca de su experiencia de detención, el que fue leído en la primera entrevista.

lo ocurrió la idea de ponerme en una aquí en Santiago, en Recoleta. Mala idea para ella, ella era más formal, más conservadora y no tenía militancia.

Yo en esa Escuela aprendí muchas cosas. Me llevaron a los campamentos, vi la pobreza, vi la gente cómo sufría. En mi práctica, comencé a hacer clases en Conchalí, que en ese tiempo era bien agrícola, y un día les dije a mis alumnos: “Mañana revisión de aseo”. Al día siguiente llegué temprano y ellos estaban lavándose las patitas en un pilón de agua congelada y limpiándose las uñas con un clavo. Venían caminando con sus zapatitos a cuestras, no sé cuánta distancia, para no ensuciarlos. Pensé: “¡Dios mío!, ¿cómo no me di cuenta?”. Al llegar a casa le conté a mi padre y a los dos días él llegó con una caja llena de cortauñas, toallas, de todo para que yo le llevara a los niños, como hacían los profesores primarios.

La llegada de Allende a la presidencia fue un sueño muy lindo. Lo menciono y corren las imágenes en mi cabeza: salir a las calles, cantar –“y tú vendrás, marchando junto a mí...”–; y todas esas cosas. ¡Soñamos tanto, tanto!

Cuando empecé a ver y a hacer conciencia de todas esas cosas y a participar con la gente humilde, con todos, comencé a sentirme más cercana a la izquierda. *Yo era hija de una familia burguesa, de situación económica más o menos buena. Mi padre, masón, radical y bombero, nos estaba educando –no sin esfuerzo– a mí y a mi hermana en la universidad. Tenía un hogar lleno de cariño, ternura y protección. Solo salí de ahí para casarme con un hombre profesional y tranquilo.*

En 1968 teníamos ya a nuestro primer hijo y nos fuimos a vivir a Centroamérica. Mi esposo era psicólogo y había conseguido un buen trabajo en El Salvador. Allá nació, además, nuestro segundo hijo. Retornamos a Chile a comienzos de 1971. Sin embargo, antes de irme yo ya me había acercado, como simpatizante, al Partido Comunista. Un amigo que era psicólogo y que también trabajaba en un colegio me había estimulado a ello.

Una vez que volví al país, retomé mi trabajo como profesora y orientadora en un liceo de San Miguel, comuna en la que también trabajaba mi esposo. La llegada de Allende a la presidencia fue un sueño muy lindo. Lo menciono y corren las imágenes

Me convertí, además, en emisaria de la Escuela Nacional Unificada. Nos prepararon a algunos psicólogos y a mí me gustó tanto que acepté esa labor. Nos mandaban a reuniones a distintos colegios.

en mi cabeza: salir a las calles, cantar –“y tú vendrás, marchando junto a mí...”¹³⁸–; y todas esas cosas. ¡Soñamos tanto, tanto!

Me convertí, además, en emisaria de la Escuela Nacional Unificada¹³⁹. Nos prepararon a algunos psicólogos y a mí me gustó tanto que acepté esa labor. Nos mandaban a reuniones a distintos colegios. Daba a conocer el proyecto, que había sido tomado y adaptado de

la experiencia alemana; explicaba lo excelente que era y cómo iba a funcionar. Hablaba con centros de padres y recuerdo que quedaban unas guerras terribles, porque los objetivos que pusieron al principio eran de nivel social: querían formar un hombre social. No me extenderé en esto, porque sería muy largo de tratar, pero, en todo caso, ¡yo era partidaria total! Si un niño estudiaba gasfitería, ¿qué importaba si después entraba a la universidad? El que no entraba, al menos quedaba con una especialidad. Y, claro, para algunos que sus hijos estudiaran electricidad, gasfitería o mecánica era denigrante. “¿Cómo el hijo del gerente ‘tanto’ iba a trabajar en eso?!”

Bueno, realizando esta labor de ir de lugar en lugar me di a conocer mucho. Yo creo que este fue un factor por el que me tomaron detenida. Además, cuando vino el Golpe de Estado, yo era una comunista declarada. Estaba recién ingresada al Partido –eso

.....
138. La Internacional es considerada una canción representativa del movimiento obrero, de los trabajadores y de la mayoría de los partidos socialistas y comunistas. Fue escrita en 1871 por Eugène Pottier, dentro de su obra *Cantos Revolucionarios*. En 1888 Pierre Degeyter la musicalizó. La composición es el himno oficial de la Segunda Internacional, llamada Internacional Socialista.

139. Las medidas en torno a la Escuela Nacional Unificada (ENU) “postulaba un Sistema Nacional de Educación Permanente”, dirigida a “todos los individuos” y “en todos sus niveles”, involucrando tanto “la educación regular” como “extra-escolar”. En el primer ámbito, se apuntaba a una “formación general, politécnica y profesional”. El segundo, por su parte, se dirigía a población no escolarizada, así como a aquella “con necesidades extraordinarias o especiales”. El Proyecto de la ENU despertó rápidamente “gran oposición”: “la Iglesia Católica y los militares fueron los primeros en reaccionar. Sin embargo, el golpe fatal vino desde los sectores de la derecha chilena que se encargaron de movilizar a sus fuerzas estudiantiles –comandadas por el gremialismo de la Universidad Católica con Jaime Guzmán a la cabeza– para hacer frente al nuevo proyecto que la UP enarbolaba en pos de un cambio sustantivo de la realidad elitista en la educación chilena. Luego de numerosos incidentes y marchas a favor y en contra, la discusión del proyecto finalmente fue suspendida”.

se llama “mala pata”¹⁴⁰, llevaría sus cuatro o cinco meses. En ese periodo, yo y mi esposo íbamos a reuniones y nos decían que teníamos que prepararnos, que se venía algo grande; que, si teníamos algo con que defendernos, nos defendiéramos. ¿Pero, con qué?, ¿con un palo de escoba? No sabíamos cuándo, pero sabíamos que algo sucedería. Había venido el “tanquetazo”¹⁴¹ primero. Era algo que rondaba en el aire.

El día 11 de septiembre yo estaba en San Miguel, en el Liceo en que trabajaba. Estábamos en reunión de profesores y llega corriendo una compañera, la que nos dice, completamente pálida: “¡Por favor, escuchen esto!”. Empezamos a oír la radio. “¿Qué hacemos?”, preguntamos. “Se suspende la sesión. ¡Todas a sus casas!, los niños que se vayan, no sabemos qué va a pasar”, dijo la Directora. Los niños tenían que llegar a distintas partes, eran de distintos lugares y se fueron altiro. En ese momento estaban bombardeando La Moneda. Mi esposo me llamó al teléfono del colegio y me dijo que me pasaba a buscar. “¡Ya!”, le dije. Antes de salir, la radio empezó a dar el último discurso de Allende. Me acuerdo que todas llorábamos abrazadas, pero sollozábamos, moqueando y todo: “Se abrirán las grandes alamedas, llegará un día...”¹⁴². Y no se han abierto más. Fue un sueño.

Nosotros teníamos un Fiat blanco, chiquitito. El camino que recorrimos hasta nuestra casa fue tan terrible. En San Miguel había muertos en las calles. En esa zona estaban las fábricas del cordón y algunas resistieron¹⁴³, se defendieron. Había sangre. De repente sentíamos ¡pa! ¡pa! ¡pa! ¡pa!, balacera, luego contestación de

.....
140. Expresión de lenguaje coloquial que quiere decir “mala suerte”.

141. Se conoce como “Tanquetazo” o “Tancazo” a la sublevación militar en contra del gobierno de la Unidad Popular (UP) del presidente Salvador Allende. Ocurrió el 29 de junio de 1973, y fue liderado por el Teniente Coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado N° 2.

142. Se refiere al recordado último discurso de Salvador Allende pronunciado por *Radio Magallanes* antes de ser bombardeada el 11 de septiembre de 1973, que en una parte señaló: “Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”

143. Se refiere al Cordón Industrial San Joaquín. Los cordones industriales fueron concebidos como expresión del “poder popular”. Emergieron durante el gobierno socialista de Salvador Allende (1970-1973) como reacción colectiva de los trabajadores de las fábricas a las acciones de “boicot” y “desestabilización” promovidas por la oposición a la Unidad Popular. Cada cordón estaba conformado por un grupo de industrias de una misma zona territorial. Para el Golpe de Estado de septiembre de 1973 existían 31 cordones a lo largo del país.

balazos. “Agáchate, métete bien adentro. Los niños están chicos, uno de nosotros tiene que sobrevivir”, me decía. Cuando veía mucho desastre en las calles, mucha gente herida, me decía: “No te levantes todavía”.

Con los años, he pensado en nuestra detención. Y, además, a nosotros nos acusaron. Vivíamos en una calle cerrada detrás del Teatro California, en Irarrázaval, y los hombres del sector se estaban juntando para ver cómo defendían el condominio. Empezaron a formar un grupo para “protegerse” de las poblaciones “que se iban a venir encima”, porque “los rotos están sublevados”. Y mi esposo fue a las reuniones. Yo le dije que no lo hiciera, que no era conveniente, pero los hombres son tan porfiados: “Te van a preguntar de qué lado estás y no puedes decirlo en este momento”.

Él, sin embargo, insistía en que tenía que defendernos a nosotros, a mí con los niños y a mi mamá que vivía al lado con una tía abuela de 82 años. Después un primo mío, que se había criado conmigo y que era marino, supo esto por mi mamá. Ella le contó y él dijo que mi esposo, siendo de izquierda, se estaba infiltrando en conversaciones de derecha y que le avisaría al Doctor Aravena, quien era el vecino que estaba organizando el grupo de “defensa” y que trabajaba, además, en la aviación. Entonces, él nos acusó. ¡Fueron terribles las traiciones en esa época!

Nos fueron a buscar el 1 de octubre de 1973. Ese día todo mi mundo cambió. A las cinco de la mañana llegaron las tanquetas a nuestra calle. Las botas de los militares sonaban por el jardín de la casa. Luego, unas patadas a la puerta de entrada, y el horrible taconeó por las escalas al segundo piso. Mi esposo y yo salimos en pijama a su encuentro:

Nos fueron a buscar el 1 de octubre de 1973. Ese día todo mi mundo cambió. A las cinco de la mañana llegaron las tanquetas a nuestra calle. Las botas de los militares sonaban por el jardín de la casa. Luego, unas patadas a la puerta de entrada, y el horrible taconeó por las escalas al segundo piso.

– ¿Qué pasa?

– No se les puede decir. ¡Vístanse, están detenidos!

– ¿Dónde nos llevan?

– No se sabe.

Enseguida nos separaron: mi esposo en la planta baja de la casa y yo en el baño del segundo piso con la puerta semi cerrada, mientras me vestía. Sentía dolor en el pecho y una gran angustia. Temí que los niños nos vieran ser sacados con las manos arriba y también dejarlos solos. Tanto rogué que no despertaran que así sucedió. Pedí permiso para despedirme de ellos. Aproveché de pasar a mi pieza y saqué de la cómoda una bolsita con cuatro o cinco joyas que estaban guardadas desde mi niñez, recuerdos de familia. Me acerqué suavemente a la camita de mi hijo mayor, de seis años en ese entonces, y la deposité bajo su almohada. Acaricié su pelo y el de mi hijo menor, de 3 años. Los miré profundamente para grabarlos en mi mente y les dije adiós. Creí que no los volvería a ver, por eso el acto de dejar la bolsita bajo la almohada, para que les sirviera para lo más necesario si algún pariente se hacía cargo de ellos.

Nos sacaron a la calle. Ahí, mi corazón me hizo pedir ayuda a mi madre que vivía al lado con mi tía abuela. Me lo permitieron. Al golpear yo la puerta, mi tía miró por una ventana. Se puso tan nerviosa al sentir el ruido y ver los soldados apostados con metralletas, que no podía abrir. Les grité a los militares que no dispararan, que era una mujer anciana la que estaba adentro. Al verme salieron ambas. Mi madre, de 65 años en ese momento, estaba tan pálida que sentí miedo de que se desmayara, la abracé fuertemente y le dije que no abandonara a los niños y que la amaba mucho.

Las tanquetas rodeaban el lugar. Había más compañeros del sector. A los hombres los subieron a la parte de atrás de una especie de camioneta, con las manos en la nuca y tendidos de estómago al suelo. Todo esto entre gritos y culatazos en las costillas. A mí, en la parte delantera, tras previa pregunta: “¿Su ideología?”. “De izquierda”, contesté. Esa respuesta marcó mi destino.

Llegamos al Regimiento de Telecomunicaciones, en la calle Antonio Varas. Nos bajaron entre gritos y culatazos. Empezamos a entrar de a uno a interrogación. A mí me dejaron parada frente a una bandera desde esa hora, que serían las seis de la mañana, hasta las doce del día; sin permiso para sentarme, sin beber ni comer nada. Mientras estaba ahí sentía los gritos de quienes eran interrogados. Mi interrogación fue corta y sin golpes. Luego, me enviaron al Estadio Nacional con todo el grupo. Ya a esa hora tenía un frío tan grande que sentía mis pies entumecidos.

Al llegar al Estadio quedamos frente a frente con mi esposo. Fue esa la mirada con más palabras silenciadas que tuvimos. Ambos pensamos que nos fusilarían, así que nos despedimos en ella. Nos llevaron a los túneles. Allí, nuevamente estaba de pie y ahora necesitaba afirmarme en una columna. Pedí permiso para sentarme, me lo negaron, mientras se reían y chequeaban a los compañeros detenidos frente a mí:

Al llegar al Estadio quedamos frente a frente con mi esposo. Fue esa la mirada con más palabras silenciadas que tuvimos. Ambos pensamos que nos fusilarían, así que nos despedimos en ella.

les bajaban el cierre y revisaban sus órganos genitales, ¡todo! Si yo trataba de darme vuelta para no ver, me increpaban. Opté, entonces, por mirarlos a cada uno directo a los ojos.

Estando ahí nos separaron con mi esposo. Esperé horas. Lo único que asustaba era el dolor que podían ocasionarme hasta morir. “Aquí, no sé qué pase”, pensé, “ojalá que no duela mucho. Un fusilamiento al menos es rápido”.

En eso, viene un grupo de prisioneros con una gran olla de café con leche. Un obrero que venía guiándonos, custodiado por un soldado que era alto, me pasa un jarro de lata con café caliente. Al hacerlo, su mano apretó fraternalmente la mía. Fue el más delicioso café que he tomado en mi vida. ¿Dónde estará ese compañero? ¿Cómo agradecerle ese gesto?

Tras esto vino la revisión correspondiente, en un lugar cerrado, por si tenía armas escondidas en el cuerpo: las manos de un militar recorriendo mi busto, estómago, entre las piernas, todo esto de espaldas a mí. Me sentí denigrada, tratada como una delincuente. Nunca había pasado una situación así en mi vida. En ese momento, creo, bajé de mi nube y vi lo sucio del suelo. Curiosamente, el militar que me inspeccionaba me dijo: “Aquí tiene un lápiz, búsquese en los bolsillos si tiene cualquier papel y anóteme su nombre y un número yo avisaré dónde está”. Al terminar el registro y al entregarle yo el papel, abrió la puerta y gritó: “A los camarines con la prisionera”. Sorprende, pero había espacio para gestos humanos todavía. Mi madre me diría después que alguien la llamó para decirle dónde yo estaba. No dijo quién era, sólo le dio la información y cortó. Por eso, luego, ella llegó al Estadio para saber de mí.

Se acercó prontamente un soldado. Salí de ese cuarto y empecé a caminar con el joven guardián a mis espaldas y este me pregunta: “¿Sabe dónde están los camarines?, soy de Antofagasta y estoy haciendo el servicio militar aquí”. Ganas me dieron de mostrarle las puertas de salida o quizás habría reído fuerte si no hubiera tenido tanto dolor adentro, pero le contesté que preguntara a otro militar. Por el camino, consultó a alguien de más grado quien, riéndose, le mostró los camarines al lado de la piscina, al tiempo que le decía: “ahí está ‘el harem’”. Así le llamaban, “el harem”. En el trayecto fui viendo los túneles, esos por donde entran los jugadores de fútbol a la cancha: en las rejas cerradas veía compañeros varones afirmados

Llegué al camarín que miraba hacia la salida del Estadio, a Grecia, justo en el momento en que repartían una colación en jarros de lata. Me senté junto a la piscina. No quería hacer la fila para recibirlo. Vino una compañera, me abrazó y acarició la espalda. Mis lágrimas, tantas horas guardadas, corrieron por mi cara.

en los barrote, con charlones en la espalda y unas caras de trasnoche, de golpizas, de todo.

Llegué al camarín que miraba hacia la salida del Estadio, a Grecia, *justo en el momento en que repartían una colación en jarros de lata. Me senté junto a la piscina. No quería hacer la fila para recibirlo. Vino una compañera, me abrazó y acarició la espalda. Mis lágrimas, tantas horas guardadas, corrieron por mi cara. "Debe ponerse a la cola y recibir su ración. Si usted no la quiere, hay embarazadas que la necesitan", me dijo. Entendí el mensaje, sequé las lágrimas y tomé la única cuota de comida de esa jornada. Eran las 15 o 16 horas de ese primer día de prisión.*

Unas horas después empezó a oscurecer y nos formaron para contarnos, rutina que seguiría igual los siguientes días, al amanecer y al atardecer. Seríamos sus 30 o 40 mujeres en ese camarín. Luego nos encerrarían con llaves, con un guardia en la puerta. Dormíamos en el suelo, en colchonetas de gimnasia, las que juntábamos para tener más capacidad de ocuparlas: cuatro personas en solo dos de ellas, generalmente dos hacia la cabecera y dos hacia los pies. Era tanto el problema de espacio, que para darnos vuelta despertábamos a la compañera cercana. Solo teníamos una frazada delgada para cuatro personas. Como no contábamos con ropa para dormir, lo hacíamos en ropa interior. Nos mantenían con la luz encendida, no la apagaban.

Los baños eran colectivos y algunos WC no tenían puerta, los lavatorios y duchas estaban malos y chorreaban agua día y noche. No teníamos jabón ni toallas, ni detergente para limpiarlos. Cuando la Cruz Roja nos regalaba cigarros, juntábamos la ceniza para ese efecto. Casi al final de mi estadía nos proporcionaron jabón, uno azul y otro medio blanco, que, entiendo, eran desinfectantes. Los cuidábamos con esmero, pues nos servían para lavar la ropa, ya que las camisetas o blusas eran toallas.

El jabón sirvió también para esculpir un ajedrez con el que se jugaba. Lo hicieron, creo que con un pinche¹⁴⁴, dos compañeras que estaban aisladas en una de las secciones más húmeda del lugar. Era un espacio muy reducido, como una jaula, al lado del camarín donde dormíamos, quizás correspondía una antigua ducha. Ellas no salieron en una semana ni de día ni de noche. ¿Cuál fue su pecado? Una de ellas era médica y la otra enfermera y nos revisaban cuando era necesario y pedían remedios a la Cruz Roja. Lo malo fue que la doctora se enfrentó al médico que venía con los militares. Lo increpó duramente, por la forma en que estábamos: sin más que una pequeña ración de comida al día y dos tazones de café con leche, habiendo personas embarazadas entre nosotras. También se quejó de la humedad, frío y poco espacio en que dormíamos. Eso bastó. La encerraron. Era una doctora mirista, no me sé el nombre, pero era alta, delgada, con el pelo muy oscuro. La enfermera, en cambio, era bien bajita.

Habría tanto que contar de cada experiencia diaria. Nuestros días empezaban a las 7 u 8 de la mañana, cuando nos despertaban con café, hasta las 18 horas, donde nos encerraban con llave. Durante el día las rejas del camarín se mantenían abiertas, entrábamos y salíamos de este porque el baño estaba adentro. Muchas mujeres éramos jóvenes, teníamos menstruación y había que lavarse, porque no había toallas higiénicas ni pañitos. Luego, la Cruz Roja nos repartió e hicimos un stock para distribuirlas: se podía usar una toallita al día. También nos regalaron limones, los partíamos en pedacitos –un trocito para cada una– y los comíamos por la Vitamina C.

Entre esas horas caminábamos alrededor de la piscina, e intentábamos acercarnos a las rejas. Nuestros parientes, que ya habían descubierto que estábamos prisioneras, pasaban sus manos a través de ellas, con ropa y comida para darnos, mientras gritaban nuestros nombres. Por supuesto, no permitían que nos entregaran nada, pero algunos conscriptos nuevos, a veces, nos hacían llegar un papel. Así

Entre esas horas caminábamos alrededor de la piscina, e intentábamos acercarnos a las rejas. Nuestros parientes, que ya habían descubierto que estábamos prisioneras, pasaban sus manos a través de ellas, con ropa y comida para darnos, mientras gritaban nuestros nombres.

.....
144. En este caso, alude a una traba o pinza para sujetar el cabello.

hablé con mi madre, la que me contaba de mis hijos, y a quien tuve que tranquilizar y decirle que yo saldría luego (lo que nadie que estaba allí sabía con exactitud). Mi mamá, y todas las mamás, se ponían a llorar en las rejas.

Ocurrieron ahí cosas muy estrambóticas también. Entre ellas, por ejemplo, el que un día llovía y el conscripto que nos cuidaba en vez de quedarse afuera, entró. Se sentó en una banca que había pegada a la reja del camarín y se quedó dormido. Estando así, se le cayó una bala de la cartuchera –¡pum!– al suelo. ¡Los pobres conscriptos! Y en eso gritan: “¡Revisión de las prisioneras!”. Se para, taconeá, palpa sus implementos y nota que le falta una bala. Una de las detenidas le dice: “Quieto no más, no te muevas, nosotros te la pasamos”. Y nosotros entregándole la munición al conscripto, ¡díganme si no es un mundo absurdo! Después, cuando ya se fueron los superiores, nos dio las gracias y dijo: “Lo que se les ofrezca”. Luego, nos traía papелitos con recados de los familiares y nos recogía las prendas de ropa que colgábamos en los arbustos, cerca de la piscina, para que se secaran.

Los días transcurrieron lentamente, demasiado lentamente, pensando, meditando, llorando por nuestros hijos y escuchando el dolor y el horror de las torturas recibidas por nuestras compañeras. Hasta las salíamos a recibir al camino, pues llegaban tambaleando después de las interrogaciones. Como profesora orientadora, junto con una psicóloga que allí había, se llamaba Mireya¹⁴⁵, nos tocó calmar a algunas de las mujeres. Recuerdo, por ejemplo, a una chica de 16 años a la que violaron con un objeto. Ella no habló desde entonces. Qué dolor tan inmenso sentí cuando la ayudé a bañarse, a sacarse sus calcetines manchados de sangre, mientras le decía que ella era pura y buena, que olvidaría, que todo esto sería solo un mal sueño. ¿Habrá sido así, Inés?, ¿habría sido así pequeña? Ojalá la vida te haya recompensado.

Había mucho temor y, entonces, no faltaba alguien que sufría un ataque de pánico. En uno de esos días tembló muy fuerte, y con la compañera psicóloga que mencioné tuvimos que contener a varias compañeras. Fue terrible porque muchas se abalanzaron a la reja de salida. Mireya me decía: “Oriana, tú tienes preparación, ¡cachetéala!, ¡que se tranquilice!, ¡que se tranquilice!”. Esa noche me desarmé, temblaba entera y no podía contener mi cuerpo, pensaba en mis hijos y en mi madre sola con ellos.

145. En el listado de mujeres detenidas en el Estadio Nacional consta Ana Mirella Ibáñez González, sin embargo, no sabemos si se trata de la persona referida por Oriana.

Las compañeras del Camarín eran muy gratas. Estaban organizadas. Había un grupo que se había conseguido un termo y, entonces, nos daban algo caliente: “¡Ven!, siéntate, toma algo”. Nos tapaban con una frazadita.

Las compañeras del Camarín eran muy gratas. Estaban organizadas. Había un grupo que se había conseguido un termo¹⁴⁶ y, entonces, nos daban algo caliente: “¡Ven!, siéntate, toma algo”. Nos tapaban con una frazadita. En ese momento, eran gestos tan dulces, y lo único que quería uno era que la abrazaran. Como nunca había pasado en Chile,

era como un mal sueño y tú decías: “Voy a despertar”. Y no, no despertabas. Había gente que te decía si tenías frío, y te prestaba una ropa, calcetines. Entre todas nos cuidábamos. No recuerdo conflictos, peleas.

Entre las que allí estábamos había una mujer muy fuerte, rubia, bajita, con ojos azules, a la que le decíamos “La Condorito”¹⁴⁷. Siempre nos levantaba el ánimo. Un día llegó morada entera en la espalda, y con las manos rotas, sangrando. Había sido puesta en una especie de cepo, donde la torturaron. Llegó y se sentó con gran dificultad mientras todas trataban de ponerle cosas suaves, frazadas, nuestras frazadas. Y cuando vio la cara de preocupación con que la mirábamos, aún tuvo ánimo de sonreír y decirnos: “Fregaron al cóndor, chiquillas, pero no le cortaron las alas del alma”.

Hasta que llegó el día en que me llamaron a interrogación. Nos levantaron muy de mañana. Nos dijeron: “¡Ya!, arriba, rápido, rápido”. Nos arreglamos apuradas. Las que tenían, se echaron sus cremas en la cara. Algunas tenían un “rouge”¹⁴⁸ y lo llevaron para ponérselo, como una manera de evitar que se rompieran los labios con el sol que, presumíamos, haría más tarde. Yo me pintaba muy poco y no tenía más que una crema que cargaba siempre en mi cartera, que fue lo único que llevé cuando me sacaron de la casa. Salí con lo puesto. Todavía no aclaraba y nos llevaron en fila a las graderías del Estadio. Iba en el grupo una señora bastante

.....
146. Ximena George-Nascimento en su relato, también en este libro, señala que ella consiguió que su familia le hiciera llegar un termo. Así, tenían agua caliente y podían tomar mate.

147. Se refiere a María Cecilia Yáñez, quien también estuvo detenida en el Estadio Nacional y en la Correccional de Mujeres y fue conocida entre las detenidas como “La condorito” o “La Condoro”.

148. “Rouge” en el habla coloquial chilena alude al lápiz labial.

mayor. No sé por qué la tendrían detenida, pero la cosa es que la miramos y estaba totalmente blanca, parecía momia. ¡Se había echado la pasta de dientes, en vez de la crema! En medio de las risas, empezamos con papelitos a sacarle la pasta que ya estaba endurecida. ¡Parecía que se había colocado una máscara! No nos faltaba de qué reír.

Bueno, allí nos mantuvieron sentadas. Lo bueno que, estando ahí, pudimos ver a los prisioneros hombres, entre los que estaba mi esposo. Ese fue el rayo de luz que necesitábamos para superar lo que vendría. Cuando nos encontramos, pudimos abrazarnos y él me dijo al oído: “Repite los nombres, los teléfonos y cámbialos, mézclalo todo”. “Sí”, le dije yo. “Y siéntete siempre vestida, siéntete con algo que te está cubriendo, y si te comienzas a sentir encerrada, piensa en campos, en árboles, cierra los ojos y piensa en eso”, agregó. O sea, todas esas cosas de psicología.

Después nos pasaron a las escaleras más cercanas al lugar de la interrogación, que eran donde estaban las radios . Nos llevaban de cuatro o cinco a sentarnos a esa zona. Mientras esperábamos sentíamos los gritos o lamentos de la compañera que estaba adentro.

Después nos pasaron a las escaleras más cercanas al lugar de la interrogación, que eran donde estaban las radios¹⁴⁹. Nos llevaban de cuatro o cinco a sentarnos a esa zona. Mientras esperábamos sentíamos los gritos o lamentos de la compañera que estaba adentro. Luego, la veíamos salir tambaleando y si queríamos sujetarla nos decían: “Si la tocas, entras tú de inmediato”. ¡Qué impotencia y dolor! Esto es también lo que sentí cuando una

compañera de 20 o 25 años, a la que tomé de la mano bajo el poncho que yo tenía puesto, me dijo: “Voy a perder el hijo que tenía, me golpearon en el vientre, mi pobre niño, me patearon en el suelo mientras me decían: ‘Así que estás embarazada perra, aquí mismo vas a parir hija de tu madre’”. No me soltaba la mano, lloraba y seguía diciendo: “Es lo único que me quedaba de mi compañero”. El día anterior se había enterado de que a él lo habían asesinado. No sé de dónde saqué fuerzas para decirle: “Este no es un momento para tener hijos, déjalo ir, dile que lo amas y lo seguirás amando siempre, ya tendrás otros hijos, eres joven”. En ese instante, mi corazón sangraba junto con ese niño que moría. Estas son cosas tan terribles

149. Se refiere al sector de marquesinas utilizado por los periodistas en los eventos deportivos.

que, realmente, no quería recordarlas. Yo creía que ya se superó todo, pero veo las imágenes tan claras, y era gente tan joven...

Había otra mujer embarazada en el grupo. Ella tenía una pareja brasileña y ellos también se encontraron cuando fuimos a interrogación. Cuando salió, lloraba y nos abrazaba. A ella no le aplicaban violencia física, sino que lo torturaron a él e hicieron que ella, amarrada, mirara. Díganme, ¿no es eso sadismo, perversión pura? ¿Cómo había personas capaces de hacer algo así? ¿Qué pasó con el ser humano?

Y llegó el turno de mi interrogación, entré con una sensación de odio, de temor, de enojo, por lo que había oído. Mi interrogador me dijo que me sentara, preguntó mi nombre, mi profesión e hizo que un ayudante, que golpeaba un late¹⁵⁰ en sus manos, revisara mi cartera. Este vio la foto de mis hijos y sonrió socarrón: “¿Así que tienes dos hijos?”. Después de eso me comería la foto y todas las hojas de mi libreta de apuntes. Siguió preguntándome sobre supuestas armas, las que, por supuesto no habían encontrado en mi casa. Y, luego, por qué había vivido fuera de Chile. Mi respuesta de que mi esposo había encontrado un buen trabajo en San Salvador, no pareció convencerlo, por lo que agregó: “Está muy cerca de Cuba. ¿Recibiste entrenamiento allí?”. “Imposible”, alegué, “me fui de Chile embarazada y allá tuve otro hijo. ¿Quién iba a contratar, en una milicia, a una mujer con dos hijos pequeños?”.

En eso, le avisan que lo llaman por teléfono. Quedé sola con el hombre que tenía “el late”. Este se acercó a mí con un diario en la mano y me lo mostró indicándome que los compañeros “nos habían abandonado”. Di vuelta la cara, pero me costó caro: me remeció tomándome de los brazos y me tiró contra la pared. Mi cabeza no se rompió, pero quedé mareada. Más tarde, vería los moretones en mi cuerpo. Se acercó, me puso el diario en la nariz y me dijo: “Si no quieres mirar, vas a desvestirte. ¡Desabróchate la blusa!” Empecé lentamente a hacerlo. Yo tenía 32 años en ese entonces. Me

Me miró sorprendido y prosiguió: “Le voy a dar la libertad condicional, pero no se puede acercar más a hacer clases a un liceo. Un intelectual con ideas de izquierda es peor que un extremista con metralleta en la mano”.

.....
150. “¿Saben qué es un late? Es como si fuera un palo, pero está hecho de puro alambre de teléfono. Si te pegan con eso no dejaban huella en el cuerpo, por eso lo usaban, por si te revisaba la Cruz Roja”, aclara Oriana.

tocó por todos lados. Generalmente a las mujeres nos torturaban con la posibilidad de violación. Nos tocaban. El simple hecho de oír “¡qué bonita está hoy día!”, era amenazante.

Afortunadamente, volvió el interrogador y al ver lo sucedido le dijo: “¡Hombre!, ¿no se da cuenta que ella es una profesional, una intelectual? No es una prostituta”. Él hizo un taconeo –como, “a su orden”– y se retiró a un rincón. Entonces, el interrogador continuó. “Bueno, aquí yo me pongo en la buena con el diablo”, dijo. “Y se gana el cielo”, le contesté. Me miró sorprendido y prosiguió: “Le voy a dar la libertad condicional, pero no se puede acercar más a hacer clases a un liceo. Un intelectual con ideas de izquierda es peor que un extremista con metralleta en la mano”.

Después de mi interrogatorio y otras experiencias más, me devolvieron a las graderías del Estadio. Nos sacaron de allí al caer el día. Se sentían disparos afuera. Al ir caminando hacia la piscina nos detienen de golpe, nos iluminan con unos focos y por un altoparlante gritan hacia afuera: “20 de ellas por cada uno de nosotros que caiga muerto”. Los disparos cesaron. Después de unos minutos nos hicieron seguir hacia los camarines de la piscina, casi gateando en el suelo. Al día siguiente nos castigarían con dos días sin salir al sol, sin salir del camarín. Por si alguna de nosotras había, de algún modo, avisado que a esa hora íbamos a pasar por ahí. En realidad, no sé qué películas se pasarían ellos¹⁵¹.

Después de esos dos días de encierro, a mí y a otras interrogadas nos cambiaron de camarín, nos llevaron al que estaba al otro lado de la piscina. Llegaron de repente y dijeron: “¡Ya!, agarren sus cosas, ¡empiecen a movilizarse!”. Cuando vinieron a buscarnos, yo estaba tomando una ducha, la puerta de lata cubría solo la parte media del cuerpo: las piernas, de la rodilla hacia abajo, y la cabeza quedaban descubiertas. Desde una escalera que había cerca del ingreso se veía perfectamente la persona que se bañaba allí. Sentí unos pasos que se detuvieron a mitad de la escalera, era un militar joven que con una sonrisa maliciosa me pregunta: “¿Necesitas ayuda?”. Me pegué a la puerta temblando de miedo, pues estaba sola en el baño en ese momento, y mi ropa estaba encima de un lavatorio, afuera de la ducha, para que no se mojara. Sin embargo, saqué fuerzas para contestarle: “No, soy una prisionera de guerra y según la convención de Ginebra merezco respeto”,

.....
151. Sobre esta situación descrita por Oriana no encontramos registros ni más testimonios. Podría ser que hubiera existido algún intento desde el exterior de resistencia a la dictadura como se deja ver en el relato, si bien en este periodo esto sería muy inusitado; o bien puede ser una confusión de los mismos guardias habiendo sentido una balacera producida en el mismo Estadio.

así nos había enseñado “La Condorito”. Esto era como un “¡detente!”. *Mi carcelero dio media vuelta. Después trataría de buscarme cerca de la piscina, pero, gracias a Dios, saldría pronto de allí.* No me alcanzó a encontrar, pero lo intentaba. Salí de la ducha ya vestida y algunas compañeras me dijeron que despertara a una niña de 16 años, porque todavía no se levantaba. Me lo pidieron, porque decían que yo tenía “más suavidad”. *Ella había sido torturada toda la noche, le preguntaban dónde estaba su padre. Me acerqué y le acaricié su ensortijado cabello y ella dijo: “Papá, ¿eres tú?”, mientras sonreía dulcemente.*

Tras esto, por fortuna para mí, *llegó el día del adiós a aquel infierno.* Estuve poco, no recuerdo bien, pero creo que fueron unos ocho días o poco más. Básicamente, salí porque tenía un primo marino que intervino para que me liberaran. Después mi madre me contaría que él fue a hablar con un superior y se quedó sentado ahí hasta que lo consiguí. Parece que esto ocurrió justo en el momento en que yo estaba siendo interrogada, por eso el oficial salió de la sala.

Llegué a mi casa, la carita de mis hijos, el beso de mi madre. Ahí lloré de verdad y creo no dejé de hacerlo por bastante tiempo, aunque a veces sin lágrimas. Llegué a un hogar deshecho, sin esposo, sin saber si conservaría mi trabajo y en un estado anímico deplorable.

En medio de la cancha del Estadio estábamos formados todos los que salíamos. Y había también un perro vago al que llamábamos “Cazuela”, porque todos pensaban que un día nos íbamos a comer el perro. Nos fueron nombrando y todos dábamos un paso adelante, llenos de esperanza, nos hicieron firmar una lista de salida, pero nos dijeron que el que no lograba llegar a su casa, podía pasar la noche allí. Pensé: “después de firmar, ¿qué nos asegura la vida?” Y pese a que faltaba solo una hora para el toque de queda, porque en ese tiempo este era bien temprano, no me acuerdo si a las 6 o a las 7, decidí correr por las calles hasta mi casa. Otras compañeras me pidieron auxilio y corrieron conmigo. Primero lo hicimos con zapatos y luego solo con calcetines,

pensamos que así lo haríamos más rápido. Corrimos, corrimos, corrimos desde el Estadio hasta el Teatro California¹⁵², porque la gracia era que no nos encontraran en

.....
152. Ambos lugares se encuentran en la comuna de Ñuñoa. Existe un kilómetro y medio, aproximadamente, entre un lugar y otro.

la calle: nos podían tomar, y si alguien preguntaba dirían: “Si firmaron y quizás para dónde se fueron, pues”.

Llegué a mi casa, la carita de mis hijos, el beso de mi madre. Ahí lloré de verdad y creo no dejé de hacerlo por bastante tiempo, aunque a veces sin lágrimas. Llegué a un hogar deshecho, sin esposo, sin saber si conservaría mi trabajo y en un estado anímico deplorable. Pasé una semana sin salir a la calle, sentada en la escala de mi casa, sin fuerzas ni para hacer las camas. Gracias a Dios estaba mi madre que me ayudaba. Ella iba a dejar a mi hijo mayor al colegio, mientras yo lloraba con el más pequeño en brazos.

Él recuerda perfectamente eso y dice: “Yo te sentía y no hallaba qué hacer, te abrazaba tanto para que tú no sufieras”. Y yo digo: “¿Cómo lo fregué?!, ¿cómo no fui más fuerte?!”. Sinceramente, traté de serlo. No comía ni nada, no le daba de comer ni a mi gato. *Hasta que un día decidí que no podían haber matado mi fuerza interior y fui a dejar a mi hijo mayor al colegio. Cuando vi a un militar me temblaron las piernas y no podía atravesar la calle, pero mi hijo de solo seis años me sujetó la mano y me dijo: “Afírmate de mí, yo te voy a ayudar a cruzar la calle”. Ese fue mi incentivo para no dejarme vencer.* Yo era una mujer adulta y él un niño de seis años, afirmándome: fue muy simbólico, él me estaba dando un mensaje. Como dijo “La Condorito”, me dañaron psíquicamente, físicamente, pero no pueden haber destruido el alma. Eso es intocable.

Tiempo después ese mismo niño me daría otra lección de grandeza: llamó mi cuñada desde fuera de Chile y me dijo que le enviara al mayor, que ella lo podía educar y alimentar mientras se soluciona todo. Esto yo lo conversaba de noche con mi madre, pero él no estaba dormido como pensábamos. Lo escuchó. Al día siguiente me dijo: “Mamá, mándame con mi tía. Yo te quiero mucho, no te voy a olvidar. Si así puedes alimentar mejor a mi hermano, ¡hazlo!”. Se veía tan pequeño, sus pies no tocaban el suelo de la silla en que estaba, lo abracé y le dije: “No, no nos vamos a separar, si nos morimos lo haremos los tres juntos”. Y pensar que esto último casi sucede: un día estuve a punto de tirarme a un canal con mis niños. ¡Dios mío!, gracias porque no lo hice, ¡pero cuántas heridas quedaron en el corazón de mis hijos! Esos niños no pudieron educarse como habría sido si sus padres hubiesen seguido juntos, como profesionales.

Mi carrera estaba desecha, pues volví al Liceo donde trabajaba, en San Miguel, y al segundo día lo estaban allanando. Nos sacaron al medio del patio con las manos en alto, mientras rompían el laboratorio de física y química, que armamos con tanto

esfuerzo, dinero recolectado entre alumnos, apoderados y profesores. La sala de orientación con los test sacados con tanta dificultad, esparcidos por el suelo y con las botas marcadas en las hojas, una sala llamada 'la capilla' con el piso arrancado tabla por tabla buscando armas, y así tantas otras cosas. Al día siguiente de esto la Directora me llamó a su oficina y me sugirió que renunciara. Me dijo que por haber estado en el Estadio Nacional era más que seguro que iban a suspenderme el cargo, y hasta me podían apresar nuevamente.

Me retiré de ese trabajo con gran dolor, mío y de mis colegas. Pensé que quizás podía trabajar en otro liceo fiscal, falsa ilusión. Eso no sucedería nunca más, mientras duró la dictadura.

Empecé a deambular buscando cómo mantener a mis hijos.

Me retiré de ese trabajo con gran dolor, mío y de mis colegas. Pensé que quizás podía trabajar en otro liceo fiscal, falsa ilusión. Eso no sucedería nunca más, mientras duró la dictadura. Empecé a deambular buscando cómo mantener a mis hijos.

Con el tiempo, mi primo, el mismo que me ayudó a salir del Estadio, me empleó en su fábrica. Un día nos quedamos hasta tarde trabajando y me propuso que fuéramos amantes. Me acuerdo que yo le dije: "Eres un desgraciado, te creía mi hermano. Estás rompiendo el último vínculo familiar que yo quería, no sabes lo que estás haciendo con mi corazón". Y me fui llorando. Llegué a mi casa y mi madre casi le dio un ataque. Lo llamó y le dijo "de pe a pa": "¿Qué diría tu tío que te crió?, ¡fue tu padre!". Muchos años después, cuando ya era un hombre viejo, ese primo vino a verme y se hincó de rodillas al lado mío: "Te pido perdón por todo", me dijo. Lo perdoné porque era mi sangre, así se lo dije.

Pero, bueno, después de esto yo me quedé sin trabajo de nuevo y ahí me conseguí una ocupación en La Vega Central¹⁵³. Trabajaba limpiando mesones en un restaurant chiquitito que se llama "Los Pocitos", no sé si existirá aún. Luego, en 1976, me fui a vivir fuera de Santiago en un intento por trabajar en el liceo. Estaban todos mis antecedentes listos, pero me negaron la posibilidad. Entonces, me convertí en

.....
153. "La Vega" es un mercado cercano a la rivera norte del río Mapocho, en la comuna de Recoleta, en Santiago. Allí se comercializan principalmente frutas y verduras, provenientes de los sectores agrícolas de la Zona Central de Chile. Cuenta, además, con un buen número de cocinerías que ofrecen platos a precios módicos.

vendedora de ropa usada en un localcito que instalé en mi casa. Mi esposo seguía detenido, se encontraba preso en Chacabuco¹⁵⁴.

Yo me fui de Santiago no sólo por la posibilidad de trabajo, sino también porque no quería estar más en ese lugar de dolor. Y es que después que salí del Estadio, esto me cuesta mucho contarlo, llegó uno de los torturadores, un oficial de marina, a ofrecirme “ayuda” antes de que llevaran a mi esposo al norte. Él era un hombre mucho mayor que yo y me dijo: “¿Quieres que tu marido vaya –o no– a paseo por el norte?”. Lo iban a llevar a la famosa Caravana de la Muerte¹⁵⁵. Pero todo esto tenía “un precio”, como después supe lo haría con otras prisioneras del Estadio. ¡Fue tan terrible para mí! Se trató de una violación a cambio, literalmente, de una vida. Por eso digo que el abuso no fue solo dentro de las paredes de ese recinto, sino que siguió fuera durante la dictadura.

Tiempo después, este oficial se encargó de que mi esposo se enterara de todo esto y eso lo dañó mucho. Ellos sabían cómo tocar puntos para destruir “al enemigo”, porque para ellos era una guerra. Años más tarde, cuando mi esposo volvió a Chile, ya no quiso quedarse. Terminamos un poco pensando que quizás algún día nos juntábamos, y no, no ocurrió así. Había muchas heridas, muchas cosas.

Ciertamente, uno se recompone. Yo me recompuse primero gracias a mis niños. Sin embargo, antes de eso y a partir de lo anterior que relaté, viví un tiempo muy oscuro. Dejaba a mis niños con mi mamá y salía con gente, tomaba trago, iba a bailar, a carretear¹⁵⁶, como lo llaman los jóvenes. Lo que no había hecho antes de casarme, lo hacía ahora. Era como tratar de correr a toda máquina. Si podía entrar en una carrera de autos, yo entraba. Lo que fuera peligro. ¡Era vivir, porque mañana te morías! Todo lo que había experimentado me dejó la sensación de muerte y, a la vez, la de querer la vida. Tuve, además, muchos problemas. No podía tener una pareja, porque me iba al baño y vomitaba. Muchos años más tarde, hablé con

154. El Campo de Prisioneros Chacabuco, “fue uno de los más grandes del país”. Estaba ubicado en la Oficina Salitrera Chacabuco, a unos 110 kilómetros de Antofagasta. Funcionó desde inicios de noviembre de 1973 hasta abril de 1975. Era sólo de hombres. Albergó “a unos mil presos políticos”.

155. La Caravana de la Muerte es el nombre que recibió una comitiva del Ejército de Chile que recorrió el país durante 1973. Por orden de Augusto Pinochet tenía la misión de *agilizar y re-visar* los procesos de personas detenidas tras el golpe militar, a fin de evitar la “mano blanda” con los “extremistas”. La operación estuvo a cargo del general Sergio Arellano Stark y terminó con el asesinato y desaparición forzada de 97 presos políticos. Esta historia se relata en la serie *Ecos del Desierto* (2013) de Andrés Wood.

156. Se refiere a salir de parranda o de festejos.

Yo empecé a intentar retomar el rumbo de la vida. Fue difícil, porque uno no se rearma solo y de la noche a la mañana. En eso, luego, me ayudaría mucho la Metafísica y entrar en una fraternidad a la que pertenezco hasta hoy. Ahí aprendí a conocerme y encontré un sentido a la vida.

un psicólogo de PRAIS¹⁵⁷ y me dijo que era muy natural, porque era un rechazo asociado con la situación que yo había vivido.

Yo empecé a intentar retomar el rumbo de la vida. Fue difícil, porque uno no se rearma solo y de la noche a la mañana. En eso, luego, me ayudaría mucho la Metafísica y entrar en una fraternidad a la que pertenezco hasta hoy. Ahí aprendí a conocerme y encontré un sentido a la vida. Eso pasó viviendo ya fuera de Santiago. Me hice una amiga

enfrente de mi casa, que tenía un local de licores. Ella me prestaba teléfono para hablar con mi mamá que vivía en Santiago (después se vino conmigo la viejita). Esta amiga me insistía en que conociera a Jorge, un amigo de ella, hasta que un día lo conocí. Empezamos a conversar y conversar. Él era de la fraternidad. Estuvimos de charla durante un año y empecé a interesarme, a oír. Se convirtió en mi gran amigo, mi amigo del alma, hasta que murió. Él me llevó a la fraternidad, por eso siempre he dicho que “el bien”, o Cristo o como ustedes quieran llamarlo, fue a buscarme a “un local de tragos”. De aquello han pasado 30 o 32 años y ahora enseño, doy talleres gratuitos para ayudar a otros.

Tras la detención no seguí militando porque pensé: “¿Qué pasa si me toman de nuevo y mis hijos se quedan solos? El Partido Comunista me ofreció ayuda porque mi marido seguía preso, pero no quise. Yo tenía el apoyo de mi madre y, a esas alturas, yo ya había dejado Santiago y, ¡por fin!, estaba trabajando como profesora. Era un colegio particular, porque en los fiscales jamás me aceptaron.

Una preocupación para mí era proteger a mis hijos. Salir de la ciudad era un modo de evitar que también los siguieran a ellos. Sin embargo, no lo impedí. Ellos tenían como doce y quince años y hubo una revuelta en la plaza del pueblo y vinieron a buscarlos a la casa. “Sus hijos dónde estaban al momento...”, qué sé yo. Vinieron a mi casa, pero también fueron a la casa de un médico reconocidamente de izquierda.

.....
157. Programa de Reparación y Atención Integral de Salud (PRAIS) disponible para las víctimas calificadas de violaciones a los Derechos Humanos en la dictadura reciente y sus familiares directos.

Ellos estaban internos en el Barros Arana porque, como yo trabajaba, no quería que mi madre tuviera todo el peso del cuidado. Eso, la verdad, los salvó de muchas cosas.

Recuerdo otra vez, cuando yo tenía el negocio de ropa usada, que vinieron a mi casa a interrogarme. Mi hijo menor estaba enfermo y no había ido al colegio. Lo vieron y me dijeron si podía salir, porque no querían hablar delante del niño. Querían preguntarme por unas personas que habían hecho alguna cosa en el pueblo, gente de izquierda y, ¡claro!, ellos suponían que yo había participado o los había escondido, o quizás qué cosa. Les dije que no, que no tenía idea. A mis dos niños yo les había enseñado que si me detenían ellos se fueran de inmediato donde el cura, “y le dicen que quieren, por favor, un recurso de amparo, porque es la manera que yo me puedo salvar”. ¡Imaginen! Entonces, cuando volví a entrar, mi hijo, el pobrecito, estaba sentado en la ventana, pálido. Tenía un papel en sus manitos y había anotado el número de la patente de la camioneta que estaba parada al frente, por si me llevaban. Me dice: “Mamá”. Lo abracé y le dije: “Llora hijo, por favor, llora”. Fue la única manera que encontré, porque yo creía que se iba a desmayar. ¡A los nueve años! Por este tipo de cosas me cuesta confiar en que todo se haya quedado tan quieto. Además, la gente de derecha siempre cree que esto no sucedió.

No sé si es una sensación de persecución lo que yo tengo, pero ellos están, existen para callado, pero existen. Por eso, estuve muchos años sin compartir mi historia. Es que, si contaba algo, temía poner en riesgo la vida de mis hijos. Me pasaba algo a mí, y mi esposo estaba fuera, ¿con quién quedaban? Ahora digo, ¿por qué uno guarda tanto?, ahora me doy cuenta.

Pero también, ¿a quién le iba a contar?, ¿cómo le iba a decir a mi madre?, si ella en un momento tuvo una amnesia y hasta el día de su muerte no se acordó de lo que había sucedido. Gente amiga del mundo de la psicología me dijo: “No la desbloquee, déjala”. Eso, pienso, fue una gran ayuda para ella. Tampoco uno lo quiere contar porque es rechazada por el grupo o no te creen. Traté de

No sé si es una
sensación de
persecución lo que yo
tengo, pero ellos están,
existen para callado,
pero existen. Por eso
estuve muchos años sin
compartir mi historia.
Es que si contaba algo
temía poner en riesgo
la vida de mis hijos. Me
pasaba algo a mí, y mi
esposo estaba fuera,
¿con quién quedaban?
Ahora digo, ¿por qué
uno guarda tanto?,
ahora me doy cuenta.

contarle a mi hermana, por ejemplo. Ella es de derecha, pero es mi hermana y yo la quiero igual, y un día intenté decirle: “Yo sufrí mucho, tú nunca me has preguntado lo que pasé, siempre he querido hablar contigo”. “No, Oriana, porque si hubiera sido para el otro lado, habría sido terrible”, me contestó cortante. “Con la única diferencia”, le dije yo, “que, si hubiese sido así y yo hubiese tenido que rescatarte a ti y a mi cuñado escondidos en una carreta tapada con paja, les saco”. Y ahí se cerró el tema. Yo creo que esa es la diferencia más profunda entre las personas de izquierda y de derecha: la gente de izquierda y, sobre todo la gente más humilde, siempre se va a enternecer con el dolor y el sufrimiento de alguien más. No va a tratar de ignorar.

La verdad es que la primera vez que conté lo que había vivido fue cuando fui a hacer mi declaración como exonerada, por eso me dieron después la pensión Valech¹⁵⁸. Testimonié no sin algo de temor, pero lo hice porque pensé: “De todo esto tiene que quedar algún registro, algo escrito”. Ahora mi convicción sobre esto es plena. Si bien fue muy difícil, tuve una experiencia muy bonita ahí. Me atendió una persona en el INP¹⁵⁹ en ese tiempo, y me dijo tiene que llenar ahí, “ese pedazo es para su historia”. Era un espacio relativamente pequeño. “Lo escribo rápido”, pensé. Me puso un confort, un termo, una taza y pensé: “¿Para qué hace todas estas cuestiones?”. Él sabía de más la razón. Me dijo: “puede ir escribiendo y si quiere nos va contando”. Empecé a escribir y comencé a llorar, saqué confort. Al rato después yo seguía llorando y escribiendo. Me pasó otra hoja y, luego, otra más para que continuara. Me sirvió una tacita de café. En eso entró alguien y le dijo: “¡Fuera hombre, fuera, no puede entrar!”. Cuando dije: “¡Ya!, terminé”, se paró y me hizo una reverencia. “Usted es una sobreviviente”, me dijo. ¡Oh!, me impactó tanto eso.

Por cierto, muchas de las cosas que he contado en este relato no están en la declaración del Informe Valech. Aquellas que eran, cómo decirlo, “más comprometedoras” para mí, las callé, como la de ese oficial que me buscó luego. Quizás no lo dije porque muchas veces a las mujeres no nos creen. Eso me pasó, de hecho, cuando viví el acoso de mi primo. Mi madre me creyó porque era mi madre, pero luego me llamó la señora de él y me dijo: “Oriana, ¿qué pasó?, ¿no sería, Orianita, que tú andabas con la falda muy corta?

.....
158. La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, o más conocida como “Comisión Valech” fue creada el año 2003, para esclarecer la identidad de quienes vivieron privación de libertad y torturas por razones políticas, a manos de agentes del Estado o de personas a su servicio durante la dictadura militar de Augusto Pinochet.

159. Instituto de Previsión Social.

Ahora, cuando ya compartí mi historia, cuando lo saqué realmente fue cuando hablé en PRAIS. Y es que con el pasar de los años aparecieron las secuelas en mi cuerpo, problemas de columna, vértigo por afección al oído izquierdo y la visita a una psicóloga del Programa. La fui a ver bastante tarde. Le expliqué que no lo hice antes por temor, no quería contar nada frente a gente que no conocía. Claro, vas a un psicólogo, ¿cómo sabes tú si es una persona que te podía traicionar y contar todo lo que tú habías dicho? Ella me dijo después de la terapia que había aprendido a vivir con mi dolor y creo así lo he hecho.

Bueno, además debo decir que, con los años, yo tuve compañero. Estuvimos juntos los últimos diez años. Él era de izquierda también y, entonces, me contaba sus experiencias y yo las mías. Claro, ahí yo podía hablar y él me escuchaba, me entendía y me abrazaba. Yo mucho tiempo soñé con las botas subiendo por la escala: “¡tal, ¡tal, ¡el taconeó, era horrible, horrible!

Más tarde, él tuvo alzheimer y en el consultorio me pasaron a una terapia de grupo por todo el tema de su enfermedad. Un día llegué a la sesión con mucha rabia: habían cerrado una universidad privada y pensé en el desastre que eso significaba para muchas familias, porque hasta el perro había hecho dieta para que estudiara la niña en ese lugar. Sin embargo, los dueños se habían llenado los bolsillos de plata y el resto no les importó nada. Este tipo de cosas me tocan un botón que dice “ira”.

Ese día me salió la revolucionaria y el psicólogo me pregunta: “¿Cómo está usted?” “No me hable”, le dije, “estoy iracunda”. Me preguntó por qué, le comenté la noticia y le dije: “¿Para qué luchamos tanto?, ¿para qué la sangre corrió para las calles?, ¿para que siga todo igual? Yo ya le había dicho a él, en algún momento, que había estado detenida, pero nunca había querido hablar de eso y, en ese instante, él “aprovechó” mi estado y me dijo: “Empiece a contarnos su detención. No se la guarde, ahora sáquela con toda la rabia que tiene”. Y empecé a sacarlo, empecé a acordarme de cosas y empezaron a salir sentimientos que no tenía idea que estaban guardados. De pronto miré y mis compañeras de grupo estaban llorando. “Hasta aquí llego, no voy a seguir, está bueno”, dije. Eran todas eran mujeres que tenían sus dolores. Quise hacerlas reír: “Les voy a decir una frase que dijo una compañera: ‘Fregaron al cóndor, pero no le cortaron las alas’”. Hay que dar la vuelta, esa es la manera, si no, uno no puede sobrevivir.

Hace como unos dos años atrás asistía a un grupo de detenidos de acá, gente que había sido torturada. Pero después ya dejé de ir, porque siempre era la misma historia, a contarse: “¿Qué te pasó a ti?, ¿qué me pasó a mí?”. Les dije que no nos estábamos fortaleciendo con eso, que pensaba que deberíamos juntarnos a formar

un expediente, o cualquier otra cosa por el estilo, reunirnos para tratar de recuperarnos de nuestras heridas, no a compadecernos y ya. “Nos embarraron la vida, ¿por qué nos tienen que seguir dañando el futuro? ¡No! Tenemos que tener el alma fuerte, el espíritu poderoso”. No sé, pienso en Mandela¹⁶⁰, en contar la historia de nuestro dolor, nuestro sufrimiento, pero la superamos. Si no, entonces, nos mataron de verdad. ¡Y no pues! “La Condorito” lo dijo: “No me mataron el alma”. Creo que eso es lo que hay que pensar. Uno tiene que tomar la actitud que sea más positiva porque, ¿qué sacas con andar arrastrando el pasado? Te enfermas.

“Nos embarraron la vida,
¿por qué nos tienen
que seguir dañando el
futuro? ¡No! Tenemos
que tener el alma fuerte,
el espíritu poderoso”. No
sé, pienso en Mandela ,
en contar la historia de
nuestro dolor, nuestro
sufrimiento, pero lo
superamos. Si no,
entonces nos mataron
de verdad. ¡Y no pues!

Yo he escrito desde los 15 años, y les escribí a ellos, a los compañeros de ese grupo, un poema que recogía algunas de las experiencias. Se llama “Begonia amarilla” y dice así:

Compro una begonia amarilla
calmar quiero mi dolor
Hubo tanta inclemencia, tortura, vergüenza.

Botaba cuajarones de sangre
Perdido estaba en Calera.
Aparecí en Valparaíso,
secuestrado por el servicio de inteligencia.

.....
160. Nelson Mandela, activista y político sudafricano que encabezó los movimientos contra el apartheid. En 1994, luego de una larga lucha y 27 años de cárcel, presidió el primer gobierno que ponía fin al régimen racista.

Estuve 24 horas en una tina con agua,
tengo artrosis en las caderas.
Perdí el bus ese día,
salvo mi vida la negligencia.

¿Quieres entrar de nuevo rucia bonita?
¡Sujeta a tus compañeras!,
apretar la mano bajo el poncho,
aguantando el dolor propio y el de ellas.

¿Era una guerra?, así le decían,
contra enemigos tan solo con herramientas,
otros con libros y con ideas.

Pasó el demonio sobre la tierra.
Conocimos el infierno por dentro y por fuera.

Existen hoy flores en las ventanas.
Cantan los nietos en nuestras fiestas.
Cubierta está la herida con piel nueva.

Pasa el invierno, llega la primavera.
Luego vendrá el verano, otoño, invierno y nuevamente primavera.

Contemplo la begonia amarilla,
acaricio sus pétalos,
puedo decirle, que mientras la mire,
¡seguirá siendo bella!

Como decía, después dejé ese grupo, pero he participado durante mucho tiempo en una agrupación de defensa de los derechos humanos. Ahora suena menos, porque tenemos alcalde de derecha, pero antes tenía hasta su sede. Últimamente asisto menos, porque estoy más imposibilitada por temas de salud. Ya he ido colgando los guantes, o sea, participo cuando hay una reunión grande, cuando hay que escribir alguna cosa para ir. Pero todavía hay gente que me viene a ver y todavía me encuentro cuando ellos van a las cosas artísticas. A veces, en algún acto leo mis poemas. Hablo dos palabras de mi testimonio –“estuve en el Estadio Nacional, ustedes ya comprenden lo que paso allí”– y leo mi poema.

Tengo mi círculo de amigos artistas, pintores, escritores, qué sé yo, y nos llamamos: “¿Qué tienes hoy día de almuerzo?”. “Tal cosa”. “Ah, yo tengo tal”. “Juntémonos y almorcemos”. Además, *pertenezco a una asociación de escritores*. Sacamos una revista y ahí se han publicado algunos de mis textos y de mi *compañero, que también era escritor*. Compartiré a continuación un par de textos, pero

Tengo mi círculo de amigos artistas, pintores, escritores, qué sé yo, y nos llamamos: “¿Qué tienes hoy día de almuerzo?”. “Tal cosa”. “Ah, yo tengo tal”. “Juntémonos y almorcemos”. Además, *pertenezco a una asociación de escritores*.

antes de eso quiero decir que, sin este conjunto de experiencias, quizás yo sería una mujer burguesa. Si bien era de la clase media, mi papá nos tenía con todas las comodidades que podía y, tal vez, estaría en esa categoría. A lo mejor estaría hablando de los *malls*, de los vestidos, de los tecitos, qué se yo. Todo lo sucedido hace parte de mí, me ha conformado y pese a que hubo episodios muy duros y tristes, *aún canto “Gracias a la vida”, de Violeta Parra, tengo el gozo de mirar las flores, el sol, los árboles, y de acariciar a mi pequeña nieta*.

La calle

La calle es de todos,
¡mentira!

Es de ellos,
de los que viven en ella,
construyendo casuchas de cartón,
cubriéndolas con plástico,
acostándose en jergones.

Tapándose con diarios.
Adornándolas con peluches
colgados en ganchos,
recordando que fueron niños
abandonados y solitarios.

Compartiendo con sus iguales,
la taza de té, el pan, algún regalo.
Sin olvidar el perro que cuida,
da calor, compañía, amparo.

Nosotros...pasamos por ella,
cerrando los ojos
para no mirarlos.

Miedo (que es un poema más interior)

Dejo salir el miedo
del fondo oscuro de mis entrañas.
Siento un sabor agrio en la boca,
siento el sabor amargo de las lágrimas.

Estoy débil, enferma.
Camino en la maraña,
expuesta a que me devore
cualquier fiera humana.

Quiero acabar con todo.
Salir de este pozo negro,
hacia la luz infinita.

Debo esperar la orden
del pitazo de cierre.
Porque acepté este juego,
debo mantenerme digna.
Dejo salir el miedo,
miedo de ser cobarde,
miedo de sentir dolor,
miedo de estar sola,
de morir sin que lo noten,
de vivir sin ser amada,
miedo de ti, y de mi misma.

Zapatos de profesor (dedicado a las compañeras de la Escuela Normal N°2)

Zapatos de profesora,
viejos y gastados zapatos,
que en las fiestas fuiste guifa,
pasando de la cueca al tango.
Corriendo por los pasillos, o en el patio de esa escuela con un roble octogenario.

Los años se te vinieron encima.
Como a tus niños,
tu escuela,
tu cara de mujer buena
curtida de alegrías y llantos.

Maestra de escuela pobre,
hoy el tiempo ha pasado.
Vistes ahora ropa fina
y tiñes de rubio tu cabello cano.
Ya nada hace ver tu cansancio,
de enseñar tantas letras
a tus alumnos de antaño.

Pero algo si te delata,
son tus viejos y gastados zapatos.

“APRENDÍ QUE UNO SE
COMPROMETE CON SU GENTE Y
SUS LUCHAS”



Silvia Leiva Gómez¹⁶¹

Yo fui activista desde muy pequeña, porque siempre andaba pegada a los pantalones de mi padre que era socialista y dirigente sindical. En 1948, en la época de Gabriel González Videla, vivíamos en el norte y él fue acusado de comunista y perseguido¹⁶². Tenía apenas 18 años y ya era papá. Waldo Mario Leiva, se llamaba.

.....
161. Las entrevistas que dan origen a este relato fueron realizadas por Andrea Pequeño en Santiago de Chile, los días 23 y 25 de mayo de 2018.

162. En el gobierno de Gabriel González Videla, presidente de Chile entre 1946 y 1952, se dictó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, aprobada por el Congreso Nacional el 3 de septiembre de 1948. Dicha ley, conocida como la “ley maldita”, proscribió al Partido Comunista de Chile (PCCh) entre 1948 y 1957.

Huyó a Santiago y con mi madre, Guadalupe Gómez, lo seguimos. Yo tenía 2 años y mi hermano uno.

En la capital, mi familia participó en una toma de terreno en La Legua¹⁶³, donde viví hasta los 14 años. Ahí, además de la experiencia de mi padre tuve las enseñanzas de la escuela de Clotario Blest¹⁶⁴. De ambos aprendí que uno se compromete con su gente y sus luchas.

Siendo muy pequeña milité en el Partido Socialista. Recién empezaba mi adolescencia, pero ya tenía un trabajo de base en La Legua Emergencia y en La Legua Nueva. Por esos años, a inicios de los 60, organizamos una toma de terreno en San Miguel. En este lugar, que se llamó Campamento Nueva Palena, no pasaba el camión de la basura y un grupo de habitantes ocupamos el Municipio en protesta. El alcalde era alguien del mismo partido y nuestra acción no fue bien recibida. Tenía 13 años y me enviaron a Comisión de Disciplina.

Posteriormente, participé en los Comité de los Sin Casa¹⁶⁵ organizando a los jóvenes, porque éramos muchos los que, viviendo en Nueva Palena y ya habiendo formado nuestras familias, nos encontrábamos de allegados. Cuando comencé esta labor no tenía militancia, pero luego me incorporé a las filas del MIR¹⁶⁶ porque se identificaba con nuestras luchas.

163. Es una de las primeras poblaciones de la ciudad de Santiago, fundada por la propia acción de sus habitantes, en su mayoría obreros venidos del norte y campesinos de la zona central del país. El nombre de Legua Vieja distingue al sector más antiguo. Los sectores de Legua Nueva y La Legua de Emergencia nacieron posteriormente entre 1947 y 1950 en el contexto de la crisis de vivienda que vivía la ciudad, a raíz de la reubicación de pobladores provenientes de una toma en otra zona de la ciudad y en 1951, por una asignación de casas de emergencia. El nombre se debe a que dista “a solo una legua” de la Plaza de Armas de Santiago. Destacó históricamente por un fuerte compromiso político de izquierda y por tanto fue muy reprimida durante la dictadura reciente.

164. Clotario Blest Riffo fue un dirigente sindical chileno. Participó en la gestación de diversas organizaciones, entre ellas: la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), la Central Única de Trabajadores (CUT), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Comité de Defensa de Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS).

165. Dicho Comité nació a comienzos de la década de 1970 y realizaba tomas de terrenos que eran ocupados por trabajadores sin vivienda. Clotario Blest participó como uno de sus fundadores.

166. Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR, organización fundada en 1965 como parte de la Nueva Izquierda que propugnaba la lucha político militar distanciándose de la izquierda histórica representada en Chile por el Partido Socialista y el Partido Comunista principalmente.

A mediados de 1969 realizamos otra ocupación en San Miguel: El Campamento Magaly Honorato. En ese momento la campaña electoral estaba en marcha y decidimos apoyar activamente a Salvador Allende. En 1970, cuando Allende salió Presidente sentí, como muchos, que venían posibilidades de una mejor vida. Teníamos esperanzas.

Poco después se unificaron los campamentos Ranquil, Elmo Catalán y Magaly Honorato, dando origen a lo que sería el Campamento Nueva Habana¹⁶⁷. Tras muchas movilizaciones y trámites en el Ministerio de la Vivienda logramos la entrega de un fundo llamado Los Castaños, en La Florida. Llegamos a ese terreno un 1 de noviembre de 1970 y rápidamente nos empezamos a organizar.

Inicialmente, establecimos una asamblea donde se discutían y tomaban las decisiones referidas al campamento y, luego, creamos una instancia llamada Directorio, integrado por cerca de 50 delegados. Lo definido ahí se informaba a las manzanas conformadas por 64 familias, y los frentes de trabajo: salud, educación, cultura, vigilancia, entre otros. ¡Fue fantástico!, porque significó que no existía burocracia ni espacio para el caudillismo o para quienes no querían hacer bien las cosas. En ese momento, yo era una joven madre de dos hijos y fui la única mujer entre los nueve electos para la jefatura del mismo. Pese a que teníamos pocos años, igual nos enfrentábamos a la represión. Eso y la vivencia misma de Nueva Habana marcó mi vida.

A mi juicio, esta fue la experiencia de poder popular en Chile. Cada una de las cosas las logramos luchado en la

A mi juicio, esta fue la experiencia de poder popular en Chile. Cada una de las cosas las logramos luchado en la calle y con organización y compromiso de los pobladores. Exigimos y defendimos nuestros derechos marchando en el centro de Santiago. Nos acusaron de “meterle goles al Gobierno”, de “ultra izquierdistas”, de “hacerle el juego a la derecha”, pero podían decir lo que quisieran porque los derechos se defienden siempre, independientemente del gobierno de turno.

.....
167. El Campamento Nueva Habana surgió a raíz de una toma de terreno impulsada por el Movimiento de izquierda Revolucionaria MIR en 1970 como parte de la estrategia de poder popular asumida por esta orgánica.

calle y con organización y compromiso de los pobladores. Exigimos y defendimos nuestros derechos marchando en el centro de Santiago. Nos acusaron de “meterle goles al Gobierno”, de “ultra izquierdistas”, de “hacerle el juego a la derecha”, pero podían decir lo que quisieran porque los derechos se defienden siempre, independientemente del gobierno de turno.

Por las condiciones en que vivíamos –sin urbanización, sin luz y sin agua– el tema de la salud fue un asunto prioritario. Colocamos pilones con agua cada 200 metros, hicimos letrinas sanitarias¹⁶⁸ y construimos un policlínico. Cada poblador ponía una tablita para ello. Junto a estudiantes de Medicina realizamos cursos de prevención¹⁶⁹ y de Primeros Auxilios. El primer año se nos murieron como 40 niños por diarreas, desnutrición y pulmonías, el segundo solo 11 y el tercero, ninguno. Además, asistimos partos: recibimos 35 o 40 niños.

Luego, presionamos al Estado para tener un consultorio, instalado y reconocido por el Servicio Nacional de Salud. Así, tuvimos médicos, enfermera y todos los profesionales que correspondía. Propusimos, que se contratara a las compañeras que ya habían recibido la instrucción y que también se les diera mayor capacitación. Además, Tencha, la Hortensia Bussi¹⁷⁰, nos regaló un jeep que

Quienes veníamos de las poblaciones sabíamos dónde estaban las necesidades y podíamos ponerlas sobre la mesa, aportando al mejor funcionamiento del sistema y de cada consultorio. Yo, con mi quinto año de preparatoria, me convertí en la Responsable del Frente de Salud de Nueva Habana y en la representante ante este Consejo Paritario.

168. “Había cinco letrinas, pozos negros, para las mujeres y cinco para los hombres por cada manzana. Las familias se turnaban para limpiarlos con cloro, tres veces al día y echarle cal para la desinfección”.

169. “Una manzana estaba conformada por 64 familias y contaba con una ‘miliciana de salud’ (en su mayoría eran mujeres), capacitada en prevención de enfermedades y Primeros Auxilios. Ellas pasaban antes de las 8 de la mañana controlando que ya se hubiesen sacado los tarros (en las noches las familias hacían sus necesidades en tarros o bacinicas) y la basura. No sé si cualquier persona aceptaría que temprano, alguien le golpee la puerta y entre a ver si está limpia o no su casa. En nuestro caso, había sido discutido democráticamente en el directorio y en todas las manzanas y habíamos entendido y tomado conciencia de que en la medida que todos aseáramos íbamos a evitar infecciones para el conjunto”.

170. Mercedes Hortensia Bussi Soto, conocida como “La Tencha”, fue profesora, bibliotecaria y activista chilena y esposa del presidente chileno Salvador Allende.

transformamos en ambulancia: lo acomodamos con una camilla y todo. Fue genial, pues el hospital de cabecera estaba como hora y media en locomoción y, claro, en caso de urgencia no se llegaba.

Nos ganamos nuestro derecho a participar en el Consejo Paritario del Área Suroriente de Salud, en el Hospital de Puente Alto, donde se definían las políticas para la zona. Logramos que un voto nuestro tuviera el mismo valor que el de cualquier profesional de la medicina. Quienes veníamos de las poblaciones sabíamos dónde estaban las necesidades y podíamos ponerlas sobre la mesa, aportando al mejor funcionamiento del sistema y de cada consultorio. Yo, con mi quinto año de preparatoria, me convertí en la Responsable del Frente de Salud de Nueva Habana y en la representante ante este Consejo Paritario. Pude hacerlo porque funcionábamos colectivamente, en equipo.

Desde el Estado, la doctora Elena Gálvez asumió como Directora del consultorio al que, por cierto, llamamos “Che Guevara”. Ella era una profesional y militante del Partido Socialista¹⁷¹ muy respetada en nuestro campamento. Tuvo la misma actitud comprometida con el consultorio de más abajo¹⁷², que era del Partido Comunista, que con nosotros, en que la mayoría éramos del MIR. Junto a su nombre, quiero destacar también el de otros médicos, como Eduardo Carmona, Raúl Díaz, Juan Carlos Menares, Carmen Vergara y Cecilia Jarpa.

A estos se sumaron, estudiantes de medicina, entre ellos Silvia Lagos, Raúl Berlicheski, Claudia (no recuerdo su apellido), Patricia Grau y muchos otros cuyos nombres he olvidado en este momento. Aunque no fue lo común, hubo médicos de derecha que se interesaron y se quedaron con nosotros. Más allá de los nombres –“milicianas”, “Che Guevara”–, que quizás les hacían doler los oídos, se la jugaron por estar ahí hasta el 11 de septiembre de 1973.

Durante la Unidad Popular, la comunidad, lo colectivo era una apuesta de esta sociedad. Esto lo encarnó Nueva Habana no sólo en el tema de salud, sino en cada uno los frentes de trabajo. Como verán, podría hablar días y días sobre esta

171. La adscripción al Partido Socialista de parte de la Dra. Gálvez no es confirmada por otras fuentes. De hecho, ella misma se definió como “allendista” y no como militante de algún partido, información corroborada por su hija en conversación personal de Isidora Salinas y Andrea Pequeño, en Santiago de Chile, junio de 2018.

172. Se trata del Campamento Unidad Popular, ubicado a un kilómetro de Nueva Habana, y que habría replicado las políticas de salud desplegadas en este último. Más allá de las divisiones de partidos, indica Silvia, habría unido esfuerzos en el Consejo Paritario antes mencionado en el texto.

tremenda experiencia. Precisamente a consecuencia de esa participación es que a mí me buscan tras el Golpe de Estado.

En realidad, antes del 11 de septiembre de 1973 todos hablaban de que venía un Golpe, pero verdaderamente nadie quería creerlo. Como militantes del MIR hace rato lo visualizábamos. De hecho, desde agosto nos manteníamos en alerta. En nuestro campamento, por ejemplo, las personas salían a trabajar, pero volvían en cuanto terminaban su jornada y los dirigentes sólo nos ausentábamos en caso de trámites.

El martes 11 de septiembre del 73 comencé a oír bandos militares en todas las radios y, luego, la Radio Magallanes transmitió en vivo: se sentían las bombas caer en La Moneda y después en Tomás Moro. En el campamento, muchos nos abrazamos y lloramos de impotencia, de rabia. Muchos tuvimos ganas de ir al centro, de haber salido a pelear, pero ¿con qué? La ley de Armas dictada por Allende nos había desarmado y había debilitado los cordones industriales. ¡Imposible!

A todo esto, en el país se estaba discutiendo la posibilidad de un plebiscito para solucionar los problemas con la derecha y, así, tranquilizar “los ruidos de sables”¹⁷³. Después nos dijeron que este se concretaría y bajamos la guardia, pensamos que las aguas se calmaban. Pero ¡no! El martes 11 de septiembre del 73 comencé a oír bandos militares en todas las radios y, luego, la *Radio Magallanes* transmitió en vivo: se sentían las bombas caer en La Moneda y después en Tomás Moro¹⁷⁴. En el campamento, muchos nos abrazamos y lloramos de impotencia, de rabia. Muchos tuvimos ganas de ir al centro, de haber salido a pelear, pero ¿con qué? La ley de Armas¹⁷⁵ dictada por Allende nos había desarmado y había debilitado los cordones industriales. ¡Imposible!

173. Esta expresión tiene su origen en la manera en que militares chilenos mostraron su descontento durante la 71ª Sesión Ordinaria del Senado de Chile, el 4 de septiembre de 1924.

174. En la calle Tomás Moro N° 200, en la comuna de Las Condes, se encontraba la Casa Presidencial. El 11 de septiembre de 1973, fue bombardeada al mismo tiempo que el Palacio de La Moneda.

175. Se refiere a la Ley N° 17.798 que establece el control de armas, promulgada el 20 de octubre de 1972.

¿Qué hacer, entonces? Nos organizamos: los jóvenes y los niños del campamento repartieron la leche del consultorio entre las familias de cada manzana.

La televisión y las radios difundían los bandos con instrucciones y con los nombres de los primeros “más buscados”, entre los que estaba Corvalán, Miguel Enríquez¹⁷⁶ y Alejandro Villalobos. Este último, conocido como “Mike”, era nuestro dirigente del campamento y mi pareja sentimental desde hacía poco más de un año.

Luego de oír el primer bando, tipo 6:30 o 7:00 de la mañana, él y un par de personas más se fueron a la agencia que nos vendía los alimentos para el almacén del campamento. Sacaron lo que había en un tremendo camión que él mismo manejó. Lo vimos llegar y no lo podíamos creer. Inmediatamente los milicianos –es un término que usábamos porque éramos muy admiradores del proceso revolucionario de Cuba¹⁷⁷– iniciaron su trabajo: descargar y repartir, los productos según el número de integrantes de cada familia, por ejemplo, si eran tres, se le daba un octavo de aceite, si eran 10, un litro.

Los militares tomaban a las mujeres que andaban con pantalones y se los rompían diciéndoles que deberían usar vestidos, a los hombres que tenían el pelo largo se los cortaban con cuchillos. Pero esto era lo más suave. Todas las poblaciones estaban siendo allanadas, la gente era detenida, sacada a las plazas públicas, desaparecida. En La Legua hubo fusilamiento de familias completas, militantes de partidos de UP o del MIR. Esperábamos que llegaran a Nueva Habana, pues se sabía que ahí estaba el MIR. Mantuvimos el sistema de guardia que habíamos instaurado antes, para cuidar la tranquilidad del poblador y controlar que Patria y Libertad¹⁷⁸ no tuviera posibilidad de entrar a nuestro territorio.

Estuvimos dos semanas en la incertidumbre hasta que apareció el Capitán del Ejército de Puente Alto con un contingente de militares. Traían parafina, arroz, fideos

.....
176. Luis Corvalán Lepe era el Secretario General del Partido Comunista Chileno. Miguel Enríquez Frodden fue fundador y Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR y uno de los militantes más buscados tras el Golpe, a pesar de ello se negó a asilarse. El 5 de octubre de 1974 fue asesinado en un enfrentamiento con la DINA.

177. La Revolución Cubana triunfó el 1 de enero de 1959, derrocando –a través de una guerra de guerrillas– la dictadura de Fulgencio Batista y llevando al poder a Fidel Castro, abogado, militar y político marxista.

178. El Frente Nacionalista Patria y Libertad, fue un grupo paramilitar de extrema derecha nacido en 1971 como respuesta al Gobierno de Salvador Allende y sus políticas socialistas. Luego del intento de Golpe del 29 de junio de 1973, conocido como el “Tanquetazo”, optó por la vía armada y el terrorismo para terminar con la Unidad Popular.

y sacos de azúcar a precios más bajos. Llamó a asamblea: quería demostrar que “no tenían nada en contra de los pobladores”, que habíamos sido “engañados” por delincuentes terroristas del MIR y, dado que “no quería tomar represalias”, esperaba que dijéramos dónde estaban.

Este llamado estuvo también en unos panfletos lanzados desde helicópteros unos días antes. Sin embargo, los dirigentes y militantes dejamos el campamento en cuanto se supo que venía el ejército, porque pensamos que iban a detenernos. Hubo un dirigente que se quedó y que se presentó como tal en la asamblea. Nunca entendí por qué lo hizo, pero lo tomaron preso y lo torturaron.

En los días siguientes yo seguí yendo a trabajar al consultorio, lo hacía por momentos y desaparecía. Sabía que en cualquier minuto podían apresarme. Mientras no cayera detenida, el personal del consultorio me pondría presente en mis funciones. Esto me sirvió después cuando me capturaron, porque les decía: “¡Pero si hasta ayer yo trabajé!”.

Fui detenida por primera vez el 3 de octubre. He analizado mi captura y las de otras personas y creo que cometimos muchos errores. Nunca antes habíamos pasado una dictadura y, a mi juicio, no se entendía la importancia de tomar medidas de resguardos. No teníamos, por ejemplo, casa de seguridad, un lugar a dónde llegar. Chile estaba aterrorizado. Los familiares de uno prendían velas a todas las vírgenes para que no apareciéramos por sus casas. El que te dieran posada involucraba, y la gente tenía miedo.

Ese 3 de octubre caí detenida con mi padre. Cada uno andaba escondido por su lado, pero acordamos encontrarnos en la casa de mi hermana, en San Miguel. A petición de mi papá, ella llamó al único teléfono que había en la población para avisarle a mi mamá que nos veríamos a las 10:00 de la mañana. Mi padre supuso que la compañera que atendía los llamados no nos denunciaría. Lo que él no sabía era que un día antes habían tomado preso al marido, esa

En los días siguientes yo seguí yendo a trabajar al consultorio, lo hacía por momentos y desaparecía. Sabía que en cualquier minuto podían apresarme. Mientras no cayera detenida, el personal del consultorio me pondría presente en mis funciones. Esto me sirvió después cuando me capturaron, porque les decía: “¡Pero si hasta ayer yo trabajé!”.

familia tenía 11 niños, así que no dudó en avisar a los militares como una manera de “salvarlo”. Ahí nos encontraron. Esperábamos a mi madre y, de pronto, sentimos frenar vehículos. Había un patio pequeño trasero y corrí para saltar la reja hacia la casa vecina. No alcancé a cruzarla: Me jalaron del cabello.

Mi padre fue apresado porque me acompañaba. No sabían aún que también era un activo dirigente. Pero, en realidad, a mí no me capturaron por ser una líder del campamento, sino por “Mike”. Asumían que yo les diría dónde estaba. Me identificaban como “la amante” y, en esa condición, me trataron muy groseramente. Que fueran terriblemente machistas, en parte, me sirvió: insistí que era una mujer casada y que vivía con mi marido, aunque estaba separada de hecho del papá de mis hijos hacía unos dos años.

Ese mismo día a las 9:30, había pasado un cura belga a entregarme, en un boleto de micro enrollado, una dirección de casa de seguridad para “Mike”. Lo guardé en mi sostén. Nos subieron a un camión del ejército que tenía unos neumáticos apilados y nos aplastaban la cabeza contra estos. Aproveché las circunstancias para sacarlo y tragármelo. En el trayecto mi papá me dijo: “Hija, nos van a matar”. Después, muchas veces yo pensaría que lo harían.

Primero nos llevaron a la Comisaría de San Miguel y después a Puente Alto. En este último lugar, por desgracia, al mismo tiempo que nosotros llegó la máquina de la corriente: La probaron en nosotros.

Los milicos andaban medios perdidos. Cometieron una serie de errores por la falta de experiencia. El primero de ellos, por ejemplo, fue llevarnos a mi padre y a mí a una misma habitación e interrogarnos juntos. Por las preguntas nos dimos cuenta que no tenían idea de nada. Sin embargo, aplicaban métodos brutales de tortura. Nos ordenaron desnudarnos. Yo ya he vivido años en Suecia y ahí existen campos nudistas y no pasa nada, pero en ese momento yo era tan joven y desvestirme delante de 15 militares y de mi papá fue una humillación muy grande para mí. No me habían tocado, pero ese puro acto ya era horrible.

Los milicos andaban medios perdidos. Cometieron una serie de errores por la falta de experiencia. El primero de ellos, por ejemplo, fue llevarnos a mi padre y a mí a una misma habitación e interrogarnos juntos. Por las preguntas nos dimos cuenta que no tenían idea de nada. Sin embargo, aplicaban métodos brutales de tortura.

Había catres de hierro en el suelo, nos amarraron sobre ellos con las manos y las piernas abiertas y comenzaron a darse gustitos aplicándonos corriente: primero en las piernas y en las manos, después agregaron la boca, los oídos y los órganos genitales. En mis detenciones posteriores viví otras torturas, pero tenía el médico al lado. Me di cuenta, entonces, de lo bestial que había sido esta primera experiencia.

Además, todos preguntaban al unísono y si no respondíamos nos pegaban con las culatas. El 29 de junio de ese mismo año, para el Tancazo¹⁷⁹, yo había sido operada de la vesícula. Todavía tenía la herida y uno de ellos ponía su bota sobre mi estómago y me decía, con un nivel de ignorancia supremo: “Claro, porque estabai embaraza y abortaste”. Tiempo después conversábamos con mi padre y concluíamos que nos ayudó el que todos preguntaran juntos. Era difícil entender y terminábamos quejándonos, sin responder completamente. Bueno, cada uno trataba de no hacerlo mucho para no afligir al otro, pero había momentos en que era imposible. Era desgarrador.

Después de la tortura venía un tipo que hacía el papel de “hombre bueno”. “Ya, chiquilla, habla. Vas a salir más rápido, piensa en tus hijos, en tu pobre mamá”, me decía. Una de las primeras veces le pedí agua y me aconsejó: “No tomes. Si te han dado mucha corriente se te paralizará el corazón”. No sabía hasta qué punto era verdad lo que él decía, pero recuerdo que hasta le agradecí.

Hubo instantes en que, honestamente, no pensé ni en mis hijos ni en mi madre, sino que me preguntaba: “¿Cuánto más podré aguantar?”. Resistí cada cosa que me hicieron. Ahí fui violada por varios uniformados delante de mi papá. Mientras sucedía mi cabeza viajó a otro sitio. Volvía para repetirme internamente: “Es el enemigo el que está haciendo esto” y “¿qué vendrá después?”. Hubo segundos en que pensé en mi padre, en cómo él debía estar sufriendo, lo oí suplicar y llorar para que se detuvieran. No lo consiguió.

En una ocasión también nos hicieron un simulacro de fusilamiento. Nos sacaron vendados. Había perros policiales, pensé que me morderían: sentí muy cerca de mi cuerpo el calor que salía de sus hocicos con cada ladrido. Nos hicieron caminar. A veces nos empujaban y decían: “¡Cuidado que se caen al hoyo!”, tratábamos de esquivar y ellos reían, ¡era mentira!

179. Se conoce como “Tanquetazo” o “Tancazo” a la sublevación militar en contra del gobierno de la Unidad Popular (UP) del presidente Salvador Allende. Ocurrió el 29 de junio de 1973, y fue liderado por el Teniente Coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado N° 2.

En una ocasión también nos hicieron un simulacro de fusilamiento. Nos sacaron vendados. Había perros policiales, pensé que me morderían: sentí muy cerca de mi cuerpo el calor que salía de sus hocicos con cada ladrido. Nos hicieron caminar. A veces nos empujaban y decían: “¡Cuidado que se caen al hoyo!”, tratábamos de esquivar y ellos reían, ¡era mentira!

Nos amarraron de las manos, espalda con espalda, no sé a qué, pero se sentía como un tronco. Nos dejaron de pie. Mi papá, como era más grande que yo, intentaba doblar un poquito sus rodillas para no forzar mis brazos. Y es que después de varios días en los catres era un suplicio juntar las extremidades. Estando en esa posición hicieron el amago de fusilamiento: dieron la orden de alistar las armas, pasaron balas y, seguidamente, oí: “¡Disparen, ya!”. Prometo que sentí correr sangre caliente en mi pecho. Sobre la misma, mi papá movió los dedos. En ese segundo pensé: “¡Qué raro!,

estoy igual que como estaba en la tierra”. Yo ya me creía muerta. Hoy puedo sonreír recordando esto, pero en ese minuto estaba devastada.

Ahí mismo, había una especie de estación de ferrocarril y vagones de trenes. Nos metieron en uno de ellos. Salíamos recién de la tortura, los compañeros y las compañeras que ya estaban dentro se acomodaron para que pudiéramos tendernos. No podíamos sostenernos en pie. Había otras dos personas tiradas en el suelo, como nosotros. Esa primera noche hubo un temblor muy fuerte. El vagón se movía bastante y la gente comenzó a desesperarse, a gritar.

Nos dispararon desde fuera, por las rendijas de las pequeñas ventanillas. Algunos cuerpos cayeron encima nuestro, y no teníamos espacio alguno para movernos o cambiar de posición. Estaba oscuro, no veíamos, así que no sabíamos si se habían desmayado o les había alcanzado una bala. Por fortuna, no se trató de esto último.

Al otro día, creo, nos sacaron a todos. Nos dieron la instrucción de ponernos de “guata”¹⁸⁰. Había unas niñas bolivianas que no entendían la orden, porque desconocían el término: “Así que se vienen a hacer las valientes”, le dijeron. Trajeron unos baldes con agua y, mientras se la lanzaban, les gritaban burlescos: “¿Así que

180. Término derivado del mapuche y usado en el lenguaje coloquial chileno como equivalente a “vientre”.

querís mar?”¹⁸¹. Luego, estando de pie nos pusieron frazadas encima. Eso también lo hicieron en el Estadio.

Había sol y el calor me sofocaba, mis rodillas se doblaban y venían los culatazos. No sé si ese mismo día u otro, hicieron sentar a mi papá en una esquina y a mí, sola, cruzando las piernas frente a un tipo: él empezó a pasar las manos en el suelo y a mirarme moviendo la lengua, chupándose los labios y los dedos en gesto sexual. Me llamaba a su lado. Yo estaba paralizada. Se lo permitían, por eso creo que era alguien del mismo ejército.

Creo que nos tuvieron ahí en Puente Alto unos 10 días. La verdad no lo recuerdo con exactitud, porque después de tres días de tortura empecé a perder la noción del tiempo. Además, no distinguían entre día y noche. Desde ahí, varios fuimos trasladados al Estadio Nacional en una micro. Nos sentamos juntos y esposados con mi padre. Otra prueba de que no sabían bien lo que hacían, porque después ni siquiera te permitían pasar cerca del pariente o de la persona conocida.

La llegada al Estadio fue sumamente triste. Frente a una mesa donde tomaban los datos, formaron una fila de hombres y una fila de mujeres. De Puente Alto habíamos partido sólo cuatro mujeres. Llamaron a mi papá, le preguntaron el nombre y no sé qué más, pero se devolvió rápidamente a la fila. Después tocó mi turno. Me preguntaron cómo se llamaban mis padres, mis abuelos, hermanos, mientras lo hacían miré de reojo la ficha de mi papá que estaba encima. Tenía un escrito atravesado: “Debe ser fusilado”. Volví a mirarla, comprobando. Tenía que responder a las preguntas, pero estaba en *shock* y la voz se me perdía. Al volver a la fila me acerqué lo más que pude a él: “Lo van a fusilar”, le dije. “Uno entró en esta lucha y sabía qué podía pasar”, me respondió. Sacó un pañuelo ensangrentado y me lo estiro rozando mi mano: “Dáselo a tu mamá, dile que la he querido, que ha sido buena compañera, que me perdone lo sufrido”. Apretó brevemente mis dedos. Mis lágrimas corrían incontenibles.

Nos separaron. A mí me llevaron al Camarín Norte, que estaba más cerca de la puerta de Grecia. Cuando llegué ahí vi gente conocida, entre ellas: Elena Gálvez¹⁸²,

.....
181. Chile y Bolivia mantienen un conflicto que data de la Guerra del Pacífico, iniciada en 1879, donde Chile anexó territorio originalmente de Bolivia, dejando a este último sin salida al mar.

182. La doctora Laura Elena Gálvez estuvo detenida en el Estadio Nacional y luego también pasó a la Correccional de Mujeres.

La doctora Elena,
además de ser
hermosa, era una
mujer increíble:
Discutía las
condiciones en que
estábamos. Realmente
no sé cómo ella salió
viva de ahí, porque
lideró a las mujeres del
Estadio y confrontó a
los militares. A mí me
advertía que yo no
abriera la boca ¡Y tenía
toda la razón!

la doctora que dirigía el Consultorio de Nueva Habana¹⁸³; Rosa González (pareja en esa época de Víctor Toro¹⁸⁴ y dirigente de La Bandera); Nerina (no recuerdo su apellido) y Herminia Concha¹⁸⁵ (de Recoleta).

A Elena Gálvez la tenían en un lugar al lado del Camarín, con dos o tres más, porque jeran clasistas los milicos!, hacían diferencias. Nosotras, por ejemplo, muchas veces dormíamos dos en una misma colchoneta, delgadita. A ellas, en cambio, les tenían unos catres como de campaña. Las trataban como a doctoras, como correspondía, mientras que “perras”, “putas” era lo más suave que nos decían a nosotras, por lo menos en mi experiencia. Yo no sé si a ella la dejaron llevar ropa –¡siempre andaba tan bonita!–, pero yo y muchas otras sólo teníamos lo puesto, ni

siquiera un calzón de muda. Era una tragedia cuando nos venía la menstruación: ¡No teníamos paños higiénicos! Lo resolvíamos con las duchas y papel.

La doctora Elena, además de ser hermosa, era una mujer increíble: Discutía las condiciones en que estábamos. Realmente no sé cómo ella salió viva de ahí, porque lideró a las mujeres del Estadio y confrontó a los militares. A mí me advertía que yo no abriera la boca ¡Y tenía toda la razón! Cuando recién la vi, le conté que iban a fusilar a mi papá, ellos se conocían de muchos años antes. “A lo mejor le va a

.....
183. El Campamento Nueva Habana surgió a raíz de una toma de terreno impulsada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR en 1970 como parte de la estrategia de poder popular asumida por esta orgánica.

184. Sobre Rosa González no encontramos mayor información, Víctor Toro era jefe del Campamento 26 de enero y miembro del Comité Central del MIR. En algunos documentos es reconocido como el primer dirigente popular de alcance nacional.

185. Herminia Concha fue dirigente de la población La Pincoya, en Huechuraba, donde impulsó la organización de los “Sin Casa” y, junto a 17 compañeras, una Posta de Primeros Auxilios. Junto a Víctor Toro habrían formado el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR), unos de los frentes de masas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Tras el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, Herminia sufrió la prisión y posteriormente salió al exilio a Suecia. Poco tiempo después viajó a Nicaragua. A inicios de los 80 retornó a Chile a reinstalarse en La Pincoya donde continuó con el activismo. Falleció el 6 de junio de 2009.

tocar al viejo, pero aquí están pasando cosas extrañas, chica, es difícil saber qué sucederá”, me tranquilizaron sus palabras.

Estando ahí conocí a una señora, creo que era profesora y tenía una forma muy bonita de tratar a las personas. Me recuerdo también que había una señora alemana, de unos 45 años, y que parece que hablaba muy poco español. Me impresionaba que siempre estuviera solita. Nos daban permiso para salir al patio, en el que estaba la piscina, y podíamos caminar, estirar las piernas, pero ella no salía. Tampoco dejaba el camarín para la comida. Nunca la vi hablar con nadie. Había, además, unas chicas bien jovencitas que eran de una fábrica. Las maltrataron bastante, porque pensaban que tenían información y no querían hablar y el problema era que las pobres no sabían nada.

Nosotras, las que nos
habíamos visto de antes,
hacíamos como que no
nos conocíamos. Había
desconfianza ahí, recelo, nadie
hacía muchas preguntas.
Quienes realmente éramos
militantes no nos identificamos
como tales. Yo, por ejemplo,
ni siquiera dije que era
allendista.

Nosotras, las que nos habíamos visto de antes, hacíamos como que no nos conocíamos. Había desconfianza ahí, recelo, nadie hacía muchas preguntas. Quienes realmente éramos militantes no nos identificamos como tales. Yo, por ejemplo, ni siquiera dije que era allendista. En esto le hice caso a un tupamaro¹⁸⁶ que había estado por mi campamento antes del 11 de septiembre. Él decía que el Golpe estaba encima y no estábamos preparados. Me aconsejó que, si me detenían y quería salvar

la vida, no hiciera consignas de militante ni me pusiera arrogante diciendo que era revolucionaria. “Silvia, tú eres una mujer pobladora, has tenido poco estudio, trátalos a ellos de señor, nunca les digas ‘hijos de puta’, muestra ignorancia, bajo perfil. ¡No te vayan a dar ganas de empezar a organizar gente ahí!”, me instruyó. Seguí sus consejos y quizás por eso estoy viva.

.....
186. Tupamaros alude a integrantes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros de Uruguay que se fundó en 1965, y adscribió a la lucha político militar como parte de la Nueva Izquierda. En junio de 1973, tras el Golpe en Uruguay, parte de esta militancia se refugió en Chile donde todavía gobernaba Salvador Allende, y a muchos les tocó vivir el Golpe de Estado de septiembre del mismo año.

Teníamos una guardia que era del norte. Me quedó el recuerdo de que fueron muy humanos, empezando por el teniente a cargo a quien terminamos llamando “El Papi”¹⁸⁷. Era algo mayor e iba a las casas a dejar información de nosotros porque, a todo esto, las familias no sabían nada. Recuerdo que en ese período también estaban detenidas las hermanas Palestro¹⁸⁸, les habían confiscado una camioneta y “El Papi” se las rescató.

Ahí en el Estadio también había un militar de apellido Allende, no recuerdo su grado, pero mandaba más que “El Papi”. Los familiares se paraban cerca de la reja y lanzaban cositas para nosotras, como cigarros, una frutita, y él nos permitía ir de a una, corriendo agachadita, a tomar el paquete. Luego veíamos para quién era. Un buen día estábamos en eso y viene el coronel Espinoza, un viejo que tenía una barbilla y que era el encargado de todo el Estadio. Nos castigó a nosotras y a toda la guardia. Después de eso la cambiaron¹⁸⁹.

El último día de la guardia del norte, las detenidas le escribimos un verso a la señora de “El Papi”: “La calidad humana de su marido...”. Elena Gálvez¹⁹⁰ fue la primera en escribir y la que nos inspiró. No me acuerdo de dónde apareció papel, pero todas le agradecimos. Incluso le firmamos el casco, así, con letras chiquitas.

187. “El Papi” corresponde al Suboficial encargado del Regimiento de Antofagasta. Rolando López, quien es recordado por la naturaleza humana que él y los conscriptos a su cargo tuvieron para con las mujeres detenidas en el Estadio Nacional.

188. Se refiere a Sandra y Sonia Palestro.

189. Otras entrevistadas han mencionado que las guardias se asignaban por un tiempo determinado (dos a tres semanas, por ejemplo), de manera que no se establecieran vínculos con las personas detenidas.

190. Este mismo hecho es relatado por la doctora Elena Gálvez: “Una de las personas con las que yo dormía era una niñita de 20 años, que venía de Arica. Fue muy castigada, muy golpeada cuando recién llegó [...]. Bueno, pero esta niñita, conversaba con el teniente, que era el jefe de la guardia [...]. Ella tenía 20 y él 21, entonces se enamoraron los dos. En la noche el teniente venía, ponía llave a la reja, entonces ella me decía: ‘Elena, me das permiso para conversar un ratito’. Bueno, le decía yo, pero no mucho rato. Entonces estaba la puerta cerrada, el teniente le había puesto llave y ella se colocaba aquí, en este pedacito, y aquí pololeaban, a través de la reja, [...] y después de un rato se entraban, se despedían. El a todo esto fue a visitar a los padres de ella y después él se retiró del ejército. Pero fue un amor así, se enamoraron, cosas que pasan”.

Había una niña que se enamoró de un militar y que Elena la dejaba salir un ratito a la puerta del Camarín para que estuviera con él¹⁹¹. Después supe, por otra gente que la había visto, que se habían terminado casando.

Yo jamás me imaginé que iba a salir del Estadio. Llegué ahí a mediados de octubre y me dejaron en libertad unos días antes que lo cerraran, no recuerdo el día exacto. Lo que sí me quedó grabado es que el 18 o 19 de noviembre fue un día muy duro de tortura. Nos llevaron a casi todas las que éramos dirigentes de poblaciones. Todas quedamos mal, pero la Herminia Concha salió con la cara deformada por los golpes.

El general Espinoza nos había advertido que no podíamos denunciar maltrato, ni cosas como que, algunas veces, las comidas venían fermentadas, pero se llevó una sorpresa: las mujeres que habíamos sido interrogadas días antes aún teníamos las huellas en nuestro cuerpo y una compañera mayor se sacó la ropa y encaró directamente a un uniformado.

Como dije antes, la violencia física se acompañaba de insultos horribles, de un vocabulario machista, grotesco. Todo era “puta”, sacar la madre era como lo más suave. El trato que se nos dio fue inhumano. No voy a detallar porque creo que hay bastante sobre las torturas, pero si quiero resaltar que muchas estábamos en condiciones de que nos sacaran en camilla. El lugar en que nos torturaban quedaba lejos del camarín, pero queríamos que los compañeros que estaban en las galerías nos vieran caminando y resistiendo: Al pasar, aun algunas levantamos el brazo izquierdo como saludándonos.

En esos días, además, entró la Cruz Roja Internacional. Nos pasaron más colchonetas e incluso una cocinilla con algo para calentar

191. Este mismo hecho es relatado por la doctora Elena Gálvez: “Una de las personas con las que yo dormía era una niña de 20 años, que venía de Arica. Fue muy castigada, muy golpeada cuando recién llegó [...]. Bueno, pero esta niña, conversaba con el teniente, que era el jefe de la guardia [...]. Ella tenía 20 y él 21, entonces se enamoraron los dos. En la noche el teniente venía, ponía llave a la reja, entonces ella me decía: ‘Elena, me das permiso para conversar un ratito’. Bueno, le decía yo, pero no mucho rato. Entonces estaba la puerta cerrada, el teniente le había puesto llave y ella se colocaba aquí, en este pedacito, y aquí pololeaban, a través de la reja, [...] y después de un rato se entraban, se despedían. El a todo esto fue a visitar a los padres de ella y después él se retiró del ejército. Pero fue un amor así, se enamoraron, cosas que pasan”.

agua. El general Espinoza nos había advertido que no podíamos denunciar maltrato, ni cosas como que, algunas veces, las comidas venían fermentadas, pero se llevó una sorpresa: las mujeres que habíamos sido interrogadas días antes aún teníamos las huellas en nuestro cuerpo y una compañera mayor se sacó la ropa y encaró directamente a un uniformado. Le dijo: “Te reconozco la voz, mira cómo me dejaste y yo podría ser tu abuela”. Luego, también las otras mostramos nuestros cuerpos. Al

general Espinoza le tiritaba la barbilla, pero no podía hacer nada en ese momento. Después nos castigó. Tuvimos que quedarnos encerradas en los camarines, no recuerdo cuántos días, y no pudimos salir a tomar un ratito de sol.

Usualmente en el camarín, para que no se bajara la moral, tratábamos de cantar despacito, sobre todo cuando estaba “El Papi”. ¡Si hasta entonábamos canciones de protesta! Sin embargo, cuando era un día en que había habido tortura nadie metía bulla. En esas circunstancias, nos dejaban la colchoneta para dormir solita y nos ponía frazadas. Además, cada una había guardado una partecita de algo de la comida para compartirlo. Estando así, lo único que uno quería era tomar un té o alguna cosa y las compañeras usaban mañas para dejarnos un poquito. Elena Gálvez se encargaba de atendernos. Había otra doctora también, pero a Elena todas le teníamos confianza.

Entre las presas había una persona que estábamos convencidas que era espía. Le llegaban paquetes por intermedio de los militares con chocolates, el famoso turrón del norte, frascos de aceitunas de Azapa, y así. Se notaba que era “hija de papá”. Había otras que también lo eran, la diferencia estaba en el compromiso que tenían. Además, no era casualidad que fuera la que creaba tensiones entre las presas: decía cosas como, por ejemplo: ¿Te fijaste cómo te miró fulana?, o ¿te diste cuenta que salió del baño cuando entraste? Entonces, le fuimos poniendo ojo.

Un día yo y otras dos compañeras nos organizamos para expropiarle la comida que tenía guardada: una se encargó de distraerla afuera y las otras dos sacamos

Entre las presas había una persona que estábamos convencidas que era espía. Le llegaban paquetes por intermedio de los militares con chocolates, el famoso turrón del norte, frascos de aceitunas de Azapa, y así. Se notaba que era “hija de papá”. Había otras que también lo eran, la diferencia estaba en el compromiso que tenían.

las cosas. Luego, lo repartimos. Nadie sabía de dónde o quién lo había hecho. Yo tenía cercanía con algunas, a las que –como no quiere la cosa– persuadí para que no denunciaran, mis otras dos cómplices hicieron lo mismo con otras mujeres. ¡Fue muy bueno! Ella reclamó y algunas de las compañeras le replicaron: “¿Qué te crees?, ¿qué somos ladronas?”. Nosotras, agregábamos: “Se cree que porque venimos de población...”, en esos contextos siempre usábamos la palabra “dignidad”. Por suerte, no nos acusó y nadie dijo nada, pero después casi no salía del camarín. Posteriormente, ella misma empezó a acercarse y a decirnos que sufría: “Mi mamá llora mucho”.

Pero mi mamá también lloraba por mí y yo estaba sin zapatos. Me los habían quitado al entrar al Estadio porque pensaban que ahí tenía información. A través de “El Papi” pude avisarle a mi mami que intentara llevarme un par. Y ella, mi pobre vieja, me lleva unas chalitas plásticas y las tira por la reja. Uno de los soldados se acercó y revisó el paquete con la parte filuda de la bayoneta y las cortó. Todo el tiempo en el Estadio me lo pasé a pies pelados. Los días que yo menstruaba me tomaba toda la frialdad.

Mientras estuve ahí pasaron algunas cosas extrañas. Por ejemplo, los militares fueron un día al camarín preguntando quién sabía escribir a máquina, en ese tiempo no había computadoras. Fueron a pedir gente que les ayudara con las fichas, al menos unas cuatro chicas jóvenes aceptaron. A algunas esto nos pareció sospechoso, pero Elena Gálvez nos dijo que no pensáramos que eran “sapitas”: “Esto milicos no saben hacer las cosas y necesitan alguna ayuda técnica”, decía.

Aprovecho esta parte, para contar que en el Estadio nos identificaban con una letra según la “peligrosidad” de cada una. Yo estaba dentro de las amenazadoras, porque venía del campamento Nueva Habana. A esas alturas sabían y me habían empezado a torturar por mi rol en la población. Entonces, Elena, yo y unas cuantas estábamos convencidas de que nos iban a mandar a campos de concentración. Para los hombres existía Chacabuco¹⁹², pero ¿qué iban a hacer con las mujeres? La medida fue el traslado a La Correccional.

Como ya dije, nunca pensé que me darían la libertad. Como a las 11 de la mañana me mandaron a buscar mis cosas, pero yo no tenía absolutamente nada. “Llévate

192. El Campo de Prisioneros Chacabuco, “fue uno de los más grandes del país”. Estaba ubicado en la Oficina Salitrera Chacabuco, a unos 110 kilómetros de Antofagasta. Funcionó desde inicios de noviembre de 1973 hasta abril de 1975. Era sólo de hombres. Albergó “a unos mil presos políticos”.

Nunca pensé que me darían la libertad. Como a las 11 de la mañana me mandaron a buscar mis cosas, pero yo no tenía absolutamente nada. “Llévate este recuerdo”, me dijo con burla un milico y me tendió un pedazo de frazada. Lo tomé y lo doblé. Después decía: “¿por qué no la boté?” La verdad, es que en ese momento a mí se me rompieron todos los esquemas: No esperaba salir viva.

este recuerdo”, me dijo con burla un milico y me tendió un pedazo de frazada. Lo tomé y lo doblé. Después decía: “¿por qué no la boté?” La verdad, es que en ese momento a mí se me rompieron todos los esquemas: No esperaba salir viva. Como a las 11:30 o 12:00, quizás, dejé el Estadio. Una compañera me pasó sus chalas que eran como dos números más grandes y alguien me dio unos elásticos para que las sujetara. No tenía plata para la micro. Como siempre había muchas personas esperando afuera, por si encontraban sus familiares, me acerqué –con el pedazo de frazada bajo el brazo– a una señora. Le conté que venía saliendo. Ella buscaba a su hijo, así que no la puede ayudar con información de si él estaba o no adentro. Ella me pasó más dinero del que yo necesitaba para el pasaje y agregó: “Llévelo, porque uno nunca sabe”.

Yo iba recién bañada, porque nos permitían usar las duchas, pero llevaba la misma ropa de hace más de un mes. Me fui a la casa de mi mami, en la población, porque no tenía otro sitio. Llegué allá y encontré a mi hija con la cara hinchada y dolor de muelas. Me cambié de ropa y la llevé al consultorio. Como quería ver a la gente atravesé por las calles internas. En el camino, muchas personas tenían miedo hasta de mirarme, pero también hubo quienes salieron a abrazarme. En el consultorio, mis compañeras de trabajo fingieron no reconocirme, pero apenas el director se fue a otra oficina se me acercaron. Atendieron a mi hija y volví a casa. Todo fue muy rápido, habré demorado alrededor de una hora y media.

Cerca de las tres de la mañana nos despertamos con el ruido de autos y con luces sobre la casa. Nos estábamos enderezando de las camas y ya abrían la puerta a patadas. De Puente Alto me iban a buscar de nuevo. Según ellos, yo llegué a agitar las aguas: aparecieron varias murallas rayadas con consignas del MIR y panfletos. En mi defensa, alegué que sólo había llevado a mi hija al dentista: “No me detuve a hablar con nadie, porque las personas no querían hablar conmigo”, dije.

De todos modos, me llevaron. Tenía miedo, porque ahí, ya sabía yo, eran brutos, brutos. Pierdo un poco la noción del tiempo, pero creo que me tuvieron retenida unos tres días. Ya no me interrogaban solo por “Mike”, sino por mi militancia en el MIR, mi dirigencia en Nueva Habana, mi actividad en salud. Uno de los torturadores me dijo: “Te gusta el hotel nuestro, ¿no?”, “te gustó cómo te tratamos”. Yo pienso que me decían eso porque ahí fui violada. Comienza, entonces, todo de nuevo: amarrarme en el catre, ponerme corriente, en fin.

Desde ahí me trasladaron a La Correccional de Mujeres, donde creo que estuve parte de diciembre y hasta mediados de marzo, aproximadamente.

Durante 21 días me tuvieron en aislamiento en una celda muy, muy chiquita. Según la monja, me dejaban ahí para “reflexión”. Había una sola silla y no había cama. En la mañana me sacaban al baño y me daban un vaso de agua con un pan. Exactamente lo mismo se repetía en la tarde.

Me di cuenta que, en las tardes, las detenidas le rezaban a una virgen que había ahí. Yo no era religiosa, pero pensé: “Si le digo que quiero salir a rezar, a lo mejor, estoy un ratito afuera”. Reflexione sobre mi inconsecuencia, pero me ganó la parte humana, la necesidad de tomar un poco de aire, un poco de sol. La monja era italiana y era muy reaccionaria: Para ella todas las que estábamos como presas políticas éramos comunistas. Y ella, obviamente, odiaba el comunismo. Aunque no estaba muy convencida de que yo fuera creyente, me autorizó a salir dos veces a la semana, 15 minutos cada vez. Mientras yo rezaba se ubicaba cerca ¡Yo fingía estar tan contenta! Como no sabía las plegarias, iba un poco más atrás, repitiendo lo que las demás decían.

La celda tenía una puerta con una pequeña rejilla en la parte alta. Esa era la única entrada de luz, así que estaba casi a oscuras. A ratos me vencía el sueño. Alguna vez encontré restos de cigarros y palitos de fósforos en unos hoyitos que había en la pared. Seguro que otras mujeres que estuvieron antes los dejaron ahí. Estaba sola, no tenía noción del tiempo y aprendí a fumar. Daba una o dos aspiradas y lo guardaba. Yo no sé si alguna de las otras presas políticas habrá pasado dinero, pero las gendarmes, cuando no estaba la monja, también me dejaban cigarros y fósforos. Después me contaron las compañeras que ellas tenían una muy buena relación con las vigilantes y estas les hacían “gauchadas”¹⁹³. En realidad, era más fácil lidiar con nosotros que con las presas comunes del otro patio, en donde muchas veces se armaban peleas.

.....
193. Se refiere a favores.

Siempre he tenido la costumbre de sacarle la miga al pan y de comerme sólo la cascarita. Estando ahí en la celda, lo hacía y caían restitos al suelo. Un día, recuerdo, vi un par de lucecitas pequeñas. No sé si era laucha o ratón, pero me sentí acompañada. Yo creo que el animalito se dio cuenta que no lo rechazé.

Siempre he tenido la costumbre de sacarle la miga al pan y de comerme sólo la cascarita. Estando ahí en la celda, lo hacía y caían restitos al suelo. Un día, recuerdo, vi un par de lucecitas pequeñas. No sé si era laucha o ratón, pero me sentí acompañada. Yo creo que el animalito se dio cuenta que no lo rechazé. Después le tiraba miguitas y como que nos hicimos amigos: Le conversaba. “¿Me estaré volviendo loca?”, me pregunté.

Me acuerdo también que una vez la gendarme fue a trabajar con su guaguíta de tres meses. Y ese bebito lloraba sin parar. Le hice sonar mi puerta, que era de

fierro. Le dije que había trabajado en Control de Niño Sano y le empecé a hacer preguntas. Le pedí que me dejara verlo. Abrió y lo acercó a mí. Le toqué los oídos y el bebé dio un grito horrible. Le recomendé que le echara unas gotitas de leche materna calentita en el oído y luego le pusiera unos algodoncitos y algo que le diera calor, un gorrito o la mantilla amarrada. Lo hizo y como a los 20 minutos se le quedó dormido. Ella me tomó un aprecio enorme. Cada vez que la monja se iba a dar clases, me abría un poco la puerta. Eso sí, yo debía hacer como que iba al baño, por si alguien me veía y le contaba a la monja. Para mí, cada rayito de luz, de sol era un milagro que ocurría. Siempre me gustó el sol, pero desde ese encierro lo adoré.

Justo cuando cumplía 21 días de aislamiento llegó un profesor de leyes con su grupo de alumnos. Por suerte no estaba la monja y tenía turno la gendarme que me estimaba. Le preguntaron si había prisioneros políticos en esa sección y ella respondió que sí. Pidieron verme. Ella puso una mesa, un par de sillas y me sacó. Conversamos como dos horas: les dije que no sabía nada de mis dos pequeños y de mi mamá, que mi papá estaba preso y no sabía dónde; y les conté todo lo que había vivido en las detenciones. Lloré bastante. Primero, porque me dio así, tenía mucha pena, era primera vez que podía conversar tranquila; y un poco también porque pensé: “Quizás se impresionen más y me ayuden”. Pero, realmente yo estaba en una situación bien terrible, aislada del mundo de todas las maneras posibles. En eso llegó la monja, el profesor se presentó, pero ella me mandó a encerrar inmediatamente. Uno de los estudiantes le dijo que estaba contraviniendo los tratados y que tenían un registro de las condiciones en que yo estaba. Ella

Quando estaba en La Correccional mi madre, por medio del Comité Pro Paz , logró que me pusieran abogados. Y es que me detenían en un lado y otro, me torturaban y no me pasaban nunca a Fiscalía. Llegar ahí era vital, pues quedaba establecida mi calidad de prisionera política. Finalmente, ellos lo consiguieron.

respondió que recibía órdenes. La cosa es que a los dos días de esto me envió al patio de las presas políticas, con libre plática. Esa Comisión lo posibilitó.

En el patio creo que había como unas 80 presas políticas, o quizás un poco más. Ahí era otra vida: no nos torturaban. Nos reencontramos con Herminia Concha, vi a María Emilia Tijoux¹⁹⁴ y Nieves Ayress¹⁹⁵. Había otras compañeras que venían del Estadio, pero no eran muchas las que yo conocía. Allí nos daban permiso para ver dos horas televisión. Había un pedazo grande de tierra y salieron algunas propuestas para cultivar verduras que sirvieran para nosotras mismas. Sin embargo, hubo quienes

argumentaron que era trabajar gratis para la dictadura. En realidad, a mí me parecía una forma de terapia y lo cultivado nos iba a servir bastante.

Quando estaba en La Correccional mi madre, por medio del Comité Pro Paz¹⁹⁶, logró que me pusieran abogados. Y es que me detenían en un lado y otro, me

194. María Emilia Tijoux, figura también en el listado de mujeres detenidas en el Estadio Nacional.

195. Nieves Ayress al momento de ser detenida estudiaba Artes y Periodismo en la Universidad de Chile y era militante del MIR. Fue llevada al Estadio Nacional, donde estuvo presa, en aislamiento, alrededor de dos semanas. Luego, fue detenida nuevamente y llevada al centro de tortura Londres 38 y desde ahí trasladada, en febrero de 1974, a Tejas Verdes. En abril de 1974 pasó a la Cárcel de Mujeres y luego a Tres Álamos. Permaneció presa hasta diciembre de 1976, cuando fue expulsada del país.

196. El Comité de Cooperación para la Paz en Chile, nació el 6 de octubre de 1973 como respuesta de los representantes de las iglesias católica, evangélicas (Metodista, Bautista, Evangélica Luterana, Ortodoxa y Metodista Pentecostal), de la comunidad israelita y del Consejo Mundial de Iglesias, para ayudar a quienes estaban viviendo violaciones a los derechos humanos cometidas en Chile tras el Golpe Militar del 11 de septiembre de 1973. La Comisión, de carácter ecuménico, fue presidida por Monseñor Fernando Ariztía Ruiz y dirigida por el sacerdote jesuita Fernando Salas y “dio asistencia jurídica, económica, técnica y espiritual” a quienes “sufrían persecución política”. Su departamento de asistencia a los familiares de detenidos desaparecidos, atendió a 8.718 personas en sus dos años de vida. “La acción emprendida por esta institución provocó un profundo malestar en las altas esferas políticas de la dictadura militar”, de modo que el 11 de noviembre de 1975, Augusto Pinochet mediante carta dirigida al Cardenal Raúl Silva Henríquez solicitó su disolución, llevando al fin de la institución.

torturaban y no me pasaban nunca a Fiscalía. Llegar ahí era vital, pues quedaba establecida mi calidad de prisionera política. Finalmente, ellos lo consiguieron. Me llevaron a la Fiscalía que quedaba por ahí por Alameda, muy cerca de la UNCTAD¹⁹⁷. Salí libre de cargos en las acusaciones de salud.

Una vez afuera de esta oficina, los abogados me indicaron que tomara la micro en la vereda de enfrente. Nos despedimos. Voy cruzando la Alameda, se detiene una camioneta y me suben. Eran de la FACH, que en ese tiempo lo conocíamos como el AGA¹⁹⁸. Me obligaron a agachar la cabeza. No vi el camino, pero era lejos. Llegamos a un lugar que era campo, no se veían casas ni nada cerca. Ahí, se supone, estaban los especializados en el MIR. Me ubicaron en una sala llena de camitas chicas, como en un subterráneo que tenía unas ventanitas poco más arriba que el nivel de la tierra. Me dejaron ahí sola, sentada en una silla, sin decirme nada. Pasó mucho rato: “de aquí ya no salgo, ahora sí que no”, pensé mientras me mordía las uñas.

Se abrió una puerta. Miré de reojo, porque estaba con la cabeza abajo, caída. Reconocí al dirigente de la Comisión Política del MIR que traían¹⁹⁹. Venía mal, la mandíbula se le caía, se sujetaba los pantalones, se notaba que salía de la tortura. Me dieron ganas de ir a abrazarlo, pero no podía. Le preguntaron a él: “¿Esta es la amante del ‘Mike’?”. “No sé”, dijo. Le pegaron. Yo hice un gesto con las manos al tiempo que decía: “¡Hasta cuándo!, ¡hasta cuándo van a seguir con eso!”. Lo hice para que él supiera que yo no había hablado. Siguieron: “¿La conocí?”. “Sí”, dijo. Cuando afirmé, sentí que mi estómago se achicaba. Y agregó: “A esta señora la conocí en el policlínico. Una noche que tenía mucho dolor de estómago, ella estaba de turno y me dio sulfa”. Cuando me trató de señora –y no de compañera– sentí alivio. En esos tiempos, pequeñas cosas funcionaban como códigos. Me preguntaron si yo lo conocía. Respondí que pasaba tanta gente por el consultorio que era imposible retener los rostros. Ahí yo aproveché de enviarle un mensaje a él. Y agregué: “Además, como mi marido no me deja meterme a ninguna cosa”. Luego de esto lo sacaron de la habitación y me interrogaron a mí sola.

.....
197. La UNCTAD corresponde actualmente al Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM). Fue construido en el periodo de gobierno de la Unidad Popular convocando a miles de voluntarios que lograron terminarlo en solo 275 días y fue sede de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo.

198. Academia de Guerra Aérea AGA lugar donde se torturó tras el Golpe de Estado en Chile.

199. Creemos que podría tratarse del dirigente poblacional Víctor Toro, quien en abril de 1974 fue detenido y torturado en la AGA.

Había asuntos que sí tenía que reconocer, por ejemplo, que hacía guardia en el campamento. Jugaba mucho con la idea de que me iban a expulsar porque no participaba en las reuniones, que mi marido me controlaba y no le gustaba que conversara con otra gente. Pero también había otras preguntas más delicadas, y ahí comenzaban a golpearme con las culatas, incluso quedé con una costilla fracturada. En ese lugar también me hicieron lo que ellos llamaban “el submarino”: te cubrían la cabeza con unas bolsas plásticas negras y te la hundían en el agua. La bolsa se pegaba a la cara y casi no podías respirar. Yo pensé que me daría un ataque al corazón.

Yo no sé cuánto tiempo me tendrían en la tortura más cruda, pero me acuerdo que me sacaron de esa pieza y me llevaron a otra donde estaba un tipo que le decían “El manchita” o “El manchao”. No me acuerdo del nombre, pero tenía un lunar grande o una mancha medio morada en la cara. Me colocaron la venda cuando iba a empezar a torturarme, sin embargo, lo vi al llegar. En esa ocasión me hicieron tonterías, como empujarme para que caminara rápido, decirme que diera la vuelta y chocara con las murallas, cosas ridículas que les causaban risas. Ahí me deben haber tenido un par de días. Me dejaron en libertad y me dijeron: “vas a tener que ir a firmar todos los domingos a Puente Alto”. La sola mención de Puente Alto me puso los pelos de puntas.

En esa ocasión me hicieron tonterías, como empujarme para que caminara rápido, decirme que diera la vuelta y chocara con las murallas, cosas ridículas que les causaban risas. Ahí me deben haber tenido un par de días. Me dejaron en libertad y me dijeron: “vas a tener que ir a firmar todos los domingos a Puente Alto”. La sola mención de Puente Alto me puso los pelos de puntas.

Uno de ellos me sacó en un Jeep. En el camino pasamos por unas máquinas, parece que eran para arar, porque era un campo grande, y tenían varios dientes. Se detuvo: “Me estoy arrepintiendo de llevarte, creo que te voy a pasar por esa máquina primero”, me dijo. Lo miré y me comí las ganas de contestarle. “Te dio miedo”, siguió. Tampoco respondí. Retomó la ruta. Me dejó en un lugar en que pasaba locomoción. Tuve la intención de decirle que no tenía plata para la micro, pero al segundo pensé que era una tontera. No tenía idea dónde estaba. Vino una micro y me subí. Tenía mi ropa ensangrentada. “Tengo que llegar a La Florida, pero no tengo plata”, le dije al chofer. Me dio miedo decirle que iba al Campamento Nueva Habana. Creo le di lástima, porque me dijo: “síntese aquí muchacha”, y

apuntó a un asiento cerca de él. Estábamos lejos, pero me dejó en un cruce donde pasaba una liebre que me servía y me dio dinero para el pasaje. Llegué a La Florida, territorio conocido para mí.

Otra vez estaba de vuelta en el Campamento. Luego de la primera noche, intenté buscar otro sitio donde quedarme. Sin embargo, luego pensamos con mi mamá que sería peor si yo me iba a la clandestinidad. Me habían amenazado alguna vez con llevársela a ella. Yo estaba con arresto domiciliario, pero me di cuenta que el control lo hacían una vez a la semana. Me habían quitado mis documentos y era peligroso que me tocara algún registro y yo anduviera sin carné, así que empecé a salir a otras poblaciones buscando algún contacto del MIR. Ahí me enteré de que habían asesinado a “Mike”²⁰⁰ y a Miguel Enríquez²⁰¹. Los dirigentes de la dirección política que no estaban muertos, se encontraban presos o clandestinos. Al fin di con uno. Me aconsejó que fuera a la capilla de La Victoria²⁰², que ahí me podían ayudar. Esta era una población muy luchadora y el día que fui la estaban allanando. No me alcancé a bajar de la micro. Después supe que se habían llevado al cura.

Los dirigentes de la dirección política que no estaban muertos, se encontraban presos o clandestinos. Al fin di con uno. Me aconsejó que fuera a la capilla de La Victoria , que ahí me podían ayudar. Esta era una población muy luchadora y el día que fui la estaban allanando. No me alcancé a bajar de la micro. Después supe que se habían llevado al cura.

Consulté de nuevo al dirigente. Esta vez me dijo que fuera directamente al Registro Civil del centro. Si estaba con firma semanal era probable que mi situación estuviera al día y los papeles “limpios”, me explicó. Le hice caso. Di mi nombre en el mesón, me buscaron en el archivo y luego me dijeron: “Espere un momento”. Me dio una

.....
200. Se refiere a Alejandro Villalobos, dirigente poblacional del campamento Nueva Habana.

201. Miguel Enríquez Frodden fundador y Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR fue asesinado en un enfrentamiento con la DINA el 5 de octubre de 1974.

202. Población ubicada en el sector centro-sur de Santiago, en la comuna de Pedro Aguirre Cerda. Se origina en octubre de 1957, cuando familias provenientes del llamado “Cordón de la Miseria” del Zanjón de la Aguada se tomaron los terrenos de la chacra La FERIA. Fue famosa por su resistencia al Golpe Militar y a la dictadura de Augusto Pinochet. Durante una protesta de los pobladores en 1984 contra el régimen militar, el sacerdote francés André Jarlan fue asesinado por una bala militar.

corazonada, pero no me fui. Si me habían detectado no tenía escapatoria. En la intranquilidad de estos pensamientos se presentó un Capitán, me mostró su credencial y me advirtió que no intentara escapar. Pensaban que yo había ido con alguna misión de vigilar a quiénes estaban ahí trabajando.

Me detuvieron. Él y una mujer me llevaron en un auto. Habremos andado unos 20 minutos, o a lo mejor menos, no sé, es difícil calcular en esas circunstancias. Nunca pude identificar dónde llegamos. Tenía muchas piezas. Me interrogó un hombre, se sentó frente a mí, me ofreció café, me trató de “señora”, me dijo que colaborara y que sabía que yo ya había pasado por varios “tratamientos” (¡Ja!, “tratamientos” le llamaba). Agregó que le parecía que habían detenido a la persona equivocada, pero que necesitaba confirmar algunos datos. Las preguntas no tenían ninguna relación con el campamento o con el MIR y tuve que decirle que no tenía idea de lo que hablaba. Me reiteró, con la misma calma con que yo lo digo ahora: “Señora, mejor coopere”. Le reconocí que era funcionaria del Servicio Nacional de Salud y que conocía los nombres de los médicos que mencionó, pero no sabía nada más. Y era cierto.

Me pusieron en un lugar muy limpio, con una cama y una pequeña mesita con una silla, me llevaban la comida ahí mismo. No tenía baño. La primera vez que pedí que me llevaran a uno lo hice con la intención de ver si veía a alguien. No me encontré absolutamente con nadie. Debo haber estado ahí como una semana o quizás un poco más.

Tras quedar libre decidí ir a hablar con un cura que estaba en La Legua. Me quedé a dormir ahí. Él haría un bautizo de la Embajada de Colombia y me sacarían en el auto de la embajada como una invitada de los parientes. Me arrepentí y no quise presentarme. No quería salir de Chile, en parte, porque muchos decíamos que “teníamos que seguir en la lucha”, pero también porque tuve un miedo inmenso. Tomé contacto con un cura belga que me llevó a una casa de retiro por ahí por Padre Hurtado, creo. Eso era de una soledad total. No lo resistí. Luego, estuve dos días en la capilla y tras esto, me llevó a mí y a unas ocho personas a la Nunciatura. Todos teníamos en común el haber sido detenidos varias veces. Desde ahí salí a Suecia. Me tuve que ir sin nadie de mi familia. Me dieron unos minutos en el aeropuerto para despedirme de mi mamá. No pude ver a mis hijos ni a mi papá, que seguía preso en Puchuncaví.

Nunca había viajado en avión. Alguna vez había conocido a unos suecos que hicieron una película en nuestro campamento, pero realmente no tenía idea a dónde iba. Yo solo tenía quinto año de primaria y mi conocimiento de Europa era casi nulo. Iba

Nunca había viajado en avión. alguna vez había conocido a unos suecos que hicieron una película en nuestro campamento, pero realmente no tenía idea a dónde iba. Yo solo tenía quinto año de primaria y mi conocimiento de Europa era casi nulo. Iba con mucho miedo.

con mucho miedo. Éramos tres personas en la misma situación. Nos habían sacado a las cinco de la mañana de la Nunciatura y, entonces, nos fuimos sin desayuno. Creo que a las ocho partió el avión, al ratito pasaron con comida. Teníamos hambre, pero la rechazamos: no sabíamos que estaba incluida en el pasaje.

El vuelo paró en Argentina. Debíamos bajar. Sabíamos de la dictadura y las persecuciones en ese país. ¡Sentí terror! A uno de los compañeros le dije: “mantengámonos siempre donde haya gente”. Andábamos mal vestidos. No teníamos sino lo puesto. Nos apegamos a un grupo, entraban a un negocio y nosotros, detracito. Hasta que uno de ellos nos encaró molesto: “¿¿qué quieren ustedes?!” Le dije la verdad: “Estamos siendo expulsados del país por razones políticas, tenemos miedo de que nos secuestren

acá”. Era gente humanitaria, porque nos protegieron: Nos pusieron al centro del grupo y nos invitaron un cafecito. Cuando quedaba poco para retomar el vuelo les pregunté cómo cuánto valía un plato de comida en el avión. Me explicaron que no se pagaba, así que después, cuando ya estábamos arriba y vino la hora de almuerzo recibimos todo lo que nos dieron. Comíamos una parte y la otra la íbamos guardando en una bolsita. Y es que no sabíamos a qué condiciones llegábamos. Aterricé en Suecia con mi bolsita agarrada en la mano.

Llegué el 30 o 31 de abril de 1975. Venía el 1 de mayo y no quise dormirme esa noche. De amanecida salí a recorrer. Vi las primeras demostraciones de la Central Única de Trabajadores, y otras de partidos y movimientos. En Suecia me hallé con otro mundo. Empecé a reencontrarme con gente conocida, compañeros de Uruguay, Brasil y Bolivia que habían pasado por Nueva Habana antes del Golpe. Me involucré en actividades y no he parado hasta hoy.

El primer tiempo mantuve mi militancia política, pero muy pronto entré en diferencias. El MIR planteaba “no al asilo”, pero yo había visto las cárceles, las condiciones y lo que se vivía en ellas. La represión estaba arrasando con todo. No era cierto que los Comités de Resistencia podían hacer algo. ¡No había 10 mil comités resistiendo! Había algo de fantasía en esos discursos y, en ese sentido, los disputé. ¿Quién

resistía? Nuestras madres, las mujeres de los presos desaparecidos, al alero de la iglesia, ¡ellas eran las que estaban haciendo resistencia! Su resistencia era organizarse como un modo de hacer presión.

Me dijeron que yo había llegado desmoralizada y que lo entendían. Luego, cuando me puse más pesada y empecé a visitar organizaciones y a dar mi versión de lo que estaba pasando en Chile, se echó a correr el rumor de que yo había sido agente de la dictadura. La prueba: Me habían tomado detenida y dejado en libertad una y otra vez. O sea, ¡¿Todo lo que pasé para que, después, ellos me faltaran el respeto con esas estupideces?! ¡No! ¡Era inaceptable!

Comencé a profundizar mi reflexión, analicé y cuestioné muchas cosas. ¿Por qué la derrota? Ciertamente el imperialismo fue fuerte y metió sus manos, pero la izquierda y quienes la hacíamos también tuvimos responsabilidades. El mercado negro no lo estaba haciendo solo la derecha. Aunque es triste decirlo, había gente que, estando al lado de Allende, también hacía sus negocios.

Comencé a profundizar mi reflexión, analicé y cuestioné muchas cosas. ¿Por qué la derrota? Ciertamente el imperialismo fue fuerte y metió sus manos, pero la izquierda y quienes la hacíamos también tuvimos responsabilidades. El mercado negro no lo estaba haciendo solo la derecha. Aunque es triste decirlo, había gente que, estando al lado de Allende, también hacía sus negocios. No todos, pero los había y eso actuaba contra el proyecto, no aportaba al proceso que vivía el país.

Yo hice una ruptura con el MIR, pero no con los movimientos sociales. Seguí trabajando. Junto a muchas otras

personas formamos una organización llamada Fondo Latinoamericano destinada a sacar presos políticos de Chile, pero también de Uruguay, Colombia, Brasil, Argentina. Hice parte, además, del Chile Comité o Comité por Chile, un organismo formado por los suecos como una forma de respaldar el gobierno de Allende y, después, de solidarizar contra la dictadura.

Con el tiempo, me integré a las luchas que tiene el pueblo sueco. No eran tantas, pero existían y comprendían más que nada acciones antiimperialistas. En este marco, tuve una linda e importante experiencia con el pueblo originario de ese país y también de Noruega. En el exilio logré, asimismo, sacar mi diploma de Auxiliar de enfermería y apoyé el trabajo de rehabilitación de los lisiados de guerra y me incorporé a un consultorio de salud.

En este último, trabajé con las mujeres extranjeras tratando de que vieran la importancia de organizarse para luchar por sus derechos. De ahí se deriva una labor antirracista y antifascista. Comencé, luego, a sumarme a movimientos de mujeres indígenas rurales y a la Vía Campesina, una organización internacional. Fui parte de cursos de Cooperativismo y Educación Popular y logré vivir unos meses en Salvador, donde conocí el proceso de Paz. Tuve la oportunidad también de ir a Turquía y de estar en un evento organizado por mujeres luchadoras y guerrilleras de Kurdistan.

Permanentemente estuve ligada a lo que era la lucha contra la dictadura, apoyando a los familiares de detenidos desaparecidos y de los ejecutados. Como expresos políticos nunca habíamos exigido nada, así que en 2003 nos organizamos como tales. Con el nacimiento de la Comisión Valech, nuestra agrupación trabajó responsablemente para convencer a mucha gente de que hicieran sus declaraciones. Presentamos 400 casos, incluyendo a compañeros colombianos y suecos que habían estado presos en Chile.

Para mí el Informe Valech significó un reconocimiento a los sobrevivientes del régimen dictatorial. Declaré porque es parte de una historia que debe ser contada y conocida por las nuevas generaciones. El retorno a la democracia suponía “verdad, justicia y reparación” y, de algún modo, esto era lo que se buscaba con la Valech. Las agrupaciones entregamos programas basados en acuerdos internacionales en estos tres ejes, sin embargo, muchos de estos argumentos nunca se consideraron.

La amargura e indignación fue mayor cuando Ricardo Lagos firmó el periodo de silencio de 50 años²⁰³, ocultando con ello el nombre de los victimarios. Quienes declaramos llevábamos ya 30 años de ser ignorados. No fue fácil tener que remover una mochila llena de cosas tristes y dolorosas. Vimos morir personas en las torturas, vimos cómo se nos destrozó la vida, vimos y vivimos el exilio, la separación de familias, el quiebre de ilusiones, la soledad y el desarraigo, el desmantelamiento del mundo que construíamos y de las esperanzas de cambiar la sociedad.

203. El decreto de creación de la Comisión Valech disponía que todos los antecedentes recopilados tendrían el carácter de “reservados”. El informe final recomendó que el secreto se mantuviera por 30 años. En el año 2004, el presidente Ricardo Lagos gestionó para que la reserva fuera de 50 años. El año 2016 se discutió un proyecto de ley para levantar el secreto antes del plazo convenido. No obstante, no hay una posición unívoca frente al tema: hay quienes lo ven como una manera de contribuir a la verdad y justicia en casos de violaciones a los derechos humanos aún pendientes al entregar información sobre los victimarios; y quienes lo cuestionan como un atropello a la intimidad y dignidad de las víctimas y sus cercanos. Pese a que fue rechazado en la Cámara, el debate sigue abierto incluso entre quienes testimoniaron.

Como sobreviviente siento que se ha hecho algo, pero no todo lo que se podía. No puedo creer que aún hoy se mantenga la Constitución pinochetista, que procesos de violaciones a los derechos humanos estén en manos de la justicia militar y no de la justicia ordinaria, que se nombre embajadores a personas que colaboraron con la dictadura, que médicos que participaron de torturas trabajen en hospitales, y puedo seguir dando ejemplos en esta línea. Algunos dicen que seguimos con odio, con rabia y que eso no ayuda a que el país sane heridas. Más que odio yo tengo impotencia. Los gobiernos llamados “democráticos” no han estado a la altura. Antes que Verdad, Justicia y Reparación han resguardado los compromisos con las Fuerzas Armadas, que siguen teniendo gran poder.

Como sobreviviente siento que se ha hecho algo, pero no todo lo que se podía. No puedo creer que aún hoy se mantenga la Constitución pinochetista, que procesos de violaciones a los derechos humanos estén en manos de la justicia militar y no de la justicia ordinaria, que se nombre embajadores a personas que colaboraron con la dictadura, que médicos que participaron de torturas trabajen en hospitales, y puedo seguir dando ejemplos en esta línea.

Comparativamente con los miles de compañeros que murieron, creo que soy privilegiada porque quedé con vida. La salvé yéndome al exilio. A partir de este hecho, asumí el compromiso de levantar mi voz cada vez que sea necesario hacerlo. Por eso sigo siendo una luchadora social activa. Aprendí una cosa muy bonita al salir: las fronteras dejaron de ser relevantes, las causas por las que me muevo ya no tienen que ver sólo con Chile.

Tengo 72 años, he sido operada dos veces de cáncer y aunque me duele el cuerpo, lo olvido si hay que ir a una marcha o pintar un cartel. Ha sido y es la mejor terapia que he tenido. Convertí la lucha por los derechos en una razón de vida. Eso me da fuerzas. La energía viene también de mi cercanía con los pueblos originarios. Mis raíces son de indígenas del altiplano, las que por diferentes razones he conocido poco. Sin embargo, desde mediados de los años 80 he tenido la oportunidad de informarme y comprometerme con la lucha del pueblo mapuche. Cuando estoy en Chile estoy en el *WallMapu*, donde he sido aceptada y recibida. Así, viviendo en las comunidades he tratado de aprender de su dignidad, así como de la historia y las luchas de otros pueblos hermanos. Hay tanto que ignoramos, hay tanto que

aprender. Encontré ahí una espiritualidad de la que carecía cuando sólo era una militante de partido.

Con lo anterior no quiero decir que no haya que seguir discutiendo temas como la clase, el tipo de mundo que queremos, el socialismo que esperamos. Eso debe importarnos, pero también deben interesarnos cuestiones como el cambio climático. El planeta se nos está reventando. A los neoliberales parece no importarles, el capitalismo salvaje violenta a la madre tierra con el extractivismo. La gente común y corriente, la gran mayoría de la población del mundo, pagamos las consecuencias. ¿Cómo actuamos ante todas estas cosas?

Pero, además de estas preocupaciones, soy hija (aún tengo a mi madre viva), madre, abuela, tía, suegra y una mujer que trata de traspasar su experiencia. La razón para hablar ahora es porque siento la responsabilidad de dejar a las futuras generaciones un mensaje y mantener la llama encendida de la solidaridad. Levanto mi voz por todas aquellas personas acalladas por los genocidas de Pinochet, y por los y las presas políticas de Chile y en el mundo. Nadie puede ser olvidado. La memoria histórica debe estar siempre presente.

“TÚ TIENES QUE HACER ALGO POSITIVO, UN APRENDIZAJE DE ESTO Y TIRAR PARA ARRIBA”



Nuria Núñez Rius²⁰⁴

En 1965 egresé del Liceo Manuel de Salas. Era una época turbulenta en lo político y en mi colegio existía un centro de alumnos muy activo y comprometido con el acontecer del país. El Liceo era una institución progresista, laica, te incentivaba a desarrollar muchas habilidades que uno ni siquiera sabía que tenía. De hecho, en esa etapa escolar, estudié teatro, artes. Era parte de un alumnado heterogéneo.

En mi curso, por ejemplo, había hijos de las clases intelectuales progresistas de Chile y personas como yo, que venía de una familia de comerciantes de Ñuñoa.

204. Este relato nace de las entrevistas realizadas por Isidora Salinas, en Santiago de Chile, los días 28 de junio y el 10 de julio de 2018.

Soy la primera generación de mi familia que terminó la educación secundaria. Soy, además, la nieta mayor. Mis abuelos son de origen español, catalán. Ellos son de una vida de migración, de estas que uno lee en los libros: a los 12 años mandaron a mi abuelo, solo en un barco, para América. Llegó a Buenos Aires, sin familia, analfabeto en aquella época, en fin. No voy a ahondar en esto, pero esa es también tu historia, la que has conocido, donde ves el esfuerzo, el trabajo, los altos y bajos económicos.

Tenía 17 años cuando salí del colegio, era una niña. Si bien, al rendir las exámenes, pude entrar a estudiar Psicología en la Universidad de Chile, pero mi meta más inmediata era trabajar. Soy la única mujer en mi familia, tengo dos hermanos hombres menores que yo, y quise descubrir cosas nuevas, era inquieta y curiosa.

Mis padres, que aún están con vida, eran laicos, abiertos, sin mucha educación y no me pusieron demasiadas restricciones. Mi madre jugó un rol importante en este tránsito a la vida adulta. Ella siempre quiso estudiar y por los acontecimientos que le tocó vivir, por ser hija de migrantes, la sacaron del colegio para trabajar, quedando, para siempre, con el deseo incumplido de formarse. El dinero que ganaba con su trabajo lo guardaba su padre, mi abuelo. Lo poco que conservaba, lo ahorra, sacrificando muchas necesidades. Su experiencia, se transformó en un incentivo para mí, en el sentido de educarme y de inculcarme el progreso en la vida.

Como dije, yo quería ingresar al mundo del trabajo, así que me preparé para ello: estudié Secretariado en la Universidad Católica, una escuela para “señoritas” y, por

En el marco del programa económico de la Unidad Popular se debían estatizar industrias que jugaban un rol estratégico, pero el movimiento social sobrepasó esa política y ocupó empresas pensando en reconvertirlas, considerando una participación más significativa de los trabajadores.

supuesto, *top*. Eso me permitió obtener algo así como un título universitario, que, en la actualidad, ya no existe. Con 18 o 19 años me integré rápidamente al campo laboral. Lo hice en la empresa de Coca Cola, la Embotelladora Andina, ubicada en la comuna de San Joaquín. Éramos muy pocas mujeres, todas secretarías, y el resto eran hombres que trabajaban en los distintos procesos de producción de las bebidas y distribución de las mismas.

Corría el año 68, más o menos, y recuerdo que todavía no votaba. Me integré al sindicato de la empresa, en tiempos cada

vez más movidos. Para las mujeres que nos incorporamos a esta organización sindical fue como descubrir otro universo, porque este era predominantemente masculino. Como contexto, es importante señalar que la empresa estaba inserta, en su límite sur, en la población La Legua²⁰⁵ y, consecuentemente, una gran cantidad de trabajadores vivían allí. Este territorio se convertiría, con la llegada de la Unidad Popular, en el cordón industrial San Joaquín²⁰⁶. Para mí, este era un barrio desconocido: Yo era una niña que vivía en la comuna de Ñuñoa.

Con el paso del tiempo, me fue bien en los cargos que tuve en la empresa. Era, además, muy aceptada entre la gente y esto favoreció para que me implicara y comprometiera políticamente.

En el marco del programa económico de la Unidad Popular se debían estatizar industrias que jugaban un rol estratégico, pero el movimiento social sobrepasó esa política y ocupó empresas pensando en reconvertirlas, considerando una participación más significativa de los trabajadores. Entonces, se tomaron la embotelladora. Los trabajadores tenían como proyecto que allí, en vez de bebidas, se envasara leche. Estos cambios, las tomas y el proceso de ocupación fue muy violento, el clima interno se volvió muy complicado. Dicho sea de paso, hubo compañeros de ese grupo que fueron perseguidos y otros detenidos desaparecidos. Por aquel entonces, yo había empezado a militar en el Partido Socialista.

Justo cuando la situación estaba difícil en la empresa, me ofrecieron el cargo de Secretaria del Gerente General de Gasco, una empresa estatizada, ubicada en el centro de Santiago. Este trabajo se dio por razones políticas y también profesionales. El Gerente General era socialista y buscaban una persona de confianza, militante de izquierda, y eficiente, que supiera hacer bien el trabajo.

Había ahí una organización mucho más estructurada que en la fábrica, estaba el Gerente General, el Gerente de Administración que era comunista, todos ellos

205. Es una de las primeras poblaciones de la ciudad de Santiago, fundada por la propia acción de sus habitantes, en su mayoría obreros venidos del norte y campesinos de la zona central del país. Los sectores de Legua Nueva y La Legua de Emergencia nacieron posteriormente entre 1947 y 1950 en el contexto de la crisis de vivienda que vivía la ciudad, a raíz de la reubicación de pobladores provenientes de una toma en otra zona de la ciudad y en 1951, por una asignación de casas de emergencia.

206. Los cordones industriales fueron concebidos como expresión del “poder popular”. Emergieron durante el gobierno socialista de Salvador Allende (1970-1973) como reacción colectiva de los trabajadores de las fábricas a las acciones de “boicot” y “desestabilización” promovidas por la oposición a la Unidad Popular.

ingenieros. Gasco, a diferencia de la Coca Cola, era parte de un proyecto político y económico de la Unidad Popular, una industria valiosa para la distribución de energía. Yo acepté este nuevo desafío, pero, a esas alturas, quería volver a estudiar. Aproveché que en ese tiempo había convenio con las universidades, por lo que podías compatibilizar estudios y trabajo. Quise entrar a estudiar Economía, pero vino el Golpe Militar y no pude concretarlo.

Yo estaba muy comprometida con el proceso social y político. Recuerdo que cuando nos tomamos la Coca Cola, enfrentamos un gran problema, tanto interno como externo: La decisión era seguir adelante o pararlo. Una compañera me dijo que conversáramos con una persona “importante”, para que nos orientara. Todos nosotros éramos aprendices, muy jóvenes, con energía y voluntad, pero con carencia de un proyecto, sumado a la dificultad de la falta de apoyo de los más experimentados.

La persona que ella me presentó, “el importante”, era un dirigente regional del Partido Socialista. Nos apoyó y aconsejó en nuestro proceso y paulatinamente empezamos una relación sentimental, me enamoré y, años después, sería el padre de mis hijos. Este hecho reforzó, digamos, los compromisos y las cosas que yo andaba haciendo durante ese tiempo. Yo tenía 20 años, él era un hombre mucho más experimentado que yo, un dirigente de una zona importante de Santiago, y todo eso me sedujo. Me instalé a trabajar en Gasco y mantuve mi relación con él, viviendo entre la casa de mis padres y la que teníamos juntos.

Mientras transcurrieron los años de la Unidad Popular mis padres, que no tenían militancia política, representaban a la clase media más bien temerosa de lo que podía ocurrir. La propaganda que se transmitía en contra de Salvador Allende tenía un efecto persuasivo muy eficaz. Los invadía el terror de perder lo poco y nada que tenían, sentir que también era compartido por mis tíos y mis abuelos. Lo vivían con angustia, marcando un punto de vista distinto al que yo tenía. No teníamos acuerdo.

El día del Golpe, el 11 de septiembre de 1973, yo estaba en el centro, en la casa de un compañero donde me había quedado la noche anterior. Yo pensaba que venía algo así. Le dije esa mañana: “Me voy a ir a Gasco”, y me fui caminando por el centro de Santiago. Fue terrible ver a los milicos en las calles, gente presurosa caminando a sus lugares de trabajo, el día era gris y oscuro. Observar todo ese paisaje era triste y angustiante. Era una ciudad ocupada. Llegué y la situación era desconcertante, se veía el miedo en todos los compañeros de trabajo, gente transitando de un lado para el otro sin saber qué hacer. No había un plan, al menos que yo lo supiera. Se decidió que cada quien se fuera a su casa. No había locomoción, así que partí

El día del Golpe, el 11 de septiembre de 1973, yo estaba en el centro, en la casa de un compañero donde me había quedado la noche anterior. Yo pensaba que venía algo así. Le dije esa mañana: “Me voy a ir a Gasco”, y me fui caminando por el centro de Santiago. Fue terrible ver a los milicos en las calles, gente presurosa caminando a sus lugares de trabajo, el día era gris y oscuro

caminando sola hasta donde mis padres. En el camino, veía los aviones sobrevolar arriba mío, gente corriendo hacia todos los lados, silencio en la multitud, desconcierto y mucho miedo en los rostros. Llegué a mi destino y esperé sin tener noticias de nada. Sólo teníamos teléfono fijo (no había celulares), no había plan B.

Seguí en casa de mis padres unos cuantos días, intentando salir y ver qué hacer. Los partidos estaban totalmente desestructurados, no tenías donde recurrir. Los locales comunales, por ejemplo, el “bolichito” de Ñuñoa estaba ocupado por militares.

No recuerdo cómo me contacté con mis compañeros del Partido Socialista. Pero, en esas circunstancias salíamos a las calles a buscar gente, como ir a mirar a la plaza a ver a quien encuentro. Tal cual. De este modo,

llegué a compañeros de la Coca Cola y a otros más vinculados al MIR, con los que me conocía. En ese contexto, yo tenía la firme convicción de buscar a mis amigos y compañeros para saber cómo estaban y saber qué pasaba.

Aunque no había nada definido sobre lo que había que hacer, me parecía que había que oponer resistencia, trabajar por reestructurar lo que se estaba perdiendo. Clandestinamente, hicimos una labor de búsqueda de gente, de salir a la calle. Dábamos vueltas en auto para ubicar a otras personas. Improvisadamente se realizaban estas acciones, principalmente a través de las redes de los partidos, apostando a los vínculos de confianza que existían.

Tras este esfuerzo inicial, me refugié en una casa de seguridad y fue allí, en ese lugar, donde me tomaron detenida. A estas alturas ya sabía que varios compañeros de Gasco y la Coca Cola habían sido detenidos. A decir verdad, estuve en varias de estas casas, me cambiaban constantemente, y en este ir y venir –a mediados de octubre de 1973– caí detenida en la comuna de Providencia. No alcancé a despedirme de mis papás, simplemente esa noche no llegué. Me imagino que ellos deben haber estado muertos de la preocupación.

En el momento de mi detención no sentí miedo. A esa edad el idealismo es grande, al igual que la inexperiencia. Nunca piensas que tu vida está en riesgo, porque,

En el momento de mi detención no sentí miedo. A esa edad el idealismo es grande, al igual que la inexperiencia. Nunca piensas que tu vida está en riesgo, porque, en definitiva, crees que no estás haciendo nada malo, ni cometiendo delito alguno: Yo no portaba armas ni tenía preparación militar, no había asaltado ningún banco, simplemente quería saber si mis amigos, familiares o conocidos estaban vivos.

en definitiva, crees que no estás haciendo nada malo, ni cometiendo delito alguno: Yo no portaba armas ni tenía preparación militar, no había asaltado ningún banco, simplemente quería saber si mis amigos, familiares o conocidos estaban vivos.

Esa tarde de octubre, Carabineros ingresó a la casa donde estaba y me detuvo junto a los dueños de esta. Nos llevaron a la Escuela de Suboficiales de Carabineros, en la calle Zañartu. Una vez allí, me di cuenta que era parte de un grupo de personas desconocidas. Los hombres que vi llegaban muy

maltratados. Desconozco la razón, pero este grupo como de doce personas posteriormente formamos parte de un único proceso judicial. No sé qué lógica habrán utilizado para reunirnos a quienes llegamos esa noche.

Los interrogatorios iniciales fueron muy duros, hubo mucho maltrato físico, amedrentamientos, golpes, amenazas, reinaba el miedo y la angustia. Esto sucedía en especial con uno de ellos. Ahí me informé que era Tito Martínez, miembro del Comité Central del Partido Socialista, murió hace poco tiempo. Su caso es brutal: Lo golpearon con un chuzo, fue introducido en un hoyo, en el patio de la comisaría, y torturado allí. Después de estos padecimientos quedó con daños irreversibles. Nos reencontramos en el exilio, él estuvo en Dinamarca y yo en Alemania, así que nos vimos en un par de ocasiones.

Al transcurrir las horas llegó detenido mi pareja. Fui interrogada, siempre bajo amenazas, y con golpes. Días después me permitieron contactar a mis padres. No los pude ver, porque me tenían incomunicada, pero, al menos, logré avisarles que estaba presa. De ese episodio recuerdo, a parte de los amedrentamientos, los golpes, los golpetazos, mi memoria está borrada, tengo lagunas de momentos que no recuerdo mucho.

En aquel momento, nosotros fuimos señalados como terroristas izquierdistas, y recibimos calificativos bien despectivos, sin embargo, en ningún momento nos acusaron de algo en concreto. Nos preguntaban por las armas que supuestamente

poseíamos, el Plan Z²⁰⁷ y otras tonteras que no correspondían en nuestro caso. Posteriormente, a un grupo de como 11 personas nos trasladaron al Cuartel General de Investigaciones en General Mackenna, no sé qué pasó con el resto. En ese lugar, nos ingresaron a la galería de los presos. Ocupábamos un espacio de suelo de baldosas, algo similar a un patio, que se componía de dos pisos con pequeñas celdas, se veían llenas de gente. Allí llegaron personas apresadas en distintos lugares de Santiago, por lo que me reencontré con más de algún conocido.

Las mujeres teníamos unos calabozos cerrados, sin rejas, la puerta era de metal. El espacio interior era pequeño, frío y oscuro y éramos muchísimas las que estábamos ahí. Había un wáter al medio, oscuro, tétrico. Cada vez que veo películas que muestran pasillos oscuros, ¡Uffff!, me empiezo a acordar. En la celda solo había una ventanita por donde mirábamos lo que pasaba en el recinto, veíamos a los hombres, porque ellos tenían una puerta de barrotes.

Había ahí un permanente entrar y salir de gente y me tocó presenciar situaciones que me marcaron. Sentaban a las personas en el medio del recinto, que era como un anfiteatro, y hacían escarnio público con ellos, los denigraban pelándolos en medio de gritos, amenazas e insultos. El discurso era de maltrato, de abusos terribles. Les cortaban el pelo, rasurándoles sólo la mitad de la cabeza como parte de la ridiculización a la que los sometían.

Después de esa experiencia, cuando nacieron mis hijos, nunca les corté el cabello. Ahí en Investigaciones apareció la tortura más sistemática. Acá había piezas e instalaciones para torturar a las personas, se les aplicaba electricidad. Hasta ese momento, yo pensé que lo que me tocaba vivir era transitorio, que mi situación se iba a aclarar rápidamente, sin embargo, eso no fue así. Después de como siete largos días llenos de malos tratos fui trasladada, junto a otros, al Estadio Nacional.

Hombres y mujeres llegamos al Estadio a lanchadas, de noche. No recuerdo qué día fue, tal vez hacia el 20 de octubre. Soy del grupo que cierra el ingreso de prisioneros a ese recinto. En un bus, creo que entramos por Avenida Maratón a lo que hoy reconoceríamos como el sector de Marquesina o el Palco Presidencial, eran como oficinas. Posteriormente, nos separaron por sexo. Mi pareja también había sido trasladado al Estadio.

.....
207. El Plan Zeta es el nombre atribuido al supuesto plan del gobierno de Salvador Allende para gestar una insurrección armada, un autogolpe, y, así, imponer un gobierno marxista. Este hipotético plan fue divulgado por los militares que perpetraron el Golpe de Estado de 1973 para justificarlo.

A nosotras las mujeres, nos llevaron, a pie, al sector de la piscina, al Camarín Norte. Cuando llegamos había mujeres dentro, estaba lleno, siempre tuve la sensación de que éramos muchas. Probablemente se encontraban despiertas a esa hora, porque parece que a algunas les habían dado la libertad. Dormíamos en el suelo y compartíamos las colchonetas: juntábamos dos y en esa superficie dormíamos tres, para taparnos también compartíamos lo que teníamos a mano. El suelo era de baldosas, frío, las paredes de concreto, las ventanas no cerraban. Estuvimos unos diez días ahí, en lo que fue la última etapa del cautiverio en el Estadio.

A nosotras las mujeres
nos llevaron a pie al
sector de la piscina,
al Camarín Norte.
Cuando llegamos
había mujeres dentro,
estaba lleno, siempre
tuve la sensación de
que éramos muchas.
Probablemente se
encontraban despiertas
a esa hora, porque
parece que a algunas les
habían dado la libertad.

En ese tiempo, estábamos separadas de los hombres, salvo, por ejemplo, las ocasiones en que se producían algunos encuentros entre las parejas, como fue en mi caso. A mi pareja lo pude ver por intermedio de algún milico buena gente. También estos podían gestionar, en ocasiones, el traslado de frazadas, colchones, desde un sector a otro, y así nos veíamos de lejos.

Con “los pelados”, que eran los milicos que estaban haciendo el Servicio Militar, teníamos una relación de cierta solidaridad. Nos indicaban la ubicación geográfica en la que estábamos y, a su vez, dónde se apostaban nuestros familiares afuera del recinto. Entonces los jóvenes de la guardia, que provenían del norte, nos lanzaban por las ventanas del camarín aquellos paquetes arrojados por la noche desde el exterior.

Durante el período que estuve detenida en el Estadio, pude apreciar el gran desorden que tenían los milicos, respecto a la información personal de los prisioneros. Yo creo que ellos tenían poca claridad sobre las identidades de todos nosotros, era mucha gente la que salía y entraba del Estadio.

Ahora bien, entre nosotras, en la piscina, con las compañeras de reclusión había un espíritu de solidaridad y apoyo, aunque por todo lo que sucedía a diario con las demás compañeras de reclusión no me pasaba lo mismo. Con ellas la situación era distinta. Era difícil profundizar en un vínculo. Es tan abrumador, doloroso y duro

lo que vives cada día que, sencillamente, no puedes establecer un lazo más cercano.

El estar y sentirme encerrada, la angustia de la incertidumbre, el miedo, la tristeza, me violentaba, al igual que la incomunicación que tenía con el mundo exterior. No sabía qué estaba sucediendo afuera. Los milicos no nos entregaban noticias de lo que ocurría. Nuestro contacto era que, de vez en cuando, recibíamos, cosas pequeñas que podían ingresar.

A esas alturas, la Cruz Roja ya había empezado a operar en Chile e iban a visitar a los presos. Ahí recibí un paquete de mis papás. Me enviaron cosas muy calóricas, pero lo que más recuerdo eran unos dátiles. Yo no los comía, pero me los deben haber mandado para mantener la energía. Lo deben haber pasado pésimo mis pobres padres conmigo.

A esas alturas, la Cruz Roja ya había empezado a operar en Chile e iban a visitar a los presos. Ahí recibí un paquete de mis papás. Me enviaron cosas muy calóricas, pero lo que más recuerdo eran unos dátiles. Yo no los comía, pero me los deben haber mandado para mantener la energía.

La comida en el Estadio era escasa, una vez al día, y nos daban un té, algo así. La preparaban los milicos en fondos como los de los regimientos, unas ollas gigantes. Nos daban una ración en un pocillo celeste de melamina, que ellos traían con una cuchara. Uno de los platos habituales eran las lentejas y yo no las comía en esa época, lo cual me generó varios problemas. Lo pasé mal en ese sentido. Pasaba hambre.

Había unos árboles y se formaba un caminito. Entonces llegaba un tipo con un papel en la mano y decía tu nombre, luego de esto te llevaban al interrogatorio. Los vejámenes más tremendos para las mujeres se daban, según mi experiencia, en los interrogatorios en el Coliseo, arriba. Son muchas las situaciones que podría describir: los milicos ridiculizaban nuestros cuerpos riéndose de ellos: “¡Ah!, esta no tiene pechugas, así que no sirve pa ná”. Nos manoseaban y amenazaban reiteradamente; aplicaban electricidad durante las torturas: “te vamos a matar”, “te voy a cortar el pelo”, “las vamos a violar”. Y usaban descalificaciones, señalándonos, por ejemplo, de “putas”. Bueno, todo eso pasaba.

Otras compañeras lo pasaron peor porque sufrieron simulaciones de fusilamiento. Fue el caso de las profesoras de Buin²⁰⁸. Sin embargo, tú piensas: “En cualquier momento me pasa a mí también”, o sea, vives con la incertidumbre y el miedo de si eso va a ocurrir o no. Había gente que desaparecía, nosotros lo veíamos, supimos de personas que mataron allí. Sentíamos los balazos en la noche. La verdad, es que estás viviendo en un hilo, no tienes ninguna seguridad, ningún respaldo, no sabes si vas a vivir las próximas dos horas. Es una situación, un estado constante de tremenda vulnerabilidad, angustia y miedo.

Se dio mucha solidaridad, compartíamos lo poco y nada que teníamos con gente linda, con la cual me identifiqué por sus propias historias, por su quehacer. Mujeres extraordinarias que me acogieron y aceptaron, generándose un vínculo de cariño que, siendo mayores que yo, fue muy gratificante.

Con todo, creo que lo más positivo fue el haber conocido gente fantástica. Estuvieron conmigo Elena Gálvez, quien fue detenida en el Estadio antes que yo, Haydée²⁰⁹ y “Las señoritas de Buin”, que les decíamos. Sonia, a quien le rasuraron su cabello, fue otra compañera entrañable. También estaban María Ormeño²¹⁰, Lucy Lorsch, María Cecilia, a quien apodábamos “La Condorito”, Lucía Neira, Sandra y Sonia Palestro, Sonia Rivas y tantas otras.

Sedio mucha solidaridad, compartíamos lo poco y nada que teníamos con gente linda, con la cual me identifiqué por sus propias historias, por su quehacer. Mujeres extraordinarias que me acogieron y aceptaron, generándose un vínculo de cariño que, siendo mayores que yo, fue muy

208. Estas maestras formaron parte del grupo de profesores y profesoras de la Escuela Consolidada de Buin, detenidos el día 10 de octubre de 1973. Primero fueron llevados al centro de detención en el Cerro Chena y, luego, trasladados al Estadio Nacional. Cuando el Estadio cerró sus instalaciones como centro de detención, estas siete profesoras fueron llevadas a la Correccional de Mujeres el Buen Pastor de Santiago.

209. Se refiere a Haydée Azócar Mansilla, Directora de la Escuela Consolidada, militante del Partido Socialista, y la maestra que lideraba el grupo de las “Profesoras de Buin”, o las “Señoritas de Buin”, como también las llamaban. Luego de que cerrara el Estadio Nacional, Haydée fue trasladada junto a sus compañeras la Cárcel Correccional de Mujeres El Buen Pastor.

210. Pareciera tratarse de María Raquel Ormeño Valenzuela, quien consta en los listados de detenidas del Estadio Nacional y de la Cárcel Correccional del Mujeres.

gratificante. Junto a ellas yo hago un periplo: La Correccional, Tres Álamos²¹¹ y Cuatro Álamos. Voy pasando y nos vamos reencontrando y, al mismo tiempo, en muchos casos, se generan lazos muy importantes y decisivos. Yo diría que este punto fue lo único positivo de aquella etapa de reclusión.

A fines del mes de octubre nos trasladaron, en la noche, a La Correccional. Se sabía que había que desocupar el Estadio, pues estaba comprometido un partido de fútbol. Tengo la sensación que nosotros pusimos fin a esa primera etapa del encierro y, como era de esperar, esta se concretó de forma terrorífica, por el modo de realizar la operación de mover a las reclusas: estábamos durmiendo, acostadas y, de pronto, nos alumbraron con focos gigantes, obviamente para despertarnos.

Empezaron a dar gritos y órdenes, nos hicieron salir y ponernos en fila en medio de la oscuridad y alumbradas por focos que no nos permitían ver a nuestros carceleros. Ahí nos fueron llamando. Si te nombraban tenías que dar un paso adelante y ponerte en el otro lote. Fue muy violento. El escenario era más que siniestro y te recordaba a los nazis en Alemania. A algunas personas las liberaron, mientras que a un grupo grande nos condujeron a la Cárcel Correccional de Mujeres del Buen Pastor. Me acuerdo que también supimos que a los hombres los llevaban a Chacabuco y a otras cárceles.

El Estadio fue una etapa como de transición, muy poco tiempo estuve allí y todo fue muy inestable, entraba y salía gente, te llevaban, te traían, cambios permanentes durante todo el día, mucho movimiento de milicos, pacos, de todo. No tenías manejo de la situación y, por tanto, estabas en estado de emergencia, por así decirlo, emocional, psicológica y físicamente. No había mucho espacio para proyectarse más allá de la hora siguiente. O sea, no sabías si ibas a estar viva en la tarde. Así de simple.

Nos trasladan a La Correccional que estaba regentada por monjas. Al llegar ellas ya tenían dispuesto un lugar dónde nos iban a poner: “El patio del día” se llamaba, que era originalmente para las prostitutas. A ellas las cambiaron a otro sitio y nosotras quedamos solo con tres condenadas por delitos comunes. Había otro patio que era de “Las rematadas”, las que estaban confinadas a muchos años y también “El patio

211. *Tres Álamos*, estaba ubicado en la calle Canadá 53, próximo a las avenidas Vicuña Mackenna y Departamental, en Santiago. Fue abierto en junio de 1974 como “lugar de tránsito” de detenidos, hombres y mujeres, y era administrado por Carabineros. Tuvo una población constante, aproximadamente, de 400 detenidos, entre los que se contaban “unas 150 mujeres”. Desde este lugar se ingresaba a *Cuatro Álamos*, donde se mantenían incomunicados a los prisioneros.

los azules”, que era el de las celdas de aislamiento. Había un cuarto patio, el de las mujeres que tenían sus niños. Todos estos recintos albergaban reas comunes, salvo nosotros que éramos las presas políticas.

Los milicos intentaron que aquellas mujeres que llegaban “condenadas” a la cárcel pasaran a situación de “rematadas”. Eran como unas cinco o seis, fundamentalmente de regiones. Entre las que me acuerdo estaba Angélica Benavides, de Talca, Rosa Quero, de la zona de Coquimbo, y Viola Muñoz, profesora de universidad en Arica. Todas tenían unas penas tremendas. También ahí me encontré con Sonia Rivera²¹², que era presa política y estaba en condición de “rematada” y a quien le habían permitido vivir en una de las celdas de aislamiento.

Frente a esto, iniciamos un movimiento para rescatarlas, sacarlas de ese patio, porque eran presas políticas, no delincuentes comunes, por así decirlo. Con el tiempo se logró que las traspasaran al nuestro, aunque no lo conseguimos con Sonia. Ella era de la Vanguardia Organizada del Pueblo y estaba procesada de antes, por un hecho ocurrido durante la Unidad Popular.

Mientras estuve en La Correccional no fui procesada ni tampoco condenada, menos en el Estadio. Estamos hablando que ingresé a la cárcel a fines de octubre del 73 y aún no sabía por qué estaba presa: Mataban a las personas lisa y llanamente. Todo era muy frágil e incierto, mataban gente por simple sospecha. Hubo mucho fusilamiento, desapareció gente en ese período, es de los tiempos más duros. Los procesos empezaron mucho después, en el caso mío fue durante el 74. Por tanto, las que llegamos a La Correccional y veníamos del Estadio, todavía no teníamos formalización en marcha. Con el tiempo, obtuve mi certificado de presa y me entregaron el decreto de mi expulsión del país. Tuve dos juicios

Mientras estuve en La Correccional no fui procesada ni tampoco condenada, menos en el Estadio. Estamos hablando que ingresé a la cárcel a fines de octubre del 73 y aún no sabía por qué estaba presa: Mataban a las personas lisa y llanamente. Todo era muy frágil e incierto, mataban gente por simple sospecha.

.....
212. Sonia Rivera Calderón pertenecía a la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), a raíz de su participación en acciones de esta fue detenida en 1971, cuando tenía 27 años. Como se desprende de un documento de la Vicaría de la Solidaridad (1992), estaba condenada a Cadena Perpetua. Estuvo ocho años presa y, luego, a mediados de 1979 fue expulsada de Chile con una pena de extrañamiento de 20 años.

por Ley de Seguridad Interior del Estado: uno por Gasco y otro por la Coca Cola. Aunque fui sobreseída continuaba presa.

Al principio, cuando llegamos, estábamos todas incomunicadas, no nos permitían las visitas, eso vino mucho después. Las celdas eran colectivas y había en los patios unos galpones, donde las camas estaban unas al lado de las otras. En el más grande entraban unas 100 presas y en las otras salas cabían entre 8 y 12 reclusas. Por su parte, las monjas nos indicaban dónde debíamos dormir: a mí me tocó hacerlo en el galpón grande. Cada una tenía un camastro de metal de una plaza. Con el tiempo nuestras familias pudieron ingresar cosas, como útiles de aseo, mantas y otros implementos de uso diario. Yo creo que transcurrieron unos dos meses hasta que pudimos tener una situación un poco más confortable.

Estuve detenida como un año en La Correccional. A lo largo de ese año mejoró nuestra situación gracias a nuestras reivindicaciones y organización: teníamos cama, podías poner tus pertenencias en el suelo, empezaron a llegar los paquetes y, con esto, ibas teniendo más cosas, como, por ejemplo, cepillo de dientes, lo que era un lujo. Con estas incorporaciones tú empezabas a instalarte, a vivir. Mucho tiempo después, mis papás lograron ingresar una estufa, porque moríamos de frío.

Recuerdo una anécdota: yo vengo de una familia que tenía fábrica de helados, en Ñuñoa, y, entonces, un tío mío llevaba helados para todas. Eso era increíble, hasta las monjas recibían, por supuesto. También entraban cajas de chocolates y yo regalaba uno por nuca a las más cercanas. Otras recibían otras cosas y compartíamos.

A través de esta apertura comienza a mejorar nuestra situación, claro, siempre dentro de un ámbito de adversidad, hostilidad y precariedad absoluta. Y es que, otras situaciones menos divertidas eran parte de la cotidianeidad: ¡era sólo un baño para todo el recinto! No había agua caliente y los *wáteres* estaban permanentemente tapados de excremento hasta el tope. A través de la Cruz Roja conseguimos, luego, que nos instalaran un calefont y tuvimos agua caliente, esto nos otorgó un poco más de dignidad.

Nos hacían salir de esta celda gigante o galpón y teníamos que estar todo el día al aire libre, paseándonos incluso en invierno con lluvia o frío. Había muy pocas zonas techadas, por lo que no cabía más que circular por el patio. Había un comedor, pero no podíamos estar en el más allá de la hora de las comidas. Parte de las incomodidades era también tener que cargar una bolsa con todo lo que uno necesitaba durante el día, porque, al levantarse, cerraban los dormitorios hasta la hora de dormir.

Para resistir esta rutina, empezamos a pensar que teníamos que hacer algo para mantener nuestra salud mental a flote. Comenzamos a organizarnos y creamos cursos de distintas temáticas: lo que cada una sabía hacer lo compartía con las demás. De esta manera surgieron varios talleres.

Para resistir esta rutina, empezamos a pensar que teníamos que hacer algo para mantener nuestra salud mental a flote. Comenzamos a organizarnos y creamos cursos de distintas temáticas: lo que cada una sabía hacer lo compartía con las demás. De esta manera surgieron varios talleres. Uno de ellos era de temas más bien políticos, pero ese lo tuvimos que realizar “a la mala” y, por supuesto, sin apoyo de libros. Viola Muñoz era la profesora de filosofía. Cuando entraba alguna monja

o guardia, evidentemente nos poníamos a hablar de cualquier otra cosa, como de las estrellas en el firmamento.

Había otros menos riesgosos, como el de costura, donde se enseñaba a hacer moldes para confeccionarte ropa. Lamentablemente nunca aprendí. Siempre me gustó, pero no tengo el talento para ese tipo de cosas. En cambio, me fue mejor con mis clases de gimnasia y de yoga, porque yo había aprendido con anterioridad, además, tejía en esa época –vengo de una familia de mujeres tejedoras– y tuve harto éxito con mi taller. Varias aprendieron a tejer, se hicieron ropa, yo hice un montón de ropa para los hijos de algunas de las compañeras. Actualmente, cuando nos hemos juntado, se han muerto de la risa recordando cuando mostraban el tejido y yo les decía: “Hay que deshacerlo entero”. La organización de estas actividades nos mantenía ocupadas, nos permitió sobrevivir mentalmente y enfrentar esta situación de reclusión de otra manera.

Teníamos una monja siniestra a cargo nuestro, la monja Mariana. Era mala, o sea, hacía todo lo posible por mantenernos en las peores condiciones, amenazarnos todos los días, castigarnos por cualquier cosa, nos vigilaba y se negaba a nuestras solicitudes, entre muchas otras cosas. Nos peleábamos bastante con ella, sobre todo por el estado deplorable en que se encontraba la cocina. Una vez abrimos una bodega y nos dimos cuenta que las monjas preferían que las cosas se pudrieran antes que darnos la comida. Nos daban sopa de cáscaras de papas y las verduras se podrían antes de darnoslas.

Fue en ese momento que decidimos que la cocina tenía que pasar a nosotras. En recuperar la cocina nos ayudó Ximena ²¹³. Resultó que la Monja Superiora iba a dar la Prueba de Aptitud Académica²¹⁴ y yo no me acuerdo cómo, pero Ximena se ofreció a hacerle clases. Aprovechando este vínculo, le fuimos planteando que nos habíamos puesto de acuerdo para sacar a Fresia, la presa común que estaba a cargo de la cocina, y asumir nosotros la preparación de las comidas, que era horrorosa.

Después de un tiempo nos entregaron la cocina y nos organizamos por turnos. Tenía que haber una que supiera cocinar y dos o tres de apoyo. Al mismo tiempo, empezaron a aparecer los paquetes enviados desde el exterior. Planteamos que era bueno entregar algunas de las cosas que sirvieran para mejorar las comidas, las otras se podían guardar. Fue una experiencia extraordinaria, yo la rescato mucho, divertida, desafiante, positiva, porque te tocaba una semana completa alimentar a 100 o más personas: la tarea era cómo hacemos arroz graneado para 100. Nos alimentábamos mejor y dábamos una satisfacción a nuestras compañeras.

Después de un tiempo nos entregaron la cocina y nos organizamos por turnos. Tenía que haber una que supiera cocinar y dos o tres de apoyo. Al mismo tiempo, empezaron a aparecer los paquetes enviados desde el exterior. Planteamos que era bueno entregar algunas de las cosas que sirvieran para mejorar las comidas, las otras se podían guardar.

Sumado a lo anterior, surgió otra idea que resultó ser un gran acierto. Afuera de la cocina donde había un terreno baldío, cerca de unos calabozos que no se usaban y Lucy, que era historiadora, nos dice un buen día: “Vamos a hacer una huerta”. Le replicamos que cómo se le ocurría semejante locura, que cómo lo íbamos a hacer. “Vamos a trabajar la tierra, sacamos las piedras y plantamos”, nos dijo. Y, finalmente, lo hicimos gracias a su empeño y tenacidad. ¡Fue increíble!

Tú la veías a ella cómo sacaba las piedras y, flaca como era, agarraba una carretilla llena y las iba a tirar en algún lado. En la medida en que ella empezó a trabajar muchas se fueron sumando: “Yo te ayudo”. Al poco tiempo apareció un vergel:

.....
213. Se refiere a Ximena George-Nascimento.

214. La Prueba de Aptitud Académica PAA es la prueba de ingreso para las universidades tradicionales, actualmente PSU.

teníamos de todo. Las verduras –lechugas, acelgas, tomates– y todo el trabajo asociado, tanto físico como técnico de conocer la semilla, sacar la hierba, podar, nos ayudó a mejorar nuestra calidad de vida. Las monjas estaban con los ojos abiertos porque no sólo comíamos en la cárcel, sino que la producción salió hacia afuera. Se cubrieron necesidades en las cárceles de hombres y también de algunas familias de nuestras compañeras. Les mandábamos tomates, lechugas, qué sé yo, lo que hubiera.

En La Correccional fui una de las primeras incomunicadas, me encerraron en “Los azules” por orden del fiscal Rolando Melo de la Segunda Fiscalía Militar. Había un patio de visitas donde te juntabas, a veces, con tu abogado, más bien para cosas administrativas, pero para los interrogatorios tenías que salir fuera de la cárcel. En una ocasión nos trasladaron en un camión de prisioneros. Fue sorprendente cuando me subieron por primera vez a ese vehículo: iba en calidad de “presa” y en esa condición observé el mundo a través de los barrotes del furgón.

Eso fue impresionante, ver la ciudad, la gente en su cotidianidad y yo detrás de los barrotes. Uno de los interrogatorios fue en la Segunda Fiscalía Militar, a cargo de Rolando Melo, quien era un desgraciado que permanentemente me amenazaba, aunque nunca me agredió físicamente. Este lugar estaba en el Ministerio de Defensa, en el sótano, y tú veías a los presos que llegaban y venían todos encadenados.

Las mujeres sufrimos maltrato en los interrogatorios, muchas llegaban en mal estado de vuelta a “La Corre”, sobre todo cuando recién ingresaban. Las que llevábamos más tiempo, tratábamos de cumplir una función de cuidadoras. Tratábamos de protegerlas, de decirles que ahora estaban entre amigas. Me acuerdo que había una chica mucho más joven que yo, que no hablaba, estaba tan traumatizada que emitía sólo ruidos guturales. La acogimos. Tenía mucho miedo y gritaba por las noches.

Manejábamos una suerte de caja de medicamentos que habíamos conseguido con la Cruz Roja y otras entradas clandestinas que hacíamos, de modo que teníamos un *stock* de analgésicos para el dolor de estómago y elementos de primeros auxilios. En la noche había muchas que tenían pesadillas tremendas, se quejaban, lloraban, gritaban, me imagino que debe ser como estar en un hospital psiquiátrico.

En La Correccional no hubo tortura física, los interrogatorios se realizaban en otros recintos, pero sí había celdas de castigo e incomunicación. A mí me llevaron a una por varias semanas. Las condiciones ahí eran mucho peores que las de la celda: era una celda muy estrecha, pequeñísima, tenía un camastro miserable, era como de lana y estaba lleno de insectos, de chinches, yo no los había visto nunca. Después

En La Correccional no hubo tortura física, los interrogatorios se realizaban en otros recintos, pero sí había celdas de castigo e incomunicación. A mí me llevaron a una por varias semanas. Las condiciones ahí eran mucho peores que las de la celda: era una celda muy estrecha, pequeñísima, tenía un camastro miserable, era como de lana y estaba lleno de insectos, de chinches, yo no los había visto nunca.

de mucho batallar y reclamando lo que más pude, accedieron a fumigar el lugar. Claro que conmigo adentro, casi morí asfixiada. Si necesitaba ir al baño me acompañaba un guardia armado con metralleta y tenía que hacer mis necesidades frente a su vigilancia. No sé cómo sobreviví a todo eso.

Ahora uno se puede reír, pero las condiciones que teníamos en “La Corre” eran muy difíciles: por ejemplo, a cierta hora, aproximadamente a las 10 de la noche, nos apagaban la luz y, luego, ¿qué hacer? Tenías que moverte, de un lado para el otro, tratar de juntarte a conversar con alguien para pasar el rato. Un día, alguna ingresó una radio y empezamos a escuchar la Radio Moscú, debajo del catre.

Ximena, además, engatusó al cura español que iba a la cárcel, para que llevara un tocadiscos portátil. Desde el día que llegó

comenzamos a escuchar tangos, entonces en la noche era el *show*: algunas, las más tangueras, cantaban o actuaban. Había una que cantaba espectacular en francés a la Edith Piaf. Era Monique²¹⁵, Mónica Hermosilla, profesora de la Alianza Francesa, quien estuvo varias veces presa porque llevaba gente en su Citroneta a asilarse a la embajada. La pasó mal. Falleció años después en Bruselas y recuerdo que cantaba y hacía *Strip-tease* en nuestra celda, todo con el afán de que nos riéramos un rato y levantáramos el ánimo.

Con todas estas iniciativas, al final, hacíamos de estos espacios, que ya no podían ser más adversos, algo más habitables. Igual yo tenía siempre la angustia de qué es lo que iba a venir. Eran momentos de mucha angustia y miedo cuando venía el gendarme con un papel en la mano y decía: “Vengo a buscar a fulana de tal” y se llevaban a alguna, porque a veces no volvían. Cuando alguien se iba en libertad la despedíamos cantándole.

215. La participación Mónica Hermosilla Jordens, Monique, en este hecho también es descrita en el relato de Lucía Neira.

Tuve dos juicios militares, ambos por Seguridad Interior del Estado. No sé qué amenaza podía ser para el Estado yo, con mi metro cincuenta y, no sé, ¿50 kilos de peso? Los juicios fueron realizados sin mi presencia y sin abogado defensor, nunca conocí exactamente los cargos que me hicieron. Una de esas causas la cerraron. Y de un día para otro decidieron mi traslado a Tres Álamos.

Estuve detenida en Tres Álamos y Cuatro Álamos. Me comunicaron de mi traslado desde La Correccional, obviamente sin decirme por qué ni a dónde me movían. Sólo escuché: “Agarre sus cosas que la llevamos”. En ese momento tú piensas: “¿Qué pasó?”, porque uno desconoce qué está sucediendo. Sin saber dónde vas, eres trasladada y acompañada por unos tipos de civil, no por gendarmes, no reconoces el vehículo que te transporta y, bueno, absolutamente desorientada, con incertidumbre y miedo porque no sabes qué puede pasar contigo, nadie explica solo recibes órdenes y gritos. Hay que tomar en cuenta que, a esas alturas, llevaba más de un año presa.

Tres Álamos era una casa y después los milicos fueron construyendo celdas. En una de estas me acogió gente que conocía, porque habían venido de “La Corre” también. Me instalé en un camarote. En términos de las condiciones del lugar, fue como volver al Estadio: Mucha precariedad, angustia, miedo, incertidumbre. Eran espacios muy pequeños, una construcción que parecía campo de concentración. Claramente, hubo un retroceso en este aspecto.

Otra cosa similar fue el entrar y salir de gente. Pese a ello, mi grupo en la celda se mantenía. Salía gente en libertad, pero el ritmo era más lento, más pausado. Había un gran maltrato hacia las reclusas. Seguramente había muchas con procesos en marcha y, por tanto, permanecían por más tiempo.

Al igual que en La Correccional en Tres Álamos teníamos la rutina de la lista. Todas, generalmente en la mañana, teníamos que estar en el patio y decían: “Nuria Núñez” y tenías que contestar con tu segundo apellido, esto para saber si no te habías escapado, si estábamos todas, era un conteo de todos los días. Posteriormente me pasaron a Cuatro Álamos, donde había celdas chiquititas y se realizaban los

Al igual que en La Correccional en Tres Álamos teníamos la rutina de la lista. Todas, generalmente en la mañana, teníamos que estar en el patio y decían: “Nuria Núñez” y tenías que contestar con tu segundo apellido, esto para saber si no te habías escapado, si estábamos todas, era un conteo de todos los días.

interrogatorios. Estos centros están juntos, aunque son edificios distintos. Este Tres Álamos, también intentamos organizar una cocina colectiva, pero había mucho menos infraestructura, no había cocina. Queríamos mejorar sobre todo las cosas frescas, o las frutas, qué sé yo, ese tipo de cosas.

Cuando llegué a Tres y Cuatro Álamos, me hicieron un examen médico, dejando constancia del estado en el que había entrado. Recuerdo el paso por estos centros como un período de gran inestabilidad, de mayor desconfianza entre nosotras, sospechabas más de la gente. Esto se hizo más presente al haber mayor incertidumbre, de quién es quién, digamos. El miedo no me abandonaba.

Habrá transcurrido un mes o un mes y medio y un día me llaman y me dicen que me van a trasladar nuevamente, sin decirme dónde. De nuevo aparecieron los fantasmas: “¿Qué habrá pasado?”. En concreto, me dicen que me harían una nueva revisión médica: “Usted sale de aquí”, dijeron, y agregaron: “Necesitamos certificar que sale viva y en buenas condiciones”. La noticia me impresionó muchísimo, no lo esperaba. Pese a lo aliviador que fue saber que estaría libre, la conclusión del examen médico no arrojó buenas noticias: El médico me dijo que estaba a punto de morirme. “Usted tiene la presión muy alta, le va a estallar el corazón”, dijo. Sin embargo, les importó un carajo, no me dieron ningún medicamento, ¡nada! Como secuela de varias enfermedades que me sobrevinieron después de la cárcel, actualmente tengo un corazón débil y uso un marcapasos.

Me transportaron en un auto privado con hombres de civil, yo era la única persona abordo, y durante el trayecto pregunté dónde me llevaban. Estaba desorientada, no sabía si íbamos hacia el norte o el sur. “No se puede decir”, respondió uno de ellos. Llegamos de vuelta donde “los tiras”²¹⁶, en el centro de Santiago. No tengo tan claro si el mismo día o al siguiente, dado que fue corto todo el trámite, me llevan a una sala de interrogatorio y me comunican que me van a expulsar, pero no me dieron ningún tipo de razones. Me dieron una semana de plazo para abandonar el país. Tenía que irme al exilio.

Durante el período en la cárcel, La Correccional, entre las visitas que ingresaban estaba, como señalé antes, la Cruz Roja Internacional. También había otras instituciones que aparecían y que actuaban solidariamente con Chile en esa época. Como estrategia para poder acceder hasta donde estábamos, se camuflaban como

216. Forma en que se le llama, en el lenguaje común, a los oficiales de la Policía de Investigaciones de Chile (PDI).

parientes de alguna de las reclusas. Nosotros colaborábamos: hacíamos listas con información de las presas y las enviamos con ellos, para que estos organismos supieran quiénes eran las que estaban recluidas y dónde.

Varios progresistas, quienes habían vivido en Chile durante la Unidad Popular y, trabajando desde las universidades, habían organizado en Alemania comités de apoyo al gobierno de Allende. Cuando vino el Golpe estos comités se reforzaron. Encomendaron a una persona, que se hizo pasar por cura protestante, para que fuera a la cárcel a ver lo que estaba sucediendo. De este modo iban confeccionándose las listas de las personas detenidas y sus lugares de reclusión. Los alemanes las solicitaban para efectuar los protocolos de salida de Chile y de ingreso a Alemania.

Como decía, estaba en Investigaciones detenida cuando me notifican de mi expulsión. Tenía que resolver dónde me iba. Llamaron a mis papás y ellos llegaron. Finalmente, y por casualidad, estando en Investigaciones me llega el aviso desde Alemania para mi salida. Yo no tenía ningún contacto con ese país, no hablaba el idioma. Todo se gestó por una de estas listas que circuló en la cárcel. El falso cura hizo su cometido, lo que permitió gestionar las visas y después pedir el asilo.

Pasé cerca de cinco días detenida hasta mi salida al aeropuerto de Santiago. Me fui con lo puesto y sin plata. Mi familia logró pasarme 50 dólares (hoy serían, más o menos, unos 20 mil pesos). A mi pareja lo expulsaron en las mismas condiciones y nos encontramos para tomar el avión. Subimos escoltados por guardias. Al ubicarme en mi asiento no sabía, realmente, si estaba presa o no. Nadie me dijo que quedaba en libertad y podía hacer lo que quisiera. Miré hacia mis costados y no sabía quiénes eran los que estaban sentados a mi lado. Fue muy impactante. Algo pasó en mi cabeza: primero, la desconfianza de no saber quiénes son los demás pasajeros, desconocer para dónde vas, qué va a pasar contigo; y, segundo, no tener certeza de si te puedes mover, si tienes que pedir permiso para ir al baño, etc. En eso vi a Jessica Ulloa²¹⁷ sentada

Cuando nos dimos cuenta que estábamos libres, que el avión empezaba a despegar, dijimos: “nos vamos a tomar una cerveza, comadre”. Lo cómico de la situación, es que en esa época se pagaba la cerveza a bordo, nosotros no lo sabíamos, y tuve que ocupar mis 50 dólares.

.....
217. Jessica Ulloa Vidal, aparece en el listado de la Comisión Valech como expulsada del país en 1974.

más atrás y, entonces, en esto de ir probando cada dos minutos cuál era tu espacio de libertad, pedimos cambio de asiento. Ahora estábamos juntas. Yo creo que todo el personal de la línea aérea sabía. Nos sentíamos todavía en calidad de presas. Cuando nos dimos cuenta que estábamos libres, que el avión empezaba a despegar, dijimos: “nos vamos a tomar una cerveza, comadre”. Lo cómico de la situación, es que en esa época se pagaba la cerveza abordo, nosotros no lo sabíamos, y tuve que ocupar mis 50 dólares.

Jessica iba expulsada a Israel y nosotros a Berlín, según decía nuestro papel. Ella nos confesó que no quería llegar a su destino. Nos pidió ayuda. Hicimos la escala en Frankfurt, donde nos teníamos que separar. Nos baja la policía, y permanecemos sentados en una oficina en el aeropuerto. Todo era aún muy incierto. La espera duró cerca de tres horas. En ese lapso de tiempo, le fui a preguntar a un policía, en inglés, porque alemán no hablaba en ese momento, si podíamos salir a dar una vuelta y me respondió “claro, ¡cómo no!” ¡Recién ahí supimos que estábamos libres! En nuestro paseo, aprovechamos de buscar un *counter* de una línea de habla hispana, y les planteamos la situación de la que veníamos, nos ayudaron a cambiar el destino del vuelo de Jessica. Finalmente, ella partió rumbo a París.

A nosotros nos embarcaron hacia Berlín Occidental en un avión que venía desde Turquía. Era fines de diciembre de 1974 y, en ese tiempo, se vivía un contexto de Guerra Fría. Llegamos a un aeropuerto militar ocupado por los norteamericanos. Era invierno, había nieve, y el lugar estaba lleno de tanques. Todo lo que escuchábamos era en alemán y nosotros sin entender palabra alguna. Seguimos al tumulto de gente que caminaba por la losa del aeropuerto, no había mangas en aquel entonces, así que decidimos seguir a los turcos, así llegamos a la zona de control donde nos registraron. No llevábamos muchas cosas. Logramos salir de todo el proceso de control sin hablar y nos condujeron a una sala de espera. De esa sensación no me voy a olvidar nunca, solos, mirando a nuestro alrededor sin saber qué hacer ni adonde ir. Pero luego nos dimos cuenta que estaba Amnistía Internacional y un profesor de Universidad de Berlín, ellos sabían de la llegada de mi pareja, pero no sabían de mi existencia. Estoy convencida que, si yo hubiese viajado sola, nadie me hubiese ido a buscar, las mujeres éramos insignificantes. De esta manera llegué a Berlín Occidental.

Una vez allí, lo primero fue pedir asilo. Mi pasaporte era de expulsión, válido sólo para salir de Chile, por lo cual me encontraba sin documentación. Pasó un tiempo en que tuve que vivir con un papel que tenía mi foto y no podía salir de Berlín. Los alemanes de la solidaridad con Chile se portaron muy bien conmigo, siempre recibí

su apoyo y acompañamiento. Viví 14 años allá y fui madre de una hija y un hijo. Ellos fueron durante 13 años niños apátridas, sin nacionalidad.

Me pregunté qué podía hacer una vez llegada y pensé que lo mejor era estudiar. Lo primero, claro, fue aprender alemán, o si no, no podía matricularme. Fue duro ese período. No tenía nada que, desde Chile, me acercara a la cultura alemana, que pudiera decir mis padres son alemanes o mi abuela, no. Empecé de cero. Una vez que rendí los exámenes para saber si estaba en condiciones de ir a clases, la universidad me dio la “pequeña matrícula”. Después, cuando ya dominaba el idioma, me otorgaron la “gran matrícula”. Al finalizar ese ciclo decidí estudiar Sociología y también Psicología, Ciencias Políticas y Literatura.

La universidad fue un maravillo descubrimiento, allí me hice feminista. Se me abrió el mundo, conocí nuevas cosas, me acerqué a personas diferentes, con historias de vidas muy distintas a la mía, aprendí cosas valiosas de cada uno de ellos. El movimiento feminista alemán estaba en su fuerte apogeo en esa época. Yo soy, en general, una persona curiosa, reviso, miro, leo, estudio; y, entonces, organicé junto a otras un grupo de solidaridad de mujeres

La universidad fue un maravillo descubrimiento, allí me hice feminista. Se me abrió el mundo, conocí nuevas cosas, me acerqué a personas diferentes, con historias de vidas muy distintas a la mía, aprendí cosas valiosas de cada uno de ellos. El movimiento feminista alemán estaba en su fuerte apogeo en esa época.

chilenas, con las compañeras presas y exiliadas que iban llegando. En este periodo universitario, además, me mezclé más con las alemanas, tengo excelentes amigas allá, compañeras mías de estudio. El movimiento feminista me apoyó mucho en mi desarrollo personal e intelectual, construyó espacios propios, solo para mujeres, que ayudaron al encuentro, la identidad y la creación de demandas.

Hablo de bares, cine, centros de estudios, lugares de encuentros, discusiones, librerías, de todo. La idea era que nosotras teníamos que ser nosotras mismas, estar y conversar entre nosotras. Aparecen grandes pensadoras alemanas. Todo eso influye en mi formación: el modo en que se empieza a incorporar esto da otra mirada sobre determinados fenómenos. Tuve la posibilidad de conocer personajes destacados de la intelectualidad alemana, ir a charlas y coloquios, relacionarme con gente de distintos países y culturas, disfrutar de maravillosas bibliotecas, centros de investigación y estudio, viajar, etc. Esos años fueron decisivos en mi formación

y aprendizaje. Creo que fui afortunada al vivir en Berlín Occidental aquella etapa. Tengo la sensación que Berlín Occidental ha estado siempre a la vanguardia de estos movimientos libertarios, a mí me marcó mucho.

Ahí fui abriendo los ojos y me empecé a comprometer mucho con esta lucha, incluso todas mis pequeñas investigaciones en la universidad tuvieron que ver con mujeres. Luego trabajé en temas de mujer y desarrollo y me gané unas becas: fui para allá y para acá investigando. Pero mi socialización, mi aprendizaje y mi maduración como persona se da claramente durante el periodo universitario.

Mi vida en Alemania fue de mucha estrechez económica, aun cuando me gradué en la universidad con buenas notas y tuve trabajo. Lo que hacía, por ejemplo, era ir a la RDA²¹⁸ para comprarles los zapatos a los niños. Nosotros los chilenos teníamos un estatus especial: tenías que inscribirte y sacabas como una visa indicando la fecha de tu viaje. Era un pase sólo por el día, no podías pasar una noche allá. Me tocó vivir en la parte occidental, solo porque los alemanes que se movieron para sacarme de Chile eran de allí.

Nosotros éramos muy pobres, vivíamos de allegados en casas de otros chilenos que habían arribado antes. Luego de un tiempo, la solidaridad alemana nos ayudó a conseguir una vivienda social. Vivimos ahí hasta que me separé de mi pareja. Era una vida dura. Tenía que estudiar y trabajar. Me había ganado una beca en la universidad, pero no me alcanzaba. Además, tenía dos hijos y hacía solidaridad, corría todo el día. O sea, jera demasiado!

Fue una época de mucho esfuerzo, la universidad fue tremendamente exigente. Hice aseo en casas y hoteles para financiar mis estudios. En los veranos, a través de una bolsa de trabajo de la universidad, me ocupaba en una fábrica: entraba a las 6 de la mañana y laboraba todo el día. Con todo eso no tenía vacaciones, ni ahorros, ni nada. Después tuve

Pese a las dificultades, me siento absolutamente beneficiada de haber estudiado en Alemania. Tuve todas las posibilidades y las aproveché. Aún mantengo relaciones con gente de allá, y eso es extraordinario. Por lo demás pude estudiar gratis, la universidad me apoyó para que yo estudiara y siempre consideró y protegió mi maternidad.

.....
218. República Democrática Alemana.

un trabajo como socióloga, en un centro de investigación sobre América Latina, eso cambió mucho las cosas. Pese a las dificultades, me siento absolutamente beneficiada de haber estudiado en Alemania. Tuve todas las posibilidades y las aproveché. Aún mantengo relaciones con gente de allá, y eso es extraordinario. Por lo demás pude estudiar gratis, la universidad me apoyó para que yo estudiara y siempre consideró y protegió mi maternidad.

A comienzos de los años 80, yo tenía una beca y estaba en Perú, trabajando con las mujeres de los pueblos jóvenes. Nos juntamos un grupo en Lima, para el Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano²¹⁹. Fue Natacha²²⁰, de México, Catalina²²¹ de Inglaterra, yo de Alemania todas feministas socialistas. Éramos todavía militantes del socialismo. A raíz de ese encuentro, nació la idea de gestar el Instituto de la Mujer²²². Vimos que había varios centros, pero queríamos crear algo nuevo. La Morada²²³ existía, al igual que el CEM²²⁴. Vimos que había un espacio, sentimos que faltaba un feminismo más político que diera cuenta de lo que pasaba en el país, la dictadura, los asesinatos y la desaparición de personas, la pobreza, la exclusión. En base a estos objetivos armamos el Instituto de la Mujer. En esa discusión formamos un grupo de cinco: se sumaron Soledad Larraín y Adriana Muñoz. Luego logramos la personalidad jurídica, organizaciones alemanas nos ayudaron con los primeros financiamientos para empezar a ejecutar proyectos.

Mi exilio duro algo más de 14 años. Posteriormente apareció mi nombre en una de las listas de los chilenos expulsados que podían regresar al país. Volví a Chile en 1989, para el plebiscito. Tenía que decidir si me quedaba o no en Alemania, había llegado el momento de decidir por mí misma dónde quería vivir. Decidí probar si

.....
219. El Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe fue celebrado en Lima, en 1983. Entre sus hitos se cuenta haber declarado el 22 de julio como el Día Internacional del Trabajo Doméstico.

220. Se trata de Natacha Molina García, fundadora del Instituto de la Mujer.

221. Catalina Palma, fundadora del Instituto de la Mujer.

222. Actualmente se llama Fundación Instituto de la Mujer.

223. La Casa de la Mujer La Morada fue creada en 1983 por un grupo de mujeres, entre ellas Julieta Kirkwood, con el fin de estimular la organización y difundir las propuestas del feminismo.

224. El Centro de Estudios de la Mujer (CEM) fue fundado en 1984 por un grupo multidisciplinario de investigadoras en ciencias sociales y económicas. El Centro está dedicado a los estudios de género y realiza investigación, formación, difusión y asesorías especialmente en las áreas de Trabajo y Empleo, Ciudadanía y Política y Políticas Públicas.

Mi exilio duro algo más de 14 años. Posteriormente apareció mi nombre en una de las listas de los chilenos expulsados que podían regresar al país. Volví a Chile en 1989, para el plebiscito.

Tenía que decidir si me quedaba o no en Alemania, había llegado el momento de decidir por mí misma dónde quería vivir. Decidí probar si podía vivir en Chile.

podía vivir en Chile. En ese momento el Instituto estaba comenzando a funcionar. Llegué y voté. Y ahí decidí que me quedaba aquí. No fue una decisión fácil, con mucho esfuerzo había logrado una beca de doctorado, me había costado montones conseguirla y la abandoné. Era un Doctorado en Sociología, pero no me daba el tiempo: me involucré en el día a día chileno, el Instituto me conquistó y dejé atrás mi interés académico.

Retorné a Chile con mis dos hijos nacidos en Berlín, y hoy tengo una familia separada en distintos países. Mi hija vive en Alemania, se fue porque no

logró adaptarse a la vida en Chile, mi hijo se quedó acá. Son las consecuencias feroces de la experiencia de exilio, de una vida afuera. Ella formó su familia allá, tengo 2 nietos alemanes. Los extraño mucho pero entiendo y respeto su opción.

En Alemania denuncié en distintas circunstancias la represión y la violación de DDHH que se vivió en Chile y que viví en carne propia, pero nunca relato detalles. En mi caso, no me parece necesario, me violenta. Cuando retorné a Chile, me costó mucho entrar por primera vez al Estadio Nacional. Nunca he vuelto a La Correccional, a Tres Álamos ni a Cuatro Álamos. Me ha tocado ir a donde “los tiras”, allá en General Mackenna, pero por trámites, o una vez que me robaron por ahí cerca. Con los años, me he dado cuenta que padezco de claustrofobia: cuando, por distintas circunstancias he estado en un espacio pequeño noto que me violenta profundamente, que tengo que hacer un ejercicio para calmarme, algo me pasa, antes no me daba cuenta, ahora se presenta cada vez más fuerte. Cuando estuve en Alemania no hice terapia psicológica porque era una atención privada y no tenía el dinero para pagarla. En Chile sí fui un tiempo y después con los años volví a ir, pero nunca fui al PRAIS²²⁵, por ejemplo. Muchas de nosotras, las sobrevivientes de la dictadura, hemos tenido que pararnos solas, luchar por la sobrevivencia y por nuestra salud mental. Nada se nos ha dado fácil, hemos tenido grandes pérdidas

.....
225. Programa de Reparación y Atención Integral de Salud (PRAIS) disponible para las víctimas calificadas de violaciones a los Derechos Humanos en la dictadura reciente y sus familiares directos.

y dolores inconmensurables, pero ahí seguimos dando la pelea con honestidad y pasión.

La otra vez conversaba con amigas del periodo de la cárcel con quienes somos bien amigas, justamente sobre la resiliencia nuestra. Es brutal, brutal, nos ha pasado de todo en nuestras vidas y todavía estamos paradas, viejas, pero luchando. ¡Chuta!, ¡¿cómo lo hacemos?! Ese es el gran asunto: tú tienes que hacer de esto algo positivo, un aprendizaje y tirar para arriba.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Capítulo I

Aldrichi, Clara (2001). *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce, 2001.

Aldrichi, Clara. y Waksman, Guillermo. *Tupamaros en Chile. La gran ilusión*. Santiago: Escapate, 2014.

Avendaño, Octavio. *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973. Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*. Santiago: LOM, 2016.

Bacci Claudia y Oberti Alejandra. “Sobre el testimonio. Una introducción necesaria”. En: *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, n° 1, 7, 2014.

Bacci Claudia; Capurro Robles María; Oberti Alejandra; Skura Susana. “Y nadie quería saber”. *Relatos sobre violencia contra las mujeres en el terrorismo de Estado en Argentina*. Buenos Aires: Memoria Abierta, 2012.

Benjamin, Walter. *El Narrador*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2008.

Bunster, Ximena. “Sobreviviendo más allá del miedo”. En: X. Bunster, C. Enloe, R.

Bunster, Ximena; Enloe, Cynthia y Rodríguez, Regina. *La mujer ausente. Derechos Humanos en el mundo*. Santiago: Isis Internacional, 1991.

Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.

Casals, M. *El alba de una revolución. La izquierda y la construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”. 1956-1970*. Santiago: Lom, 2006.

Carnovale, Vera. *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2009.

CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC. *Daño transgeneracional: consecuencias de la represión política en el Cono Sur*. Santiago: LOM, 2009.

Cofré, Boris. "Historia de los pobladores del Campamento Nueva Habana (1970-1973)". Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades, Universidad Arcis,

De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. México: Debolsillo, 2013.

De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México: Cultura libre, 2000.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2008.

Garretón, Roberto. "La defensa de los Derechos Humanos y la agresión sexual a mujeres presas durante la dictadura". En: *Memorias de ocupación. Violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*. Coord. Fundación Instituto de la Mujer y Corporación Humanas. Santiago: 2005.

Gaudichaud, Franck () Poder popular y cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano. 1970-1973. Santiago: LOM. 2004

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003.

González de Requena Farré, Juan Antonio. "La retórica de lo extremo en la ultraderecha chilena". En: *Hallazgos*, año 14, n° 27. Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2016.

Halbawchs, Maurice. *Los Marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Antrophos editorial, 2004.

Huyssen Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económico, 2001.

Illanes M. A. *La Batalla de la memoria*. Santiago: Planeta, 2002.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno editores, 2002.

Jelin, Elizabeth. "Subjetividad y esfera pública: el género y los sentidos de familia en las memorias de la represión" En: *Revista Política y Sociedad*, Vol. 48 Núm. 3: 555-569, 2011. Norteamérica, 4, 2011.

Jelin, Elizabeth. "Subjetividad y esfera pública: el género y los sentidos de familia en las memorias de la represión" En: *Revista Política y Sociedad*, Vol. 48 Núm. 3: 555-569, 2011. Norteamérica, 4, 2011.

Kaufman, Susana. "Violencia y testimonio. Notas sobre subjetividad y los relatos posibles". *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1, 104, 2014.

Moyano, Cristina. *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile 1973-1989*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010.

Olavarría, José. *El sexismo tortura y mata. Política de género y represión política hacia las mujeres en Chile*. Santiago: FLACSO-Chile, 2003.

Pollak, Michel. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen, 13, 2006.

Rebolledo, Javier. *La danza de los cuervos. El mocito y el destino final de los detenidos desaparecidos*. Santiago: Ceibo, 2012.

Rojas Flores, Jorge. *Los suplementeros: los niños y la venta de diarios en Chile (1880-1953)*. Santiago: Ariadna ediciones, 2006.

Rousso, Henry. "El estatuto del olvido". En: Academia Universal de las Culturas. ¿Por qué recordar? Barcelona: Granica, 2002.

Rubin, Gayle. "El tráfico de las mujeres: notas sobre la economía política del sexo". *Nueva Antropología*, volumen VIII, nº 30, México: LAMAS MARTA, 2002. *Cuerpo diferencia sexual y género*. México: Taurus, 1986.

Scott, Joan W. *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

Valdivia Verónica, Álvarez Rolando y Pinto Julio. *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago: Lom, 2010.

Vasallo, Marta. "Militancia y transgresión". Andújar A., D'antonio D., Gil F., Grammatico K. Y Rosa M. L. (comp). *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Buenos Aires: Luxemburg, 126, 2009.

Vidaurrázaga T. *Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de memoria de tres mujeres miristas*. Santiago: Escaparate, 2006.

Vinyes, Ricard. “Memorias, relatos, museos”. Intervención en el panel “Iniciativas y proyectos nacionales de Museos de Memoria”, de la conferencia internacional “Experiencias nacionales e internacionales de Museos de la Memoria”, FLACSO Chile, 5 y 6 de noviembre 2009.

Vinyes, Ricard. “La memoria histórica no es un deber, es un derecho civil”. En: *El diario norte*, 6 de marzo de 2016.

Capítulo II

Álvarez, Rolando, “Clandestinos, 1973-1990. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas”, en Sagredo, Rafael y Gazmuri, Cristián. *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*. Barcelona: Editorial Taurus 2006, (4º Edición).

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S. A., 1998.

Bonnefoy, Pascale, *Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes*. Santiago: Editorial Latinoamericana - Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2016.

Brunner, José Joaquín. “Chile: entre la cultura autoritaria y la cultura democrática”, en *Cultura y política en América Latina*. Zemelman, Hugo (coordinador). México: Siglo XXI Editores, 1990.

Carrera, Carolina. “Un secreto a voces. Violencia sexual como tortura durante la represión política en Chile”. *Revista Mujer y Salud*, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, RSMLAC, 2005.

Contreras, Manuel. *La verdad histórica* (2 Tomos). Santiago: Ediciones Encina, 2000.

Donoso, Loreto. *La epopeya de las ollas vacías*. Santiago: Editorial Nacional Gabriela Mistral, 1974.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. España: Editorial Siglo XXI, 2003.

Illanes, María Angélica. *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*. Santiago: Ediciones LOM, 2012.

Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: Editorial LOM, 2010.

Lamas, Marta (comp). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, 1996.

Maira, Luis. *Las dictaduras latinoamericanas*. Cuatro ensayos. Santiago: CESOC, 1986.

Maravall, Javier. *Tortura sexual en Chile: las presas políticas bajo la dictadura militar (1973-1990)*. Género y globalización en América Latina: décimo aniversario de la Red Haina (1996-2006), María Clara Medina, Edmé Domínguez, Rosalba Icaza Garza (eds.), Göteborg: Red Haina: Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg, 2007.

Mattelart, Michelle. "Cuando las Mujeres de la Burguesía salen a la calle", en *La Cultura de la Opresión Femenina*. México: Ediciones ERA S.A. 1997.

Munizaga, Giselle. *El discurso público de Pinochet. Un análisis semiológico*. Santiago: CESOC, SÉNECA, 1998.

Rojas, Gonzalo. *Chile escoge la libertad*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1989.

Valenzuela, María Elena. *La mujer en el Chile militar: todas íbamos a ser reinas*. Santiago: Eds. Chile y América-CESOC, 1987.

Fuentes y otros documentos capítulo II

Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (Comisión Valech) (2004). *Informe*. Capítulo V. Métodos de tortura y definiciones: violencia sexual contra las mujeres.

Comité Internacional de la Cruz Roja, Rapport de synthese sur l'action humanitaire du CICR au Chili (20.09-18.11.1973), Génova, 1973.

Decreto de expulsión N.º 1822, Santiago, 7 de noviembre de 1974, Ministerio del Interior-Departamento de Extranjería, Generales Raúl Benavides y Oscar Bonilla. Archivo Museo de la Memoria y Derechos Humanos.

Federación Democrática Internacional de Mujeres. Estudio de los Informes de violaciones de los Derechos Humanos en Chile, con particular referencia a la tortura y otros tratos o castigos crueles, inhumanos, degradantes, Consejo Económico y

Social; Comisión de Derechos Humanos ONU, febrero de 1974.

Parot, Carmen Luz. *Estadio Nacional* (2002). Documental / 111 min. / DvCam|16 mm / Color Blanco & Negro.

Pinochet, Augusto. *Mensaje presidencial*, 11 de septiembre de 1976.

SITIOS REFERENCIALES

Consejo de Monumentos Nacionales de Chile,
<http://www.monumentos.cl/monumentos/monumentos-historicos/casa-presidencial-tomas-moro>.

Memoria Chilena
<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-channel.html>

Memoria Viva
<http://www.memoriaviva.com>

Archivos Museo de la Memoria
<http://www.archivomuseodelamemoria.cl>

Ministerio de Justicia
<http://pdh.minjusticia.gob.cl/comisiones/>

Estadio Nacional Memoria Nacional
<https://www.estadionacionalmemorianacional.cl>

“Camarines de Mujeres”, Testimonios de prisioneras políticas en el Estadio Nacional, es el resultado del trabajo de investigación ejecutado por la Fundación Instituto de la Mujer, financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes, FONDART Regional, Convocatoria 2018, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Este libro entrega una mirada sobre nuestro pasado reciente a partir de los relatos y memorias de siete mujeres que estuvieron presas en el Estadio Nacional, durante los meses de Septiembre y Noviembre de 1973. Tiene la particularidad de acercarnos a uno de los aspectos más crudos de la Dictadura Cívico Militar Chilena, trasladando el foco desde la victimización hacia las estrategias de resistencia que las mujeres desarrollaron en la prisión; así como la generación de vínculos solidarios que permitieron afrontar un tipo de violencia represiva que tuvo también especificidades de género.

institutodelamujerchile 

InsMujerChile 

institutodelamujer 